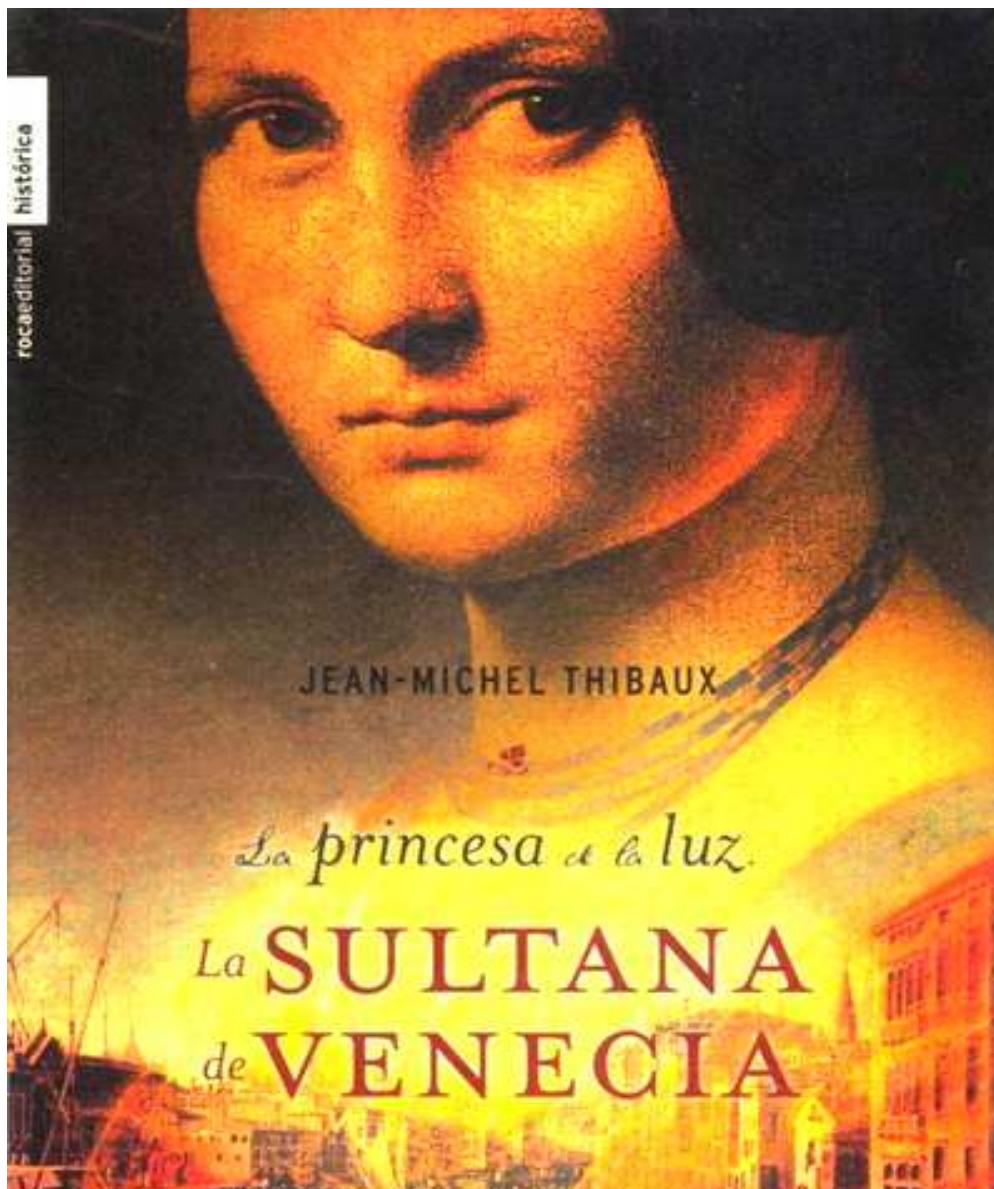


La princesa de la luz
La sultana de Venecia

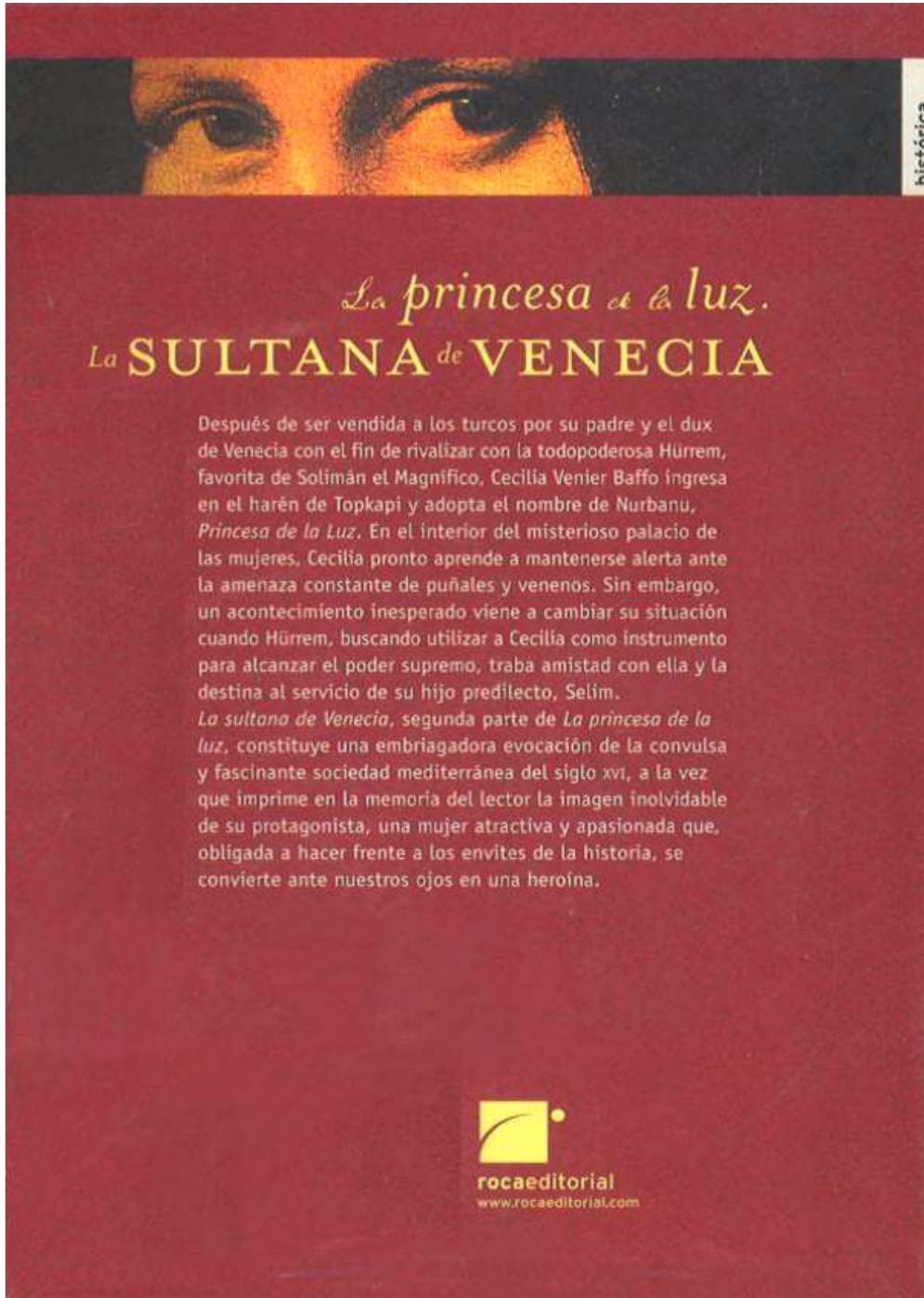
Jean-Michel Thibaux

Traducción de Andrea Solsona



Retrato de una atractiva y apasionada heroína que vivió las luchas en el mundo mediterráneo del siglo xvi.






rocaeditorial
www.rocaeditorial.com

Jean-Michel Thibaux

es novelista y guionista y ha sido profesor de historia de las civilizaciones de la Antigüedad. Es autor de numerosas novelas históricas y de terror, muchas de ellas adaptadas al cine y la televisión. Ha publicado en Rocaeditorial *El misterio del Priorato de Sión* y en 2006 la primera parte de *La princesa de la luz*.



Rocaeditorial

Título original: *La Princesse de lumière. La sultane vénitienne*
© Editions Anne Carrière, 2003

Primera edición: abril de 2007

© de la traducción: Andrea Solsona
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marqués de l'Argentera, 17. Pral. 1^a
08003 Barcelona
correo@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-96791-09-1
Depósito legal: M. 8.690-2007

Capítulo 1

La puerta imperial se abría a la hora del *sabah ezani*, cuando la llamada a la oración ordenaba al sol levantarse y a los musulmanes prosternarse. Joao se quedó inmóvil en el alba naciente.

«*Allaha akbar! La ilaha illa'Ilah...*»

Por todo Estambul los muecines llamaban a la plegaria. La gran ciudad se despertó de súbito y, en la claridad rosácea, flamearon los millares de crecientes que coronaban los edificios públicos y las mezquitas. Bajo el arco monumental de la primera puerta del palacio, cientos de turcos, a los que importaban más los negocios que la fe, se pusieron a desfilar. Dios podía esperar.

Joao escuchó latir el corazón del islam. El terror se apoderó de él. Últimamente, había pensado en convertirse para confundirse mejor en aquel universo violento. Después de haber conversado largamente con el jeque del arsenal, había pospuesto el proyecto. Todavía era demasiado judío en el alma y estaba bajo la dependencia de su tío, Etienne Levy, que había dejado el gueto de Venecia para hacerse cargo de los asuntos de su comunidad en las orillas del Cuerno de Oro.

Levantó los ojos hacia la torre que coronaba la puerta flanqueada de culebrinas. Unos arcabuceros de guardia contemplaban el lento movimiento de los mercaderes, de los libreros y de los pedigüeños, listos para disparar ante la menor aglomeración sospechosa. Había otros soldados en el interior del primer, segundo y tercer patio; tan numerosos bajo las órdenes de los terribles jenízaros que era imposible escapar a su vigilancia. Nadie podía alcanzar el harén sin la bendición del sultán. Aquella bendición nunca había sido dada...

Joao habría querido ser un pájaro y franquear los obstáculos que lo separaban de Cecilia. Envidió al sol levante sus rayos que penetraban el secreto de los jardines y de los patios del palacio de las mujeres. Pero no era mago. Su poder de simple mortal lo ejercía sobre los ciento cincuenta hombres de la galera que la Sublime Puerta le había confiado. Instintivamente, llevó la mano a su sable. El frío del acero lo tranquilizó. Pertenecía realmente al cuerpo de oficiales de la marina que dependía del todopoderoso Barbarroja, gran almirante de la flota y amigo de Solimán. Aquella ventaja le hizo esperar una

promoción rápida. Quizá vendría un día en que llegaría a ser amigo del sultán y se acercaría así a Cecilia. Como muestra de los servicios prestados, ocurría a veces que el sultán cediera una de sus cortesanas a los hombres de mérito. Era una especulación ingenua. Lo ignoraba todo acerca de las leyes que regían aquél serrallo, mejor protegido que el sanctasanctórum de La Meca.

En el corazón del serrallo, al fondo de una habitación oscura donde acababa de castigar a los pajes que se destinaban a la castración, Abas desplegó su alfombra para la oración. El jefe de los eunucos negros del harén era una criatura de la especie más rara. Vivía en la intimidad del sultán Solimán, tenía su confianza. De todos los *kizlar aghasi* que se habían sucedido en el seno de los harenes desde el reinado del primer emperador otomano, Osman I, aquel moro raptado cuarenta años antes en el Atlas era el más rico y el más satisfecho. Poseía bienes inmensos, y más de trescientas mil piastras de oro y otros tantos ducados que los banqueros judíos y armenios hacían fructificar en el imperio de su señor y en el de Carlos V.

Se sabía casi intocable desde que el favorito y mejor amigo de Solimán, el visir Ibrahim, había sido estrangulado siguiendo los consejos de la favorita Hürrem. Seguía siendo un ser sin igual mimado por el señor de Topkapi.

Su memoria era prodigiosa. Confiaba en sus sentidos. Su olfato no le engañaba jamás sobre el estado de las hembras que sometía a su voluntad. Su oído descubría los ruidos más ínfimos y las mentiras mejor elaboradas. Sus labios y su lengua sabían reconocer los sutiles venenos, los vinos raros, mil variedades de la miel. Era realmente la criatura más preciosa de aquella prisión dorada después de la favorita y de los principitos.

Se arrodilló en su alfombra, se concentró y rezó. Cuando el ritual de la mañana se acabó, recitó un sura. Desde que se le había desposeído de su virilidad, siempre recitaba el mismo.

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso. ¡Por la tarde! El hombre camina hacia su perdición.

Excepto los que creen, obran el bien, se aconsejan mutuamente la verdad, se aconsejan mutuamente la paciencia.

Así comenzaba la jornada del temido *kizlar aghasi*. Día tras día, su buena obra consistía en domar a las doscientas setenta mujeres del harén, excepto la favorita Hürrem y la *kiaya* Yasmina.

Con las mejillas hinchadas por el esfuerzo, despegó su imponente masa de la alfombra que volvió a plegar con respeto. Desde que salió de su guarida, su mente se puso enseguida a trabajar.

No sabía cómo tratar el caso de la recién llegada. Aquella Princesa de la Luz seguía siendo un enigma. No llegaba a penetrar los secretos que la concernían. De acuerdo con la lógica, ella no habría debido vivir. Sin embargo, hacía ocho meses que vivía en el harén. No sabía gran cosa sobre esta Cecilia Venier Baffo, salida de una familia de la pequeña nobleza veneciana. Según un informe confidencial del canciller, había sido elegida por el dux para oponerse a la política de la favorita de Topkapi y, no cabía duda, se beneficiaba de la protección de la primera *kadina* Gürbey, exiliada en Amasia. Seguramente tenía otros cómplices en la misma ciudad de Estambul, pero éstos no importaban. Se les desenmascararía llegado el momento.

Se preguntó por qué Hürrem tardaba en eliminar a aquella rival. Después una idea se abrió paso en él. Se dijo que, después de todo, la Princesa de la Luz tenía un papel que desempeñar. Seducir a Solimán, por ejemplo. La astucia se dibujó en sus abotargados rasgos. Desde ahora iba a emplearse en esa tarea.

Miles de rosas embalsamaban los jardines del *selamlık*,¹ zumbantes por las abejas, y salpicaban de oro y de sangre los muretes bordeados de columnas. La sierva que acompañaba a Cecilia gritó: «*Elvet!*». Enseguida, los viejos jardineros que las cortaban se acurrucaron, desaparecieron bajo los macizos, se despellejaron los dedos y el rostro con las espinas. Instintivamente, metieron el cuello entre los hombros pensando en la cortante hoja que el verdugo de Solimán no dejaría de abatir sobre ellos si llegaban a infringir la única regla impuesta en aquellos lugares: no levantar nunca la vista hacia una de las mujeres del «Señor del cuello de los hombres».

Con el aliento entrecortado y las sienes ardiendo, oyeron crujir, crecer y después disminuir el paso de las dos mujeres en la grava. Apretaron sus párpados para no percibir los pies gráciles, calzados con babuchas de madera de rosa, los tobillos de marfil rodeados de cadenillas de plata y de perlas negras. Ni un pedazo de piel ni el extremo de una uña debían imprimirse en sus retinas.

Cecilia vio un cierto número de ellos inmóviles y agachados, con la barba blanca en las raíces. Tuvo deseos de decirles: «¡Levantaos! ¡Miradme! ¡Volved a ser hombres!». Hubiera sido en vano. Aquellos viejos vivían desde hacía demasiado tiempo bajo el terror. Se lo habrían hecho encima si ella les hubiera dirigido la palabra.

—Los eunucos nos observan —dijo la sierva que presentía los deseos de rebelarse de Nurbanu.

Por todas partes había eunucos. Aparecían siempre en el momento en que menos se esperaba. Cecilia no trató de identificar a aquellos monstruos que

1 Habitación principal de los hombres.

manchaban el recuerdo de Nefer, su valiente compañero muerto por defenderla.

La sierva se llamaba Mirah. Era una albanesa de una treintena de años, que había sido raptada a la edad de cuatro años y vendida en Adrinópolis. Durante años, había fregado los platos y lustrado los suelos en el palacio de verano de los emperadores antes de servir en el nuevo harén de Estambul. Hablaba italiano, griego y turco. Al no ser lo bastante bonita como para llegar a ser una de las que «entraban por los ojos del sultán», ni lo bastante fuerte como para rivalizar con la favorita de Topkapi, había sido condenada desde su pubertad a servir a las mujeres que tuvieran una posibilidad de ser desfloradas por el Gran Señor. Rencorosa y celosa, había acumulado tanta hiel que su boca se torcía en una mueca permanente.

Cecilia desconfiaba de ella, de su mirada oblicua, de las relaciones privilegiadas que mantenía con el jefe de los eunucos, Abas. En cada uno de sus encuentros, intercambiaba palabras inaudibles con el *kizlar aghasi*. Rondaba a menudo por la parte de las alcobas donde vivían los eunucos, las viejas costureras y toda especie de espías en busca de cotilleos y ascensos.

Cecilia la vio aminorar el paso a medida que se acercaba al quiosco Cinili. La empinada pendiente que llevaba a aquel edificio no resultaba pesada a sus piernas. Tenía miedo de las personas que allí se encontraban.

—¿Qué temes? —le preguntó Cecilia.

—¿Qué debería temer? —protestó Mirah.

—A la *kadina* y a la *kiaya*.

Mirah tragó saliva. Su mirada se veló. Los rostros de las dos temidas mujeres acababan de adueñarse de su mente. El Cinili, construido por el Fatih en un tiempo de gloria y de asesinatos, le pareció una vasta tumba recubierta de azulejos. La sombra del conquistador Mehmet II planeaba sobre aquel lugar. Se contaba que había sido envenenado ahí por su propio hijo, Bayaceto.

Capítulo 2

La resplandeciente construcción tenía la forma de una cruz, pero su semejanza con el símbolo de Cristo era fruto del azar. Dominaba el Cuerno de Oro de aguas agitadas por una nube de barcos. El Cinili era a la vez un lugar de recogimiento y, desde hacía poco, de placer. Los sultanes reposaban allí antes y después de las batallas. Sólo los privilegiados hollaban aquella cumbre.

Las dos mujeres abarcaron Estambul de una mirada. Aquella panorámica acabó en la contemplación del Cuerno de Oro, objeto de todas las ansias, donde iban a parar todas las riquezas de los imperios. Cecilia reconoció una galera genovesa, dos galeotas francesas y una gruesa nave veneciana. Con todo el velamen desplegado, buscaban su ruta hacia el Bósforo, cruzando las flotillas mercantes que enarbolaban pabellones turcos y persas. Otros navíos occidentales pegados a las «escalas» o anclados bajo los muros de Pera esperaban sus cargamentos.

Al ver las banderas cristianas, Cecilia adoptó un aspecto pensativo. Su corazón se puso a batir. Su mente voló hasta Venecia.

—Míralos bien —dijo ferozmente Mirah—, porque jamás abandonarás el serrallo.

Cecilia no mostró su despecho. Dejó escapar una pena que el viento marino se llevó y venir la cólera traída por su sangre rebelde. Nada se traslució en su rostro realzado por la pintura. Los arcos de sus cejas no se movieron. Ningún rubor subió a sus mejillas. No debía fallar. No era el momento de enfrentarse a la *kadina*. Zora le había enseñado a controlarse. No había olvidado las lecciones de aquella que se había sacrificado voluntariamente al acompañarla a Topkapi.

«Frente a tus enemigos, sé tan lisa y dura como el mármol de una estatua —le decía—. Compón tus sonrisas, pero hazlo de manera que en ellas la ironía brille por su ausencia, porque no se te perdonará que quieras parecerte a la *kadina* Hürrem.»

Cecilia estaba casi siempre en presencia de la favorita. En tanto que responsable de las sedas ante la *kiaya* en jefe Yasmina, tenía un papel determinante en la elección de los vestidos que llevaba la primera dama del palacio. Debía velar por el perfecto estado de los tocados, cada uno de los cuales

representaba la soldada de un regimiento de élite. Las más bellas piezas de seda eran ofrecidas por Solimán; el sultán las recibía él mismo de los pueblos que le pagaban tributo, pero la muy rica Hürrem compraba una gran cantidad a los enviados de los caravaneros y al gremio de sastres.

Hürrem parecía apreciar el buen gusto de la joven esclava veneciana. Nunca dejaba de hacerla ir ante su presencia cuando los mercaderes, llegados de los cuatro rincones del imperio, invadían el palacio para presentar sus muestras de telas y mil chucherías que hacían las delicias de las reclusas del harén.

Aquellos visitantes no eran admitidos el viernes y todavía menos en el perímetro sagrado del Cinili. Cecilia y Mirah nunca habían sido autorizadas a acudir a aquel nido. Con los sentidos alerta, cubrieron los últimos pasos que las separaban de aquel centro neurálgico.

Dos grandes jaulas de bronce dorado, con los barrotes torneados, ornaban la entrada del quiosco. Unos canarios armaban un gran alboroto. Sus piadas tapaban los rumores de la ciudad, los arrullos de las tórtolas de alrededor y las conversaciones que podían filtrarse del interior.

Las dos mujeres extremaron sus defensas. Un eunuco dormitaba contra la puerta taraceada en la que la frase «En Dios se orienta el camino» entrelazaba sus letras de nácar en el corazón de una oscura madera. El eunuco tenía el aspecto de una gruesa mujer de pechos flácidos. Se lo habría podido creer inofensivo, enviscado en un sueño de algodón y de azúcar. No era nada de eso. Réplica peligrosa de una matrona de los arrabales de Estambul, aquel guarda velaba por la seguridad de la que reinaba enteramente en Solimán. Sus ojos brillaban detrás de la cortina de las pestañas. Sus párpados abotargados se abrían de repente para fijar una mirada amenazadora en las que llegaban.

—Ellas os esperan —dijo, dando pruebas de una increíble energía para levantarse de un bote.

Se había parado como una cobra que fuera a picar a su presa. De aquélla tenía la mirada, fija e irisada con fosforescencias amarillas.

Mirah dio un paso atrás. Detestaba a aquel eunuco. Cecilia no vaciló. Se dejó hacer cuando puso sus enormes manazas sobre ella. La cacheó y palpó los rincones secretos de su cuerpo. Verificó que no llevaba ningún arma. Se actuaba siempre así con ella cuando se acercaba a Hürrem. La Princesa de la Luz no había ocultado su intención de matar un día a la Gozosa. Esta idea hacía sonreír. ¿Qué podía aquella joven esclava contra la poderosa señora de Topkapi?

Hürrem había apartado sus *nalins*² engastados de zafiros y de topacios. Leía. Sus pies desnudos reposaban en los muslos de una esclava mongol con los brazos tatuados, que se los masajeaba con determinación. Sentadas en unos cojines, cuchicheantes y prudentes, tres cortesanas elegidas por su apego a la *kadina* bordaban unos pañuelos con aplicación. Ponían en ello mucha atención porque la *kiaya* Yasmina exigía la perfección. Ésta las observaba desde el rincón más sombrío del Cinili. Se habría podido creer que estudiaba unos rollos o que escribía uno de aquellos cortos mensajes codificados que enviaba, como pequeñas golondrinas, hacia las fronteras del imperio y más allá, a sus correspondientes secretos versados en el arte de los venenos y de la magia negra. Para verificar si se dedicaba realmente a aquella actividad intelectual, bastaba con aproximarse a ella.

Ninguna de las tres jóvenes deseaba correr aquel riesgo. Se dedicaron a crear flores y arabescos a la vez que evocaban las últimas historias del palacio. Habían decorado varias decenas de pañuelos con la esperanza de que un día el sultán llevara uno de ellos en su hombro izquierdo. Hürrem no lo hubiera permitido jamás. Guardaba a Solimán para ella, sin sentir compasión alguna por las doscientas setenta vírgenes que se cansaban de esperar y que acabarían por perder la razón. Se quedaban confinadas en los dormitorios comunes, y así estaba bien.

Las tres bayaderas levantaron la cabeza. La Princesa de la Luz acababa de aparecer. La morena veneciana atrajo pronto sus celos. De todos modos, evitaron manifestarlos mediante cualquier gesto porque la *kiaya* Yasmina vigilaba. La arisca siria tenía el poder de relegarlas a tareas subalternas, de castigarlas corporalmente, de encerrarlas. Hürrem le había dado carta blanca, y Abas, temiendo por su vida, ratificaba aquellos actos normalmente reservados a los eunucos.

Yasmina alargó el cuello. Buscaba la imperfección, el grano de arena que habría podido hacerla dudar de la elección de sus oscuros aliados. Como de costumbre, no descubrió ningún fallo. Nurbanu era perfecta.

Aquella perfección acompañada de una personalidad fuera de lo común causó acidez de estómago a las tres celosas que ahora ya no cosían. Cecilia tenía todos los triunfos para llegar a ser una *gozdé*.³ Un *gömleki*⁴ púrpura le llegaba a mitad de pierna. Estaba cosido con hilos cobrizos que dibujaban cuartos de luna, y, entre aquellos crecientes, una lluvia de estrellas corría y se confundía, por un efecto de azules desvanecidos, con el ultramar de su pantalón ahuecado y transparente. Los dedos de las huríes se crisparon en las agujas. En

2 Zuecos de madera de rosa.

3 Literalmente, «la que ha golpeado en el ojo del sultán». Traducción literal de *taper dans l'oeil*, «caer en gracia». (N. de la T.)

4 Blusa preciosa.

comparación con aquel vestido, sus *férédjés*⁵ parecían apagados. Sin embargo, aquella ropa de la parte superior les había costado cinco altunes de oro. Valoraron el *gömlek* de Nurbanu en más de cincuenta altunes. Aquella visión les resultaba tanto más insoportable cuanto que aquella preciosa camisa había sido ofrecida por la *kadina*.

Vestida con velos aráneos superpuestos, con perlas enhebradas en sus cabellos resplandecientes, Hürrem estudiaba una *kasidé*. Aquel largo poema la volvía nostálgica. Hablaba de hazañas y de míticos guerreros del islam, de un mundo que no conocía más que por medio de Solimán. Aquella melancolía era quizá debida a la composición artificial del texto. Su mirada reencontraba la misma rima y la misma medida en cada línea. Tomaba las palabras, enriquecía su propia técnica de poetisa.

La llegada de Cecilia interrumpió la monotonía grandilocuente de aquella lectura. Cuando la vio, puso aquella sonrisa que tanto asustaba a Mirah. Su rostro se agudizó. Sus dientes brillaron. Se volvió felino, serpiente, demonio, acechando a sus presas con una mirada verde y artera.

—Ven cerca de mí, Nurbanu —dijo con una voz falsamente jovial, dando golpecitos en el diván en el que alguna vez había sido amorosamente hostigada por Solimán.

Separada de Nurbanu, Mirah hizo lo que le mandaba la etiqueta. Se arrodilló en la alfombra, zumbándole los oídos, aterrorizada por la proximidad de Hürrem y de la *kiaya* Yasmina, a la que acababa de descubrir en una zona de sombra. La sala recubierta de azulejos se engalanaba con versículos del Corán. Mirah no leía aquellos caracteres árabes que un artista, bajo las órdenes del *Fatih*, había compuesto en el revestimiento. Imaginó que aquellas palabras sagradas describían el pensamiento acusador de Alá. Aquellos lugares estaban cargados de desgracias. Llevaban los estigmas invisibles de los crímenes perpetrados por los señores de la Sublime Puerta. Se sobresaltó cuando Hürrem dio una palmada.

Las *géditchis* se animaron. Humildes sirvientes ejercitados desde su más tierna edad en anticiparse a los deseos de las favoritas presentaron cestillos con frutas y bandejas con dulces; ofrecieron dos copas de jade en las que una joven núbil vertió agua fresca y limonada. Cecilia se concentró antes de poner sus labios en el borde de verdes transparencias. Todas las lecciones de Etienne y de Zora le vinieron a la memoria. No descubrió nada peligroso, bebió ante la satisfacción de la *kadina*.

—El viernes no es un día propicio para las esclavas —dijo esta última—. No es nuestro día —añadió, recordando que ella misma, una mujer amada por el más poderoso de los monarcas del islam, no era libre.

5 Vestimenta femenina de la parte superior, especie de blusa bordada.

Seguía teniendo un valor comercial, del mismo modo que los caballos, los bueyes y los corderos. Haber dado cinco hijos al sultán no le daba ningún derecho. Sufría por ello.

—¿Somos más libres los otros seis días de la semana?

—No, pero una esclava no puede entrar en el paraíso, ¿lo sabías?

—No hay nada que ignore acerca de la condición de los prisioneros sometidos a la ley del islam. Nefer me ha enseñado todo a este respecto, pero soy cristiana. Mi vía de salvación no es la de una musulmana. No desespero ante lo que haya de venir después de mi muerte. Hay tantos paraísos como religiones.

—Hablas bien, Nurbanu; no obstante, hay imperativos a los que deberás plegarte. Tendrás que convertirte al islam.

—¿Por qué debería convertirme?

—Para llegar a ser la esposa de uno de los grandes hombres del imperio.

—En este palacio no veo más que un hombre grande.

A las cortesanas se les cortó el aliento. Atreverse a evocar un matrimonio con el sultán tenía terribles consecuencias. La sombra de Solimán planeó sobre el Cinili. Yasmina se había quedado paralizada. Mirah temblaba. Todas esperaban la reacción de Hürrem.

—Tienes ambición, y eso no me desagrada —dijo entre risas entrecortadas la *kadina*—. Es una de las razones por las que te mantengo con vida. Gülbehar se ha equivocado contigo. No sirves para sus designios, ni para los del dux de Venecia, pues actúas por tu propia cuenta.

—Me casaré con el hombre de mi elección —rectificó Cecilia, pensando intensamente en Joao.

Aquella respuesta relajó la atmósfera. Las cortesanas juzgaron loca a Nurbanu. Yasmina se propuso meterla en vereda.

—¿Estás convertida? —preguntó de repente Cecilia.

Hürrem se turbó. Todavía no había dado el paso que la separaba del islam. Pensaba en ello por puro cálculo desde 1523, año en el que había traído al mundo a Abdullah, que Gülbehar había hecho asesinar tres años más tarde. Diecisiete años habían pasado, y ella había vivido en el odio durante todo este tiempo. En adelante, sólo consideraría la conversión si Solimán se decidía a desposarla. Un sultán tenía derecho a cuatro esposas. Gülbehar era la primera. Ella sería la segunda. Había tenido varias entrevistas referentes a esto con el personaje más importante de la comunidad religiosa, el *cheik-ül-islam* de Estambul, uno de los pocos hombres con los que podía verse en privado. Extrañamente, Cecilia le dio la fuerza para actuar.

—¡Me convertiré el día del próximo aniversario del nacimiento del profeta!

Aquel anuncio petrificó a las mujeres del Cinili. Se iba a modificar profundamente el equilibrio de fuerzas en el seno del serrallo. Una Hürrem

musulmana asentaría definitivamente su poder sobre el imperio. Una guerra se preparaba. Las cabezas caerían por centenares.

—Me he preparado para ello, como tú deberás estarlo un día si consiento en que permanezcas algún tiempo en este palacio.

—¿Quién te ha dicho que no estoy lista?

—¡Cuánta pretensión!

—Tengo algunos conocimientos del islam y del Corán. Hablo y escribo el árabe y el persa, casi tan bien como los letrados de la capital.

Los ojos de la *kadina* se afilaron. Había llegado la hora de empañar la luz de aquella princesa.

—Te lo concedo, escribes mejor que mi hijo Selim, pero la ciencia de los ulemas y la memoria de los *hafiz* no puede ser igualada. Querer compararse a ellos sería ofender a Dios. Una vida no basta para abarcar el Corán.

Cecilia no dudaba de ello. No intentaba compararse a los ulemas que interpretaban las Sagradas Escrituras. No quería rivalizar con los *hafiz* que aprendían y recitaban el Corán desde la más tierna infancia. Ella misma había comenzado aquellos estudios cinco años antes con Nefer y consagraba diariamente varias horas a aquel difícil ejercicio que le permitía acercarse al alma de los musulmanes.

Los párpados de la *kadina* estaban casi cerrados en aquel momento, velando el destello que había condenado a más de uno a muerte. Su languidez era fingida; retorcía maquinalmente un mechón rebelde escapado de la sabia construcción de su cabellera; se la habría podido creer alejada de las contingencias de la vida y de sus obligaciones de favorita.

—La mayor parte de los hombres son malvados —prosiguió con una voz distante de recitador, como si se dirigiera a ella misma o al Señor del cielo—. ¿Aspiran, pues, al juicio del paganismo? ¿Quién puede juzgar mejor que Dios, para un pueblo que está convencido?

La fuente de aquel aparte estuvo a punto de escaparse a Cecilia, pero se hizo la luz en su mente y reconoció un versículo del quinto sura, en concreto el quincuagésimo. Su memoria recordó las palabras. Recompuso el conjunto del texto coránico llamado «la mesa servida», un sura muy tardío, posterior al pacto de Hudaybiya.⁶ Estaba cargado de implicaciones porque había sido creado para polemizar.

Cecilia respondió lógicamente por medio del quincuagésimo primer versículo:

6 Verosímilmente estaría datado el 26 de febrero de 632. El pacto al que se refiere el texto es de marzo de 628, y el autor debe de referirse a la fecha del sura, que precedería sólo en unos meses a la muerte del profeta. (*N de la T.*)

—Creyentes, no contraigáis ni con los judíos ni con los cristianos relaciones de protección. ¡Que las hagan los unos con los otros! Quienquiera de entre vosotros que las mantenga será uno de ellos.

Hürrem quedó boquiabierta. Era increíble. En cuanto a memoria, Nurbanu era una excepción en el harén. A su edad, Hürrem no conocía ni siquiera el tercer versículo del primer sura. Revaluó muy alto el potencial de aquella joven esclava que había sido perfectamente educada, entrenada, concebida por poderosos enemigos. Si no reaccionaba usando su poder sin límites, aquella Nurbanu tenía todas las oportunidades para llegar a ser *gozde* y favorita.

—Y tú ¿has desatado los lazos que te unía a ellos? —preguntó con un tono cortante, acercando repentinamente su rostro al de Cecilia.

—Han sido cortados desde mi entrada en este harén —respondió fríamente, con gran satisfacción de Yasmina.

—¡Mientes!

Cecilia acusó el golpe. La bestia se manifestaba. Las cortesanas, Mirah y las criadas habrían querido estar lejos del Cinili, anónimas entre las mujeres del harén. Algo terrible se preparaba; lo leyeron en la mirada de Yasmina, que acababa de dejar las sombras de su guarida para acercarse a Hürrem y a Nurbanu, y en el rostro rollizo del eunuco, que se cubrió de sudor.

«Sí, miento —pensó Cecilia—. Estoy atada por amor. ¡Y nunca desanudaré ese lazo!»

Su pensamiento, que nada podía constreñir, se escapó de Topkapi.

Capítulo 3

Joao habría debido volver al arsenal. Su servicio y sus funciones de capitán así se lo exigían. Estaba siempre a un tiro de arcabuz de la Puerta imperial, al final de la calle Sogük Çesme Sobak. Aquella calle era un río de hombres en el que se contoneaban las cabezas y los hombros cargados de fardos. Unos, flanqueados de mulos, llegaban del *bedesten*⁷ donde se negociaban las telas preciosas y los productos de lujo; otros sufrían bajo el peso de los azulejos, de las placas de mármol, de las vigas, del yeso, de las piedras talladas y de una infinidad de productos comestibles destinados al vientre de Topkapi. Se tropezaban con aquellos malditos *arayid-jiyans* que, cargando sus cestos de basuras y de excrementos, limpiaban y repurgaban las calles de la ciudad.

Uno de aquellos hombres apestosos iba cerca de Joao. Éste no se apartó de él como era costumbre en presencia de aquellos basureros sucios y enfermos. Pensaba demasiado en la prisionera del serrallo, en su veneciana, en su amor perdido. Rumiaba su rencor cuando sintió un golpe en la parte posterior del cráneo.

Se volvió bruscamente empuñando la guarnición de su cimitarra. La calle de la Fuente fría cambiaba de aspecto. Las casas de madera de los dignatarios pintadas de negro y la imponente masa de Santa Sofía se deformaban. Joao se creyó en el puente de un barco un día de bruma. Pasó una mano por sus ojos sin poder detener el fenómeno.

Un *arabadji*⁸ y los bueyes de la carreta que conducía se disiparon poco a poco. Todos alrededor de él sufrieron la misma suerte. El *poyraz*, aquel viento fresco del noreste que purificaba la ciudad de sus miasmas, cayó de repente, y los ruidos de la calle murieron con él.

Joao seguía manteniendo la mano en la empuñadura damasquinada de su arma cuando la vio. La silueta se dirigió hacia él. Tomó forma poco a poco.

—Cecilia —balbució Joao, reconociendo repentinamente a la joven dama.

7 Mercado.

8 Carretero.

Ella se paró en el límite de la bruma en la que desaparecían los seres y las cosas. Con las manos tendidas hacia él, pronunció palabras inaudibles, y supo que estaba en peligro.

Iba a abalanzarse para ayudarla. Hizo silbar su cimitarra. Alguien se interpuso entre él y la visión, y detuvo su brazo. Era una mano rápida, una mano mágica. Hizo desaparecer a Cecilia y a la bruma, y volvió a llevar a Joao en medio de los curiosos estupefactos.

Joao reconoció aquella mano larga y seca, la sortija de plata coronada con una estrella de Salomón alrededor de la cual se enroscaba una serpiente cubierta de letras hebraicas. Hubiera sido imposible encontrar una mano igual en todo el imperio.

—¿Tío Etienne? —tartamudeó, sin dar crédito a sus ojos.

Etienne Levy estaba ante él. Su mano apretaba su antebrazo. Su mirada le sondeaba hasta el alma. Aquella misma mirada rechazó a los curiosos y a los agentes del *djèbèdji bashi*⁹ encargados de la seguridad del barrio.

—Envaina tu sable.

—Cecilia está en peligro...

—Menos que tú, mi querido sobrino.

Joao hizo un amago de rebelión. Quería volver a subir la calle, franquear todas las puertas de Topkapi, matar a los jenízaros, a los eunucos, al sultán y llevarse a Cecilia. Etienne, que leía en su mente, lo engatusó.

—La muerte siempre llega demasiado pronto. No hay que desafiarla. En el seno del serrallo es demasiado fuerte. Perteneces a la poderosa familia de los Mendès. Debes vivir y crecer aún. Hay ciudades y títulos que ganar, una fortuna que edificar, y tienes que hacerte un nombre. Hazte notar ante el sultán y podrás quizás acercarte a Nurbanu.

—¡No la llames así!

—Ella es la Princesa de la Luz. Así la designa oficialmente el *nishandji* en sus informes para la cancillería, y bajo ese título la conocerá y la reconocerá el mundo.

Joao no aceptaba esa idea. Miró con suspicacia a su tío. ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué había dejado el gueto de Venecia?

—He venido a organizar a nuestra comunidad en Estambul —respondió Etienne antes incluso de que Joao empezara a hacerle preguntas—. Debemos ser hábiles en la política y en los negocios si queremos que el islam nos tolere. Ocurre que algunos de entre nosotros trafican con los funcionarios del imperio y ponen en peligro a nuestro pueblo. Debo meterlos en vereda.

—El gran rabino de la ciudad y los *hashgaha*¹⁰ están habilitados para juzgar lo que es bueno o malo para nuestro pueblo.

9 Comisario de policía.

—El gran rabino y los consejos directores tienen los párpados cosidos con hilo de oro. Tengo el deber de actuar.

—Pero entonces, ¿quién eres tú?

Etienne no podía responder a esta pregunta. Había hecho el juramento de no desvelar nada y de proteger «a la especie humana y a su pueblo prioritariamente». Desde hacía treinta años no se había encaminado hacia otra cosa que a la realización de aquellos imperativos sobre los que cristalizaban todas sus acciones de médico y de jefe oculto. Era la cabeza de una vasta organización en la que las ramificaciones se extendían mucho más allá del judaísmo. Había reclutado y formado a griegos, musulmanes, cristianos e incluso a derviches *mévlévis* de Konya y *bektashis* de Estambul.

—Tu tío y tu tutor —respondió sonriendo—. Te llevaré al arsenal de Gálata, de donde no habrías debido salir. Hay allí un hombre que te valora y al que debes servir.

Joao estuvo de acuerdo: debía servir al hombre al que más admiraba sobre la tierra, el bajá Jair ed-Din Barbarroja. De todos modos, no pudo dejar de contemplar con desesperación las murallas de Topkapi cuando franquearon el Cuerno de Oro en barca.

Sintió que Cecilia estaba realmente en peligro.

Los sirvientes habían dejado bandejas, cestos y jarras. Cuatro pirámides de *gourabiyès*¹⁰ que reposaban sobre azúcar rosa, naranjas, albaricoques y rajas de sandía seleccionadas por el jefe de las cocinas imperiales no pedían otra cosa que deshacerse en el paladar de las mujeres reunidas en el Cinili.

Hürrem alargó la mano hacia una naranja, la sopesó y la dio a una cortesana que se puso a pelarla delicadamente.

—Es para ti —dijo la sultana dirigiéndose a la veneciana.

«¡Desconfía!», le susurró una vocecita interior.

Cecilia había sido preparada para toda clase de pruebas por el maestro Etienne, Nefer y la *kiaya* Zora. Tuvo la impresión de que aquellos tres estaban allí, junto a ella, sombras entre las sombras del palacio, insuflándole su inmensa sabiduría.

Desde su llegada al harén, había permanecido alerta, confiando sólo en su instinto para preservar su vida. Sin embargo, nunca había sido inquietada. Ahora era diferente. Su cuerpo emitió ciertas señales, unos escalofríos reptaron a lo largo de sus costados, la carne de gallina le hizo cobrar conciencia de la amenaza inminente que se percibía en la mirada de Hürrem.

10 Rabinos de barrio.

11 Pastas.

Detrás de las piedras verdes y frías lanzadas al rostro de Nurbanu, los pensamientos cedían al odio. La favorita tenía desde hacía diez años, desde la aparición de su primera arruga, el invierno en el alma. Ella también había sido una joven esclava, también había sido humillada por las *kiayas*, azotada por los eunucos antes de ser elegida y elevada al rango de *kadina* y de tomar el poder. Frente a la veneciana se sentía sobrepasada. El arte de seducir y de agradar era una lucha abrumadora que, en la cercanía de la cuarentena, no era ya capaz de sostener por mucho tiempo. Le parecía que el amor del sultán estaba ligado a la apariencia de su eterna adolescencia. Seguía teniendo el cuerpo de sus quince años, pero los embarazos habían marchitado su vientre, sus senos menudos se habían desplomado. Habría podido decirse que alguna humillación no importaba cuando era la primera mujer del Imperio turco y la madre de tres príncipes y una princesa. Todo ello no era nada. La belleza y la inteligencia de la Princesa de la Luz la escarnecían. No hacía falta que Solimán descubriera aquella perla.

Los pensamientos de Hürrem se dirigieron hacia el hombre que amaba. Solimán estaba en Hungría, donde los austriacos de Fernando asediaban Buda. Aquel alejamiento hacía de ella la «señora del cuello de los hombres» de Estambul. No tenía que rendir cuentas a nadie, ni siquiera al gran visir.

Olvidando a Solimán, puso sus ojos en el cuello de Nurbanu.

Cecilia había separado las dos mitades de la naranja. Aspiró su perfume, buscó el defecto que habría podido revelar la presencia de veneno. El fruto estaba sano; tuvo la certidumbre de ello. Comió las rodajas de una en una.

La *kiaya* Yasmina vio desaparecer el fruto entre los labios carmín de su protegida. Retuvo su aliento, esperando ver sufrir a Cecilia de un momento a otro. Se reprochaba a sí misma por no haber revisado los platos desde su llegada al Cinili. Sin embargo, se tranquilizó cuando las cortesanas comieron fruta a su vez. Cruzó su mirada con la *kadina*. Era la de un reptil.

Seguía habiendo peligro.

Hürrem empujó uno de los platos de pastelitos hacia Nurbanu. Cuadrados, redondos, en forma de corazón o de almendra, cubiertos de granos de sésamo, rellenos de adormidera, de rosa, habían escapado a la codicia de Selim, el hijo preferido de Hürrem. Definitivamente, el grueso príncipe había abandonado el *enderun*, como lo ordenan las leyes del harén cuando un niño varón alcanza la edad de procrear. Con gran desesperación de su madre, había tomado posesión de la fortaleza de Kütahya. De todos modos, en aquellos cruciales momentos, la favorita no pensaba en su hijo; experimentaba un goce malsano.

—Te lo ruego —dijo.

Ella rogaba. Cecilia se mantenía en tensión. Un aguijón secreto alimentaba su inquietud. Examinó la pirámide sabiamente construida, cuya base reposaba en azúcar en polvo. Los *gourabiyès* de color trigo cocido se imbricaban

estrechamente. Era lógico tomar el que coronaba la construcción. Cecilia lo desdenó. Eligió uno de la base, causando un pequeño desprendimiento de golosinas que provocó la risa burlona de la *kadina*.

Entre las dos mujeres se estaba jugando una partida. Las espectadoras asistían a ella a su pesar. La *kiaya* Yasmina se acercó todavía más al diván. Tenía una mano a la altura de la cadera. Sus dedos palpaban una bolsa que contenía cuatro frasquitos con antídoto contra el veneno. En otras ocasiones había salvado la vida de Hürrem; ahora salvaría la de Nurbanu.

Cecilia se disponía a morder aquel corazón que se desmenuzaba un poco cuando descubrió el ínfimo perfume azufrado del oropimente. Trató de identificar otro olor que le recordaba el de una flor salvaje.

«Veneno mortal», le dijo la voz lejana del maestro Etienne que había oído años antes. Volvió a verse en el laboratorio del médico judío en el que había aprendido todo, percibido todo, probado todo, medido, gustado. La pasta había sido preparada para matar rápidamente. La apartó de sus labios.

—La he elegido para ti —dijo ofreciéndola a Hürrem.

Sorprendida, la favorita guiñó los ojos. Aquel signo de nerviosismo se inscribía en su mirada bajo un fulgor de espanto que no escapó a Yasmina, cuya mano no se apartaba de los frasquitos. Hürrem podía forzar a Cecilia a tragar el corazón. Tenía los medios. Bastaba ordenar al eunuco que abriera la boca de la Princesa de la Luz y que le introdujera allí la pasta envenenada. Pero Hürrem estaba de un humor antojadizo. Era difícil prever sus reacciones. En su estado, había momentos en los que recobraba el dominio de sí misma y volvía parcialmente a la razón y al cálculo. «¿Para qué me serviría su muerte?», pensó. Ya una nueva idea germinaba en su mente. Vislumbraba otro destino para Nurbanu. Respondió hábilmente.

—¿Quieres hacerme engordar? No tengo ganas de parecerme a Gülbehar. Esta levedadura es especial —añadió— y me hinchará el vientre hasta reventar. Tu sierva apreciará mejor que yo estos manjares.

Mirah abrió desmesuradamente los ojos. Una especie de sordera la estaba afectando. Veía cómo se movían los labios de la favorita, pero ya no oía las palabras que le estaban destinadas. No obstante, la voz de Hürrem acababa de subir un tono.

—¿Rehúsas probar lo que te da tu señora? ¿Rehúsas obedecerme?

Mirah miraba la pasta en la mano de Cecilia. Negó con la cabeza y se levantó para huir del Cinili. Se tropezó con la masa del eunuco. Gimió. Con una rápida presa, el gigante le retorció el brazo y la arrastró ante el diván.

—Dizir, alimenta a esta hiena.

La cara de Dizir expresó crueldad. Como a la mayoría de los eunucos, le gustaba castigar a las mujeres. Se vengaba. Mirah se había puesto a gritar. No

tuvo ningún reparo en llenarle la boca con la pasta. Mirah intentó escupirla, pero él volvió a cerrarle las mandíbulas entre las tenazas de sus enormes dedos.

El miedo y el horror petrificaron a Cecilia, a las cortesanas y a las esclavas, pero no alcanzaron a Yasmina, que había dejado caer sus frasquitos en el fondo de su bolsa. La *kiaya* estaba bastante satisfecha del desarrollo de los acontecimientos. Se la desembarazaba al fin de aquella intrigante que servía a los intereses del jefe de los eunucos Abas y del todavía más intrigante bajá Rüstem.

Mirah estaba perdida. El dolor provocado por el veneno era insopportable. Subió a lo largo de su garganta como una hoguera, paralizó los músculos de su rostro, retorciendo sus rasgos en una horrible mueca. La sangre enrojeció sus pupilas antes de brotar de su nariz. Se desplomó sin un grito a los pies de las dos mujeres.

—Has hecho bien en no comer ese *gourabiyè* —dijo Hürrem, poniendo una mano amistosa en la de Cecilia—. Era indigesto. Buscaremos al culpable, y voy a referírselo inmediatamente al sultán. Que se me traiga mi escritorio y se arroje a esta perra a la fosa del Palacio de las lágrimas —añadió, señalando los despojos de Mirah.

Capítulo 4

Buda se engalanaba con los colores imperiales alemanes. Las banderas y los estandartes eran más numerosos que los defensores. Solimán contempló las aspilleras, contó los cañones: nada que pudiera detener a su ejército. Sus espías le habían informado de que la guarnición carecía de pólvora y balas. Estaba de pie ante su tienda. Sus mudos lo escoltaban. Doscientos pajes en ropa dorada, armados de arcabuces, cerraban el perímetro en cuyo centro había convocado a sus generales de los *killidij*¹² incrustados de pedrerías.

En la linde del inmenso campamento, los seis mil jenízaros vestidos de violeta esperaban, con los ojos fijos en su comandante, el *charbadji bashi*, la orden de asalto. El *charbadji bashi* impresionaba, su título significaba «el jefe que da el rancho». También daba la muerte. Reconocible por su alto gorro en el que estaba cosida una cuchara de palo, emblema de los jenízaros, ardía en deseos de batirse con las tropas imperiales, pero no intentaría nada sin el consentimiento del sultán y antes del bombardeo de la ciudad.

Impasible, Solimán luchaba contra el dolor. Una crisis degota se le había declarado la víspera. Sus ardientes dedos del pie le torturaban. Y rehusaba las drogas de su médico para no perder su lucidez. Cuando se era el hombre más poderoso del islam, se debía estar eternamente joven y dispuesto, pronto a tomar las mejores decisiones en nombre de los treinta y cinco millones de habitantes del Imperio otomano. Sin embargo, tenía cuarenta y siete años. Abrumado por las dificultades de su cargo y de aquella campaña militar, tenía que tener siempre la atención bien despierta, la circunspección, el rigor en todo momento, y debía llamar al *kazasker*¹³ del ejército para hacer prender a unos cuantos hombres cuando la disciplina se relajaba.

Sí, debía dar ejemplo y servir a Dios del mejor modo. No obstante, no había encontrado, en la oración de la mañana, el bálsamo reparador que le habría permitido considerar sin preocupaciones la conquista de Hungría, con el fin de asegurar el porvenir de su joven protegido, Juan-Segismundo, el niño que los

12 Empuñadura con una hoja curva.

13 Juez.

azares de la política y de las guerras de sucesión en Occidente habían situado bajo la autoridad de la Puerta, a petición de su madre, Isabel de Polonia.

La gota se manifestó. Se tambaleó, gesticuló, pero rehusó la ayuda del encargado de sostener el estribo cuando llegó el momento de montar en su caballo blanco. Rechazó el dolor. La cólera y el odio lo sostenían. Pensó en la carta que le había enviado Hürrem.

La favorita y una odalisca de nombre Nurbanu habían escapado a la muerte. El veneno circulaba en el serrallo. No podía hacer prácticamente nada contra los cobardes que lo utilizaban y se mantenían lejos de los campos de batalla. ¿Quién se había atrevido? ¿Quién quería atentar contra su felicidad? La idea misma de perder a Hürrem, su perla rusa, su ruseñor, su alegría, la que lo empujaba a conquistar el mundo, le era insopportable. Le había dado unos hijos a los que amaba.

A pesar de la tortura infligida por la enfermedad, se enderezó sobre los estribos para dominar mejor a los cien mil hombres de su ejército. Se volvió hacia el ala derecha del dispositivo militar. Más allá del mar de las lanzas, de los sables blandidos por las seis divisiones de la caballería de élite *alti bölük* y los batallones *odjac*, el príncipe Bayaceto, el segundo hijo de Hürrem, en un caballo adornado con placas de oro y plumas blancas caracoleaba a la cabeza de treinta mil *timariots*.¹⁴ Guerrero fogoso, pero demasiado joven para ser un buen capitán, respetuoso de las leyes coránicas, no igualaba, sin embargo, a Mustafá,¹⁵ el hijo de Gülbehar, adorado por los jenízaros y por el pueblo.

Mustafá gobernaba con sabiduría su provincia anatólica y alimentaba las esperanzas de su madre, que esperaba el día en que subiera al trono. Gülbehar, sultana *valideh*, señora del serrallo. La ajada Gülbehar entre sus eunucos y Hürrem confinada en el Palacio de las lágrimas. Aquellas perspectivas de futuro revolvieron por el disgusto el estómago de Solimán.

No obstante, en otro tiempo había amado a Gülbehar. La había cubierto de joyas, le había otorgado una pensión de bajá, la había alabado ante los ulemas. Ahora, la aborrecía. La suponía en el origen de numerosas confabulaciones. «¿Y esta Nurbanu?», pensó. De repente, estableció la relación entre Nurbanu y su primera mujer porque había tenido conocimiento de los informes concernientes a las jovencitas que servían a los intereses del dux Gritti y a los de Gülbehar. Sólo Nurbanu había escapado a la justicia turca. ¿Qué papel desempeñaba? ¿No era una de las envenenadoras del serrallo? Seguramente, no estaba sola. Los enemigos de la Puerta eran numerosos. Los emisarios de Fernando de Austria, los espías de las repúblicas italianas, los enviados de la Santa Inquisición, los

14 Los *timariots* eran tropas irregulares de caballería, a los que se pagaba con un feudo. Debían aportar las armas. (N. de la T.)

15 Este príncipe también es llamado Mahomet (o Mahometo) por los historiadores. Por esta razón en este libro se le denomina Mustafá o Mahomet.

asesinos chiítas instruidos en la corte de Tahmasp el persa, los traidores de toda suerte se habían unido para destruirlo.

¡Perros! ¡Chacales! ¡Ratas! Habría querido oírlos gemir en sendas cruceñas. Imaginó los suplicios a lo largo de las orillas del Cuerno de Oro, y aquellas imágenes le parecieron demasiado amables. Ensartarlos en picas de hierro, desgarrarlos con gradas, arrancarles los ojos, las uñas, cubrir con su sangre las aguas del Bósforo: se lamentaba por no haberlo hecho antes. Sus padecimientos agradarían a Dios.

Los soldados de la guardia se agitaron. Los capitanes se volvieron hacia el levante, hacia donde corría la carretera llena de baches por los carros de avituallamiento y las pesadas piezas de artillería. Se levantaba una gran polvareda. Unos arcabuceros apuntaron sus armas en aquella dirección mientras que los *yayas*¹⁶ de la retaguardia se reagruparon para detener un posible ataque. La tensión volvió a caer. Una tropa mixta formada por un centenar de caballeros otomanos y otros tantos polacos escoltaba una carroza dorada.

La mirada de Solimán se suavizó. La reina Isabel se había plegado a su voluntad. Levantó lentamente el brazo. Enseguida los soldados se separaron en dos olas. Ahora se podía llegar hasta él. La carroza tirada por cuatro caballos grises de largo pelaje se adelantó entre las picas y los estandartes. Un caballero serbio y seis nobles húngaros vinieron a arrodillarse a los pies del caballo de Solimán.

—En el nombre de la reina Isabel, saludo al jefe de la tropa de los profetas y al sultán de los sultanes —dijo el caballero.

—¡Levantaos! —le intimó Solimán.

El caballero pudo al fin ver el rostro del soberano y fue sorprendido por la limpidez de la mirada azul que lo escrutaba, lo atravesaba, tomaba posesión de su alma. Le fue difícil continuar su discurso porque estaba bajo la mirada de los terribles mudos cuya única función era la de matar a los que desagradaban al sultán.

—La Reina te hace saber que sus tropas mandadas por el conde Roggendorf han batido a las de Fernando y que los alemanes y sus auxiliares austriacos abandonan las plazas fuertes del Danubio. Te envía, como habías deseado, a su hijo Juan-Segismundo y a sus seis consejeros.

El caballero retrocedió hasta la carroza y abrió la puerta. Dos viejas damas de negro, temblorosas, salieron de ella. Doblaron la espalda y trataron de proteger mediante mudas oraciones a aquel que habían acompañado hasta allí, en medio de aquellos infieles: el príncipe Juan-Segismundo, bebé mofletudo y envuelto en pañales que una nodriza llevó a Solimán.

16 Meros soldados de infantería.

El sultán tomó al niño y le mostró la ciudad.

—Tú serás el rey de Hungría y mi más fiel vasallo —le murmuró.

Desde lo alto de las murallas, los oficiales alemanes, que estaban demasiado lejos de aquella escena como para comprender que su suerte acababa de ser decidida, vieron moverse los banderines turcos de mando. Todos dirigieron sus miradas hacia la tienda del Gran Turco, inquietos, desesperados y, sin embargo, dispuestos a vender cara su vida. Se persuadían a sí mismos: «Somos los defensores de Cristo, los soldados de la Santa Trinidad, y nuestro Emperador, Fernando, lleva también el título de rey de los romanos». Lo llamaban «emperador», pero Fernando no lo era todavía.¹⁷ Aquello los confortaba. Se creían poderosos. Podían morir como cruzados. Era extremadamente estúpido.

De repente, unas humaredas parecidas a copos de nieve levantados por la brisa empañaron los pulidos tubos de los cañones turcos. Unas detonaciones retumbaron. Aturdidos, los alemanes vieron hundirse un parapeto y caer a algunos ciudadanos mal armados.

La artillería enemiga acababa de lanzar su primera salva de balas de piedra. Los defensores tomaron de repente conciencia de su debilidad. Algunos se apartaron de las almenas. El espíritu «cruzado» había desaparecido. El gobernador de Buda hizo saber que prefería abandonar la posición. Se habría dicho que la fuga era una idea genial que podía dar a aquella batalla perdida de antemano una solución honorable.

En algunos minutos las murallas se vaciaron y se produjo la desbandada a través de la llanura. Solimán podía tomar la ciudad. No había perdido un solo hombre.

17 Tomó oficialmente el título de Emperador después de la abdicación de su hermano Carlos V en 1556.

Capítulo 5

Dos chorros de luz gris caían desde estrechas aberturas practicadas en el muro. No alcanzaban a hacer vivir a los animales pintados en la constelación de ladrillos vidriados, ni a dar color al rostro de Cecilia.

Cecilia luchaba contra el deseo de rebelarse, contra el dolor. Yasmina hincaba sus gruesas y amarillentas uñas en la unión del cuello y los hombros de su alumna. La *kiaya* nunca castigaba por placer. Tenía sus razones, oficiales o no, dictadas por las leyes del harén, los deseos de Hürrem o las decisiones de la orden secreta a la que pertenecía desde el reinado de Selim el Cruel.

Podía hacer sufrir a todas las mujeres del serrallo; era la «*kiaya* en jefe, la primera sirviente de la favorita, la tutora y maestra de todas las esclavas compradas para el placer del sultán». Nadie podía impedirle enderezar a las odaliscas, ni siquiera el terrorífico Abas.

Yasmina tuvo un pensamiento malévolamente para el eunuco, quien, desde hacía algunos meses, daba pruebas de un verdadero interés por Nurbanu, ofreciéndole pequeños regalos, relajando así la disciplina según su consideración. El inteligente Abas tenía una idea en la cabeza. ¿Quién guiaba sus actos? ¿Solimán? ¿Hürrem? ¿El gran visir Lüfti? ¿El bajá Rüstem? ¿La estrella ascendiente del islam, Mustafá Efendi? ¿El canciller de palacio? ¿La familia Mendès? ¿El gobernador del serrallo? ¿El conservador de los registros?

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? Buscó la respuesta en la carne de Cecilia, buscó los nervios que torturar, los tendones que atenazar, las venas de aquella joven arrodillada a la que no conseguía hacer llorar.

—Realmente voy a hacer de ti una favorita —dijo en persa—. No escuchas, sólo actúas según tu criterio, despreciando los mil peligros que te acechan entre estos muros. Hürrem no te protegerá eternamente. En dos ocasiones has estado a punto de perder la vida queriendo igualarla. Una no se equipara a la mujer que ha conquistado el corazón del defensor de los creyentes. Una no se puede medir con alguien que posee centenares de miles de altunes, suficientes como para levantar un ejército de asesinos y comprar la conciencia de los jueces del ejército y de todos los cadíes del imperio. ¿Sabes que el hermano del *kazasker*

Hodja, el todopoderoso cadí de Estambul Osman, ha jurado arrancarte el corazón?

—¡No conozco ni a ese Hodja, ni al cadí Osman!

—¡Mentirosa! Lo sé todo de tu crimen. Tú y la *kiaya* Zora habéis envenenado al juez de los ejércitos. No te censuro por ello. Él quería tu cabeza. Actuaba en el nombre del islam y del bajá Rüstem con el consentimiento de «la Bienaventurada». Tu victoria ha sacudido las conciencias del serrallo. Ahora tienes un peso político, un valor. Algunos piensan en utilizarte para escalar los peldaños del poder.

—O me utilizan ya con fines secretos, como lo haces con Etienne Levy.

—¡No vuelvas a pronunciar su nombre jamás!

Los dedos de Yasmina se crisparon. Sus uñas se hicieron tan duras como las de las garras de un halcón. Hicieron caer a Cecilia de rodillas, pero ésta no dejó escapar el gemido que esperaba la *kiaya*. Apretó los dientes.

—Sirvo a Hürrem —continuó Yasmina—. Te sirvo. También tengo unas obligaciones para con los que buscan mantener el equilibrio entre nosotros, los chiítas, los judíos y los cristianos. ¡Quiero permanecer con vida, me oyes, con vida! Entre mis dos servidumbres en este palacio, mi elección está hecha. Hürrem pasa por delante de ti, princesa cuya luz no iluminará ni siquiera los agujeros donde se tiran las deyecciones del palacio. ¿Qué vale tu orgullo de virgen frente al orgullo de una favorita embarazada cinco veces por el Señor del cuello de los hombres de este mundo? Reflexiona. ¿Qué vale?

Cecilia había reflexionado desde hacía mucho tiempo. Su orgullo no pesaba nada. Servía a los designios de sus numerosos enemigos. Era el pretexto para toda suerte de castigos otorgados por los eunucos y la *kiaya*. Yasmina no dejaba por ello de enseñarle los secretos del serrallo y el intríngulis de la política de la Puerta, bastante mejor de lo que lo había hecho Nefer en su momento.

Sin embargo, había cosas que rehusaba aprender, como por ejemplo plegar correctamente los sumptuosos vestidos de seda de la favorita. Por esta falta a sus funciones de encargada de las sedas, estaba obligada a permanecer de rodillas y sufría la tortura de las uñas. Prefería con mucho este castigo a aquel, habitual, que la obligaba a lustrar el suelo de los dormitorios comunes, como la última de las esclavas, objeto de mofa de las mujeres del harén.

—Ahora puedes indicarme tu elección —dijo al fin Yasmina, poniéndose de pie.

Había apartado sus uñas, dejando caer unas gotas de sangre. El dolor se borró. Cecilia resopló como un animal. No se volvió para lanzar una mirada de odio a la *kiaya*. Era inútil. Y no estaba verdaderamente resentida con Yasmina, que no hacía otra cosa que salvar su piel. Retomó su papel en el seno de la compleja jerarquía del serrallo. A fin de cuentas, no era un papel ingrato. Ocuparse de las sedas era un privilegio. No dormía con las otras esclavas; tenía

su propio espacio, cinco metros y medio por tres. Un cuartucho encalado en el que podía evadirse sumida en sus pensamientos. Un lujo en aquel lugar donde era difícil evitar la promiscuidad.

Las otras mujeres eran incapaces de imaginar una posición mejor, reducidas a aburrirse especulando acerca de las raras visitas de un Solimán que rehusaba honrarlas. Abrumadas por el terror al constatar la locura que se apoderaba de los eunucos cuando el sultán no estaba de buen humor o cuando los asuntos de Estado iban mal, decían: «Debemos esperar, resistir, aguardar y esperar a lo largo de noches interminables, sudorosas y pesadas, a lo largo de los días de invierno más crueles todavía, cuando los graznadores cuervos devoran los restos de los condenados colgados bajo los muros del serrallo».

—¿Oyes los cuervos? —le preguntó Yasmina.

—Oigo llorar a Mihrimah —respondió Cecilia, tomando uno de los ocho *gömleks* que había extendido sobre la alfombra.

—Tienes fino el oído, pero la mente obtusa.

—Me da lástima la princesa.

—Pues yo me alegro de verla abandonar este harén. Nunca hemos podido someterla. Supongo que el bajá Rüstem, su esposo, sabrá hacerla entrar en vereda. No se podía soñar un partido mejor para Mihrimah.

—¡Un hombre tan viejo!

—Uno de los más ricos del imperio.

—¡El más falso de los cortesanos!

—Cállate y muéstrame esa blusa que has elegido para la princesa.

Cecilia desplegó el *gömlek*. Yasmina tomó una lámpara de aceite y la acercó al traje de luces. Dos pavos reales con los ojos de jade brillaron con todas sus plumas. Aquel trabajo de bordado e incrustación de piedras preciosas había necesitado cientos de horas de costura en los anexos del serrallo donde los *sarikdjis*, artistas pagados por el Gran Señor y los notables de la ciudad, formaban uno de los gremios más célebres de Estambul. Cecilia pasó los dedos por la seda amarilla sobrecargada de motivos. Imaginó la lejana China, las largas caravanas, las ciudades míticas escalonadas por las rutas de Levante. Aquel tejido había tenido una historia antes de ser negociado por el subintendente de la cancillería con el *dellâl* en jefe, el mejor vendedor del mercado de Sandol Bedesteni, donde afluyán todas las riquezas de Oriente y de Occidente.

Levantó el vestido de etiqueta. Había sido cortado a medida para una Hürrem que no había ganado ni una onza de grasa desde los dieciséis años. Ahora estaba destinado para la hija de Solimán, que, a los dieciséis años, estaba plenamente formada. Mihrimah se parecía a Hürrem. Había heredado su pequeña estatura, pero sus ojos eran más oscuros, cargados de rebeliones, animados por una perpetua llama que quemaba a los seres de su alrededor.

El rostro de Cecilia se veló de tristeza. La princesa Mihrimah iba a ser unida a Rüstem. Y aquel *gömlek* sería su vestido de boda, un regalo ofrecido por su madre, de un valor igual a una galera armada. Hürrem había pedido a Cecilia que eligiera un vestido entre las maravillas de su guardarropa porque Mihrimah rechazaba toda participación en la preparación de la fiesta en la que iba a ser la joya.

Yasmina asintió con la cabeza. La elección era buena.

—Éste será su vestido del jueves —dijo la *kiaya*—. Y tú te encargarás de vestirla.

—¡Yo!

—Lo exige Hürrem.

—Mihrimah nunca querrá que me acerque a ella.

—Debes aliarte con ella.

—Odia a todas las mujeres del harén. Jamás me ha dirigido la palabra.

Cuatro de sus esclavas se han suicidado. Y...

—Has sido designada. No discutas. Al Señor del cuello de los hombres y a su favorita les importa el buen desarrollo de este matrimonio. Vas a tener que dar prueba de tus aptitudes.

Capítulo 6

Las resonantes salvas de los martillos sobre los yunque y de los mazos sobre los cascos, los chirridos de las sierras, los rugidos de los fuegos y los latigazos del arsenal del bajá Kassim le proporcionaron fuertes sensaciones. A Joao le ocurría a menudo pensar que aquella formidable industria trabajaría un día para él. Desde su instalación, cuatro años antes, en la orilla derecha del Cuerno de Oro, conocía tan bien como el mismo almirante, el temido Barbarroja, los mecanismos de los arsenales, de las fábricas de pólvora y de las de armas, con todas sus fases, la elaboración de los planes militares, las reglas en uso en todos los gremios de los oficios de la marina y de las construcciones navales.

Joao husmeó el aire frío de enero, aquel aire que se cargaba con los vapores del alquitrán y de la pez, aquella atmósfera atravesada de gritos de gaviotas y de gemidos humanos. El viento boreal le hizo envolverse en su capa negra y en el faldón del turbante ocre que llevaba a la manera de los berberiscos y de los príncipes hindúes.

Vivía intensamente el momento. El placer que la daba aquel espectáculo grandioso, aquella visión de hierro, de madera, de sudor y sufrimiento, no estaba aminorado por la costumbre; al contrario, el conocimiento que tenía de todo ello alimentaba aquel placer y casi le hacía olvidar a Cecilia.

Se asomó entre las almenas de la torre del ángulo que ocupaba cuando las galeras invernaban. El poder de la Puerta se manifestaba bajo sus ojos. Buscó su galera, *El rayo del profeta*, anclada en las aguas grises. Le costaba trabajo descubrirla entre las innumerables unidades de la flota y los barcos cristianos. El mal tiempo había empujado a venecianos, genoveses, portugueses, franceses, holandeses y españoles a refugiarse en aquellas aguas pretendidamente neutrales, bajo los muros de Gálata, esperando días mejores. Las *bargas*¹⁸ redondas de aquellos infieles, verdaderas fortalezas flotantes, cabeceaban por la popa tirando de sus amarras. Joao nunca había conseguido tomar uno de aquellos navíos cuya mayor parte arbola el pabellón veneciano.

18 Gran navío de guerra occidental.

Su galera de tipo *kadirga*¹⁹ era ligera. Sus veinticinco bancos de remeros, sus doscientos cincuenta hombres de tripulación y de combate hacían de ella una unidad temible por mar calma. Era más grande que las *kalitas*²⁰ con veinte bancos y mucho más pequeña que la *bastarda*²¹ con treinta y seis bancos. Pero bastaba para su bravura. Había ya apresado varios caiques y galeras mercantes. Esto le había valido ser citado como ejemplo en el Consejo de ministros y colmado de oro. Su ascenso había provocado rechinar de dientes. Su naciente amistad con el *kadupan pacha* Barbarroja inspiraría respeto en lo sucesivo.

Un día, mandaría una flota. Con esa idea, se pavoneó y se apropió de todas las naves que podía ver, incluso las *saiques* del mar de Mármara, los *caramousals*, los *kirlanghishs* y los *zabouns*²² que unos marinos mercantes temerarios osaban pasar del mar Negro al mar Egeo.

Un detalle le llamó la atención. Había estandartes y banderas coronando todos los navíos, muchos más que de costumbre. Aquella profusión no era debida a la fantasía de los capitanes. Reanimó sus ansias y su dolor al recordarle que se preparaba una gran fiesta en el serrallo. Aquel despliegue de colores, de crecientes y de cruces había sido decidido en honor del matrimonio del bajá Rüstem y de la princesa Mihrimah. A lo lejos, en las murallas de Topkapi, los estandartes del islam, parte alicuanta del poder del islam, del poder creciente de Solimán el Magnífico, parecían haberse multiplicado, ultrajando su mirada celosa. Joao fue preso de un deseo frenético de desgarrarlas y de ponerlas al pie de los muros donde los jenízaros las habían alzado.

Los sabios consejos del maestro Etienne Levy no tenían ningún efecto sobre su razón cuando asociaba el serrallo a Cecilia. Hacía falta bastante más que las buenas palabras de su tío para refrenar su odio y aquella sangre tumultuosa que le empujaba a proyectar locuras.

Aquel «bastante más» se manifestó de repente en el subsuelo de la torre de los oficiales de la marina otomana. Unos ruidos le hicieron tener el oído atento. Se volvió hacia el tramo de peldaños que se hundían en la mampostería. Oyó a los *timariots* de guardia en los diferentes pisos ponerse firmes. Sus picas tintinearon en el granito. Alguien importante subía la escalera de caracol que comunicaba las diferentes salas del Consejo del almirantazgo. Dos de aquellos soldados de guardia aparecieron, encorsetados en cuero acorazado con clavos de cobre. Sus miradas suspicaces se dirigieron en torno al espacio delimitado por las almenas, después se ablandaron a la vista del famoso capitán Joao Micos, que otros llamaban desde hacía poco Joseph Nazi.

19 Galera turca de combate usada en el siglo XVI.

20 Galera ligera utilizada por los corsarios.

21 Galera pesada.

22 Navío comercial ligero utilizado para el cabotaje.

Joao esperaba ver aparecer al intendente del bajá Kassim, el *tersané énimi* Bakbar, un hombre muy duro de semblante angelical, que no tenía igual en todo el arsenal a la hora de castigar a los forzados y de forzar a las jóvenes prisioneras a ir a su cama; pero fue el gran almirante Barbarroja quien se presentó con su caftán azul cosido con hilos de oro.

El marino más célebre del Mediterráneo resopló. Se hacía viejo, se cansaba más rápido y tenía las piernas pesadas y calambres en las articulaciones, sobre todo desde que se había casado con la bella doña María, hija del gobernador don Diego Gaetano de Gaète. Ella tenía dieciocho años, y él, ochenta; y sin las proezas de los médicos judíos que le administraban ciertas pociónes, nunca habría podido satisfacer a aquel joven cuerpo que el destino había hecho entrar en su harén.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo, apretando paternalmente el hombro de su capitán preferido.

Los sellos de sus anillos de bronce se pusieron a brillar, como si atrajeran hacia ellos todos los fuegos de las forjas del arsenal. Un deseo de posesión se encendió en la mirada del joven; habría querido llevar aquellos símbolos de poder en sus dedos.

—Que la paz de Dios sea contigo —dijo inclinándose.

—¡Oh! La paz de Dios... Hablas como un ulema.

Barbarroja pareció ensimismado. Se le hablaba a menudo de paz. Él no había conocido más que la guerra desde los lejanos tiempos de Selim el Cruel; había tomado Argel, Kairuán y Lepanto, había hecho reinar el terror en los mares, puesto en fuga a Muley Hassán el depravado, había destruido tantos barcos y masacrado tantos marinos que Occidente dudaba en oponerle nuevas flotas.

¡Y jamás había actuado en nombre de Dios!

Joao era un redomado hipócrita. ¿Cómo podía evocar la clemencia de los cielos en medio del infierno del bajá Kassim, en aquel crisol donde una multitud de hombres, la mayor parte encadenados, construían galeras y fundían cañones? Subía una violencia tal de las dársenas cubiertas y de los talleres, que todo hombre normalmente constituido no podía más que experimentar angustia y compasión.

No Joao. No ese capitán mejor templado que el acero de la espada sagrada del sultán Osman. No aquel hijo espiritual que él amaba. Bien sabía Barbarroja que el joven no se preocupaba de Alá, sino de su carrera. Perseguía la gloria; incluso la había cabalgado en repetidas ocasiones apoderándose de algunos navíos cristianos y efectuando razias en las costas de Chipre y de Sicilia. Apuntaba alto, muy alto. En resumidas cuentas, se le parecía. En él Barbarroja se veía a sí mismo a su edad, cuando corría los mares con sus tres hermanos.

La mar les faltaba; allí ahogaban todos sus miedos; ella era la prenda de su libertad y de su ascensión en aquel mundo poblado de predadores celosos.

—Espero con impaciencia el equinoccio —dijo Barbarroja, lanzando una mirada soñadora hacia el Bósforo.

—Yo también. Querría tomar Chipre.

—Habría que pensar antes en retomar Túnez —suspiró el almirante que había perdido la ciudad en 1535.

Ciudad mártir, tomada a fuego y a sangre; ciudad de la que había tenido que huir, abandonándola al pillaje de las tropas de Carlos V. Treinta mil personas habían sido degolladas, y otras diez mil sometidas a la esclavitud. ¡Aquellos malditos españoles! Había jurado vengarse. No podía realizar aquel voto sin el aval del gran visir y el apoyo benevolente de Solimán.

Los dos compartieron la idea de aquella reconquista. Ya no estaba escrita en los planes de la Puerta. Ni le pasaba por la cabeza al gran visir Suleimán, cuyos días estaban contados. La favorita Hürrem lo detestaba. Era ella quien detentaba realmente el poder en el seno del serrallo y más allá de la puerta *Bab-i-Hümayun* por la que se vertían los regimientos de jenízaros. Ella dictaba hábilmente su política a Solimán en la alcoba, entre dos caricias, entre dos poemas. Había sugerido una alianza con los franceses después de haber intercambiado ideas por correspondencia con la joven mujer del príncipe Enrique, Catalina de Médicis. Y ahora se mencionaba la oportunidad de una expedición en Provenza para arrojar a los duques de Saboya fuera de Niza. El caso de Túnez no estaba en la orden del día del Consejo de ministros desde hacía más de tres años.

—Suleimán nunca asumirá esa responsabilidad —dijo Joao.

—Su sucesor reflexionará sobre ello. Tener Túnez es tener África del Norte. Los romanos lo entendieron al tomar Cartago.

Nadie ignoraba que el sucesor potencial no era otro que el favorito de Hürrem, el tesorero del Estado, el bajá Rüstem. Barbarroja mostró una sonrisa enigmática.

—Ese posible sucesor te invita a su boda.

—¿A mí, un simple capitán?

—Ya no eres capitán, sino bajá. He hecho promulgar un firmán que te concede la isla de Paros y algunas de las Cíclades. Ni mucho menos seguirás siendo capitán.

—Bajá...

Joao se quedó boquiabierto. Accedía por fin a un mando de circunscripción. De allí en adelante podía llevar la lanza con cola de caballo coronada por una bola dorada, signo distintivo de los gobernadores del imperio.

—Me acompañarás al serrallo.

Joao no se lo creía. Iba a penetrar en el *selamlik* imperial donde se celebraban las fiestas. Todo su cuerpo se puso a temblar con la idea de estar tan cerca de Cecilia.

Capítulo 7

La oscuridad caía, el sol no era más una corona de llamas entre las formas aéreas de las mezquitas; pero el astro moribundo, incluso en lo más alto de su carrera, no había jamás alcanzado la más remota de las salas de aquel palacio situado frente a la torre Kulesi y en el barrio de Gálata.

En aquel lugar en el que chisporroteaban las antorchas, solo entre sus tesoros, inclinado sobre un cofre lleno de altunes, ducados y florines y con los ojos agrandados por la codicia, el bajá Rüstem hundió sus manos en aquellas monedas, dejando caer de la boca unas gotas de baba.

«Soy rico.»

Llevó dos puñados de piezas a la altura de su rostro y los hizo deslizarse. Tintinearon. Aquel sonido era dulce para sus oídos, como dulce era el tacto de aquel metal y dulces para su corazón eran aquellas sensaciones inscritas en su pensamiento desde la adolescencia, período durante el cual había desarrollado sus dotes de chantajista y de prevaricador con las que había ganado sus primeros cequíes. En cincuenta años se había abierto camino edificando una buena parte de su fortuna sobre el trigo comprado a los contrabandistas del mar Egeo y revendido a alto precio al Estado.

Un recorrido perfecto, alfombrado de cadáveres.

Su semblante se enfurruñó. Un lienzo ínfimo de su pasado, ligado al alba de su vida, aquel que se esforzaba en erradicar de su memoria prodigiosa, llegó para empañar su placer. El aire comenzó a heder, como otras veces. Notó las deyecciones, oyó los gruñidos. Volvió a verse en medio de los cerdos, hundiéndose en los purines, con las moscas alrededor de sus labios, las pulgas plagando sus calzoncillos, un niño de seis años sirviendo los intereses de un señor que aterrorizaba a los habitantes de su feudo invocando a Dios.

Todo estaba grabado allá, detrás de su frente arrugada. La iglesia de madera, las chabolas del pueblo, las cruces erigidas en las llanuras de Szeged en Hungría, los rostros apagados y embarrados de sus padres, de sus hermanos y hermanas, de una innumerable familia de piojosos fanatizada por los curas y las monjas. Por una suerte inaudita, había sido raptado por los turcos durante una operación de *devshirmé*, que consistía en «recoger a los niños cristianos», y

llevado a Salónica, donde se lo había ingresado en la dura escuela de los pajes. Por cálculo, se había convertido rápidamente al islam y aliado con los banqueros judíos de la familia Mendès. Con la plata de éstos sostenía las fundaciones piadosas musulmanas; se beneficiaba también de la complicidad de los armenios, los griegos y los árabes, de cualquiera que ejerciera el comercio. Con la complicidad de funcionarios deshonestos del Tesoro, descontaba pequeñas sumas de plata de cada uno, autorizándoles toda clase de tráficos en aquella ciudad que consumía diariamente veinte mil *kilés* de trigo, diez mil carneros, siete mil quinientos corderos y setecientos bueyes.

El resultado estaba allí.

Cincuenta y tres cofres. Los abrió uno a uno. Piezas de oro también, lingotes, joyas, perlas, ciborios, patenas, rubíes, esmeraldas, diamantes... Y aquello no era más que el principio. Mañana sellaría su destino con el de la princesa Mihrimah. Ahora era íntimo de Hürrem y de Solimán.

Quedaba lo más duro por cumplir: pagar a su suegro, el sultán, el *aghirluk*, una suma prodigiosa que indicaba su contribución a la boda y su fidelidad al soberano. Batió palmas. Su secretario mudo apareció. Le dio la orden de pesar los dieciocho mil altunes que remitiría después de haber firmado el contrato de matrimonio.

No desposéis a las mujeres con que han estado casados vuestros padres: ¡sería una ignominia, un incesto, un camino detestable! Os están prohibidas vuestras madres, hijas, hermanas, tanto de padre como de madre, sobrinas por parte de hermano o hermana, madres y hermanas de leche, madres de vuestras esposas, hijastras aún bajo vuestra tutela y nacidas de vuestras mujeres...

Desde ahora os es lícito todo lo que no está comprendido en la enumeración precedente. Podéis, pues, satisfacer vuestro deseo, mediante vuestra hacienda, «respetando la libertad de la desposada»,²³ no pervirtiéndolas. Mientras que disfrutéis de los que ellas os concedan.

Dadles la dote: es obligatorio. Os está permitido acordar un suplemento sobre lo obligatorio.

Dios es Omnisciente y Sabio.

Cecilia había releído la víspera el sura IV. No había encontrado más que ventajas para los hombres. Las mujeres del harén no se preocupaban de penetrar los secretos del Corán a fin de conocer sus derechos. Tenían mucha razón. Ninguna de ellas abandonaría Topkapi con dote de viuda o de esposa repudiada. Sin embargo, el sultán podía ceder a algunas de sus vírgenes y casarlas con altos dignatarios. Esa perspectiva alimentaba sus esperanzas.

23 El autor interpreta muy particularmente la palabra «preservando» inserta en el 24a versículo del sura IV sobre las mujeres.

El matrimonio de la princesa Mihrimah las hacía soñar. Esclavas, huríes y odaliscas pensaban día y noche en aquel acontecimiento. Imaginaban caravanas y barcos que traían los sumptuosos presentes de los reyes y de los duques de Occidente, los regalos de los bajás y de las comunidades del Imperio. Se decía que los judíos ofrecerían doce copas de oro cinceladas e incrustadas con rubíes y doce sortijas coronadas de doce piedras diferentes, que el rey de los franceses, Francisco, había hecho enviar con telas de terciopelo de una excepcional rareza y unas tapicerías tejidas por los artistas de su país. Las otras delegaciones no se quedaban atrás. Nadie quería ofender el orgullo de Solimán, de Hürrem o del bajá Rüstem. Y los tesoros se acumulaban ya en la parte mejor guardada del *selamlık*, allí donde vivían los eunucos blancos y los verdugos mudos.

Pero donde evocaban la «noche» de la princesa era en el *hammam*, languideciendo, con el cuerpo molido y las carnes purificadas después de los masajes. Aunque no ignoraran nada del acto que haría de Mihrimah una mujer completa, aquello seguía siendo un misterio.

Aquel misterio ocupaba siempre los pensamientos de Cecilia. Creía haberlo entendido cuando unos años antes había descubierto el libro prohibido en la biblioteca de su padre, después de haber mirado retozar a Joao y a su profesora Beatrice.

«¡Debería haberme entregado a él en Venecia!», se dijo en voz baja mientras arañaba la lana de la alfombra sobre la que estaba acostada. Entregarse a Joao. Entregarse al hombre que amaba y convertirse en mujer. Y morir después. Su virginidad era un castigo, la causa de todos sus males, el precio de su aprisionamiento. Maldecía a su padre por haber negociado su precio. A menudo le sucedía pedir a Dios que la vengara y que castigara a aquel hombre de la manera más horrible.

Rabiaba por tener aquel himen, pero no envidiaba a Mihrimah, que iba a perderlo entre los brazos del repugnante bajá Rüstem.

Puso su mano en la entrepierna. Su vientre palpitaba bajo el algodón de la camisa. Había sido acariciada por las esclavas circasianas y nubias de Hürrem. En ocasiones, había elegido serlo deliberadamente por mujeres que le atraían. Las más descaradas habían plantado unos besos en sus ninfas. Algunas lenguas se habían posado en su botón, abriéndose camino entre los labios depilados por la *géditchi*²⁴ de los baños; le habían prodigado un placer intenso, a veces insopitable.

Sus dedos se cerraron en un puño, y prosiguió su rencorosa búsqueda, volviendo al objeto de su frustración. «¡Habría debido exigir que me tomara!»

En ese instante un grito penetró las tinieblas. Se sobresaltó. Los gritos la aterrorizaban. A veces, los eunucos castigaban a algunas mujeres en medio de

24 Sierva negra que desempeñaba el oficio de masajista.

la noche. Aquél podía ser también el grito de un paje al que se golpeaba o el grito de una esclava que hubiera perdido la razón. Aquellas que se volvían locas no permanecían mucho tiempo en el harén. Se las amordazaba y se las llevaba al Palacio de las lágrimas, donde acababan por convertirse en auténticas bestias.

El grito había sido breve. Cecilia sondeó las profundidades del palacio. Etienne, Zora y Yasmina le habían enseñado a desarrollar sus sentidos escondidos. Yasmina le vendaba los ojos y le administraba la droga de la «pitonisa» a fin de que su mente pasara a través de la materia.

Respirando cada vez más lentamente, dominando los latidos de su corazón, extendió su ser, lo estiró en todas las direcciones, hasta los dormitorios de los eunucos y el recinto del segundo jardín.

Unas sombras se desplazaban en el límite de su percepción. Unos susurros llegaron hasta ella. Unas babuchas se deslizaban sobre las cerámicas de los pasillos rodeando los apartamentos de la favorita. Un miedo sordo se infiltraba en los meandros del serrallo.

Los pasos se aproximaron. Reconoció los de Abas, bastante antes de que apareciera en el marco de la puerta. El agá de los eunucos negros tenía los ojos desorbitados. El miedo que ella había presentido fluía de aquella mirada hundida en el rostro hinchado.

—¿Has venido a matarme?—preguntó sin emoción.

Abas no entendía lo que decía; él no había ido a matar a nadie; sobre todo, deseaba salvar la piel.

—Yasmina te necesita.

Cecilia no dijo esta boca es mía. Abas recadero de la *kiaya*, era el mundo al revés.

—Mihrimah está herida —dijo, bajando el tono.

—¿Herida?

La sangre de Cecilia se paralizó. Pensó en un intento de homicidio. La sombra de Gülbehar, la eterna rival de Hürrem, planeó de repente sobre el serrallo. Abas la disipó.

—Se ha mutilado voluntariamente.

No dijo más. Con un gesto seco de la mano intimó a Nurbanu a seguirlo. Él llevaba un paso tan rápido que ella tuvo que correr. Nunca lo había visto apresurarse de aquel modo, cargando como un hipopótamo a través de las sombrías habitaciones del harén. Martilleaba el suelo, hacía temblar los braseros sobre los trípodes y a los eunucos que había hecho apostar ante las entradas de los dormitorios de las mujeres y de las salas comunes donde se amontonaban las esclavas sin valor. Era imposible circular y aproximarse al lugar en el que vivían la favorita y su hija.

Nadie debía conocer la verdad, ni siquiera el eunuco de Mihrimah, el *sehzadehler aghazi*, responsable de los niños principescos. Abas empujó a aquel incompetente que creía poder ocupar su lugar y le ordenó que se alejara de la puerta que se abría en la habitación de la princesa.

Sí... Nadie debía conocer la verdad. Y el *sehzadehler aghazi* todavía menos que los otros. Abas se prometió arreglar la suerte de su subalterno en cuanto el alba llegara. Una vez que Mihrimah partiera, ya no habría princesa en el harén. La función del *sehzadehler aghazi* dejaría de existir.

Abas penetró en la habitación doblando el espinazo. Hürrem y Yasmina estaban a un lado y otro del lecho de marfil en el que Mihrimah, acurrucada, sollozaba.

Cecilia rodeó la imponente masa del eunuco y notó enseguida las manchas de sangre en la sábana.

—Mi hija está deshonrada —dijo Hürrem, fijando su mirada en la de Nurbanu—. Nos ha traicionado.

Cecilia no entendía nada; buscó una respuesta por parte de Yasmina. La *kiaya* revolvía en la bolsa que llevaba siempre en caso de urgencia. Había depositado unos botes que contenían ungüentos.

—¿Cómo se ha herido? —preguntó Cecilia, que no veía por qué era necesaria su presencia ni por qué el médico del serrallo estaba ausente.

—Se ha desflorado —respondió Hürrem.

El vientre de Cecilia se contrajo. Mihrimah se había atrevido a desgarrarse.

—Con esto —dijo Yasmina, mostrando un matamoscas con el mango de caoba.

Mihrimah se había arrogado el derecho de los machos. El bajá Rüstem estaría muy afligido por ello. Podría informar de ello al *cheik-ül-islam* que representaba la ley y ejercía justicia en el nombre de Dios por intermediación del cadí. El Corán no era muy claro a este respecto. El caso era único. La ley islámica exigía la presencia de cuatro testigos para pronunciar una sentencia contra una mujer culpable de vileza. Durante un breve instante, creyó que iban a pedirle que fuera la cuarta. Rehusaba ser la cómplice de aquella infamia. Yasmina la descargó de ese peso.

—Debemos reparar lo que ha sido deshecho —dijo la *kiaya*, acercándose a la princesa, a la que echó una mirada venenosa.

Como las garras de un dragón, sus manos amarillentas se acercaron lentamente al joven cuerpo cubierto con una camisa flamenca. La princesa intentó escapar a toda prisa. Su madre la cogió por los cabellos y la sacudió.

—Déjate cuidar, hija indigna, y tu padre no sabrá nada de esto! ¿Osarás ofender al Señor de los señores? ¿Te atreverás a desafiar al Dueño del cuello de los hombres? ¿Tienes bastante coraje para echarte en el ataúd de plomo que mandará lanzar a las aguas negras del Bósforo? Y si se muestra indulgente

encerrándote en el Palacio de las lágrimas, ¿resistirás mucho tiempo a la locura? ¿Es eso lo que quieres?

Mihrimah negó con la cabeza. Ahogó sus sollozos cuando Yasmina le abrió las piernas. La sangre goteaba en su piel de una blancura lechosa.

—Hace mucho tiempo que no devuelvo su virginidad a una mujer.

—Sólo tenemos un poco de tiempo para conseguirlo —dijo Yasmina, dirigiéndose abiertamente a Cecilia—. Nurbanu, has recibido las enseñanzas de Zora y de un erudito judío de Venecia, según lo que nos han contado nuestros espías. Entréganos tus secretos. Entre nosotras dos, podemos restablecer lo que Alá en su divina sabiduría ha querido para nuestro bien y la tranquilidad de espíritu de los hombres que están orgullosos de casarse con vírgenes. Rindamos este servicio a nuestro bien amado ministro, el bajá Rüstem.

Aquellas palabras hipócritas sublevaron a Cecilia; pero no tenía ninguna posibilidad de rehusar. Debía ayudar a Yasmina, que examinaba la enrojecida entalladura sobre la que reposaba su porvenir y el de la Puerta. Yasmina tomó una caja que contenía una pasta blanda que olía a grama y a salitre.

—Dame tu opinión —dijo la *kiaya*.

—Se puede volver a cerrar herida y endurecer la carne —avanzó prudentemente Cecilia—. Hay bastantes medios para conseguirlo. Necesitamos hojas de *succisa proeniarsa* y de *paris quadrifolia*. También nos hará falta hierba en hielo, un racimo de *pyrola rotundifolia*. Antes del próximo crepúsculo, la princesa estará en buen estado.

—¿Has oído, Abas? Ya sabes lo que te queda por hacer —dijo Yasmina—. Recorre la ciudad, despierta a los boticarios y a los curanderos, alerta a los médicos judíos; necesitamos esas plantas. Procúrate también un conejo. Usaremos su sangre. Correrá cuando el glorioso bajá Rüstem penetre a su joven esposa.

Petrificada, Cecilia contemplaba sonreír a Yasmina, que añadió: —Te enseñaré a fabricar las vejigas que contienen la sangre para las falsas vírgenes.

Capítulo 8

Las llamas de las lámparas de aceite vacilaron como si un ser invisible se desplazara en la sala de las escrituras. Los semblantes de ocho mudos y de los dos primeros eunucos blancos de la Puerta, el *kapou aghasi* y el *khasadah bashi*, parecieron animarse con malévolas intenciones. El secretario de Solimán, Yusuf el Seco, leyó en ello tantas amenazas que prefirió perderse en la caligrafía de sus escritos y en la lectura del antiguo correo dirigido al rey de Francia. La correspondencia se remontaba a 1526, año en que el Imperio otomano y el rey de Francia habían sellado sus destinos. Había vuelto a sacar de los archivos la primera misiva de la Puerta por orden del sultán.

Cerca de él, medio echado en un banco púrpura, perdido en sus ensoñaciones, Solimán contemplaba algo más allá del muro. ¿Quizá había captado, por una especie de prescencia, los inquietos pensamientos que se agitaban en el harén? ¿Quizá luchaba contra la fatiga? Trabajaba demasiado, guerreaba demasiado, cada vez dormía menos, apenas se dejaba ver entre las mujeres. La favorita se quejaba ante el canciller. Y luego estaba este matrimonio. El bajá Rüstem iba a convertirse en su yerno. Eso era dar mucho poder a aquel hombre y a Hürrem. ¿Y Mihrimah? ¿Qué lugar iba a ocupar en el tablero político? De ella se decía que era rebelde. No sabía muy bien qué pensar de su hija. No la había visto crecer.

Algo llamaba la atención de su mirada, y no fue hasta un cuarto de hora más tarde, después de haber corregido verbalmente la carta que sometía a su consideración su secretario, cuando se asombró por ello, porque aquello no era más que una mancha en el dorso de su mano. Reflexionando, comprendió lo que lo había sorprendido. La mancha era muy blanca. Y bruscamente se dio cuenta con toda claridad de que ya no era joven, que la mancha era semejante a aquellas que marcaban la piel de los viejos. Había estado tan ocupado en el curso de aquellos diez últimos años, que no había tenido tiempo de apercibirse de que ya tenía una cierta edad. Y tres pensamientos se desarrollaron en su cerebro, en una sucesión precisa: «Es invierno... ¿Todavía durará mucho? Tengo cuarenta y siete años».

Aquellas simples constataciones enunciadas sin emoción no le hacían experimentar ni exaltación ni temor, porque era un honrado servidor de Dios. Hasta ahora, nunca había pensado en su edad para medir su vida, jamás había afrontado la existencia como una carrera limitada.

Él era Solimán, el Gran Señor, el alma de todo y la conciencia de Dios en la tierra. ¿Quién podía compararse a él? Aquel orgullo desmesurado se reflejaba en la carta que había dirigido quince años antes a Francisco I, rey de los franceses, y que el secretario releyó en voz alta:

Dios es el elevado, el rico, el generoso, el compasivo.

Yo que soy, por la gracia de aquel cuyo poder es glorificado y cuya palabra es exaltada, por los milagros sagrados de Mahoma (la bendición de Dios y la salvación sean con él), sol del cielo de la profecía, estrella de la constelación del apostolado, jefe de la tropa de los profetas, guía de la cohorte de los elegidos, por la cooperación de las almas santas de sus cuatro amigos Abu Bakr, Omar, Otmán y Alí (que la complacencia de Dios sea con todos ellos), así como todos los favoritos de Dios; yo, digo, que soy el sultán de los sultanes, el soberano de los soberanos, el distribuidor de coronas a los monarcas de la superficie del globo, la sombra de Dios en la tierra, el sultán y el *padichah* del mar Blanco, del mar Negro, de Rumelia, de Anatolia, de Karaman, del país de Rum, de Zulkakir,²⁵ del Diarbekr, del Kurdistán, del Azerbaiyán, de Persia, de Damasco, de Alepo, de El Cairo, de La Meca, de Medina, de Jerusalén, de toda Arabia, del Yemen y de muchas otras regiones que mis nobles abuelos y mis ilustres antepasados (que Dios ilumine sus tumbas) conquistaron por la fuerza de sus armas y que mi augusta Majestad ha igualmente conquistado con mi espada resplandeciente y mi sable victorioso, el sultán kan Solimán, hijo del sultán kan Selim, hijo del sultán kan Bayaceto.

Tú que eres Francisco, rey del país de Francia, habéis enviado una carta a mi Puerta, asilo de soberanos, por vuestro fiel agente Frankipan, y también le habéis encargado algunas comunicaciones verbales; habéis hecho saber que el enemigo se ha apoderado de vuestro país, y que actualmente estáis en prisión y habéis pedido aquí ayuda y socorro para vuestra liberación. Todo lo que habéis dicho ha sido expuesto al pie de mi trono, refugio del mundo; mi ciencia imperial lo ha abarcado en detalle, y tengo de todo ello un conocimiento completo.

No es sorprendente que los emperadores sean derrotados y se conviertan en prisioneros. Tened, pues, valor, y no os dejéis abatir. Nuestros gloriosos antepasados y nuestros ilustres abuelos (que Dios ilumine sus tumbas) nunca han cesado de hacer la guerra para rechazar al enemigo y conquistar países. También nosotros hemos caminado tras sus pasos. Hemos conquistado en todo

25 Regiones del norte de Siria.

tiempo provincias y ciudadelas fuertes y de difícil acceso. Noche y día nuestro caballo está ensillado y nuestro sable al cinto.

¡Que Dios el Altísimo facilite el bien! ¡A cualquier objeto que se aplique su voluntad, que sea ejecutada! Por lo demás, cuando interroguéis a vuestro susodicho agente sobre los asuntos y las noticias, se os informará. Sabedlo así.

Escrito al principio de la luna de *rebiul-akhir* 932 en la residencia de la capital del imperio, Constantinopla la bien guardada.

Solimán aguzó su mente. Ahora, iba a anunciar que su flota aparecería en las costas de la Provenza en la primavera con el fin de hacer la guerra en las costas de los franceses.

Mañana, informaría de ello al *kadupan pacha* Barbarroja cuando los músicos del palacio tocaran en la boda de su hija. Comenzó a dictar una nueva y larga carta a su amigo Francisco.

La conversación había comenzado en lo alto de la torre de los oficiales; había sido continuada alrededor de un té servido por esclavas portuguesas mientras que unos cantores indios cantaban una endecha de Rajasthan. Ahora Barbarroja lo había arrastrado al *hammam* de su palacio. Un masajista armenio se había ocupado de su cuerpo, quitándole toda su mugre y todas sus fuerzas. Joao se sentía puro, como en el umbral de una nueva vida.

El *kadupan bajá* lo mimaba como a un hijo. No había ninguna malicia en aquel afecto. Joao estaba aquí en su casa. El *hammam* era vasto, cubierto de azulejos azules de Izmit. Unas conducciones de plomo insuflaban un vapor perfumado al anís en el *hararet*²⁶ donde los dos hombres se habían refugiado lejos de oídos indiscretos. Las esclavas y los masajistas habían sido despedidos; los eunucos esperaban en el vestuario.

Joao se encontraba arrebatado fuera de lo real y como si se hubiera metido en una de las aventuras fantásticas de Simbad el marino, un sueño en el que el mundo cambiaba, sufría extrañas transformaciones, y al que podía poner fin abandonando aquel lugar.

No deseaba escapar del *hammam*. No estaba allí por azar. Observaba la fantasmal silueta de Barbarroja. Aquel formidable viejo parecía esculpido en mármol rodeado de bruma. Era semejante a un dios antiguo. Su torso poderoso estaba cosido a cicatrices. Sus piernas musculosas, que lo habían soportado en medio de las tempestades, lo llevarían todavía en los abordajes y en los furiosos cuerpo a cuerpo que vendrían. Sus manos de fuertes articulaciones habían estrangulado gargantas, partido huesos, acariciado a una multitud de mujeres. Pero toda la energía de aquel guerrero se concentraba en la mirada. Ésta, entre

26 Pieza principal del hammam.

gris y azul, todo lo penetraba. Había sido tallada para mandar, endurecida para afrontar la muerte. Brillaba. El vapor no atenuaba aquel resplandor brutal. Mantenían a Joao como a un rehén; se suavizaron por amistad.

—Te debo otra verdad —dijo—, tengo que mostrarte el otro camino. Hoy es cuando vas a tener que elegir, bajá Micos. No olvides que los iniciados te llaman también Nazi.

Qué extrañas palabras en la boca del kadupan bajá. Despertaron la curiosidad de Joao. No había olvidado que él pertenecía a la muy influyente familia judía marrana de los Nazi, pero se preguntó de qué modo podía influir en una elección. Esperó las revelaciones. Barbarroja se tomaba su tiempo.

—Somos capitanes, buscamos la gloria en el mar y ése es todo nuestro honor, pero hay mucho que ganar en tierra cuando se tiene ambición. Y tú tienes mucha, incluso más que yo, Joao Micos Nazi. En tierra, las reglas son diferentes, se complican en los palacios. Sé algo de ello; no me ha sido fácil ser admitido en el seno del Consejo de ministros. Tú mismo medirás la dificultad cuando la oportunidad se te ofrezca. Sí, hijo mío, conoces el oficio de las armas, pero debes avezarte en el de la política. Tienes mejores armas que yo para ese aprendizaje. A tu edad, yo era un pirata a cuya cabeza se había puesto precio en todo el Mediterráneo.

—Quiero continuar combatiendo.

—Y quieres también el poder.

—Sí.

—Entonces deberás batirte en otras plazas, como te ha hecho entrever tu tío Etienne Levy.

—¿Conoces a mi tío? —se sorprendió no sin un estremecimiento.

—Es un hombre fuera de lo común que me ayudó mucho cuando mi hermano murió. Me ha permitido equipar una flota y plantar cara a España. La Inquisición lo busca. Te necesita. No es el único. La noche se anuncia larga, es propicia a las conspiraciones y a las alianzas. No nos retrasemos. Antes del alba todos los jugadores estarán en su puesto, y no quiero faltar al comienzo de la partida.

Capítulo 9

El pequeño caique se deslizaba en las aguas negras. Su piloto estaba de pie. Tenía sus puntos de referencia. Las luces de los minaretes lo guiaban. Evitaba sin esfuerzo los grandes navíos anclados, cuyos farolillos se balanceaban al capricho de las olas. No tenía más que un pensamiento, nada más que una necesidad: demostrar al gran almirante Barbarroja y al capitán Micos que era el mejor.

El caique se acercó más a la ciudad de los infieles barloventeando. Gálata era un lugar de perdición. La ciudad genovesa, frente a los barrios musulmanes de Emineumü y de Oun Kapani de Estambul, era semejante a un bubón a los ojos de los ulemas y de los cadíes que no juraban más que por el Corán, pero era indispensable para la economía del país. Adelantaba su vientre redondo sobre el Cuerno de Oro, flanqueada por los arsenales de Top-Hané y del bajá Kassim, derramando hacia la mar palacios y chabolas en un desorden indescriptible. Hacia ella afluían las mercancías depositadas en unos gigantescos almacenes sobre pilotes. En ella se hacían y se deshacían fortunas y famas.

Joao contempló las murallas que no aseguraban ya ninguna defensa pero oponían un dique a las pasiones del interior. Los *yayas* de guardia detrás de las almenas se aburrián. A menudo miraban de soslayo hacia la puerta Buyuc Culé, desde donde subía la calle principal, hormigueante de vida. Los deseos crecían en su vientre. De un lado y otro de la puerta, cerca de la orilla del mar, doscientas casas para el placer y cabarés tambaleantes vibraban con los gritos y los cantos de decenas de miles de pervertidos. Era una ofensa a Alá. Era un maná para los impuestos. Dios era indulgente; se habían construido algunas mezquitas y un convento de derviches danzantes para apaciguar su cólera, y cerraba los ojos sobre los comercios desnaturalizados de aquella ciudad ocupada por los occidentales, los judíos, los griegos y los armenios.

Joao se preguntó por qué Barbarroja lo llevaba a Gálata, donde no había nada que ganar cuando el día se desvanecía, sino cuchilladas y sífilis.

La puerta Bayuc Coullè se elevaba, maciza, adornada con cadenas oxidadas que no accionaban ya el rastrillo desde hacía lustros. La calle nacía bajo su arco doble. Era imposible remontarla sin algún topetazo. En desorden, al azar de los desembarcos, la arteria vital de Gálata drenaba en ella todos los vicios, todas las poblaciones, todas las monedas: cequies, ducados, piastras, los *soldi* de cobre, los pequeños blancos que no valían gran cosa, las piezas de mala ley, con un buen pulido, brillantes a fuerza de pasar de mano en mano, los marcos contantes y sonantes, los florines muy buscados pero raros, los altunes que eran mordidos con toda la dentadura para probar el contenido de oro, el escudo con el león de Holanda que todos se disputaban. Por algunos minutos o algunas horas de placer entre las piernas de bronce de las indias del Ganges, sobre los semblantes con delgados ojos negros de las hijas de las estepas, entre los senos lechosos de las eslavas, en las palmas hábiles de italianas y griegas, se intercambiaban sumas colosales que escapaban al control del *mouhtésib*²⁷ y de sus agentes, los *kol aghlanlari*, encargados de fijar y verificar los precios y la percepción de tasas y derechos sobre los comerciantes.

Aquel comercio no entraba en el código de la fiscalidad del Imperio otomano. No se exportaba a la orilla derecha de la ciudad. No existía, salvo para los que cada noche se precipitaban en las callejuelas glaucas y los tugurios malolientes de la ciudad de los genoveses. En todos los rincones, bajo todos los soportales, en los callejones más sórdidos, había mujeres que levantaban sus ropas abigarradas y mostraban su entrepierna, jóvenes despechugadas que exhibían las tetas, maricones con pantalones bombacho que se contoneaban. Las palabras que se dibujaban en sus labios pintados eran una invitación al pecado. Las celestinas con las cabezas de lechuza, los ojos en perpetuo movimiento, vigilaban a toda aquella buena sociedad que buscaba asilo en los burdeles. Se pagaba un derecho de monta que variaba según las especialidades; nadie trataba de engañarlas, porque no dudaban en servirse del corto puñal de hoja biselada que llevaban en la cadera. La plata fluía en el surco entre sus pechos rancios donde reposaba una bolsa de cuero. Unos adjuntos groseros las servían, atentos y listos para intervenir cuando las cosas se torcían. Iban por parejas en aquella pululación, localizando a los clientes solventes a los que arrastraban mediante palabras seductoras.

Joao y Barbarroja, acompañados de diez *timariots* armados de pesadas picas y de soldados *yayas* que llevaban antorchas, penetraron en el seno de aquella multitud arremolinada y turbulenta, con aquel olor a grasa quemada, a vino y a almizcle, a carnes ofrecidas. Las antorchas alumbraron abalorios, pacotillas de cobre, hojas damasquinadas, uñas barnizadas, dientes agudos, codicias y

27 Jefe de los recaudadores.

sospechas. La tropa impresionaba. Los bandidos y los borrachos no se le acercaban. Tampoco las putas intentaban apartarlos de su camino.

De repente, un hombre proclamó:

—¡Es Barbarroja! ¡Es Jair ed-Din!

Había reconocido al kadupan bajá. Un temor creció. Los marineros y los soldados cristianos llegaron entonces a contemplar al célebre cazador de los mares que había matado a tantos de los suyos. La admiración y el respeto lo acompañaron. Durante un instante, olvidaron a las criaturas de Gálata. Sus deseos se apagaron. Les pareció oír batir los tambores de las galeras, tronar el cañón, entrechocar los sables y los yataques.

Barbarroja subía la calle, y el silencio se establecía. Aquel silencio perduraba cuando la tropa se alejaba del fango para acercarse al cementerio de los griegos, allí donde los residentes extranjeros y los ricos negociantes habían hecho construir suntuosas mansiones.

Cuando el rumor del puerto se confundió con el murmullo de la brisa, Barbarroja pidió a la tropa que se detuviera ante una mezquita. No era un adepto de la purificación, pero tenía una gran necesidad de Dios desde que había franqueado el cabo de los ochenta años. Se conformó con apoyar la frente en la modesta puerta del edificio e interrogar a su corazón.

Joao respetó aquel recogimiento. Él estaba lejos de los dioses, incluso de Yahvé, a quien no ofrecía ningún sacrificio desde la infancia. Ya no celebraba el sábado, ni leía las Sagradas Escrituras, ni buscaba ninguna otra vía espiritual. Había perdido la fe el día en que la Inquisición había hecho arder a gran parte de su familia.

Barbarroja volvió a ponerse en marcha. Llegó a las alturas de Gálata y al soportal con columnata salomónica de una gran casa de tres pisos cuyos ángulos fortificados sostenían pequeñas torrecillas. Un oficial *timariot* golpeó en la puerta. Una cabeza de Gorgona coronaba la ojiva del monumental jambaje. Los ruidos de la cerradura parecieron salir de su boca deforme. Pulgada a pulgada, retrocediendo bajo el efecto de un mecanismo invisible, uno de los dos batientes revestido con novecientos kilos de bronce se abrió. No había nadie para recibirlos. Joao vio ensancharse un rectángulo de luz.

—Vigilad el acceso a esta casa —ordenó Barbarroja a los *timariots* y a los *yayas*, y prohibió acercarse a quienquiera, aunque viniera en nombre del cadí.

Los soldados tomaron posiciones, abandonando a Barbarroja y a Micos en aquella inquietante casa que se cerró tan misteriosamente como se había abierto en una serie de tintineos.

Joao estaba en el seno de la luz. Dos anillos de madera de varios metros de diámetro estaban suspendidos del techo por unas cadenas. Cada uno llevaba ciento ocho velas. Sólo un ojo adiestrado de iniciado habría podido dar un sentido a aquellos números. El de Joao barrió rápidamente aquellas coronas de

fuego y se maravilló el instante siguiente a la vista de los lienzos que colgaban de los muros de aquel vasto vestíbulo y a lo largo de una escalera de mármol rosa que llevaba al piso. Eran pinturas recientes de la escuela italiana. Uno de ellos lo cautivó, representaba el *Triunfo de la virtud*.²⁸

Venus, encaramada sobre un centauro cuyo cuerpo simbolizaba el conflicto eterno entre la razón del hombre y el instinto animal, era el centro de aquél. Estaba rodeada de seres humanos y de angelotes con alas de mariposa y seguida por un hermafrodita semejante a un simio que llevaba cuatro saquitos que contenían las semillas del mal. Todos huían de Dafne, que, transformada en árbol, lanzaba miradas asustadas al rollo de pergamino que serpenteaba de su brazo izquierdo a su pierna izquierda y en el que estaba escrita una exhortación suplicante en latín, griego y hebreo:

AGITE PELLITE SEDIBUS NOSTRIS FOEDA HAEC
VICIORUM MONSTRA VIRTUTUM COELITUS AD NOS
REDEUTIM DIVAE COMITES.

«Venid compañeras divinas de las Virtudes, vosotras que habéis venido del cielo, expulsad de nuestras esferas a los Vicios, esos monstruos abominables», leyó Joao.

—Ésas son imágenes impías —comentó Barbarroja.

Joao había contemplado algunas más licenciosas en Venecia y en Holanda. Se preguntó a qué original podía pertenecer aquella colección.

Excepto los personajes inmovilizados en los cuadros labrados y dorados, no había nadie. Barbarroja debía de conocer bien los lugares y las costumbres del propietario, porque se internó sin dudar en la escalera.

Atravesaron varias salas que encerraban tesoros artísticos. Joao admiró allí lo mejor de lo que la humanidad había producido a través de las diferentes épocas: de la máscara mortuoria egipcia labrada bajo el Imperio Nuevo, a la estatua de oro de un buda birmano. En unos pocos instantes, se abarcaban todas las culturas, las religiones y las civilizaciones. Los siglos desfilaban; los milenios aplastaban. Cada objeto estaba impregnado de un poder que no podía dejar indiferente al visitante. Joao experimentó toda clase de cosas. Barbarroja las expresó poniéndose en guardia:

—¡Todo esto no es más que el reflejo de nuestros pecados!

—¡Y el producto del orgullo de los infieles!

28 Este cuadro, realizado por Mantegna en 1502, se encuentra actualmente en el museo del Louvre.

La voz sorprendió a Barbarroja y a Joao. No se habían apercibido del hombre que se mantenía en la sombra de una monumental estatua que figuraba un Moisés rompiendo las tablas de la ley.

—Osman —resopló Barbarroja.

Osman, vestido completamente de negro, hasta el turbante que envolvía su estrecha cabeza, se mostró. Joao se puso rígido. Reconoció al cadí de Estambul. Era un juez intransigente, perteneciente a una familia bien considerada por el sultán y conocida por su fe fanática. Su hermano, el juez de los ejércitos, el *kazasker* Hodja, había sido el más célebre de sus miembros, antes de perecer envenenado.

Osman ostentaba una sonrisa forzada. Aquel esfuerzo tiraba hacia atrás sus labios carnosos, que, al retroceder, mostraban unos raigones ennegrecidos en unas encías sangrantes. El cadí era una encarnación de la muerte y el digno hermano menor de aquel que había sembrado el terror en las provincias de Rumelia.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Barbarroja, como si fuera a lanzarse sobre el juez que detestaba.

—Soy el enlace —respondió Osman—. Os esperaba. No quería hacer mi entrada sin los representantes del ejército. Dios es magnánimo con los justos, castiga a los que se niegan a aceptar la verdad —añadió examinando a Joao.

El joven no comprendió el sentido de las palabras del cadí. No obstante, el juez pareció satisfecho. Se dirigió de nuevo a Barbarroja:

—Mi querido Jair ed-Din, no te sorprendas en absoluto de verme aquí. Tengo derechos sobre esta morada y deberes para con sus habitantes. Debo velar por los intereses del islam del mismo modo que tú. No te disgustes por ello, vamos a sellar una alianza por el bien de la Puerta.

Con estas palabras, los introdujo en una biblioteca con los anaqueles repletos de volúmenes y de rollos. Las estanterías no bastaban para contener los libros y los manuscritos que, en un desbordamiento de tinta, cuero y papel, se extendían por el suelo y se apilaban alrededor de los siete escritorios de haya en cuyos pies habían sido labradas enigmáticas sentencias en persa y hebreo. En el fondo de aquel espacio muy poco iluminado, cuatro hombres permanecían en el centro de un hexágono de azulejos donde el nombre de Dios, asociado a palabras de victoria, eternidad y justicia, aparecía en una decena de lenguas. Nueve sillones de alto respaldo habían sido dispuestos sobre la circunferencia descrita por las puntas de la figura simbólica.

A Joao se le levantó el ánimo. Su tío Etienne formaba parte de aquel cuarteto de patriarcas de largos ropajes negros sin signo apparente de poder o de riqueza.

—Sed bienvenidos —dijo Etienne, viniendo a saludar a los tres visitantes.

Se inclinó ante el cadí, dio un abrazo a Barbarroja y abrazó a Joao como a un hijo. El cadí y Barbarroja habían ya encontrado a los compañeros de Etienne y no hicieron apenas esfuerzos para demostrarles alguna amistad. Joao comprendió por qué cuando Etienne le presentó a aquellos hombres de largas barbas cuyas miradas inteligentes y místicas ponían un nudo en su alma.

Joao escuchó a su tío y quedó muy impresionado. Aquellas tres figuras salidas directamente del Antiguo Testamento pertenecían a la élite del pueblo judío. Almosnino Moché era el maestro de la tora; el gran rabino Arama Meir tenía a su cargo el destino de los judíos del Imperio otomano, y Ibn Zimra David, el gran rabino de Egipto, en El Cairo, versado en la cábala, era incontestablemente el jefe de filas del nuevo pensamiento judío.

¿Qué hacían allí los cabecillas del pueblo de Israel? ¿Por qué se lo comían con los ojos, sin ocultar la alegría que iluminaba sus rostros severos? ¿Cómo podían aceptar la presencia del cadí de Estambul, tan ferozmente opuesto a todos aquellos que no pertenecían a la comunidad musulmana? ¿Quién tenía el suficiente poder como para reunir a siete hombres tan diferentes?

Etienne designó a cada uno un asiento. Joao contempló los dos sillones restantes. ¿A quién estaban destinados? La respuesta a esta pregunta no se hizo esperar.

Precedida de un rumor de enaguas, apareció de repente en el umbral de la biblioteca.

Capítulo 10

La mujer inspiraba respeto. Era difícil aguantar su mirada estrábica. Ella examinó la asamblea de hombres y después avanzó, vestida con terciopelo de color azul de ultramar y cargada de perlas. Su cabellera con reflejos rubios se separaba en dos partes perfectamente iguales, sujetadas por sendos aros de oro. Desprendía frialdad y majestuosidad; se la habría podido confundir con la esposa del emperador de Alemania o con la duquesa de un país escandinavo, pero, en realidad, en la mente de aquellos que la servían encarnaba la figura emblemática de la reina Esther, o la de Judith, la heroína querida por los hebreos que salvó a la tribu de Simeón matando a Holofernes, el general asirio de Nabucodonosor.

Aquella aparición petrificó a Joao. Frente a él, estaba de pie su tía, la poderosa e incorruptible doña Graci Nazi, líder incontestable de los judíos conversos y de una gran parte de la diáspora.

—Que la paz de Dios esté con vosotros —dijo antes de detener su mirada sobre Joao—. ¿Acaso he perdido el afecto de mi sobrino?

Joao hizo un esfuerzo considerable cuando se acercó y se inclinó para besarle la mano. Siempre había admirado y temido a su tía por igual, y le debía más de un título.

—¿Recuerdas el testamento de tu tío? —le preguntó ella a la vez que pasaba la mano por encima de la cabellera rizada de su fogoso sobrino—. Tienes obligaciones, Joseph. ¿Te has olvidado de que te educamos para convertirte en el encargado de las finanzas de nuestro pueblo?

Joao no se había olvidado de nada. Los recuerdos subieron hasta la superficie de su conciencia, y sintió que sus piernas temblaban. Todo había empezado en España antes de su nacimiento, cuando se promulgó el edicto del 30 de marzo de 1492 en el que la reina Isabel y el rey Fernando obligaban a los judíos a elegir entre el bautismo y la expulsión. Entonces su padre, Jacob Nazi, escogió establecerse en Portugal, y por eso él nació en Lisboa. Joao se volvió a ver en la ciudad de calles tortuosas. Tenía trece años y acababa de celebrar su *bar-mitsva*, la comunión solemne por la que pasaba a ser un hijo de Israel,

cuando los sacerdotes portugueses lo convirtieron a la fuerza bautizándolo con el nombre de Joao Miguez.

Había tenido muchos nombres y muchas identidades para escapar de la Inquisición. Su tía Graci estaba dispuesta a recordárselo y volver a hacerle caer en el infierno. Había cosas que no quería evocar porque habrían estropeado el amor que sentía por Cecilia.

Doña Graci lo dejó para conversar con los sabios. Él la siguió mirando durante aquellos largos preliminares. Otras imágenes llegaron a su mente. Se acordó del día en que ella se había casado con el rico banquero Francisco Mendès. La ceremonia oficial se había celebrado en la iglesia de Santa María en presencia de la nobleza cristiana, y después había habido otra secreta, conforme a la tradición judía. Escaparon por poco del peligro: los inquisidores quisieron probar la fe de los conversos recientes ordenando autos de fe; a la vez que cantaban salmos, quemaron los ejemplares del Talmud y los rollos de la tora en lo más alto de la Torre de Belém. Invocaron al cielo y gritaron los nombres de los demonios que asociaban con los judíos.

Joao apretó los dientes. Aquel pasado lo aterrorizaba; intentó alejar los miasmas y los horrores, pero la presencia de su tía aniquilaba su esfuerzo. Se le aparecieron muertos putrefactos; las piras reavivaron su odio. Sucedió un mes de abril, un lunes. La sequía y la peste arrasaban Portugal. Los fieles vieron aparecer la imagen ardiente de la virgen en la iglesia de los dominicanos. Aquel milagro no apaciguó sus corazones, sino que, al contrario, los monjes de la ciudad decretaron que la madre de Dios reclamaba la ayuda de los buenos cristianos. Unos cuantos de ellos se dirigieron hacia el barrio del Negocio blandiendo cruces. Joao estudiaba el funcionamiento de las finanzas a pesar de su muy corta edad, tal y como había exigido su padre de acuerdo con doña Graci; los tres primeros días de la semana, se iniciaba en la contabilidad y la manipulación de monedas en la banca Mendès. Fue allí, mientras pesaba unos ducados, donde oyó los gritos de muerte:

—¡Salvad vuestras almas! ¡Matad a los judíos!

Tuvo la entereza suficiente para abandonar precipitadamente el establecimiento y huir del centro comercial donde se concentraban los judíos. Su carrera se acabó en una pequeña librería que pertenecía a un compatriota discreto que los cristianos tenían en alta estima. Se escondió entre las pilas de libros, frente a un ventanuco enrejado que daba a placita de San Juan. En los minutos que siguieron, asistió horrorizado y aterrorizado a la masacre de los suyos. No escatimaron nada por la gloria de Cristo y el amor de la Virgen. Azuzada por los religiosos, la turba se encargó de todos los judíos: apaleó a los ancianos y abrió en canal a las mujeres embarazadas. Joao pudo ver las cabezas de los bebés aparecer por encima de los bordes, a los niños atravesados por las

picas, y la sangre que caía desde lo alto de las casas en las que los fanáticos degollaban al cabeza de familia cerca de la ventana.

Aquel horrible pasado acababa de volver a atrapar a Joao; el aliento de la Inquisición llegaba hasta él, y su olor a azufre y ceniza se extendía por toda la habitación. Joao había atravesado toda Europa occidental para alejarse de él y olvidarse. Amberes, Ratisbona, Roma, Praga y Venecia lo habían acogido, y habían circulado numerosos rumores extraordinarios sobre él. Para algunos, era el hijo natural de Solimán; para otros, el bastardo del dux Gritti. Se creía que servía a los intereses del Papa, que era espía del rey de Francia, o un agente de Venecia. En Amberes, justo antes de su muerte, su tío Francisco Mendès había establecido que la albacea de su testamento fuera doña Graci, y había añadido que su sobrino Joseph y su primo Abraham Benvéniste la ayudaran.

Joao Miguez no existía a los ojos de doña Grazi Nazi Mendès. Él era Joseph Nazi, el elegido de los judíos conversos, la esperanza de todo un pueblo. Sintió el peso de aquella responsabilidad que ella quería poner sobre sus hombros. Él siempre había rechazado ser el salvador de los judíos. No era un santo: había matado a muchos enemigos y acabaría por volver a hacerlo. Ni siquiera se sentía judío, al menos hasta el momento; pero su tía Graci acababa de recordarle sus obligaciones.

Ella puso fin a las discusiones habituales para tratar con cuidado la susceptibilidad de sus compatriotas masculinos y de los representantes del islam. Dominaba el difícil arte de la diplomacia y también poseía millones de ducados y de florines. Aunque sólo fuera por esta razón, los hombres rara vez la contradecían. Solucionaba las crisis de los Estados concediendo préstamos a los príncipes; se mostraba generosa con los constructores de sinagogas y mezquitas, y, gracias a las donaciones que hacía, los dirigentes religiosos la consideraban una santa. Osman era uno de sus incondicionales. Había recibido de ella diez mil altunes para subvencionar las necesidades de las decenas de madrazas que tenía a su cargo.

Doña Graci se volvió hacia su sobrino. Una sonrisa maternal iluminó su rostro maquillado de blanco; amaba a aquel muchacho tenebroso y brutal, lo amaba como a un hijo y deseaba firmemente unirlo a su nombre ante testigos. Aquél era el fin secreto de la reunión.

—Tus hazañas han llegado hasta mis oídos. ¿Sabes que hablan de ti como si fuieras el nuevo David? Te has convertido en un hombre apuesto y fuerte, Joseph; te hemos hecho venir para que conduzcas a buen puerto una noble misión: reunir a algunos de los nuestros y reedificar Sión. Esto se hará a su debido tiempo con la ayuda de nuestros amigos turcos, y te daremos plenos poderes sobre nuestro tesoro. Los cuarenta mil hombres y mujeres de Israel que viven en esta ciudad te serán fieles. Deberán ayudarte bajo toda circunstancia, como lo harán los cadíes, los derviches y los ulemas cuyas acciones apoyamos.

Tenemos un enemigo común: la Santa Inquisición. La Sublime Puerta armará tu brazo, e Israel llenará tus cofres. Desde este momento eres soldado y banquero. La tarea que te imponemos no se conseguirá sin penalidades, ni sin lágrimas, ni sin compromisos, ni sin quitar vidas, ni sin cometer pecados, que ya desde este mismo momento se te han perdonado. No me cabe ninguna duda, ni tampoco a los rabinos, de que Dios extenderá su mano para bendecirte cuando hayas cumplido tu destino. Asimismo, para aligerar tu carga, hemos decidido asignarte, además del maestro Levy, a algunas personas de calidad.

Doña Graci hizo una pausa y extendió su mano hacia un pupitre muy próximo. Allí había una campanita de cobre que empezó a agitar. Unos ruidos de botas respondieron enseguida a los ligeros tintineos. Aparecieron unos guerreros mongoles vestidos con cuero rojo; en el ceñido cinturón de cuero llevaban un puñal de hoja larga y curva. Las antorchas que sujetaban en alto iluminaban sus rostros crueles.

Aquellas caras cobrizas de ojos pequeños y brillantes no causaron demasiada impresión en los hombres sentados, que no temían más que a Dios; tampoco lo hicieron los rostros esculpidos de los que los siguieron, a los que Joao reconoció con un pequeño vuelco de su corazón: eran don Samuel, don Abraham y don Salomón. El primero era su hermano pequeño, un famoso espadachín que había matado a numerosos enemigos con los que se había batido en duelo. No lo había visto desde hacía ocho años. Don Abraham y don Salomón eran tan fogosos y batalladores que Joao pensaba que debían de estar ya muertos o en prisión. Sintió deseos de adelantarse para abrazar a su hermano y a sus compañeros, pero su tía hizo un repentina anuncio:

—Mi hija, Reyna Graci.

Aientos, pensamientos, gestos e intenciones se quedaron en el aire. Reyna los transportó fuera de aquel tiempo de conspiraciones y guerras. Poseía una belleza tan perfecta, que se sintieron inundados por la confusión. Ni el cadí Osman ni el casto Arama Meir pudieron subyugar el repentina interés que sintieron hacia aquella joven: era imposible ignorar su presencia.

«Presencia»: aquella era una palabra que no le hacía justicia. Joao no reconocía a su prima; él recordaba a una niñita huesuda y frágil, curiosa y ávida de conocimiento. Cuando tenía ocho años, no ignoraba nada sobre el Talmud y hablaba con fluidez español y francés.

Su resplandor ebúrneo, la gracia severa de su rostro enmarcado por un velo de oro colocado en sus cabellos castaños, su nariz recta, sus labios rosáceos que parecían pintados por un maestro de la escuela florentina y la gravedad de su expresión acrecentada por una mirada viva hacían volar la imaginación de los presentes. No obstante, la muchacha no encarnaba el ideal femenino ni de los rabinos ni del cadí. A este último le parecía demasiado inteligente, pero su sabiduría no era más que apariencia.

Un vestido de tela negra satinada, adornado con un cuello blanco bordado con oro, le cubría el cuerpo, y llevaba para su protección una pesada estrella de Salomón de metal azulado que colgaba de una cadena de plata. Sujetaba un libro con la mano izquierda mientras que con la derecha frotaba el mango de una daga diminuta. El ojo fisgón del cadí reparó en el arma y se estremeció. Sus servicios secretos le habían advertido de que la daga estaba untada con un veneno mortal. De repente, sintió que la mirada de la joven y peligrosa heredera de la banca Mendès caía sobre él.

Reyna lo contemplaba con una calma calculada. Se prometió actuar con ella con toda la prudencia posible. Se apartó de él para medirse cara a cara con cada uno de los miembros. Su mirada era de audacia; había nacido para mandar, y Joao lo supo en cuanto ella lo tomó como blanco.

—Cuando yo ya no esté en este mundo —continuó doña Graci—, Reyna velará por las necesidades de nuestra «sociedad» y se encargará de sufragar vuestros gastos. Deben saber, nobles señores, que mi hija aprendió el funcionamiento de las finanzas en la edad en que las niñas juegan con muñecas y lloran en el regazo de su dueña. Ha estudiado historia, geografía, filosofía y política con los mejores profesores de Amberes y de Cracovia. Podría recitaros las Tablas de la Ley en seis lenguas, pero dudo que esto sea de vuestro agrado porque es mujer. Tendréis que acostumbrarlos a los cambios y a nuestras ansias de independencia, pero no estoy aquí para hablaros sobre el futuro del género femenino. Reyna pertenece a este futuro. ¿Puede alguno soñar con semejante compañera? —dijo ella a la vez que dirigía una mirada ardiente a su sobrino.

Joao se crispó; todo su ser se revolvió. Ésa era la razón por la que lo habían llevado a ese lugar. Todos deseaban que aquella unión fuera posible; lo leyó en sus rostros llenos de satisfacción: los rabinos y el cadí sonreían; Barbarroja demostraba su alegría frotándose las manos; tan sólo Etienne se mostraba inquieto, pues su protegido amaba a Cecilia hasta la locura. No se podía dar nada por sentado; a partir de entonces, nada sería fácil. Pensó en la que se había convertido en la Princesa de la Luz y en todas las desgracias que se anuncianaban.

Capítulo 11

El tiempo era lluvioso e incitaba a la tristeza. La grisalla deslucía las cúpulas de oro y la blancura de los minaretes. Una neblina cubría la ciudad que se agitaba y se preparaba para la algarabía. La cólera llenaba el corazón de la princesa por quien millones de fieles habían rezado en las mezquitas, y cuyo nombre los sufíes asociaban a los de Alí y a los de los mártires de Kerbala.

Mihrimah se había pasado horas maldiciendo su propia sangre mientras los emplastes y pomadas sanaban la herida que se había infligido. Había maldecido la larga línea de sus ancestros y los sutiles mecanismos del zodiaco que habían hecho que naciera dentro de un harén con el título de princesa; había maldecido su condición de mujer. Juró por centésima vez que le haría la vida difícil a Rüstem.

Llevaba una infinidad en los baños prohibidos a las residentes del harén que no habían sido seleccionadas para servirla con fervor; doce eunucos velaban por que se cumpliera esta regla y estaban dispuestos a azotar a las que la quebrantaran.

La preparaban como se preparaba a un pavo en una bandeja de plata. Ella había resultado el plato escogido, el tierno manjar de un sumptuoso banquete ofrecido a un enorme cerdo. A su alrededor revoloteaban numerosas mujeres; nunca antes había habido tantas. Varias veces sorprendió a Yasmina y a Nurbanu fijando su mirada en sus rostros y preguntándoles con lucidez y ansiedad: «¿Qué me va a pasar esta noche? ¿Por qué me preparan como a un animal al que van a sacrificar?».

Evidentemente, ella sabía lo que les esperaba en la intimidad de la cámara nupcial. En el harén, se hablaba de las relaciones entre hombre y mujer, y circulaban miniaturas y dibujos; eran cosas que los animales domésticos del palacio practicaban abiertamente, y alguna vez había llegado a ver a una perra dedicada a ese tipo de menesteres. También se decía que algunas odaliscas habían podido, arriesgando su vida, experimentar con el jefe de los eunucos blancos, que no estaba completamente discapacitado físicamente, pero seguía siendo un misterio para la mayor parte de las reclutas de Topkapi.

La habían bañado y lavado con jabón de Alep; la habían vuelto a bañar con leche de burra. Le habían lavado el cabello tres veces, y lo habían tratado con aceites vegetales: aquello parecía no tener fin. Mientras seguía tendida sobre la mesa de mármol, que estaba cubierta con un fino colchón húngaro, Mihrimah suspiró.

El tiempo continuó escapándose entre los granos de arena de los relojes del harén. Ya no podía impedirlo. Se dirigía inexorablemente hacia el instante en que ya no se pertenecería; era el destino de todas las mujeres de ese mundo. Ya fueran musulmanas o cristianas, estaban condenadas a soportar la ley de Dios, el poder del padre, los celos del hermano y la voluntad del esposo.

Una esclava vertió extracto de violeta sobre su cabellera extendida. Seis manos se deslizaron por su cuerpo desnudo para hacer penetrar un aceite de propiedades suavizantes.

Cecilia asistía a Yasmina, que actuaba como gran sacerdotisa. La *kiaya* dirigía a las masajistas, a las ocho esclavas del baño y a las cuatro del guardarropa. Todas estaban bajo la vigilancia del propio Abas en persona. El *kizlar aghasi* informaría a Hürrem, quien, por el momento, estaba con el sultán a fin de obtener permiso para asistir al matrimonio.

—No me hagas daño —dijo Mihrimah, que abría por primera vez la boca desde que el alba había apuntado por el Bósforo.

Siempre había rechazado ser rasurada. Su eunuco la hostigaba, ya que la depilación era obligatoria dos veces al día.

Yasmina la miró con commiseración.

—Tú misma te haces ya bastante daño.

—¡Te conozco muy bien, *kiaya* del demonio!

—¡Basta! —gritó Abas.

La montaña de grasa se puso en movimiento y fue derribando los taburetes que encontraba a su paso. Las esclavas se estremecieron al ver a aquel monstruo. Sobre su torso y su vientre corrían pequeñas gotas; el *kizlar aghasi* no llevaba jamás camisa en el *hammam* y sudaba abundantemente; cuando aquella agua salada se precipitaba hacia la parte inferior del cuerpo, formaba grandes manchas en su pantalón a rayas.

—Te confío a los cuidados de Nurbanu —sentenció él, al tiempo que inclinaba su odiosa cara, abotargada y dañada por la viruela, sobre el rostro de la princesa.

Mihrimah comprendió que el jefe del harén estaba dispuesto a usar la fuerza. Tenía método y sabía golpear sin marcar la piel de aquellas a las que castigaba. Se abandonó. Abas asintió para indicar a Nurbanu que ya podía empezar. Cecilia había rasurado o depilado ya a otras odaliscas y había demostrado su delicadeza y dulzura. Esperó el consentimiento de la *kiaya* para no ofenderla. Yasmina se resistía a la orden del *kizlar*, pero acabó por

conformarse, después de hacerle saber que lo hacía para servir al Estado y no porque cediera ante el poder del amado eunuco de Solimán. Erguida y orgullosa, se alejó del lecho de mármol donde la princesa seguía temblando. Los minutos corrían inexorablemente; la tensión se podía cortar en el aire, y Cecilia se acercó a Mihrimah. Sobre dos mesas bajas cuyas patas eran unos cisnes de ébano con las alas desplegadas, las esclavas habían depositado todo lo necesario para lograr la más excelsa belleza: en frascos de alabastro y en pequeñas cajitas delicadamente esculpidas, se guardaban ungüentos de Arabia, polvos de China, perfumes de la India y cremas de Persia. Su gran valor se podía medir por el número de vidas que había costado llevarlas al palacio del Señor de los señores.

En un cofrecito de madera de rosa forrado de fieltro estaban ordenadas las cáscaras de mejillón. Un hábil barbero había afilado los bordes redondeados de aquellas valvas oblongas de color azul que recordaban los misteriosos fondos marinos. Al lado del cofrecito, se hallaba un tarro de arcilla barnizado que contenía una pasta untuosa mezclada con cal viva.

Cecilia hundió su mano en el bote. La pasta le quemó inmediatamente la punta de los dedos, y la extendió por el pubis de la princesa, que se contrajo.

—Quédate quieta —le susurró con suavidad Cecilia—. No me pongas las cosas más difíciles. Si llegara a cortarte, ambas sufriríamos las consecuencias.

—Poco importa ya eso. Esta noche moriré —murmuró Mihrimah.

Ella hablaba tan bajo que la *kiaya* y el *kizlar* no pudieron captar sus palabras. Cecilia le respondió en el mismo tono:

—Esta noche te convertirás en todopoderosa. Rüstem te necesita para llegar al cargo de visir, y eres el vínculo codiciado, el puente con Solimán, el arma de tu madre.

—¡Que Dios la maldiga!

—Deja a Dios fuera de los asuntos de los hombres y mentalízate para reinar en el vientre y el corazón de tu esposo. Hazle codiciar las riquezas de Topkapi y, cuando estés en su harén, disponte a eliminar a las rivales. Tiene dos esposas que podrían ser peligrosas. Si quieres, te ayudaré a salir bien parada de esta empresa.

—Pero ¿quién eres tú? Te consideraba simplemente una rebelde, y no una experta en el arte de la conspiración.

—Soy veneciana, mi padre es un maestro de la conspiración, y otros me han enseñado a sobrevivir. Además, ahora debo prepararte para vivir, y no para morir.

—No te olvidaré, Nurbanu.

Tras escoger una de las cáscaras, Cecilia empezó a rasurar el vello. Cuando hubo terminado, y después de dejar que una ligera gasa empapada con esencia calmante hiciera su efecto, pintó la carne delicada y rosa con *henna*, como lo

mandaba una tradición que se remontaba a los tiempos de los nómadas y como lo exigía su esposo, igual que todos los de la Sublime Puerta.

Yasmina y Abas aprobaron su trabajo. Ella había sabido apaciguar a Mihrimah. Era un milagro. Abas se apresuró a presentarle la más trabajada de las cajitas, recubierta de láminas de oro y de zafiros. Aquel artefacto fabricado en Isfahán no se abría fácilmente. Una compleja cerradura con un mecanismo doble la protegía. Abas introdujo una llave especial que parecía una francisca, y apareció hachís en polvo, el mejor de Estambul. Aquel cáñamo, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, era muy codiciado. Se contaba que, en el antiguo reino legendario de Shen Nung, provocaba visiones del diablo; no obstante, los turcos no lo utilizaban para soñar con Satán.

—Esto es para el placer —dijo Abas a la vez que depositaba la droga en las manos de Cecilia.

Ésta extendió el polvo entre los senos menudos de la princesa. Era más fino que el talco y estaba tratado para que se pegara a la piel. Cecilia lo esparció por el surco, después por el ombligo y por el vientre. Este tratamiento estaba calculado para el hombre y destinado a la mujer, pues se consideraba que ésta se liberaría de los sufrimientos y de las restricciones del Corán y que su cuerpo se desinhibiría. Asimismo, durante el acto, el esposo aspiraba el hachís, lo que retrasaba la eyaculación.

Cecilia y Mihrimah conocían a la perfección los aspectos teóricos de este momento crucial: cuando el hombre liberaba su semilla, la mujer quedaba fecundada. Aunque no era así siempre, pues dependía del momento del ciclo, de los fluidos de cada uno, de la compatibilidad de las sangres, y de la voluntad de Dios.

Entonces, una duda asaltó a las dos: ¿el viejo Rüstem podría todavía procrear?

Capítulo 12

El bajá Rüstem había convocado al mejor de los *oustas* boticarios. Los *oustas* eran maestros dentro de su gremio. En Estambul había varios miles, todos ellos controlados por los cadíes e inscritos en las listas del «encargado de los registros», el *bash deftedar*, un gran tesorero asistido por trescientos secretarios, que no era otro que el bajá Rüstem en persona.

«Muy pronto llegaré a ser gran visir», pensó él mientras se colocaba los faldones de su vestido de seda violeta sembrado de hilos de plata.

Antes de acceder al puesto más alto, debían llevarse a cabo una serie de actos; honrar a su futura esposa era uno de ellos. Aquella era una ardua tarea para un hombre al que no le gustaba demasiado malgastar su tiempo entre los muslos de las mujeres. Las suyas se agostaban en el serrallo; él las ignoraba y había olvidado que se había casado en dos ocasiones. Aquella vez debería interpretar su papel de esposo con una esposa de dieciséis años.

Esa juventud lo asustaba. Se decía de Mihrimah que era salvaje, caprichosa, poco inclinada a obedecer y exaltada. Había leído un informe sobre ella. Hürrem le había recomendado que fuera prudente e intransigente. Las mujeres eran imprevisibles y peligrosas. Nurbanu, la joven esclava veneciana, era un buen ejemplo de ello.

Cinco años antes, para complacer a Hürrem, lo había preparado todo para eliminarla en los caminos que llevaban a Estambul. No obstante, no sólo seguía viva, sino que había conseguido envenenar al *kazasker* Hodja y ahora pertenecía al círculo íntimo de la favorita. Aquello era incomprensible.

«¡He de desconfiar, he de desconfiar, he de desconfiar, tengo que dominarla esta noche como muy tarde!», se repetía él.

Rüstem atravesó el inmenso palacio silencioso guardado por los soldados y algunos jenízaros cuidadosamente escogidos. Aquellos hombres inmóviles lo veían pasar sin poder evitar estremecerse. Aquel bajá gordo y bajo proyectaba una sombra siniestra.

Rüstem llegó a la habitación sellada donde recibía en privado. Allí lo esperaba el extraordinario *ousta* al que solía convocar en los momentos críticos. Ese especialista, nacido en la región de Van, había sido criado por brujas. Había

mejorado sus prácticas estudiando botánica. En Estambul había sido, alternativamente, *tchirak*²⁹ y *kalfa*³⁰ *ousta* antes de ser elegido *kethüda* por sus iguales. Ese título le confería un prestigio considerable que superaba de largo el ámbito de la ciudad. En algunas ocasiones, lo habían llamado las altas autoridades del imperio de Anatolia o de los confines de Rumelia. Sus rivales judíos y griegos lo respetaban, e incluso había llegado a intercambiar ideas con ellos.

—Sed bienvenido a mi casa —dijo Rüstem a la vez que lo invitaba a sentarse en uno de los dos divanes que amueblaban la habitación de aspecto almibarado.

Se habría podido decir que las cuatro paredes de azulejos rosas y verdes habían sido impregnadas con azúcar caramelizado. Unos braseros de bronce y candelabros de plata daban una luz que se reflejaba en un escudo redondo de oro en el que estaban grabadas las primeras estrofas del *mevloud*, el canto religioso que explicaba el nacimiento del profeta.

El *kethüda* no era sensible a las decoraciones de los serrallos, ni a los pesados anillos del bajá, ni a la mirada zalamera y peligrosa que le lanzó este último cuando se sentó frente a él. Vivía en una realidad diferente. Practicaba una ciencia misteriosa e invocaba a los *djinns*. Confundía voluntariamente materia y espiritualidad, y buscaba una vía que lo condujera hasta el poder absoluto. Los poderosos le pagaban generosamente. Necesitaba sus ducados y altunes para tener éxito en sus experimentos. Se lo asociaba a oscuros cultos, y se temían sus maleficios y venenos.

Lufti Birkan, ése era su nombre, había sido reconocido oficialmente por el cadí Osman. El juez religioso había ratificado la elección de la corporación de boticarios antes de introducirlo en las madrazas y de que adquiriera gran prestigio entre los sufíes. Osman era su aliado, y Rüstem iba a convertirse en otro.

Rüstem aspiró por la nariz. El *kethüda* olía a turba y flores secas. Era el más gris e insignificante de los hombres. Se vestía con harapos usados. Sus babuchas habrían sido indignas hasta para un mendigo. Ninguna joya relucía en sus dedos ni en sus muñecas. Parecía incorruptible. Era realmente inoportuno.

Rüstem se ganaba siempre a la gente seduciéndola u ofreciéndole cargos en la Administración. También utilizaba las amenazas y los obligaba por la fuerza. Con ese Lufti, no cabía esperanza alguna de conseguir sus objetivos con los medios habituales, que iban desde el *bakchich* al látigo.

—¿Has traído lo que te pedí?

29 Aprendiz.

30 Obrero.

A la pregunta de Rüstem le siguió un ruido agradable a los oídos de Lufti. El bajá agitó una bolsa. Las monedas tintinearon. El día se prometía fructífero.

—Alá me ha guiado en mis investigaciones —respondió Lufti sin emoción.

—Alá es justo. Hizo al hombre superior a la mujer. Y tú estás aquí para demostrar esa superioridad. Que Alá cierre los ojos, estamos en su terreno.

—Tal vez los cierre, pero ve nuestras almas. No tenemos nada que temer. Tengo para ti tres bolsitas y un frasco. Mi arte te hará ser viril durante una noche. Será como si volvieras a tener veinte años, o incluso mejor, tu pasión sólo podrá compararse a la de un agá de los jenízaros en combate —dijo Lufti a la vez que buscaba entre los pliegues de su vestido sin forma.

Revisó los objetos, describió parte de los ingredientes que contenían y después los depositó a la vista sobre el diván. Rüstem se apoderó de ellos enseguida. Ya se veía a sí mismo como el guerrero dominante que había mencionado el *kethüda*. Los cogió de uno en uno para probar su consistencia.

El primero contenía una gorda bola de goma de resina mezclada con corteza del olmo en polvo. El segundo estaba hecho de hisopo, alcanfor de Montpellier y cenoyo de mar. El tercero contenía una sustancia elaborada a base de pirlita de África que los griegos de Izmir habían llevado al sur de Turquía. Tenía un sabor ardiente que se convertía en fuego en el cuerpo de quien la consumiera. Quedaba sólo el frasco de vidrio opaco, lleno de un sirope de clavel y de una decocción secreta que Lufti había aprendido de un sabio chino exiliado en Konya.

Esos cuatro medicamentos, dosificados con precisión, tenían que tomarse cada hora a partir del último rezo del día. Eran estimulantes y servirían para paliar las deficiencias de Rüstem.

El bajá permitió al *kethüda* coger la bolsa que contenía treinta monedas de oro: diez por la mercancía, y veinte para comprar el silencio de Lufti. Rüstem se dijo que aquel matrimonio le salía caro. Los judíos sufragarían en parte el coste. Él estaba planeando un encuentro con doña Graci, la banquera, para que le pagara por la tranquilidad de su pueblo. A cambio, si él se convertía en gran visir, les concedería privilegios y la exclusividad en las operaciones comerciales entre turcos e infieles.

El *kethüda* se había ido hacia otra cita. Rüstem había hecho que lo siguieran. Se había dirigido hacia el sur del Gran Bazar, a la casa del cadí Osman. Rüstem no estaba preocupado: Osman era su aliado, al menos por ahora.

Alegre y confiado, el bajá, asistido por su ayudante de cámara, dos costureros y una decena de esclavas, se probó varios vestidos de gala. Debía demostrar su poder, pero sus atavíos no debían sobrepasar en magnificencia a los del sultán. Se decidió a ponerse un caftán doble de marta cibelina; en lugar

de botines, se puso unos zapatos de tacones gruesos llamados *pashmak*, especialmente concebidos para su corta estatura y hechos con el más ligero de los cueros; finalmente, se colocó un turbante inmenso, un *mudjèvèzè*, que lo hacía unos centímetros más alto.

Él, al que los esclavos y las gentes del pueblo llamaban «enano grotesco», se parecía ahora a uno de los jenízaros que hacía guardia delante de sus habitaciones. Ataviado de ese modo, incluso lo sobrepasaba. Se sintió digno de ser el yerno de Solimán y Hürrem.

Hürrem hizo una aparición propia de una emperatriz. Era más resplandeciente que todo lo que podía considerarse deslumbrante en aquel palacio. Ella había convencido a Solimán: estaría presente en la boda junto a los hombres. Se quedaría junto al sultán, al lado de su trono. El canciller había sido informado, igual que el maestro de protocolo. Aquello suponía una verdadera revolución. El *nishandji* Kodja, cuya función consistía en supervisar las actas y ponerles el sello imperial, y que conocía todas las leyes y las inmutables costumbres otomanas, estaba completamente trastornado.

«¡La favorita, fuera del harén! ¡Es algo impensable y contrario al Corán! — se había dicho al tiempo que se agachaba para reverenciar a Solimán y se afanaba por ocultar esos pensamientos que le habrían costado la vida—. Tu Hürrem nos llevará al infierno. Utiliza la ley, aplica el versículo treinta y cuatro del cuarto sura: a aquellas que parezcan insumisas, sometedlas a la moral, abandonad sus lechos, corregidlas.»

El *nishandji* era una larva. Hürrem franquearía la puerta del tercer patio bajo la protección del jefe de los eunucos blancos. El Señor de los señores, no obstante, había exigido que fuera acompañada por seis mujeres tapadas con el velo, y que ella misma no mostrara más que las gemas de su mirada a los extranjeros que tuvieran la audacia de intentar reconocerla entre las odaliscas.

Tras unos pocos minutos, su aura se extendió y se apoderó de todas las habitaciones del harén, puesto que ninguno de los habitantes del serrallo ignoraba la nueva victoria de la favorita.

Era indiscutible que reinaba en el espíritu del Comandante de los Creyentes. Aquel poder tenía algo de prodigioso porque oficialmente ella seguía siendo esclava y cristiana. Alá, en su clarividencia, no había querido que fuera esposa y musulmana, al menos todavía no. Llevada por su triunfo y con los ojos iluminados tras su entrevista íntima, Hürrem hizo llamar a todas las odaliscas de más de dieciséis años y menos de treinta. Abas empezó él mismo a elegirlas, fiándose de su experiencia, ya que muchas de ellas mentían sobre su edad desde el día mismo que habían sido vendidas.

Eran cuarenta y cuatro y se colocaron en círculo en torno a la Bienaventurada, sentadas sobre las alfombras persas. Cecilia, a quien se le había ordenado que dejara a Mihrimah, en ese momento bajo la custodia de dos eunucos y de Yasmina, estaba en la primera fila. La excitación de sus compañeras no podía ser mayor. Se retorcían las manos, se pellizcaban y jugaban, sin intentar calmar la emoción que las agitaba desde el regreso de la favorita.

—No os voy a contar nada —dijo Hürrem sonriendo.

Ellas resoplaron, suspiraron y bajaron la cabeza como si las hubieran cogido en falta.

—Este palacio tiene oídos, sus paredes interiores no están hechas para guardar secretos. He hablado con Abas; Abas ha hablado con los eunucos, y los eunucos os han hablado. No obstante, entre la habitación de nuestro Señor y esta sala, sólo hay trescientos veintitrés pasos y doce puertas. Aprendí a contarlos después de la noche en que fui elegida.

Al pensar en aquella noche y en todas las noches que la siguieron, las vírgenes suspiraron con más fuerza. Incluso llegaron a envidiar a la pequeña princesa preparada para su primera noche con un hombre. Hürrem no había precisado que, entre el momento en que ella había dejado a Solimán y ese mismo instante, ella se había preparado para la boda. Había conseguido transformarse en un ser sobrenatural en poco tiempo, mucho antes de la plegaria de mediodía que, en aquel día de la *djouma*,³¹ se anunciaría febrilmente en todas las mezquitas del Imperio.

Era imposible compararse con ella o igualarla. Se beneficiaba de una asignación considerable y de regalos innumerables. Aquel viernes de excepción, llevaba la ropa que Solimán le había regalado después de su campaña húngara. La *dhuma* imperial, mucho más elaborada que el caftán, la envolvía como un capullo precioso.

Por el peso de las piedras cosidas al vestido, uno se podía imaginar que a la Bienaventurada no le resultaba fácil moverse. Unos *padpradschas*, zafiros de un color naranja rosáceo, cuyo nombre significaba «flor de loto», brillaban, y sus dibujos geométricos se entrecruzaban sobre el tejido verde manzana del vestido, que se abrochaba con cincuenta botones opalescentes que parecían tallados en piedras lunares. En el dedo índice de su mano izquierda, un anillo de oro con berilos ensartados, tallados con forma de almohadilla, despertó la codicia de las bellas reclusas. En Topkapi, no se ignoraba nada concerniente a aquella joya hecha de alejandrinas encontradas en el río Ural. Había pertenecido

31 Viernes, día de la gran plegaria.

a una noble condesa rusa acusada de brujería, declarada culpable y quemada viva en Kiev un siglo antes. Aquel anillo se lo habían regalado a Selim I, que lo había guardado en un cofre. Solimán se lo regaló después a su amante embarazada. El anillo era famoso por su poder mágico y porque protegía del mal de ojo. Hürrem lo llevaba cuando estaba en juego su destino, durante las uniones carnales con Solimán, cuando éste se iba a la guerra o en las epidemias.

Cecilia se había fijado en el anillo del que Yasmina le había hablado. Era extraño. ¿Tal vez estaba demasiado cansada? Le costaba reconocer a la favorita por su aspecto petrificado, semejante a una estatua pagana ataviada como una santa española. Bajo el quinto círculo de perlas que adornaba su frente, el rostro blanqueado artificialmente con cerusa había sido maquillado por una esclava siamesa inigualable en su arte. Sus ojos parecían más grandes gracias a largos trazos verdes que se volvían curvos cerca de las sienes, y lucían más bellos y misteriosos, semejantes a serpentinas en un mármol inmaculado.

Hürrem ya no sonreía. Examinaba a su grupo de subalternas. Todas eran mujeres escogidas, que valían su peso en oro. Cuando las habían vendido, habían hecho subir las pujas, llegando a provocar a veces alborotos que los policías del *soubashi* habían tenido que contener a golpes de bastón.

—Ya sabéis que voy a ir al Arz Odasi.

El Arz Odasi: ese espacio que se decía que era magnífico nunca había sido pisado por los pies de una mujer. Los sultanes lo utilizaban para momentos puntuales. Recibían allí a los embajadores, a los altos funcionarios, a los representantes de las congregaciones religiosas, a los príncipes y a los vasallos. Las ceremonias oficiales se desarrollaban en medio de fastos, y los encuentros privados se hacían bajo la protección de los guardias sordomudos devotos en cuerpo y alma a su maestro. Aquellos que tenían el derecho de entrar se podían considerar honrados. Se volvía a salir rico o proscrito, vivo o muerto. Felices eran los humildes en presencia del Señor de los señores.

—Me quedaré detrás del trono, detrás de los cuatro hijos que Dios ha dado al descendiente de Mehmet, Bayaceto y Selim, con el rostro tapado por un velo. Levantaré mi mirada sólo ante los regalos ofrecidos al bajá Rüstem, pero no frente a los hombres que los coloquen a los pies del sultán. Eso sería cometer un pecado, según dicen... El jeque y los cadíes no esperarán menos de mí, ni de las que me acompañen.

Las cuarenta y cuatro mujeres soltaron un respiño. Cecilia expresó su sorpresa como las demás. Su piel se erizó, su cabeza se abotargó y su pulso se aceleró. Hürrem se burlaba de ellas.

—El sultán lo ha exigido. Seis de vosotras deberán mostrarse a mi lado. Éste es un día de alegría, y marca un hito en el camino para probar que el islam lo creamos nosotras, las mujeres, las esclavas.

Cecilia vibró ante esas palabras. Rogó que la escogieran en el momento en que el dedo extendido de la Bienaventurada señaló que había llegado el momento.

—La Muchacha que ríe —dijo Hürrem, señalando a una esclava de los Cárpatos con el cabello del color del trigo.

Las llamaba por los nombres turcos que les habían dado al entrar en el harén. Se tomó su tiempo. Había chicas con un carácter inestable, chicas con un ánimo frágil, malencaradas, viciosas, oportunistas. No podía permitirse llevarlas a la sala del consejo. Solimán se lo había repetido tres veces: «Haz lo posible por rodearte de ovejas; no quiero que me ofendan». Así que Hürrem escogió a las sumisas y a las pasivas:

—Lágrima de luna, Rosa del desierto, Ruiseñor azul, Rayo de la tarde...

Pero no tuvo las palabras de Solimán en cuenta cuando eligió a la última:

—... y Princesa de la Luz.

Capítulo 13

El cielo, la tierra y el mar aparecieron teñidos por la grisalla espectral de aquel viernes lluvioso y brumoso. Las cúpulas pálidas flotaban por encima de la vaga inmensidad de la ciudad de colores difuminados. Ese velo acentuaba el misterio del paisaje y el peso de la incertidumbre.

El enviado de los mercaderes de Venecia y de la Santa Inquisición se preguntaba por qué las casas estaban pintadas de rojo, de negro, de gris o de amarillo. Hacía veinte años que viajaba, pero no había considerado necesario pedir informes a los capitanes que navegaban con él. Ese tipo de detalles le importaban poco. No estaba al corriente de todos los códigos de Estambul, pero sí conocía casi perfectamente los mecanismos financieros de la ciudad que era la mayor rival de Venecia, de Génova y de Amberes. En su cabeza construía geografías hechas de letras de cambio, de bancas, de tratos, de productos de importación y de exportación, de contratos, de agentes contables, de tesoreros, de usureros y de espías a sueldo de economías privadas o de Estados.

El color del oro y el de la plata tenían un significado, pero no así el de los barrios de la ciudad más grande del mundo. Constató que el rojo dominaba y rodeaba la mayoría de las mezquitas. Al ver aquellos edificios coronados por la Media Luna y por los estandartes en los que podían leerse palabras que honraban la gloria de Alá, se santiguó. Se imponía la necesidad de rezar un padre nuestro. Era extraño que él, que apenas se preocupaba por la omnipotencia y la omnipresencia de Dios, rezara tanto desde el inicio de la travesía. Haber sido uno de los miembros secretos del tribunal de la Inquisición apenas afectaba a su manera de cumplir con las obligaciones con el cielo. Él había aceptado aquel nombramiento para expoliar mejor a sus competidores. No rezaba por su alma, sino que le preocupaba salvaguardar su vida y, para ello, se pasaba el día besando la Biblia y su crucifijo. El sacerdote del equipaje lo bendecía regularmente con agua de San Marcos. Escuchaba con fervor a los cinco monjes de su séquito cantar el *Salve Regina*. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que la nave no naufragase y se había salido con la suya: el suntuoso navío de guerra estaba a salvo en el Cuerno de Oro.

Alessandro Venier Baffo no era un santo. En nombre de la Iglesia y del comercio había promovido el asesinato de mucha gente, había hecho que arrestaran a sus amigos, les había causado su ruina, había vendido a su propia hija a los turcos después de haberse vendido él mismo al dux Gritti. Su muy querida Cecilia pertenecía ahora al sultán.

Tras dar por concluida su plegaria, Alessandro contempló Topkapi. Su hija estaba en alguna parte detrás de las almenas defendidas por miles de soldados y doscientos cañones. No sentía ningún remordimiento, al contrario, se había desembarazado del peso de su progenie y al mismo tiempo se había enriquecido. No sólo no había tenido que desembolsar una dote al casarla, sino que había heredado la fortuna de su esposa, que había fallecido por una fiebre infecciosa dos años antes, una fortuna que se transmitía de madre a hija. Cecilia no llegaría a reclamar nunca su parte. En la actualidad, estaba cerrada tras unos gruesos muros, vigilada por horribles hombres castrados y sometida a la ley del harén. Era mejor que un convento, casi tan seguro como una tumba. ¡Qué bella operación! Había ingresado treinta y nueve mil ochocientas cincuenta y tres libras, ocho mil florines y otro tanto en oro y monedas diversas. El aumento en las rentas había acrecentado los beneficios que obtenía de sus galeras mercantes. Los dirigentes de la Serenísima le facilitaban la tarea. Él les pagaba comisiones y se abría así a nuevos mercados. Se beneficiaba del apoyo del Consejo de los Diez y se jactaba de ser asiduo en el palacio. Su estatus social había mejorado significativamente. Su posición era envidiada, y los celosos soñaban con abrirla en canal. Su señora no era otra que Beatrice Cornaro Contarini, una perra que lo menospreciaba no hace mucho, cuando él era un importador de talco con un blasón insignificante.

No obstante, estar en lo alto no comportaba tranquilidad. Uno se labraba enemigos. Beatrice le había exigido que contratara los servicios de mercenarios franceses dirigidos por Antoine Gaufredi de Folcaquier. Por tanto, había tomado a su cargo a aquella tropa de infames caballeros. Los treinta se habían reagrupado sobre el puente y se sentían corroídos por la impaciencia. Hacía mucho tiempo que el señor Baffo no les había designado una víctima. A falta de tener un infiel a quien matar, irían a divertirse a los burdeles de Pera, el barrio cristiano de Estambul, cuya fama por los placeres prohibidos que ofrecía llegaba hasta Lisboa. Alessandro sentía esa violencia contenida que se manifestó con toda frialdad por la voz de su capitán.

—Tenemos que desembarcar. El embajador de la República está ya en tierra. Pido indulgencia para mis hombres. No son marinos. Permítáles abandonar ese barco carcomido por los gusanos y las ratas o no respondo de ellos.

Alessandro sintió un ligero temor. El tono glacial del mercenario no anunciable nada bueno. El frío aumentó. Gaufredi se acercó y colocó sus largas y finas manos de asesino sobre el empañetado.

—No cuente con entrar como conquistador en ese palacio —continuó él—. Otros más importantes que usted fueron empalados en plazas públicas de esta ciudad por menudencias.

Alessandro vio aparecer el rostro anguloso, picado y pálido de su hombre de confianza por el ángulo derecho de su visión. La lluvia no suavizaba los rasgos de aquel rostro marcado por la cuaresma. Lamentó haberlo contratado y no tener el coraje para despedirlo.

—Sabes muchas cosas, Gaufredi —respondió él.

—He pasado por muchas complicaciones y sigo vivo. Nunca voy a ninguna parte sin informarme de las costumbres, de los hábitos y de las normas de cada uno. La lógica exige que se limite usted a quedarse bajo el estandarte del alto comisario que representa los intereses de la República. Se dice que al sultán le gustan el orden y la jerarquía. Respete la etiqueta, camine tres pasos por detrás de nuestro buen embajador y todo se desarrollará sin problemas. ¿He de añadir que la presencia de vuestra hija no os da ningún derecho? De hecho es incluso inoportuna: usted es el padre de una esclava.

—¡Que Dios me ampare! Tengo al mejor consejero de Occidente. Sólo vela por mi bien.

—No me preocupa su bienestar. Sólo quiero que conservéis la vida. Usted me paga por esa noble tarea.

Había cierta ironía en esa réplica, incluso una especie de amenaza. Alessandro se dijo que aquel hombre podía asesinarlo en cualquier momento, que pertenecía a esa raza de reptiles que se vendía al que más pagaba. Pensó entregarlo a la Santa Inquisición con algún falso pretexto. La idea exigía cierta elaboración, pues Gaufredi contaba con apoyos entre los religiosos. Obispos y cardenales estaban en deuda con él por sus servicios. No lo quemarían tan fácilmente como a un poseso.

En el fondo se parecían. ¿Quién conseguiría la piel del otro?

El mundo entero estaba representado en la orilla en Oun Kapani y en Emineumü. Genoveses, franceses, holandeses, persas, alemanes y representantes de las naciones menos importantes se habían reunido allí, después de abandonar las alturas de Pera y de Gálata con gran pompa. Los escoltaban guardias con picas, albarderos y criados en librea, rodeados a su vez por dos compañías de jenízaros, en concreto, la número ciento veinte y la número ciento treinta y seis, estacionadas ambas en la caserna de las Escalas. La barca en la que Alessandro había ocupado su lugar estaba todavía a doscientas

brazas de la orilla. Incluso a esa distancia, esos soldados le parecían gigantescos.

Cuando saltó al muelle, Alessandro los miró con admiración. Con los arcabuces al hombro, las espadas curvas damasquinadas en la cadera y vestidos con sus trajes de tela de Flandes, los jenízaros imponían respeto. Se desprendía una fuerza de su compañía perfectamente alineada. Los unía una férrea disciplina. Se decía que jamás retrocedían en las batallas, que besaban la mano de su oficial después de haber recibido una paliza.

—Sólo lo esperábamos a usted —dijo el embajador veneciano Simoni a Alessandro.

Alessandro miró al personaje que había subido a bordo de su nave la víspera, y le pareció más retorcido que en su primer encuentro. Aquel hombre escondía su ardid bajo una larga barba brillante y perfumada.

—La prudencia requería que retrasara mi llegada. Soy el responsable de los presentes de la República. No quiero correr ningún riesgo. ¿Quién nos resarciría si fuéramos atacados?

—Cálmese, querido Venier Baffo. A partir de este momento, estos cofres están a mi cargo. No tema, nunca hay robos en esta parte de Estambul. Un crimen comprometería a todos los habitantes del barrio. Ante la ley turca, la responsabilidad sería colectiva y deberían indemnizar a la víctima. Cuando viera las cabezas expuestas en Topkapi, dejaría de tener miedo alguno —dijo el embajador con una sonrisa cruel.

—La mayoría son cristianos.

Alessandro se puso inmediatamente en guardia. El que acababa de expresarse con esa voz cavernosa se puso ante él, haciendo ruido con sus botas con remates de hierro. Era un jenízaro de alto rango. Anillos de oro brillaban en sus dedos; una capa de cuero bordada de marta cibelina protegía su traje de seda blanca y azul, y un sable con la empuñadura de oro colgaba sobre su muslo. Llevaba el sombrero con plumas de pavo y de buitre y coronado por una punta de hierro. Un espeso bigote que caía como colmillos a ambas partes de la boca le daba un aspecto salvaje. Enseguida, Gaufredi echó mano a su espada, y los esbirros lo imitaron, dispuestos a sacar dagas y puñales de sus fundas.

—Hay algunos alvéolos vaciados por los vuestros en la fachada del palacio —dijo el recién llegado, a la vez que repasaba a los espadachines del veneciano.

La tensión se acrecentó. Los nervios estaban a flor de piel. Los hombres se prepararon para saltar a la garganta del turco que los amenazaba. Cincuenta jenízaros se unieron al oficial de la Puerta, con sus armas bajas. Alessandro vio a aquella terrible tropilla que se enfrentaba a él, y lanzó una mirada de pánico en dirección a la representación de embajadores que no parecían estar dispuestos a adoptar ninguna medida extraordinaria. Los residentes y los cónsules se deleitaban viendo al enviado de Venecia, cuyo mal hacer en su

oficio era bien conocido, así como su reputación de intrigante; por eso dejaron que se cocinara en su miedo durante algunos momentos. Era agradable observar a un cobarde, mercader veneciano por añadidura, un noble advenedizo e indigno de llevar la espada en el cinto y la cruz en el cuello. Uno de ellos consideró que era el momento de poner fin a ese enfrentamiento estéril.

—¡Señores! Un poco de contención —dijo el embajador de Francia, Francisco Polin, al tiempo que se interponía entre los beligerantes y apartaba con elegancia cinco o seis picas, todo ello sin dejar de sonreír cordialmente a los jenízanos y a los venecianos—. Todos ustedes son caballeros. Dejen a un lado la petulancia, las pasiones y los humores. En un día como hoy no se derrama sangre. Vayamos en procesión a casa de nuestro anfitrión, el Gran Señor, y que nuestros corazones se llenen de alegría, también el vuestro, noble Alessandro. Ha recelado injustamente de nuestro amigo —dijo Polin a la vez que señalaba al oficial—. Adna Ibrahim Oktodjor, comandante jenízaro de los *ortas* del Cuerno de Oro, es uno de los más ilustres *mouzhir agá* del ejército otomano. Él es quien lo va a proteger, y sólo él, porque nuestros escoltas no están autorizados a franquear la puerta imperial.

Alessandro se vio en la obligación de asentir levemente con la cabeza para señalar su conformidad. El gigante jenízaro le devolvió el gesto. Todo estaba dicho entre ellos. No serían jamás amigos, todo los separaba. Alessandro no tenía insultos suficientes para definir a ese cristiano convertido al islam, a ese traidor maldito, a ese renegado a sueldo de la Media Luna, a ese perro sarnoso.

Empezó a detestarla. Llenar su corazón de odio y de celos era una necesidad, una forma de motivación. Ahora tenía un enemigo definido en Estambul, alguien a quien maldecir a la espera de algo mejor. Él no podía vivir sin odio, sin codicia, sin atormentar al prójimo. Había levantado su fortuna sobre los más bajos instintos.

Cuando los embajadores se estaban subiendo al caballo o acomodándose en las sillas que llevaban los porteadores, se oyeron sonar los cuernos. El aire se puso a vibrar como bajo el efecto de un trueno lejano. Alessandro, Gaufredi y los espadachines levantaron la mirada hacia la cima de la colina. Topkapi los invitaba a subir. Topkapi abría sus puertas de bronce y estaba a punto de desvelar sus secretos.

Capítulo 14

Unos tras otros entraron en el primer patio adornado con los colores del islam y de Solimán. Las ondas comprimían sus pechos, y el ruido los ensordecía. Tres batallones de músicos exorcizaban a los infieles, que eran invitados a someterse al Gran Señor. Los tambores dominaban el ambiente. Sus terribles sonidos rebocaban contra las murallas y volvían locos a los caballos. A estos redobles ininterrumpidos respondían las salvas de cañones, los gritos de la multitud a la que se mantenía marginada en el exterior. El mar de turbantes golpeaba los flancos de Santa Sofía. Había que darle al bastón para llegar a Topkapi. El pueblo de Estambul se había movilizado para rendir homenaje al sultán y al tesorero, el bajá Rüstem, y para observar a las delegaciones extranjeras cargadas de cofres. Los tambores galvanizaban su fe en el ejército, en el infinito poder del mundo musulmán, en su deslumbrante destino. Todos soñaban con una tierra en la que la Media Luna no viera jamás ponerse el Sol.

Los que tocaban los tambores no desfallecían. La lluvia no empañaba su entusiasmo. Golpeaban las pieles como en la batalla cuando los escuadrones cargaban contra el enemigo. De repente, se vieron dominados por un clamor gigantesco. Con una misma voz, a la orden de su coronel, el *corbaci bashi*, título que significaba «Jefe de los repartidores de rancho», los cuatro mil jenízaros gritaron nueve veces una consigna: «¡Gloria a Alá y a su teniente Solimán!». El coronel estaba de pie delante del emblema del cuerpo, tras sacar la marmita de bronce destinada a ocasiones especiales como aquélla. Cerca de él, los principales funcionarios del palacio esperaban a las embajadas. Por todas partes, cuadros formados por escuadrones de jenízaros, y, hasta en el tercer patio, las «esclavas de la Puerta», se apresuraban felices. Se les habían repartido cotonadas, víveres, tela y plata.

Joao, Etienne y sus compañeros jamás habían visto semejante despliegue de fuerzas y de magnificencia. Había al menos diez mil soldados sobre las murallas, dos mil *sipahis* a caballo entre la primera y la segunda puerta. Topkapi bullía en hombres y armas, en funcionarios vestidos como príncipes. Los porteros, los cocineros y los pajareros se parecían a personajes pintados por miniaturistas y posaban con sus vestidos nuevos enriquecidos con bordados.

Sin embargo, no podían de ninguna manera rivalizar con los doscientos veintitrés oficiales jenízaros semejantes a un arco iris desplegado ante las tropas.

«Todos los jenízaros están aquí. ¿Se prepara una guerra?», se preguntó don Abraham.

Joao se hacía la misma pregunta. Se hablaba de una campaña en Persia y de una expedición contra Niza en Italia. Los arsenales trabajaban día y noche. Nuevas galeras se ponían a flote, y los gobiernos reclutaban en las provincias anatólicas. Don Abraham, don Samuel y don Salomón amaban la batalla; él los tendría a su lado cuando sonaran las trompetas y ardieran los fuegos. Tenía una total confianza en sus espadas. Despues de haber huido de la represión en España y haber servido a varias banderas, se habían convertido en caballeros de élite del ejército otomano que destacaban bajo las murallas de Argelia y en las llanuras húngaras. Los agás los tenían en alta estima y los habían citado en el consejo del gran visir. No obstante, ellos envidiaban a los magníficos jenízaros de las célebres divisiones Djémaat, Beuluk, Sekban y Adjeni Oghlan.

—Me habría gustado llevar el sombrero blanco de estos guerreros —dijo Samuel.

—Ellos son esclavos cristianos, y tú, un judío libre —respondió Joao—, no lo olvides jamás. Y probablemente ellos soñarán, como la mayoría de los habitantes de este palacio, con romper las cadenas de la esclavitud.

—¿Y tú qué sabes de eso? ¿Acaso no es mejor vivir encadenado y con la panza llena en medio de este lujo que libre y hambriento en un cuchitril?

—Conozco a alguien que preferiría padecer hambre y ofrecer su rostro a la lluvia lejos de estos muros —dijo Joao en voz baja.

Pensaba en Cecilia. No dejaba de pensar en ella desde que amanecía. Había gritado su nombre en medio de la noche. Le habría gustado llamarla con todas sus fuerzas en ese momento. Ella estaba muy cerca y fuera de su alcance a la vez.

Era imposible superar los obstáculos y rodear los muros que se habían levantado entre ellos. Topkapi era la más segura de las fortalezas, la mejor de las prisiones, el corazón de hierro del islam. Dos mil quinientos *bostangis*, centenares de guardias, eunucos blancos y negros, los agás del estribo imperial, los mudos del sultán y muchos otros se interpondrían en su camino si intentaba reunirse con aquella a la que ahora se llamaba Princesa de la Luz.

—Conozco el fondo de tus pensamientos —dijo Etienne, que no se separaba de él.

El médico se había dirigido al amanecer a la puerta de la caserna de Gálata. Había esperado a su sobrino con firmeza después de que doña Graci le concediera plenos poderes. Toda incorrección de Joao debía arreglarse.

—Tengo que hablar con ella.

—Muérdete la lengua y tómate tu mal con paciencia. El amor sólo trae miserias.

—¿Y tú dices eso, tío, tú que siempre has promovido el amor por el prójimo, el amor de Dios, el amor en todas sus formas? Amo a esa mujer, y tú eres quien la puso en mi corazón el día en que te confabulaste con el Consejo de los Diez y su padre.

—Lo hice para salvar a nuestro pueblo. No quería sacrificarla. Ese acto me pesa. Debes olvidarla, tu tía tiene otros proyectos para ti.

—¡Jamás me casaré con mi prima Reyna!

Había hablado alto y fuerte. El *kadupan pacha* Barbarroja, que caminaba a la cabeza del grupo, mostró su irritación lanzando una mirada por encima de su hombro. Los tres almirantes que eran su sombra lo imitaron. La presencia de los judíos los ofuscaba. La proximidad del gran rabino que conducía el grupo de Joao Miguez no les gustaba. Ellos se responsabilizaban abiertamente del crimen del *kadupan pacha* que había golpeado a su ejército y su dinero. Y todavía les resultaba más frustrante y amargo que la flota marina ocupara el tercer rango del ejército, después de la caballería y la infantería.

El gobernador del serrallo, el *bostandji bashi*,³² que llevaba un turbante negro adornado con siete perlas, siete rubíes, siete zafiros y siete esmeraldas que evocaban la cifra mística de veintiocho, no hacía diferencias entre militares, religiosos y civiles. No eran nada más que polvo bajo las botas del sultán, su maestro, polvo de polvo bajo el dedo de Alá. Eso no le evitaba tener que aplicar las reglas de etiqueta con rigor. Todo hombre invitado por Su Majestad debía ser recibido con honores.

Joao y los suyos lo constataron cuando recibieron el saludo de este importante personaje, que se llevó la mano a la frente, a los labios y al corazón, al mismo tiempo que se inclinaba. Sus oficiales, vestidos con ropas color azafrán bordadas con marta cibelina, dieron muestras de la misma deferencia.

—Sed bienvenidos en la casa de nuestro Señor —dijo él—. Un ujier os conducirá a la sala del consejo.

Los embajadores y los enviados extraordinarios tuvieron derecho a que el *kapidjilar kâbyasi*, jefe de los capitanes de ujieres custodios de las llaves de las puertas y chambelanes, les dedicara unas reverencias zalameras. Reclutados entre los hijos de las más altas autoridades del imperio, estos acompañantes del sultán formaban la casta de los agás del estribo. No había hombres más privilegiados y envidiados en Estambul. Custodiaban al Señor, a veces llegaban a compartir su comida. Había centenares de agás en ese palacio. Ninguna

32 Gran chambelán, maestro de etiqueta.

residencia real de Occidente contenía tantos oficiales con funciones diferentes. Todos iban vestidos como príncipes. Los occidentales con ropas de terciopelo negro parecían invisibles en medio de aquellos personajes rodeados de un aura mágica.

Alessandro, al descubrirlo, olvidó al *mouzhir agá* Adna, su enemigo del día. Cuando entró en el *selamlik* reservado a los hombres, descubrió las riquezas que se almacenaban allí, las joyas que llevaban los funcionarios, las armas cubiertas de pedrerías, los candelabros de oro o de nácar, los jarrones, los muebles incrustados con nácar y marfil, los trofeos de guerra que recordaban las victorias de los conquistadores otomanos en Bizancio, Atenas, El Cairo y Viena. Aquel laberinto sombrío rebosaba tesoros. Alessandro sintió vértigo al pensar en el verdadero tesoro guardado muy cerca de él, en las salas mejor custodiadas del mundo. Intentando ser realista, se puso a hacer cálculos. Se le hacía la boca agua al imaginar todo tipo de medios para ganarse la confianza de los turcos. Tomó conciencia del formidable potencial comercial que podía conseguir de un contrato debidamente cumplimentado, marcado con el sello del gran visir. Estaba decidido a conseguir sus propósitos. La legendaria rapacidad del bajá Rüstem le sería útil para conseguirlos. Ese hombre podía comprarse. Costara lo que costase, conseguiría abrirse a nuevos mercados, aunque tuviera que convertirse al islam.

Su hija podía ser una baza nada despreciable; pensó que la usaría en el momento oportuno.

—Me someto a la ley del Corán —dijo el bajá Rüstem.

En ese mismo momento, se escuchó atronar a la artillería que anunciaba que las delegaciones se aproximaban; el jeque, primer personaje religioso del Estado, asistido por el cadí Osman, levantó su dedo índice y lo señaló a través de la ventana en dirección a la mezquita de Süleymaniye, que estaba en construcción. Rüstem rugió. Parecía que Solimán, los dignatarios del islam, la lluvia, el tiempo y la misma historia habían resuelto hacerle más penoso el trámite. En aquel momento, a primera hora de la tarde, cuando tantos de los presentes contenían su aliento, ya no podía echarse atrás: iba a casarse con la única princesa del serrallo. Negarse ahora era poner fin a su carrera y, tal vez, a su vida.

Rüstem había preferido una mayor intimidad. ¿Por qué se rodeaba el sultán de tantos pajés? Estaba el *silahdâr*, que llevaba la espada del soberano; el *çuhadâr*, responsable de los caftanes y las pellizas; el *rikâbdar*, cuyas tareas consistían en ponerle el pie al soberano en el estribo cuando montaba a caballo, y en calzarlo y descalzarlo; el portador del turbante, encargado de la ropa imperial; el portallaves de los apartamentos privados de Su Majestad; el

barbero jefe, el portador del aguamanil; el portador de la servilleta; el copero; el maestro de mesa; el encargado de los perros; el encargado de arreglar las pelucas; el cortador de uñas; el cafetero, y el portador de palillos para los dientes. Muy cerca de la augusta persona, indiferentes a lo que se negociaba bajo la mirada de Alá, estaban los sordomudos prestos a matar. La muerte se reflejaba en sus ojos sin alma que el bajá evitó mirar. Se concentró en la lectura del largo contrato de matrimonio, el *nikâh* en el que estaba registrada la cantidad, la suma fabulosa que, en la hora siguiente, él entregaría a su suegro.³³

El futuro suegro no era de un talante jovial, nunca lo había sido. La administración de su inmenso imperio lo abrumaba. El pueblo tenía sed de oro; el islam, de victorias sobre los impíos; y las mujeres, de libertad. Hürrem y Gülbeyhar, la favorita y la primera *kadina*, estaban inmersas en una guerra sin tregua. Él lo lamentaba. En muchas ocasiones habría podido estrangular con sus propias manos a la segunda, a la que, de vez en cuando, visitaba en Manisa; pero no podía matar a una mujer a la que había hecho madre. No había podido ver crecer a sus hijos, que tenían la edad para sucederlo. Estaba preocupado. Se vivían tiempos de traición y muerte. Dos de los príncipes, Méhémet y Bayaceto, contaban con el favor de los jenízaros, de los soldados y de los eruditos. Solimán sufría por no ser ya «el Único» y por tener que compartir su renombre. Todo aquello lo tristeaba e inquietaba continuamente.

Ese día era diferente. La escarcha había desaparecido. Sentía emerger un júbilo que había enterrado en su juventud. Había encontrado un marido para su hija, la turbulenta, caprichosa, voluble e indomable Mihrimah, a la que Abas preparaba en el Palacio de las lágrimas. Era un momento extraño y bendito. Él se deleitaba con las molestias de su futuro yerno, el rey de los agarrados. No dejaba de mirarlo. Su gran tesorero era lamentable en todo momento. No obstante, lo convertiría en su gran visir; se lo había prometido a Hürrem. Los días del actual primer ministro, el bajá Lüfti, cuya capacidad había sido puesta en duda por el conjunto de los miembros del gobierno, a los que la favorita había manipulado con sus hábiles artes, estaban contados.

El bajá Rüstem era digno de esa función; lo era menos para la de esposo.

Tragó saliva, y sus dientes crujieron. Su gorda cara de rata gris con un hocico sembrado de pelos aceitosos relucía. No conseguía hacerse a la idea de separarse de tanto dinero. Sus matrimonios anteriores casi no le habían costado nada. Dado que conocía la suma a la que ascendía el *düyün*³⁴ desde el final del Ramadán, debería haber podido asumirlo ya; pero, antes de dirigirse al serrallo,

33 La práctica totalidad de esta suma iba después a manos de la esposa.

34 Dinero que el esposo da a su esposa al casarse.

había querido contar y pesar él mismo las bellas monedas que tanto amaba. Era dinero perdido para siempre, pues era previsible que no sobreviviera a su joven esposa. Y todavía era peor, porque la suma se la quedaría Mihrimah en caso de divorcio. Su espíritu rechazó con violencia tal posibilidad.

La pluma de oca le pareció muy pesada. El secretario del jeque le acercó el tintero. Soltó un suspiro al firmar, después imprimió su sello de tesorero en el pergamino. El jeque en persona facturó entonces la suma poniendo su prestigioso nombre en el documento.

No era un matrimonio ordinario que se celebraba bajo la autoridad de un simple imán. Se trataba de unir a dos seres fuera de lo común. El jeque tenía poder sobre los cadíes, sobre los imanes, sobre los ulemas, sobre el conjunto de los fieles; representaba la justicia a través del Corán y a veces se imponía al sultán en las cuestiones religiosas. Habló con una voz poderosa y fuerte, sin seguir el ritual. Sus palabras le pertenecían:

—¿Quieres casarte con la joven virgen que Alá con su deferencia ha colocado en tu camino? ¿Quieres hacer tuya a Mihrimah, primera princesa del islam, descendiente de un largo linaje de conquistadores, comprometerte a mantenerla según su rango, y someterte por partida doble a la ley de su padre, Señor del cuello de los hombres y Comandante de los creyentes que se ciñe el sable sagrado de los osmanlíes?

El tradicional consentimiento salió de la garganta de Rüstem, más ligero que los gorjeos de un pajarillo. Él repitió tres veces: «Sí, quiero» como respuesta al jeque.

La gracia alcanzó a los testigos. Incluso el austero y cruel cadí Osman se mostró benevolente al unir sus manos. Los pajés y secretarios soltaron un suspiro que recibió la conformidad del sultán:

—Ahora estamos muy próximos, mi fiel Rüstem, pero todavía no somos padres. Estás tan cerca como puede estarlo uno de mis mudos o uno de los cuatro pajés que velan mi sueño. La penúltima prueba te espera, sígueme al harén.

Capítulo 15

Los acontecimientos se precipitaban. El harén estaba en ebullición. Los eunucos corrían en todas las direcciones al borde de un ataque de nervios por no conseguir mantener la disciplina. Uno de ellos se agitaba delante de Cecilia, gruñendo como un animal marino en la superficie del agua. El esfuerzo por la carrera agitaba su respiración y casi no podía articular palabra.

—¡Más rápido!

Cecilia había tenido el tiempo justo para ponerse un caftán de color marfil adornado con motivos florales cuyos diferentes tonos azules dibujaban un grifo erguido sobre sus patas traseras. Se lo había encargado al sastre de palacio. No le faltaba dinero: oficialmente, le tocaba una parte en tanto que «responsable de la sala de las sedas», y, oficiosamente, Yasmina le proporcionaba la otra parte, veinte altunes cada lunación, sacados directamente de la caja de la sociedad secreta fundada por los rabinos y los sufíes entre los que se había elegido a Etienne Levy.

El eunuco frunció el ceño al ver el grifo, primo lejano del león de Venecia. El caftán era demasiado llamativo para su gusto, pero no se atrevió a pedirle que se pusiera otro por falta de tiempo.

Cecilia no había desoído las órdenes de Hürrem. Lo importante era esconder las partes de su cuerpo a las miradas de los hombres, y, desde luego, el caftán se parecía a una armadura. La favorita le había hecho llegar un *bashlik* negro sin ornamento.

Cecilia desplegó el largo velo. Se lo colocó sobre la cabeza de manera que le cubriera los cabellos y la frente. Se pasó una tela por encima de la nariz y tapó casi la totalidad de su rostro, cuyos ojos oscuros era lo único que podía verse.

El eunuco no se estaba quieto; él mismo fue a prenderle el *bashlik* y asegurarse de que ningún cabello se salía de la tela negra.

—¡Ven!

Esos hombres a medias usaban el imperativo cuando no podían controlar la situación. La favorita del sultán acababa de volver del revés y pisotear sus leyes inmutables del harén. Hürrem y seis de sus compañeras iban a escapar por primera vez de la vigilancia del *kızlar aghasi* y de sus tenientes. ¿Qué iba a ser de

los eunucos si las mujeres a partir de entonces tenían autorización para volar fuera de su jaula dorada?

¿Por qué el sultán había exigido cambiar el desarrollo de la ceremonia nupcial? Ésa pregunta debería habérsela hecho a Hürrem. La favorita lo había manejado y orquestado todo, precipitando el encuentro y el matrimonio desde que Solimán le había dicho que sí. Normalmente, debía esperarse una semana para la boda, y cada una de las partes presentes rivalizaba por ser el más magnífico en la ceremonia. Los imperativos políticos se habían impuesto a los ritos tradicionales y se olvidaban los preparativos, pues cada día de la semana tenía lugar una fiesta: el martes estaba dedicado al baño de la prometida; el miércoles, a pintar las palmas y los dedos de la mano con *henna* en medio de una estancia de oro, como signo de buen augurio; el jueves, a las invitaciones de las mujeres que traían regalos para la joven que iba vestida con sus mejores galas y al primer encuentro entre los prometidos; el viernes estaba reservado al gran banquete de bodas que se disfrutaba por separado: los hombres en el *selamlık*, las mujeres en el harén, y la joven esposa no hacía acto de presencia.

Las fiestas se harían después, durante un mes, hasta el hartazgo. Por el momento, había cierta urgencia por concluir la alianza. Los días siguientes serían de incertidumbre. La guerra amenazaba por el este y el oeste. El gran visir, el bajá Lüfti, intentaba recuperar la estima del sultán. También se anunciaba la peste. Hürrem había tenido en cuenta todos estos elementos. Ella sólo tenía un temor: que Mihrimah rechazara al esposo.

Hürrem no llevaba un *bashlik* negro. Al contrario que las esclavas que la acompañaban, el suyo era azul pálido y satinado. Esta diferencia la designaría como la favorita. Solimán se soliviantaría, pero ella tenía para su amante palabras y caricias que garantizaban su impunidad.

Mihrimah estaba de pie entre ella y Nurbanu. Cubierta por entero por un velo blanco con reflejos plateados que le caía hasta los tobillos, inmóvil, se parecía a una prisionera de un botín a la que se conducía al mercado de esclavos.

—¡Tú sabes lo que debes responder! —dijo Hürrem a su hija.

Mihrimah callaba. Hürrem se exasperó.

—Lo que está en juego son nuestras vidas y el futuro de la Puerta. No lo olvides. ¡Qué Alá me oiga! No dudaré en hacerte encerrar para siempre en el Palacio de las lágrimas si no te pliegas a la voluntad de tu padre.

—Alá no te escuchará, madre, tú no te has convertido al islam.

El enfado hizo subir la sangre al rostro de la Gozosa, su hija acababa de abrir la boca para rebajarla. Era demasiado tarde para hacerla arrodillarse a fin de que le pidiera perdón. Estaban llegando al estrecho pasillo barrado por la

puerta de roble claveteada y revestida de hierro, guardada en el exterior por los colosos del *kapi agha*.

Abas los esperaba en el umbral infranqueable con treinta y un eunucos a sus lados. Lanzó una mirada ponzoñosa al grupo de mujeres, después se encolerizó al constatar que no estaban todos sus «negros».

Dio órdenes a los eunucos ausentes que ellos escucharon. Los quería a todos presentes en dos filas, incluidos los enfermos. Las habitaciones de éstos, que eran minúsculos y sombríos habitáculos en dos pisos, lugares avanzados del harén que estaban junto a la puerta que llevaba a la libertad, se vaciaron. No obstante, tres *poussahs* no acudieron a la llamada porque no existía prohibición alguna que concerniera a los eunucos. Podían ir y venir tanto por el interior de Topkapi como fuera de él. La mayoría poseía casas en la ciudad. El propio Abas llevaba una vida acomodada en un palacio de Estambul. No era tan rico como Rüstem, pero el dinero que había acumulado le habría bastado para comprar la mitad de las islas Cícladas. Obtenía sus ingresos de los *evkafs*, las fundaciones piadosas encargadas de la administración de las escuelas, de las fuentes, de los kanes, de las madrazas, de los *imarets*,³⁵ de los hospitales, de los hospicios y de todos los organismos complementarios de las mezquitas.

Cecilia observó que el *kizlar aghasi* Abas llevaba un enorme sable. Tenía la hoja azulada, un ojal adornado con signos mágicos que se alargaba hasta la guarda, con piedras rosas engarzadas. No era habitual verlo armado. Cecilia dedujo que él no deseaba parecer inferior al jefe de los eunucos blancos, el *kapi agha* con la cimitarra de plata.

Abas aguzó el oído. El momento se acercaba. Unos ruidos llegaron hasta ellos a pesar del espesor de la puerta y de los tapices que la precedían. Hürrem puso un gesto hierático en su cara, ideal para las circunstancias. Todavía no había escondido sus rasgos tras el velo del *bashlik*. Allí todavía estaba en su casa, podía mostrar su belleza; pero cuando pusiera un pie en el mundo de los hombres, eso cambiaría.

—Absteneos de respirar y de pestañear de manera indecente —dijo ella a sus seguidoras—. Eso va sobre todo por ti, Nurbanu. He esperado este feliz día durante veinticinco años. No me gustaría deslucirlo por tener que condenar a muerte a una de vosotras.

Tras proferir esta amenaza, ella se concentró, mirando hasta el vértigo el complejo funcionamiento de la cerradura a la que jamás había podido acercarse.

El capitán de los eunucos blancos poseía las dos llaves del paraíso: una grande y otra pequeña, parecidas, identificables por su forma de estrella de

35 Fundaciones de caridad.

cinco puntas inscritas en un círculo. Él no se separaba nunca de ellas, excepto cuando se iba del serrallo. Entonces, se las confiaba al *kapi* segundo.

La primera abría la puerta oficial del harén; se utilizaba constantemente para permitir a los eunucos negros ir y venir, y a los numerosos *gheurudjus*, visitantes de todas las clases, llegar hasta los apartamentos de la favorita y de las *kiayas* jefe.

La segunda se había forjado para la puerta del jardín de las odaliscas, por la que se llevaba a las condenadas al ahogamiento metidas en un saco de tela. El *kapi* la utilizaba muy rara vez, pues muy pocas esclavas habían sido lanzadas al Bósforo desde la construcción de aquella parte del serrallo. A veces la usaba con fines personales, operaciones secretas y prohibidas pero justificadas a pesar del riesgo que conllevaban.

El *kapi* se creía invencible e intocable. Solimán lo consideraba un amigo. Sus funciones lo convertían en uno de los personajes más visibles y temibles del serrallo. Aunque hubiera sido pastor, calafate, aguadero, mendigo o pedigüeño, lo habrían temido de todas maneras: él era impresionante, inmenso. Su cabeza, más grande que una bola de bombarda, era tan espantosa como la del *kizlar Abas*.

Había esperado pacientemente a su señor, el sultán. Cuando lo vio acompañado por el jeque y el bajá, seguido por los mudos, soltó la llave grande de su cinturón y esbozó una sonrisa a la vez que se inclinaba ante ellos. Esa sonrisa no lo era en realidad. El *kapi* disimulaba el gesto de un antiguo dolor que sintió el día que, con doce años, le cortaron sus partes con dos piedras e hicieron de él un eunuco. Así, sonreía a los hombres de verdad abriendo mucho las mandíbulas como si fuera a bostezar, lo que dejaba al descubierto un rombo de púrpura oscura en el que relucía el deslumbrante resplandor de dos filas alineadas de dientes largos y anormalmente separados.

Rüstem se dijo que eran dientes de demonio, dispuestos a despedazar las carnes de un buen musulmán como él. No conocía muy bien a ese nuevo *kapi*, cristiano de origen livonio, convertido al islam desde hacía poco, al que unos llamaban Ahmed Alwazawi, y otros, «gigante Zawi». Zawi disfrutaba de la confianza del sultán, lo que lo convertía en alguien a tener en cuenta. Rüstem se encontró de repente ante un dilema al valorar la importancia del personaje. El jefe de los eunucos blancos y el señor de los eunucos negros se odiaban mutuamente. Olvidó inmediatamente el problema: se pondría en manos de su aliada Hürrem. La favorita sabría utilizar su influencia para poner de su lado al Blanco y al Negro. No obstante, esperó que la solución no le costara dinero.

—Que Alá te bendiga —dijo el jeque a Zawi—. Venimos en su nombre y en el de nuestro amado Señor a traer la cantidad que el gran tesorero, el bajá Rüstem, prometió; por eso debes abrirle esta puerta.

Zawi no miró a Solimán. Todo había sido convenido por anticipado con el chambelán del *selamlik* y el Gran Señor. Él introdujo las llaves en la cerradura.

El mecanismo hizo un ruido de cadenas. El corazón de las mujeres se estremeció. Empujaron el paciente. En el rectángulo de luz apareció un dios rodeado de humanos. Era Solimán con su vestido de sangre y oro, con un turbante coronado por un penacho de diamantes, el sable sagrado de los osmanlís al lado izquierdo, y con los *pashmaks* púrpuras en los pies, que recordaban los botines que calzaban los emperadores bizantinos.

El *kapi* Zawi sintió un escalofrío. La favorita tenía el rostro descubierto. Él giró la cabeza. Solimán podía mandar a los mudos que le sacaran los ojos y que se los sacaran a sí mismos después, pero Solimán estaba de buen humor y ni siquiera levantó las cejas. Hürrem todavía estaba dentro del harén, bajo la protección de Abas, y él no dudaba de su fidelidad ni de su servidumbre.

Durante una fracción de segundo, Cecilia sintió sobre ella el peso de la mirada clara y cortante del Gran Señor. Durante más tiempo, el jeque intentó averiguar quién se escondía tras los velos de las seis elegidas, calculando las posibilidades de cada una. Le habría gustado que probaran el lecho del sultán. Le habían hablado de una esclava llamada Nurbanu, posible rival de Hürrem, pero no era más que una información sin fundamento. ¿Quién le había dicho eso? Sí, el cadí Osman. Osman intrigaba mucho por el bien del islam y la justicia de Dios, e intentaba reemplazarlo. Osman debería ser marcado con una estrella amarilla como los judíos de El Cairo. El jeque se prometió hacer vigilar al juez de Estambul.

Extrañamente, en la última que se fijaron fue en la esposa. Se mantenía detrás, como una estatua, bajo el velo que no se movía. Mihrimah esperaba a que la entregaran al infame Rustem, cuya sola visión provocó malestar en el estómago de Cecilia, pues era repugnante hasta ese punto. Ella escuchó los ecos de una voz; era la del poderoso jeque que anunciaría que la cantidad a desembolsar había sido fijada y aceptada.

Tal y como había hecho antes con el bajá Rüstem, el jeque le preguntó a Mihrimah si aceptaba al gran tesorero por esposo. Lo repitió tres veces, y tres veces ella respondió que sí.

Una lágrima estuvo a punto de caer por el maquillaje de Hürrem; no se debía a la emoción de una madre que va a perder a su hija, sino al exceso de alegría de una mujer que consolidaba para siempre jamás su poder sobre el Imperio otomano.

Capítulo 16

A las escoltas formadas por soldados cristianos y guerreros musulmanes se les había pedido que no franquearan la segunda puerta y que se quedaran en el centro del primer patio, donde estaban en el punto de mira de los ballesteros y de los arqueros del príncipe Mustafá que reemplazaban a los arcabuceros que no podían actuar por la lluvia. Pese a todo, había una cola en los pasillos del palacio. Los delegados que tenían permiso para entrar en el sanctasanctórum eran más de trescientos y se esperaba todavía a varios miles los días siguientes, entre los cuales se encontraban los representantes de las corporaciones del país.

Los chambelanes y los ujieres turcos se esforzaban por mantener la disciplina en el grupo de infieles, imbuidos de poder. El margen de maniobra de los primeros, por tanto, era reducido. No se podía dar un golpe de bastón a un embajador o a sus acompañantes. Pensaban en sus cabezas tan frágiles, en sus cuellos tan tiernos. Lo hacían lo mejor que podían teniendo en cuenta que sólo podían utilizar la diplomacia y que aquellos hombres la despreciaban.

Los italianos cacareaban, los españoles peroraban, los franceses gritaban, los alemanes se entretenían con su jerigonza, y los papistas sermoneaban en latín a sus aliados de pacotilla. Todas aquellas personas de buena cuna no ignoraban que la primera regla en Topkapi era el silencio. Al Gran Señor le gustaba escuchar los gorjeos de los gorriones, cantar a los ruiseñores y hablar a los periquitos, pero no a los hombres, y menos aún a los infieles. Había hecho que empalaran a algunos hacía tiempo; otros se pudrían en los calabozos de la Puerta o estaban encadenados a los bancos de galeras. Ninguno de ellos había sabido morderse la lengua ante el Señor del cuello de los hombres.

Los judíos, los persas, los egipcios y los árabes eran los únicos que respetaban aquel lugar. Los chambelanes y los ujieres que los acompañaban no verían el cesto destinado a recibir sus cabezas decapitadas. Serenos, sostuvieron la mirada del gobernador del palacio al llegar a la sala de recepción del consejo, en la que no cabía tanta gente. El *bostandji bashi*, cuyos informes negativos o generosos eran transmitidos al primer secretario del sultán, contó mentalmente a los judíos que llegaban a su altura y dio un nombre y un pasado a cada uno.

Dado que estaban profunda y fielmente unidos a los intereses del imperio, no merecían una atención particular.

Joao, que no lo envidiaba, habría dado una respuesta afirmativa a la cancillería si le hubiese ofrecido aquel puesto privilegiado; pero la oportunidad de servir al sultán en el *selamlik*, a pocos pasos de Cecilia, no se presentaría nunca. Ni siquiera lo habrían querido para barrer, ya que había que ser un esclavo y haber crecido dentro del serrallo desde la infancia para tener ese honor.

Cuando la melancolía lo invadía, las protestas del embajador veneciano y del enviado del dux atrajeron su atención. Los dos hombres exponían sus problemas a los oficiales otomanos. Se habían presentado en primer lugar a los franceses en la sala del trono. Con una voz aflautada y el corazón saliéndosele por la boca, el embajador de Venecia le dirigía estas palabras al *bostandji*:

—La Serenísima siempre ha ido por delante del reino de Francia, y por esto exigimos la prelación y el derecho de presentar nuestros respetos al bajá Rüstem antes que a cualquier otro. Estoy seguro de que el gran *bostandji*, señor de los guardias del palacio, comprenderá mi petición.

El *bostandji* escuchó sus peticiones zalameras, pero no se las concedió. Comprendía el embarazo del embajador que se expresaba en aquellos términos para salvar las apariencias y no quedar humillado ante los nobles de su séquito, pero no se cambiaría el orden establecido. Los franceses tenían el viento a su favor. Francisco I y Solimán reforzaban cada día más sus vínculos, e incluso se llegaba a hablar de una coalición.

El embajador de Venecia era poderoso. Los turcos y los franceses tenían mucho peso en el tablero político. Aquellos dos pueblos belicosos se proponían llevar a cabo una expedición por el mar ligurino. Se tenían las miras puestas en Italia. Empezarían con un ataque contra Niza, un desembarco en Córcega, la llegada de un ejército otomano a Provenza que se establecería en Toulon.

Se extendían los ruidos, los rumores susurrados, las certidumbres que aportaban los espías, y una cosa estaba segura: los turcos y los franceses querían compartir Europa en detrimento de los españoles y del Santo Imperio romano y germánico.

El honor veneciano parecía estar a salvo, pero no desde el punto de vista de Alessandro Venier Baffo. El mercader no lo entendía así.

—Soy un enviado extraordinario del dux, del Consejo de los Diez y de la liga de mercaderes. Al relegar el león de San Marcos detrás de la flor de lis, nos ofendéis. Somos los señores del mar y...

—¡Cállese, Baffo, o abandone el palacio y la ciudad! —lo interrumpió el embajador a la vez que cuarenta guardias, que obedecían un movimiento de párpados del *bostandji*, dieron un paso adelante y golpearon el suelo con sus alabardas.

El choque atronador de los mangos paralizó a los hombres asustados. Las sobrepujas verbales de los venecianos, de los genoveses, de los florentinos y los romanos se extinguieron en un murmullo. El *bostandji* y sus «jardineros» no tuvieron que encargarse del individuo problemático. El ardiente enviado de Venecia, cuyo coraje se oxidaba tan pronto como la hoja de una espada de cobre, había preferido perderse en medio del grupo de nobles que acompañaban al residente.

Joao no le quitaba los ojos de encima. Sentía que su cabeza bullía y que sus pensamientos eran un caballo desbocado. No conseguía creer lo que veía. Se volvió hacia Etienne y le agarró el brazo.

—Tío, ¿es ése el padre de Cecilia?

—Lo es —respondió él a la vez que suspiraba.

Había ocultado la presencia de aquél a su sobrino. Lo cogió él también del brazo y ejerció una presión a la vez que añadía:

—Nosotros somos judíos. No quieras exponernos a la ira del sultán que nos tolera en sus tierras.

—¡Voy a matarlo!

—Cuando salgamos de Topkapi, si quieres. Los duelos entre infieles están autorizados en Gálata.

—Lo voy a desangrar como un animal; ni siquiera tendrá el honor de cruzar el hierro como un gentilhombre.

—El hierro lo sufrirá tu cuello si no te calmas. Mira, estamos en la sala del trono. Ser capitán y el protegido de Barbarroja no te autoriza a hablar aquí. Los ujieres, sin necesidad de pedir permiso a ningún superior, podrían cortarte la lengua si el sonido de tu voz llegara a superar el de la fuente que ves allí abajo.

Joao apretó las mandíbulas. No veía la fuente; no veía el oro de la sala, no veía el trono magnífico cubierto por un dosel de terciopelo amarillo bordado con elefantes rojos; sólo veía la nuca blanca bajo el sombrero de plumas de Alessandro Venier Baffo, el padre indigno que había cambiado a su hija por ventajas comerciales. Se tuvo que obligar a no desenfundar y clavar su daga en el corazón de aquel perro sarnoso.

Dos eunucos blancos y una compañía de soldados habían conducido a la princesa Mihrimah en un palanquín, después de que mostrara su rostro al esposo. Su belleza había dejado indiferente a Rüstem. La juventud perecía más rápido que el poder. Mihrimah estaba ahora de camino al palacio del bajá, en el que la esperaban mujeres poco dispuestas a aceptarla.

Cecilia y las cinco *houris* no pensaban más en la desgraciada. Seguían a Hürrem, que, a su vez, seguía los pasos de Zawi y de los eunucos enviados por Solimán, Rüstem y el jeque. Abas cerraba la marcha, con la mirada fija en aquel

grupo incontrolable que se dirigía frente a los invitados. Aquel día prometía dar muchas vueltas, y él, el *kizlar aghasi*, al que habían relegado levemente a un papel secundario, encontraría un modo de intervenir y sacar provecho.

Cecilia ya no se acordaba del *selamlik*. Lo había atravesado sólo una vez años antes. Ahora procuraba retener cada detalle en el que reparaba con una mirada furtiva. Las paredes estaban cubiertas de azulejos y de guardias hieráticos. Los soldados con brillantes cuchillos parecían fundirse con el esmalte. Aquellos hombres que no pestañeaban ante el paso del sultán tal vez se estremecieron al ver a las mujeres con el velo, a las que se consideraba bellas, de valor inestimable, intocables y temibles. Hürrem era seguramente la que llevaba el velo azul. Ella les inspiró un miedo pasajero, pero evitaron demostrarlo.

Los apartamentos privados de Solimán quedaron atrás. Apareció el tercer patio con una decoración guerrera, pues allí tropas alineadas todavía esperaban un asalto que no llegaría jamás. El cielo era el enemigo. No podían hacer nada contra el agua que él dejaba caer, que oxidaba las armas y estropeaba la pólvora negra. El patio desapareció. Cecilia reconoció el olor de los hombres que ella se había apresurado tanto a oler cuando era adolescente en las *piazzette* de Venecia y en las iglesias.

Por el número de oficiales de la cancillería, ella supo que la sala del trono no estaba lejos. Se atrevió a lanzar miradas más incisivas; se nutría de sensaciones olvidadas o nuevas. Respiraba aquel simulacro de libertad a grandes bocanadas y con una cólera creciente. Se moría de ganas por llegar al segundo patio y después al primero para franquear al fin la Puerta imperial. Le habría gustado deambular por las calles de aquella ciudad inmensa como una mujer libre. A su cólera se añadió un sufrimiento real y físico, sintió una sensación tan amarga que tuvo que contener las ganas de vomitar.

Si Dios le prestara un poco de atención, él la ayudaría a cambiar su estatus y el de todas las esclavas de Topkapi.

El dios del momento se llamaba Solimán y sólo prestaba atención al perfecto comportamiento de sus esclavos, que, desde el gran visir hasta el portador de agua, sólo existían para honrarlo. Sonó una fanfarria. Los *mehters*, músicos oficiales de la corte, anunciaban la llegada del Señor del mundo.

Capítulo 17

Los chambelanes y los ujieres habían colocado lo mejor que habían podido, y siguiendo la etiqueta, a los trescientos delegados en la sala del trono. También estaban allí los cuatro príncipes, Mustafá, Selim, Bayaceto y Cihangir, a la derecha de la sede imperial, y los ministros, los agás, los cadíes y los suffíes en sus respectivos lugares a ambos lados del trono, que era una verdadera joya ensartada con piedras preciosas. Los funcionarios del palacio tenían un sentido innato de la organización, acrecentado por una gran costumbre. Solimán daba muchas fiestas. Cualquier pretexto era bueno para reunir a las corporaciones del país, a las congregaciones religiosas, a los ricos extranjeros y a los aliados. Se festejaban las circuncisiones de los príncipes, su peregrinaje a La Meca, los tratados, el nacimiento del profeta, el final del Ramadán o el regreso de la guerra.

Todos alargaron el cuello hacia la abertura guardada por dos agás cuando los *mehters* soplaron por los instrumentos de viento y golpearon los tambores y platillos. Las cabezas cristianas colocadas sobre las gorgueras blancas y plegadas guardaban cierta semejanza con la de san Juan Bautista, que los pintores de Occidente solían representar sobre un plato. Eran pálidas, con barba, perilla y bigote, llenas de autosuficiencia y orgullo. Rebosantes de envidia, clavarón sus miradas en el Comandante de los Creyentes, que hizo por fin su aparición como un resplandeciente monarca ante el que todos los miembros del gobierno se inclinaron con las manos unidas. El segundo escudero, el bajá Lala, acompañó a Su Majestad hasta el trono; los rostros de los presentes reflejaban el estupor que sentían, incluyendo los de los musulmanes que no estaban preparados para el acontecimiento. El príncipe Mustafá, hijo mayor de Solimán y de Gülbéhar, lo sintió como una afrenta, pero respetaba demasiado a su padre como para manifestar abiertamente sus sentimientos. Pensó en el día en el que subiría al trono y en la venganza. Hürrem desaparecería entonces en las aguas frías del Bósforo, y sus hijos colgarían de la soga preparada por el verdugo.

Siete mujeres rodeadas de eunucos blancos entraron una a una. Su forma de caminar, la tersura de su busto, sus magníficos vestidos, sus velos

misteriosos, todo su aspecto desprendía una gracia extraordinaria, cuya belleza todavía se acrecentaba por la delicada humildad que ellas se imponían.

Etienne Levy y los rabinos eran testigos de aquel hecho increíble. Mujeres del harén habían sido autorizadas a sentarse en pequeños bancos detrás del trono y de los hijos herederos, a menos de un paso de los ministros, de los agás, de los religiosos y de los mudos.

Aquel golpe teatral los hizo reflexionar. ¿Había perdido Solimán la razón? ¿Era entonces verdad que Hürrem ejercía el poder en la sombra? Etienne era el único que no lo dudaba, pero no les pasaba lo mismo a los embajadores desorientados.

Los cristianos, con el francés Polin a la cabeza, privilegiado por su posición en primera línea, intentaron descubrir los rasgos de aquella que se ocultaba tras el *bashlik* azul. Las gemas cuyas aguas verdes osaron contemplar los enloquecieron. Decidieron que era el momento de cambiar sus relaciones con la Puerta. Hasta el momento presente, no habían tenido en cuenta la influencia de las mujeres. Los venecianos y los judíos los habían adelantado en ese terreno. Los primeros habían conseguido meter a una de los suyos en el harén; los segundos, ayudados por la complicidad de la *kiaya* Yasmina, mantenían a unos cuantos *gheurudjus* que estaban autorizados a reunirse con las odaliscas y sobornaban a los eunucos, cuya influencia tampoco podían menospreciar. Habían apostado por el peso creciente del harén que acabaría por convertirse en un Estado dentro del Estado.

Por supuesto, Etienne había ocultado aquella complicidad a su sobrino. Joao no debía conocer nada de los secretos de la organización antes de haber pasado ciertas pruebas. Si él era realmente el elegido al que esperaban los hebreos, entonces sería iniciado. Mientras tanto, permanecía vigilado. Etienne no le quitaba ojo de encima.

Joao parecía tranquilo, pero no era más que una apariencia. Miraba de reojo la silueta del carroñero de Alessandro y le dedicaba pensamientos mortales. En su mente, lo tiraba al suelo, le cortaba la garganta, lo desangraba como a un cochino, le arrancaba el corazón, y no era en vano. Haría que le diera el alma lo más rápido posible. No esperaría a abandonar el territorio musulmán de Estambul. Sus ansias de matar llegaban al paroxismo cuando se dio cuenta de que algo anormal pasaba. El cambio de actitud de los asistentes era tal que le hizo girar la cabeza y las vio: mujeres... Se quedó petrificado.

Cecilia no se atrevía a levantar los ojos; era peligroso dejarse llevar por la curiosidad. Zawi y Abas vigilaban. No lejos de los dos jefes eunucos, los cadíes y los religiosos hacían valer el peso de la ley coránica. Ella sentía que no estaba en el lugar que le correspondía; no tenía el aplomo ni el poder de Hürrem. Se

mordisqueaba los labios, luchando contra la fuerza que la empujaba a quebrantar la prohibición. Su voluntad se resquebrajaba, su naturaleza la influía poco a poco. De repente, cedió a las ganas de ver a los cristianos, sus hermanos, y levantó la cabeza. La vista no era perfecta. Los dignatarios otomanos, los príncipes y el trono le impedían observar a los asistentes en su conjunto. Vio algunos turbantes entre los delegados, pertenecían probablemente a emisarios del rey de los persas o a algún jefe de las tribus árabes. La mayoría occidental no destacaba por su apariencia. Cuando ella se fue, vestían con tela negra, terciopelo negro o gris; ahora que los volvía a ver, eran igual de sombríos e insignificantes, casi ridículos con sus pantalones bombacho.

El embajador francés se dirigió al sultán y al bajá Rüstem después de haber entregado al canciller un joyero que contenía un anillo adornado con un rubí tan grande como una cereza, regalo de la reina de Francia a la princesa Mihrimah. Después, hizo desenrollar ante él tapices de su país y trozos de sedas de una finura remarcable. A continuación, alabó la belleza de los diez alazanes, argumentando que no había otros iguales en el mundo. Las bestias esperaban a su nuevo maestro en Gálata, lugar al que habían sido conducidas por tierra desde la lejana Normandía. Aunque no era un caballero notable, Rüstem se sintió halagado. Aquellos animales valían una fortuna, probablemente más que las doscientas setenta odaliscas del harén. Dio las gracias al francés y a su Rey, y añadió que el destino de Francia estaba ligado al de Turquía. Habló también en nombre del sultán, que no se rebajaba a hablar en público. Polin tendría derecho a un encuentro privado y al honor de escuchar al Gran Señor.

Todo estaba dicho. Los franceses hicieron su reverencia, los pajes llevaron los regalos y les llegó el turno a los venecianos para avanzar humildemente hacia el trono.

Sentada en su banco y condenada a no moverse, Cecilia no vio ni a su padre, cuya presencia ignoraba, ni al embajador. Vio a dos de los nobles y a algunos criados que los acompañaban, pero no pudo poner nombre a esos rostros. Los criados llevaban cofres y objetos.

Los ojos de Rüstem se iluminaron codiciosos. El embajador intentó hacerlo mejor que su predecesor francés, a lo que ayudó la excepcional riqueza de los presentes. Como exigía la costumbre, habló en nombre de la República veneciana. Expuso una larga perorata apoyada por laertura de los cofres y de los apetitos. El príncipe Selim, el canciller y algunos ministros y agás imitaron al bajá Rüstem al dejar correr las llamas de sus pupilas por aquel tesoro que los criados manejaban con delicadeza.

Los venecianos habían derrochado sin contar. Jarrones Ming; botes con tapas de oro y cántaros que habían pertenecido a un príncipe birmano del siglo xi, de un verde azulado hecho de polvo de jade y de caolín; un caballo de cristal; obra de los artistas de Murano; dos relojes, uno de péndulo con esfera

con incrustaciones de coral y de ópalo, y el otro de agua, notable por la belleza de sus líneas que recordaban la proa de una galera antigua; trescientas libras de pólvora blanca de las legendarias comarcas de Kerala y Sicuani, así como cuatro galgos hicieron subir el crédito de los hombres del dux.

* * *

Aquellas maravillas estaban colocadas sobre la alfombra, a los pies del soberano y del bajá, donde los sujetos del imperio se arrodillaban antes de tocar el suelo con la frente. El embajador de Venecia seguía hablando y desarrollando su discurso a mayor gloria de la Puerta, de Solimán y de Rüstem. Finalmente, dijo el nombre del enviado del dux.

—El honor de traer estos presentes me ha correspondido por derecho, pues vuestra cancillería, Señor, ha aceptado que yo figure entre los privilegiados que pueden dirigirse a vos, pero el honor de reunidos y custodiarlos hasta Estambul ha pertenecido al noble Alessandro Venier Baffo, al que le encargó tan noble misión el dux.

El embajador tendió su mano al enviado; Alessandro dio un paso adelante, y un ligero gemido quedó ahogado por los dedos de Abas sobre la boca de Cecilia. Pocos lo escucharon.

Joao supo que era ella desde ese mismo momento. Se había fijado en el grifo bordado de su *ahuma* cuando ella había entrado en la sala. Había tenido esa sensación que había sentido en otras ocasiones. Después las imágenes se habían deformado. Ignoraba a aquellos fantasmas que podía atravesar y proyectaba su pensamiento hacia el trono y más allá de él, hasta el misterio de aquellos ojos sobrecargados de alcohol. Él notó su cólera, su deseo de libertad, las tempestades que se gestaban. Era ella. Era Cecilia.

Ella acababa de expresar su dolor al escuchar el nombre de su padre. Abas se había apresurado a calmarla. Hürrem y las cinco *houris* habían temblado; el cadí Osman y el segundo escudero habían sido las únicas personalidades otomanas que habían lanzado una mirada furtiva a la inoportuna. Tenían un oído fino, ejercitado en el espionaje. No tuvieron tiempo para preguntarse sobre el sentido de aquel disgusto, pues se produjo un grave incidente.

Alessandro, llevado por el demonio que lo empujaba a arriesgarse mucho para ganar mucho, menospreciando la etiqueta que nadie, ni siquiera el jeque, podía saltarse sin ofender al sultán, dio un paso adelante y dijo:

—El Señor de la Puerta me ha honrado todavía más que mi venerado dux al aceptar un tesoro querido a mi corazón. Que sepa que estoy a su servicio.

Solimán no daba crédito. No comprendía el sentido de aquel cumplido. Le resultaba imposible establecer una relación entre aquel ser insignificante y Nurbanu, cuyo nombre veneciano de origen le había sido cambiado. Aquel cristiano no había debido de poder soportar bien la travesía, había perdido la razón. No se castigaba a los enfermos.

El miedo se apoderó de más de uno. Los turcos anticiparon los acontecimientos. El olor acre de los pasillos que conducían a los calabozos, el tufo de los cuerpos encerrados, la insulsa de la sangre vertida durante los suplicios, la soga del mudo que apretaba el cuello, los cuervos que devoraban los ojos de las cabezas expuestas: aquellas visiones eran parte de su cotidianeidad. No daban mucho por la vida del enviado.

Se asombraron al ver que Solimán no tuvo la reacción que daban por descontado. Con un mínimo gesto habría bastado para que los agás y los guardias se abalanzaran sobre el imprudente; pero se mantuvo distante. Otros habían anticipado intenciones que él no tenía.

Los príncipes Mustafá y Selim, el cadí Osman, el escudero Lala, el *kapi Zawi* y el *kızlar Abas* condenaron a muerte a Alessandro. Este último habría podido leerlo en sus miradas furibundas, adivinarlo en sus puños cerrados sobre los puñales de gala que llevaban en la cintura. Habría pedido auxilio a Dios si hubiera visto el rostro de Hürrem, expresivo y mortal; pero el orgullo se lo impedía. Se creía más importante que los trescientos treinta y un delegados, y promocionado al rango de favorito de la corte otomana.

Hürrem consideró esa probabilidad. Solimán era un maquinador imprevisible. En el ajedrez, se mostraba hábil y caprichoso. Prefería los alfiles y los caballos. Combinaba sus movimientos para llevar a cabo ataques relámpagos. El enviado Alessandro Venier Baffo era un alfil que podía ser útil, disponible de inmediato a cambio de dinero contante y sonante. El sultán tenía medios para convertirlo en su criatura.

Además, era el padre de Nurbanu. Había al menos tres personas que lo sabían, que habían leído los informes realizados en la época de la educación de su hija: Hürrem, el bajá Rüstem y Abas. Una cuarta tenía otros datos en sus manos: el cadí Osman, hermano del *kazasker* Hodja envenenado por la *kiaya* Zora y su cómplice Nurbanu.

Hürrem no deseaba que Nurbanu ganara importancia para Solimán. Tenía proyectos para ella. Estaba impaciente por abandonar esa ceremonia y dar órdenes a Abas. Ella soltó un profundo suspiro de odio y de satisfacción. Acababa de sellar el destino de Alessandro Venier Baffo.

En un momento, cuando los venecianos se retiraron, Joao se acercó mucho a Alessandro, lo suficiente como para asestarle un golpe mortal en el vientre. Él

acarició la daga, sintió subir la violencia desde los riñones al espinazo, el escalofrío suave que precede a la acción del guerrero. Finalmente no pudo cometer ese acto justo, pues Etienne se deslizó entre él y el enviado.

—Tengo el documento —dijo el médico.

Joao lo contempló, aturdido, sin apenas reconocer a su pariente. Su tío tenía un gran rollo oculto en su mano. Joao se acordó de que se trataba del regalo ofrecido por la comunidad judía al tesorero Rüstem.

—Tiene la rúbrica de tu tía y de los cambistas de Amberes; es válido en todas las plazas financieras.

—Está bien —balbuceó Joao.

Él vio con disgusto cómo se alejaba su enemigo y recordó que era el elegido. El porvenir de miles de judíos estaba en sus manos. No estaba preparado para ese papel, pero no podía rechazarlo. Lo empujaban hacia el trono.

Como estaba de pie a la derecha de los tres rabinos, podía ver a Cecilia. Ella mantenía la cabeza baja, todavía bajo la emoción causada por la presencia de su padre. El eunuco negro estaba cerca de ella, tan cerca que escuchaba la amenaza de su aliento y olía su pesado perfume. Había, no obstante, un suave murmullo. No todo era tan sombrío y triste. Había algo en el interior de su ser. Esa sensación no le pertenecía. Pensó en Joao, pero no era su pensamiento; le pedían que se acercara al hombre que amaba; le pedían que levantara la cabeza.

¡Ahora!

El universo tembló. Los dos se reconocieron. Sus corazones se desgarraron por completo. Su sangre se licuó y cayeron en la inconsciencia. Se miraban sin poder acercarse el uno al otro. No caer, resistir hasta el final, más allá de lo posible, resistir y vencer; volver a cerrar las heridas abiertas de su pecho; consolidarlo todo para no comprometer su futuro. Se veían; se verían de nuevo. Se acercarían hasta tocarse.

Alguien los ayudó a recuperar su equilibrio en el seno de aquella sala del trono donde más de uno había firmado su sentencia de muerte por haber molestado al Gran Señor.

El gran rabino de Estambul tenía una voz cautivadora. La utilizaba todos los días para acorralar el pecado e interpretar la justa palabra de Yahvé. Las noches propicias vibraba, a la hora de la cábala, cuando el mundo de los hombres y el de los demonios se confundían. Con ella divulgó la bondad del sultán, la generosidad del pueblo turco, el país de los otomanos donde los judíos habían encontrado la alegría de vivir, la libertad de expresión y el derecho a trabajar. El tono no era ambiguo, las frases dirigidas al bajá Rüstem

justificaban la acción de la administración de las finanzas turcas. Era normal recompensar al hombre que la dirigía:

—A ti, bajá Rüstem, y en nombre de todos los nuestros, de manos de un fiel oficial de la Puerta nombrado en este día cabeza de la casa de Graci Nazi se te hace entrega de este don como señal del compromiso, la amistad y fidelidad que te rinde Israel.

El gran rabino señaló a Joao. El ardiente capitán estaba rojo de la emoción. Barbarroja, los ministros y los agás creyeron que iba a desfallecer al inclinarse ante el sultán. Joao estaba llevando a cabo esfuerzos desmedidos. Se obligó a mirar la mano llena de anillos del sultán, que lo invitaba a volver a levantarse y a saltar del rostro maquillado e impenetrable de Solimán a la taimada cara del bajá Rüstem. Se resistió al deseo de desviar el flujo ardiente hacia Cecilia.

Rüstem estaba impaciente. Los regalos precedentes le habían abierto el apetito. Su glotonería no la satisfarían babuchas de oro o animales exóticos. Un documento enrollado con sellos de cera le fue presentado por aquel joven capitán de aspecto orgulloso. Él lo desenrolló, y la felicidad lo embargó: la casa Mendès de doña Graci Nazi le regalaba la magnífica suma de cincuenta mil ducados, pagables mediante la presente letra de cambio. Bendijo el nombre de aquel que le entregaba ese tesoro. A partir de entonces, Joseph Nazi, alias Joao Miguez, podía contar con el apoyo del futuro gran visir Rüstem.

Capítulo 18

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.
Algunos piden un castigo sin dilación
que los infieles sufrirán. Nadie podrá impedir
que Dios lo realice, Señor de las gradas
por las que los ángeles y el espíritu suben hacia él.
En un día,
que dura cincuenta mil años.
Espera, pues, paciente.
Ellos consideran el día del juicio como lejano,
nosotros lo vemos cerca.

Esta letanía lacinante y obsesiva, el septuagésimo sura de las «Gradas», ocupaba el espíritu de Hürrem. Ocupaba su pensamiento desde que había abandonado la sala del trono, donde había dejado a su amante el sultán y a un puñado de privilegiados, entre los que se contaba el embajador de Francia, Polin, festejando el triunfo del bajá Rüstem en torno a un suntuoso banquete. Los otros delegados habían sido invitados a dirigirse al palacio negro del canciller, donde los esperaban quinientos servidores y los manjares más finos. Era una manera elegante de apartarlos.

Cada uno estaba en su lugar. Hürrem pensaba en el castigo. El harén estaba alegre. Los platos de porcelana y los aguamaniles de oro circulaban entre las mujeres acomodadas sobre cojines y colchones adamascados. Las carnes especiadas chorreaban salsa, las legumbres formaban pirámides, los pasteles contenían flores de naranjo, la miel se cuajaba sobre los hojaldados.

«Un castigo ejemplar.»

Hürrem se tumbó sobre los cojines de seda rosa de la banqueta, cogió un pastelito y se manchó la nariz con azúcar. En torno a ella, las mujeres comían, hablaban, cantaban, jugaban, se acariciaban y se burlaban de los eunucos sin temerlos porque compartían con ellos el oro distribuido por el bajá Rüstem. Abas había velado por la justa repartición de ese don. Estaba sentado sobre un puf, a los pies de la favorita, atento a cada una de las actitudes. Sólo una persona se mantenía al margen de la fiesta: Nurbanu.

Hürrem se levantó bruscamente, se deslizó fuera del capullo de seda y se colocó junto a la joven veneciana postrada.

—Tu padre ha sobrepasado los límites —dijo ella—, pero nosotros sabremos devolverlo a su justa condición de mercader.

—¡Él ya no es mi padre!

—Tampoco es ya un representante de Venecia a juicio de la Puerta..., ni un hombre recto a ojos del Corán. Al levantar la voz desvergonzadamente ante el Gran Señor, ha perdido su inmunidad. Cada uno de nosotros tiene el deber de condenarlo, y tú doblemente, mi Princesa de la Luz.

Segura de la influencia que ejercía sobre su protegida, la favorita recitó los versículos del septuagésimo sura que manipulaba y adaptaba según sus necesidades.

—Escucha lo que dicen las santas palabras:

El día en que los cielos serán como depósitos de aceite,
las montañas, como lana teñida de rojo,
y en el que el amigo no interrogará al amigo,
en el cara a cara de todos, el culpable, entonces,
deseará librarse del castigo a costa de su hija,
de su compañera y de su hermano y de sus parientes.
A costa de todos los que están en la tierra, si con eso se salva.

Así es tu padre, mi dulce Nurbanu, que viene a desafiarnos sin reserva a la ciudad de las diez mil mezquitas y a matarte de nuevo cuando renaces a la vida. Ordena tu venganza y nosotros la ejecutaremos. Tu sultana lo exige. ¡Ordénala y el brazo del *kizlar* actuará!

Cecilia escuchó el mensaje de la favorita. Levantó la cabeza. Estaba llena de amor y de odio, de las caras de Joao y de Alessandro. Pareció examinar atentamente la complicada ornamentación del plato que tenía bajo los ojos, con los bordes recargados de volutas y espirales entre las que los *lokmas gulzelmès*³⁶ rezumaban una miel rubia. Pensó en el veneno, se acordó de la horrible muerte del juez Hodja. Tras cambiar de ángulo de visión, se quedó absorta mirando en el tornasol de las pedrerías que adornaban el puñal de Abas. El *kizlar* esperaba la autorización para cortarle la garganta al enviado Venier Baffo, pero Cecilia no quería que su padre pereciera por el hierro.

—Quiero que sea devorado por las llamas —dijo ella, clavando su mirada en la de Abas.

—Es un castigo justo —admitió Hürrem, que no esperaba menos de una mujer que cada día se le parecía más.

36 Golosinas.

—Me has mostrado el camino —explicó Cecilia dirigiéndose a la favorita—. El sura también dice:

¡Pero no! No es más que llama que coge los miembros,
 ella llama a todo hombre que vuelva la espalda, que robe, atesore,
 y se muestre avaro.
 Ella llama también a mi padre creado impresionable:
 ¡Pusilánime cuando lo alcanza la desgracia,
 insolente cuando le ocurre algún bien!

Las llamas darán cuenta del mal que habita en el hombre; es el castigo merecido.

Cecilia actuaba como los inquisidores a los que ella aborrecía. No era consciente de ello. Sólo le importaba su venganza.

—¡Ya lo has oído, Abas! —exclamó Hürrem— Obedece a la *hourı* Nurbanu y a tu sultana. Las mujeres de este harén sabrán recompensarte a través de sus hijos.

Abas había oído bien. No había ambigüedad alguna en las afirmaciones de la favorita. Ella se arrogaba ya el título de sultana, reclamaba a sus hijos, los príncipes. Planeaba convertirse al islam y casarse con Solimán para reinar sin límite. Eso suponía la eliminación de Gülbear, su rival, y del príncipe Mustafá. Aquello significaba que pretendía aliarse con las altas autoridades religiosas de la Sublime Puerta, de El Cairo y de La Meca. Se preparaban noches de horror. El eunuco no pudo reprimir un escalofrío de miedo. Él había escogido desde hacía tiempo su bando: el partido de las mujeres, el de la Gozosa.

Su mirada se posó sobre el rostro de Cecilia. ¿En qué futuro cruel se inscribía el papel de aquélla? Él lo sabría enseguida. Hürrem había ciertamente escrito la historia de aquella «luz» que se teñía de sangre. Pero no completamente. Nurbanu diría la última palabra. Estaba seguro de que ella les reservaba sorpresas sagradas.

—Está todo claro —respondió él a las dos mujeres—. No obstante, tenéis que saber que en este mismo momento el enviado de Venecia debe de haber sido condenado también en otros lugares. Tú no eres la única que quiere su muerte, Nurbanu. Muchos querrán lavar el honor del sultán. Lala, el segundo escudero, el cadí Osman, el canciller, el *bostandji*, los príncipes e, incluso, ese capitán Joao Miguez, que representa a partir de ahora a los bancos judíos, querrán rivalizar en rapidez para lavar el insulto y ganarse algunos favores imperiales.

Cecilia puso cara de sorprendida. Se le salía el corazón por la boca. ¿Qué sabía Abas sobre Joao? Hürrem intervino.

—Ese Miguez de la familia Mendès Nazi es un intrigaante. Sirve a doña Graci, y ya sabemos todos lo peligrosa que es esa mujer. ¡No podemos dejar actuar a esos judíos oportunistas! Quieren entrar en el gobierno. Ese Joao apunta muy alto.

—¡Muy alto! —insistió Abas a la vez que sondeaba a Cecilia, que no pudo escapar a su mirada de reptil.

—Tú sabes muchas cosas —dijo la favorita.

—Más de las que crees... Ahora debo cumplir vuestros deseos. Tengo llamas que prender y un hombre al que quemar. Todo se llevará a cabo en su debido momento.

El palacio del canciller, el *nishandji* Djelâlzâde Mustafá, como la mayoría de las nobles casas turcas, estaba pintado de negro. Extendía sus alas de ébano por el barrio popular en el que los *futuwas*³⁷ se enriquecían en los mercados. A aquella hora avanzada del crepúsculo de la *djouma*, esas fraternidades medio religiosas habían dejado desiertos los mercados. El regimiento de caballería Gureba, que se ocupaba especialmente de la guardia del palacio, reemplazaba a los ruidosos mercaderes. Nadie debía perturbar el orden. Nadie podía acercarse al edificio rodeado de un patio y de grandes cipreses.

El negro dominaba también en el interior. Los occidentales tenían la impresión de estar en una tumba con paredes recubiertas por escritos persas. Al *nishandji* le gustaba la escritura. Se valía de todas las argucias gramaticales para poner a punto los *kanounnamès*, reglamentos orgánicos que traducían la voluntad política de Solimán y del gobierno.

El *nishandji* era un hombre retraído y triste, amarilleado por el aire viciado de las bibliotecas y secretarías que recorría día y noche con un ejército de funcionarios melosos, armados con plumas y escribanías. Iba vestido de gris, sin atributos aparentes, y paseaba su mirada sufriente por los convidados cristianos y persas impuestos por su sultán bien amado y temido. No le gustaría encontrarse en el lugar del primer ministro, el bajá Lüfti, que había tenido la desgracia de decepcionar a la Puerta. Gustar requería destreza, y al *nishandji* no le faltaba. Acababa de anular la orden de matar al enviado Alessandro Venier Baffo para no perturbar la susceptibilidad de los más poderosos que él. Les dejaba a ellos la responsabilidad de lavar el honor del Comandante de los Creyentes. No se preguntó quién de entre Lala, Hürrem u Osman sería el más rápido, pero sabía que el desvergonzado veneciano no abandonaría vivo Estambul.

37 Hombres que pertenecían a una cofradía medio religiosa que comerciaba.

Los invitados no se enteraban de nada. Intercambiaban afirmaciones muy diplomáticas y especulaban con la posible destitución del gran visir el bajá Lüfti. Esa desgracia anunciada no sorprendía a nadie. ¿Tendría derecho a una salida honorable, o acabaría estrangulado como la mayoría de sus predecesores? Ésa era la pregunta deliciosa que estaba en boca de todos.

—La verdad —dijo en voz baja el gran rabino de Estambul— es que se atribuye la responsabilidad del asesinato de Rincón a Lüfti.³⁸ Ese francés tenía la amistad de Solimán. La Puerta debía protegerlo. El gran visir está perdido, y las brasas de la guerra se encenderán de nuevo al oeste y al este. Tenemos mucho que ganar en estos conflictos. Hace falta dinero para equipar a los ejércitos y alimentarlos. Concederemos préstamos a aquellos que respeten mejor nuestra existencia y nuestra fe. Habrá conversos y sefardíes en los ejércitos de los gentiles, pues es bueno que Israel derrame la sangre de sus hijos cuando la causa sirva al destino del pueblo elegido. No obstante, preferiría que Joao se abstuviera de combatir. Prométeme no exponerte, hijo mío —añadió él con cierto patetismo a la vez que ponía una mano paternal sobre el hombro de Joao.

Las palabras del gran rabino no alcanzaron a Joao. No eran más que murmullos en el seno de un *brouhaha* acompañado por los tambores de las dos orquestas de Estambul al servicio del *nishandji*. Además, sus orejas bullían bajo la presión brusca de su sangre, que no había conseguido calmar desde el inicio del día. No dejaba de pensar en el veneciano. Aquel Baffo había tenido una suerte inaudita. Había salido sano y salvo de Topkapi después de haberle dirigido sin autorización la palabra al Gran Señor. Esta impunidad se había interpretado como un favor por los occidentales. Los amigos del sultán serían menos magnánimos. Le esperaban cuchillas en algún cruce de calles; se estaban elaborando venenos en los sótanos. Joao tenía su sable forjado en Antioquia.

«Es para ti», pensó con odio Joao.

—¿Podrás resistirte a las ganas de batallar? —insistió el gran rabino.

—Es algo que él no te puede prometer —dijo Etienne—. Él no es demasiado diferente de todas aquellas personas tumbadas sobre los cojines que han subido las escaleras predicando la violencia. En él, lo animal domina lo humano, y nunca lo he visto rezar a Dios. Me temo que no debemos comprar el silencio de los jueces de Estambul y la conciencia del *soubashi*.

—¿Comprar la conciencia del jefe de la policía? ¿Joseph piensa cometer un crimen? —dijo inquieto el rabino del Cairo.

—No puedo predecir las tropelías que piensa cometer en nombre de sus pasiones carnales —respondió Etienne.

38 Rincón fue asesinado el 8 de mayo de 1541 por los hombres del marqués Del Vasto, instigado por Charles Quint.

Joao respetaba demasiado a los jefes religiosos como para replicar. Sintió el peso de sus miradas hasta que su hermano Samuel le preguntó:

—¿Quién te inspira semejantes pasiones?

—Si te lo dijera, me tomarías por loco. Perdónenme, rabinos, si no respondo a vuestras esperanzas, pero hay venganzas que deben llevarse a cabo. Mi tío sabe que no retendré mi cólera. Voy a batirme esta noche. Después, os perteneceré y haré lo que me pidáis en nombre de Israel.

—¿A quién debemos matar? —preguntó Samuel, involucrando a sus compañeros de armas, que se habían acercado para oír el nombre del enemigo de Joao.

—A los que me impidan llegar hasta él.

—¡Danos los nombres!

—Es inútil. Acudirán a vosotros antes del alba.

Capítulo 19

El *yiyit bashi*, subjefe de la corporación de los sombrereros, seguía trabajando, a pesar de la ordenanza que prohibía a los artesanos trabajar en los talleres después de la última plegaria. Éstos, al contrario que los carpinteros, los hojalateros, los caldereros, y los zapateros, no hacían apenas ruido y pasaban desapercibidos en la noche cómplice. Reunidos en torno a cinco lámparas de aceite que difundían una luz parca sobre sus bancos, los obreros cosían sin descanso, sin pronunciar palabra, y con los ojos enrojecidos siguiendo la aguja que los dedos callosos empujaban dentro del espeso fieltro o del cuero.

El tiempo pasaba. En verano, el canto de los grillos alegraba su vida; en invierno, los sopidos de los vientos anatólios los angustiaban. A veces, una voz se elevaba y contaba una historia antigua. La del *yiyit bashi* pinchaba al *ousta*, maestro del taller, que, a su vez, reprendía a los *kalfas* y a los *tchiraks*. Siempre era difícil obligar a los obreros y a los aprendices a quedarse hasta medianoche a cambio de algunas piezas de cobre suplementarias. No obstante, era necesario demostrar que eran mejores y más eficaces que los profesionales armenios y los griegos, que se dejaban la piel en su trabajo para ofrecer bonetes y sombreros a precios atrayentes. Quince mil tiendas vendían productos artesanales; diez mil talleres producían todo tipo de artículos rodeando las reglas de la administración, llenando los barrios dormidos de gritos, de rascaduras, de golpeteos, de estridencias, de soplos de forja.

El *yiyit bashi* de los sombrereros parecía satisfecho. No había tenido que utilizar su bastón de castigo en todo el día. Había pagado el *bakchich* habitual a los agentes de la policía una semana antes. El riesgo de que lo multaran no era muy alto porque las altas autoridades cerraban los ojos. Y las operaciones de control que se producían en plena noche en el barrio de Emineumü eran raras.

Raras...

En el exterior, se oyó un ruido. El *yiyit* acercó su cara curiosa a uno de los tres ventanucos del taller. Apartó el trozo de tela que ocultaba la abertura. Un temor se apoderó de él. Escrutó las retorcidas callejuelas y se puso a especular sobre el origen del sonido.

Apareció una luz vacilante. El ruido se amplificó. Provenía de hombres armados. El *yiyit* dejó de oír el chisporroteo del fuego de los braseros que calentaban el taller. Los intrusos aparecieron rodeados del halo de las antorchas que llevaban y que se reflejaban en las fachadas de madera de una de las callejuelas. Aquella luz feroz y en movimiento iluminaba a toda la compañía. En el momento, el *yiyit* no reconoció los uniformes, pues un miedo legítimo se había adueñado de su cerebro.

No podían ser otros que los policías del *mouhtésib* de Eyoub en persona. El *mouhtésib* era la pesadilla de los artesanos y de los comerciantes. Como representante del cadí, se dedicaba a verificar los precios, controlaba los pesos y las medidas y recaudaba los impuestos. Sus amplias competencias le permitían aplicar una justicia expeditiva cuando no se respetaban las reglas de la concurrencia, por ejemplo, cuando por el deseo de obtener beneficios se trabajaba el viernes o por la noche.

—¡Vienen los *kol oghlanlaris*! —dijo el *yiyit*.

Los obreros se quedaron de piedra. Los agentes del *mouhtésib* no aparecían jamás en plena noche sin razón. Actuaban tras haber recibido una denuncia o de manera preventiva para satisfacer a los miembros del Consejo de Ministros, inquietos por el exceso de una población que respetaba cada vez menos los preceptos del Corán y las leyes de los ancestros por el contacto con los extranjeros impíos que se habían instalado en Estambul.

Iban a multar a todo el mundo tras darle una paliza. El barrio entró en efervescencia. Los perros se pusieron a ladear, aullaron con el cuello muy extendido y el lomo inclinado hacia abajo ante los soldados.

—Que Dios nos bendiga, no es la policía —resopló el *yiyit*.

* * *

Blandiendo una antorcha, Gaufredi iba a la cabeza de la tropa de espadachines que protegían a Alessandro Venier Baffo. Con la espada que llevaba en la mano comprobaba el espacio delante de él. Los perros que ladran rabiosos habían aparecido de repente, de pelo amarillo, con la boca llena de espuma, bastardos que seguían al jefe de la jauría. Gaufredi vio al animal que empujaba a los otros a atacar. De golpe, su hoja silbante cortó el cuello a la bestia sarnosa. Los otros perros se echaron sobre el barro de la calle, sin dejar de mirar el cuerpo del incitador sacudido por espasmos y desangrándose por la herida abierta. Entonces huyeron y se perdieron por las callejuelas entre gemidos.

Gaufredi se volvió hacia Alessandro.

—No tema, encontraremos nuestro camino.

Herido en carne viva, el mercader combó el torso. No temía ni siquiera al mismo diablo, al que combatía de vez en cuando en nombre de la Santa Inquisición. Le parecía que aquella ciudad ahora le pertenecía, de la misma manera que Venecia. Se apropiaba de las mezquitas, de las sinagogas y de las iglesias. Estaba dispuesto a llevar la Media Luna, la estrella y la cruz sobre el pecho, a aprender el persa y el hebreo, a ayudar a los peregrinos de camino a Jerusalén y La Meca. Soñaba con un comercio universal, sin fronteras, donde los libros de cuentas se volverían más importantes que el Corán y la Biblia. El mundo estaba listo para adorar al dios Dinero. Él, el profeta de esa nueva religión, lo presentía.

Para consolidar ese futuro, le hacía falta hallar un modo de comunicarse con su hija. Venecia contaba mucho con la colaboración de Cecilia. El poder de Hürrem sobre el corazón del sultán era temido; pero, muy pronto, se alabaría el de la veneciana Venier Baffo sobre el espíritu del Comandante de los Creyentes.

La partida se anunciaaba ajustada. Había visto al señor Etienne Levy entre los delegados judíos. No se fiaba de aquel judío delegado también por Venecia, amigo de los holandeses, cercano a los turcos, aliado de los franceses, íntimo de la casa Mendès. Levy sacaba provecho de todos y cada uno. Estaba en el centro de una nebulosa de intereses contradictorios y perseguía un fin que escapaba a su entendimiento. Como él era el único que podía introducir espías en el seno del harén, se esforzaría sin ninguna duda por favorecer a su clan en detrimento de la Serenísima.

«No será siempre indispensable», pensó Alessandro, que ya había decidido eliminarlo.

Lo había pensado desde 1535, cuando Cecilia y Kalè habían sido «enviadas» a Estambul. Él apretó el mango de marfil de su daga. Le habría encantado poder hundirla en el vientre del médico, pero él tampoco quería mancharse. Gaufredi haría el trabajo sucio.

Contempló con desdén al provenzal.

«Él mata a la perfección, pero no tiene ni una pizca de inteligencia. No es capaz de saber dónde estamos y nos ha perdido en esta ciudad bulliciosa.»

Alessandro lamentó no haber vuelto con el embajador. Ya estaría en la galera o en la residencia de la República. Miró a su alrededor. No había ni un monumento famoso, sólo casas de madera enligadas al suelo fangoso de una colina.

En el obrador, habían apagado todas las velas. El *yiyit* y los obreros observaban a los infieles. Aquellos hombres vestidos de negro, con capas cortas que colgaban como alas muertas sobre sus hombros, y cuyos jefes llevaban gorros de terciopelo tornasolado y sombreros de cuero con plumas, tenían ojos

de chacal; su marcha era ligera, avanzaban juntos, sin parar, vigilando sus flancos y su retaguardia. Era imposible sorprenderlos, romper sus defensas y llegar hasta el hombre que protegían. Así, se pararon con un mismo movimiento poniéndose en guardia cuando otros demonios surgieron de las profundidades.

—¡Que Alá nos proteja! —dijo el *yiyit*.

Joao, don Samuel, don Abraham y don Salomón no había perdido el rastro del enemigo. Los venecianos se habían extraviado en la gigantesca ciudad, hundiéndose en las calles entrecruzadas y en los callejones inclinados. Se habían ido del palacio del *nishandji* Djelâlzâde antes que su embajador, bajo un aguacero. El chaparrón no permitía ver las grandes mezquitas, puntos de referencia de los viajeros. En su ofuscación, Alessandro y sus hombres habían dado la espalda al Cuerno de Oro, sin fijarse en los cuatro sabuesos que les pisaban los talones.

Ahora ya no llovía; un viento caprichoso lustraba las cúpulas y provocaba los mugidos de las mulas atadas cerca de los mercados. Todavía se oía bramar a un camello, y después el sonido lejano de una campana de un barco cristiano que se acercaba a la costa. El ruido de los botas en los charcos de agua se hizo entonces el dominante.

Joao y los suyos se desplegaron frente a las afiladas hojas de Venecia.

—Vaya, un viejo amigo —dijo Gaufredi a la vez que caminaba con paso seguro hacia Joao.

—Aparta de mi camino, provenzal. Vengo a buscar a tu señor.

Alessandro retrocedió y colocó dos hombres más entre él y Joao. Él nunca se había batido. Todo su valor lo abandonó, y se estremeció. A pesar de ello, tuvo el reflejo de desenvainar la espada, que, cargada de piedras preciosas, con el blasón de mercader en la guarnición y mal afilada, no había sido forjada para contrarrestar el hierro de un adversario, sino para adular el amor propio de su dueño.

Alessandro contemplaba al turco-judío-español con el que nunca había coincidido en Venecia. Había tenido el tiempo justo para menospreciarlo algunas horas antes en Topkapi, a él y a su grupo de rabinos conducidos por Etienne Levy.

—Soy el enviado de Venecia —gritó Alessandro, tras tomar repentinamente conciencia de la superioridad de su escolta.

—Y yo, Joao Miguez, de la familia Graci Nazi Mendès, servidor de la Puerta, teniente de Barbarroja, comandante de una galera del Gran Señor. Vengo a vengar a Cecilia, tu hija.

Alessandro soltó una carcajada.

—Señores, acaben con esta basura judía. Ellos son cuatro, y nosotros, treinta. Dad a Dios ese placer, que os será recompensado el día del Juicio final.

—Aparta de mi camino —dijo Joao de nuevo—, este asunto no te concierne.

El provenzal no se movió. Los bruscos resplandores de las antorchas mostraron por un instante su rostro de depredador de sangre fría. Sus ojos se convirtieron en dos hendiduras oblicuas bajo los párpados medio cerrados. Se habría dicho que dormitaba. De repente, empezó a pelear. Su espada de hoja fina golpeó la punta del sable de Joao. Lo apartó y abrió una vía hasta su pecho.

Había sorprendido a Joao; estaba perdido. Sus compañeros no podían hacer nada por él. La hoja iba a cortar el pecho de su hermano. Ésta se paró sobre el esternón y rasgó la tela de su traje.

—¿Y si este asunto también me concerniera? —dijo Gaufredi.

Joao no entendía nada. Sentía la ligera presión del acero. La proximidad de la muerte estrechó el campo de sus pensamientos. El tiempo se reducía. Estaba a merced de aquel hombre extraño cuyos rasgos se humanizaban poco a poco.

Gaufredi sonreía. Y su sonrisa era la de un cómplice.

—¡Mátalo! —ordenó Alessandro.

—Otro día —respondió el jefe de los espadachines.

Su espada se separó lentamente del pecho de Joao. Éste se quedó quieto. Vio la espada describir un semicírculo, su limpio acero reflejó la luz de las llamas de las antorchas. Esos fuegos le daban vida. Su punta afilada buscaba un nuevo adversario. Se dirigió al enviado de Venecia.

—¿Qué significa esta traición? —gritó Alessandro.

—Mi señor —respondió el provenzal— debería recordar que yo siempre trabajo para el que más paga.

Y empezó a escrutar las profundidades de las callejuelas circundantes.

La mirada del infiel pasó por el tragaluces detrás del cual el *yiyit* y sus obreros temblaban. Ellos creyeron que esas pupilas muertas iban a enviarlos al infierno, pero el infiel no los vio. Buscaba a otra persona, alguien semejante en la noche. El *yiyit* vio aparecer a ese alguien y obligó a sus hombres a esconderse.

—El eunuco negro —dijo él, resoplando y retrocediendo.

Capítulo 20

—¿Sientes el miedo de tu padre? —murmuró Yasmina.

Cecilia se dejó llevar. Sus manos estaban colocadas sobre la piedra negra y lisa de adivinación. Ese talismán pulido por los miles de roces pertenecía a la tribu de la *kiaya*. No se sabía gran cosa sobre esa piedra en cuyo centro, dibujando una espiral, había una indescifrable escritura cuneiforme. La *kiaya* decía que venía de la antigua Babilonia, de un tiempo en el que los hombres rivalizaban con Dios. Ella la custodiaba desde que el harén se había construido y desde que una visita se la había traído desde Damasco, donde había sido conservada. La sacaba en raras ocasiones, sólo cuando la configuración de los astros era propicia y cuando se iba a producir algún acontecimiento grave.

La piedra vibraba, latía como un corazón. Cecilia comprendió que esos golpes reproducían el miedo de su padre. El corazón de Alessandro se manifestaba bajo sus dedos. Cecilia no tenía el talento de Yasmina. La *kiaya* podía seguir la vibración. Un hilo invisible la ligaba a Alessandro, y ella veía a través de sus ojos.

—¡Te van a vengar, él está allí! —dijo ella sordamente.

Abas estaba allí, solo. No necesitaba a nadie que lo protegiera. La ciudad entera lo temía. Servía a los deseos del sultán, obedecía a la favorita, y de todo eso sacaba un tremendo provecho. Asimismo, su posición le confería una fuerza y un resplandor considerados maléficos por la mayoría. Tenía espías en todo el mundo musulmán y cómplices hasta en la lejana China y el legendario Perú. Se lo consideraba intocable.

Tenía el aspecto de una enorme bestia surgida de las aguas alquitranadas del Bósforo. Un manto de pelo de cabra lo cubría desde los hombros a los tobillos. Él se mostró a los infieles. No se sorprendió de la presencia de Joao, era lógica. El joven actuaba como un perro loco, y su pasión lo perdería.

Los venecianos y los judíos se parecían, eran aliados naturales. Se deslizaron a lo largo de la pared, como víboras de cuero y de hierro para rodear al *kizlar*. Abas era horrible. No se veían sus ojos hundidos en los pliegues de grasa y ensombrecidos por el voluminoso turbante oscuro, lustrado y calado

hasta las cejas. Avanzó sin preocuparse de las espadas que formaban una corona de espinas. Su cabeza negra empezó a hablar.

—Eres un hombre de palabra, capitán —le dijo a Gaufredi—. Se te entregará lo debido, como se te prometió, a la hora de la primera plegaria. Conduce a tus hombres a Pera. Vuelve sin preocupación alguna. Todo se llevará a cabo. Nurbanu lo ha querido; Hürrem lo ha ordenado. Alá estará satisfecho: este hombre debe pagar por sus faltas.

Abas señaló a Alessandro, que se puso a temblar como un viejo. Su puño todavía soportaba el peso de la espada de gala. Éste perdió fuerza cuando Gaufredi ordenó:

—¡Armando, Jehan, Siccard, Pappas, prendedlo!

—Ofrezco cien monedas de oro a cambio de la cabeza del eunuco —gritó él.

Los hombres lo desarmaron y le retorcieron el brazo para acercarlo a Abas.

—¡Quinientos!

Lo amordazaron y le pincharon en los riñones para hacerlo avanzar.

—No podrías pagar suficiente, perderías siempre —dijo Gaufredi a la vez que le estiraba la barba para hacerle levantar la cabeza—. No hay honor alguno en servir a un ser tan vil como este Baffo... ¡Es tuyo! —añadió volviéndose hacia Abas.

En ese instante, los turcopolos de la media luna de Konya aparecieron como por arte de magia. Eran ocho, vestidos de oscuro, con el pecho atravesado por una banda de cuero bajo la cual estaban colgados tres puñales de tamaños diferentes. Pertenecían a la compañía secreta dirigida por los sufíes. De éstos no se sabía gran cosa. Ejecutaban los bajos deseos de sus protectores, el primero de los cuales era Abas. Dos de ellos depositaron cuatro sacos de oro a los pies de Gaufredi. Fueron canjeados por el enviado de Venecia. Empujado como un vulgar esclavo, Alessandro no intentó siquiera oponer resistencia.

Abas y los turcopolos les volvieron la espalda a los infieles. Joao quiso seguirlos, pero Samuel se lo impidió.

—Cuanto menos sepas, más tiempo vivirás. El Eterno en su clarividencia no ha permitido que te batas con la espada. No provoques su ira. El enviado de Venecia no verá salir el Sol. Nadie escapa a la muerte cuando ésta se presenta bajo los rasgos del *kızlar aghasi*.

—Quiero poder contar su ejecución.

—¡Estás loco! ¿A quién?

—A aquella que cree en mi palabra. Iré solo a donde lo lleven. ¡Solo! Así no tendréis que sobrellevar el peso de ese secreto. Hoy no ha pasado nada. Id a casa de mi tía Graci y esperadme hasta la llamada del almuédano.

—¿Y si no vuelves?

Joao no respondió.

Por debajo de la palidez de las modestas mezquitas del barrio de Langa, el mar de Mármaro desplegaba olas de tinta. A lo lejos, estaba cubierto por nubes bajas iluminadas por los faroles de las islas de los Príncipes. Abas aguzó el oído. El viento interpretaba una música triste sobre las rocas. Las notas indecisas se mezclaban con chapoteos, morían y renacían incansablemente. Observó durante un buen rato el mar, los muelles de madera, y después la ciudad que hay tras él, escondida en los valles de las siete colinas. Vio también a Joao, un fantasma bajo un ciprés. Apreció el coraje del capitán. Compartiría con él el secreto, algo de lo que podría aprovecharse en el momento oportuno. La indiscreción podía ser buena. Cuando se levantaban los velos del harén, uno comprometía su vida.

Abas pensó en los cinco mil altunes de oro que habían entregado a Gaufredi por su traición. No había resultado caro si se pensaba en los futuros beneficios. Ciertamente, había obedecido a Hürrem, pero había apostado enteramente por Nurbanu, a la que le auguraba un flamante porvenir. «Flamante» era un adjetivo adecuado para la situación. Abas se volvió hacia el prisionero, el lamentable Alessandro Venier Baffo, que se dejaba conducir al matadero como un cordero. Había visto a decenas de hombres comportarse así, «hombres de verdad» que no tenían nada entre las piernas en el momento de dar el gran salto. Él sintió una verdadera alegría.

El lugar era adecuado para la ejecución. Estaba desierto y lo estaría todavía durante tres horas. En esa parte de la ciudad situada al sur, muy cerca de las antiguas murallas de los emperadores cristianos, las primeras casuchas de pescadores estaban a pocos metros de la playa, pero aquella morralla devota al sultán y al islam no le pareció un motivo de preocupación.

—Conducidlo al pontón —le dijo a sus hombres.

El pontón carcomido avanzaba por encima de las olas. Unas barcas con pequeños mástiles estaban allí amarradas. Había un hombre en una de ellas que se levantó cuando los pasos golpearon las planchas descoyuntadas; no se atrevió a cruzar su mirada con la del eunuco.

—Todo está listo —dijo él con la boca pequeña.

Abas no dudó. Ese rudo pastor de la región de Van le servía desde hacía quince años. Había seguido al ejército de Solimán en el regreso de una batalla. Fue acogido en una madraza y los agentes del eunuco repararon en él, había sido escogido para ejecutar ciertas tareas delicadas.

—Sirves bien a Alá, mi Basshar —dijo el eunuco.

Abas levantó la mano. Enseguida los turcopolos levantaron al enviado de Venecia por los hombros y lo lanzaron a la barca. El pastor lo ató al mástil y enrolló una cadena de cien libras en torno a sus tobillos. Una especie de fe lo inundaba. Tenía un cristiano entre las manos, un noble rico e infiel. Había actos

que tenían una especial relevancia en la vida de un musulmán, y el que iba a llevar a cabo era purificador.

Alessandro reaccionó cuando el pastor lo roció con un líquido viscoso que olía a resina, a azufre y a salitre. Ese monstruo lo untaba con pez. Alessandro intentó romper las ligaduras que lo sujetaban como a un san Sebastián en el mástil, rugió, gritó; pero no consiguió más que mover las cadenas y hacer crujir la embarcación.

Joao se había acercado. Los turcopolos no repararon en su presencia, pero Abas decidió hacerlo más cómplice y, ofreciéndole la mano, invitó al capitán a su lado.

—Si crees que su muerte aliviará tu cólera —dijo él—, eres un ingenuo. Lo único que conseguirás es desviarla hacia otra persona. Y sabes bien de quién hablo. Conozco el objeto de tu deseo, y no puedes conseguirlo. Nurbanu pertenece al sultán. Resígnate y acéptalo. Solimán, al que empiezas a odiar, no es un vulgar hombre, no podrás vencerlo jamás. Para ello, tendrías que vencer al islam y a sus innumerables guerreros. No eres más que un judío, Joao Miguez, un vagabundo sin tierra y sin ejército que ha elegido servir a la Puerta. Honra a quien ha acogido a tu pueblo y aparta tu mirada de Topkapi si no quieres perderla para siempre. Yo cuidaré de ella y, si Dios quiere, se convertirá en sultana.

—¡Empújala a los brazos de tu señor y te mataré! —respondió Joao.

—Eres un pobre presuntuoso, aunque sigues siendo mejor que ese perro —dijo Abas, señalando a Alessandro—. Si no controlas el vientre que te sirve de cerebro, acabarás como él.

Alessandro se agotó. Su mirada era de loco; lágrimas le caían por su rostro. Pidió auxilio a Dios con toda la fuerza de sus pensamientos.

Cecilia oyó el grito de su padre en el interior de la piedra, sintió que el horror la invadía y su propio miedo se mezcló con el de Alessandro.

«He ido demasiado lejos», se dijo, apartando la mano de la piedra.

La *kiaya* le agarró la mano hasta hacerle daño.

—No rompas la magia. Escucha lo que viene.

Era imposible escapar a las tenazas ganchudas que tenía por dedos, a sus uñas amarillentas. Yasmina usaba un poder antiguo. En la profundidad de sus pupilas, se amontonaban nubes.

—No quiero —dijo Cecilia.

—Tú lo has provocado y convocado, escucha.

¿Escuchar el qué? Ella se cerró a todos los ruidos, rechazó su venganza, tuvo la impudicia de pensar en la Virgen a la que en otro tiempo rezaba en la iglesia de los Hermanos en Venecia. Volvió a ver el rostro de la madre de Jesús,

su dulce sonrisa, la mirada de compasión, la mano de marfil extendida como señal de benevolencia, de amor y de paz, la pureza del velo que le caía hasta los pies, miles de cirios encendidos en las gradas, el olor del incienso y los cantos de monjes que resonaban en la gran nave. No consiguió nada. Lo que ocurría aniquilaba cualquiera de sus intentos.

Era como un susurro ligero de un batir de alas, pero no las de un pájaro. Vio una legión en un cielo de sangre. Unos demonios alados precedían a un ser sin rostro, sin forma, vestido con un sudario de grisalla y encaramado al esqueleto de un caballo. Ella supo que era la muerte en busca de su padre.

Basshar había izado la vela, y la barca navegaba hacia las islas de los Príncipes. La gobernaba bajo el viento. Su pecho se hinchaba, y la sensación de ser un justiciero de Dios lo iluminaba. Cuando la barca estuvo a trescientas brazas de la orilla, caló la pequeña vela, cogió el farol y prendió fuego a la pez extendida bajo los pies de Alessandro, sin darse el placer de ver crecer las llamas. Tras haber cumplido su deber de musulmán y de servidor de la Puerta, saltó al mar y nadó hacia la costa oriental.

El fuego creció rápido. Joao no pestañeó. Se quedó impasible. Había esperado ese momento con impaciencia, pero ya no sentía nada. De manera semejante a Abas, tenía un gesto de ponderación severa en el rostro; recordaba al cadí Osman, al agá Lala y a todos los hombres que pretendían alcanzar el poder. De repente, lo vio todo más claro. Cecilia no era todavía la hetera de Solimán, y no lo sería mientras la favorita Hürrem siguiera viva. Decidió alinearse con el bando del harén.

—No te mataré, Abas. Dile a tu señora que los cofres de la familia Mendès están abiertos para ella.

—¿Con qué condición?

—Con la condición de que Nurbanu no entre jamás en la habitación del sultán.

—Si ella entrara, yo perdería la vida, pero no serías tú quien me la quitaría, sino Hürrem. Deberías haberlo entendido antes. Esa mujer tiene el poder de dejar con vida o matar a cualquiera de nosotros. Si ella fuera sultana, reinaría en nombre del Comandante de los Creyentes y eso supondría el inicio del terror.

—Conseguiremos que se convierta en sultana.

Capítulo 21

La espera consumía a Cecilia. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Joao. La *kiaya*, que estaba al corriente de todo, se callaba; los *géditchis* que visitaban el harén tampoco llevaban ningún mensaje; el maestro Levy no daba señal alguna de vida. Estaba aislada del exterior y se dejaba los ojos escrutando Estambul desde lo alto de los jardines del harén. Las cosas habían cambiado desde la muerte de su padre. Había trepado en la jerarquía del harén, aunque seguía siendo una *gozdé*. El sultán no había depositado un pañuelo bordado sobre su hombro, cosa que, por otra parte, nunca hacía, ya que carecía de interés por las vírgenes que compraban para él. Hürrem bastaba para complacerlo, colmaba su espíritu de poeta y su cuerpo de guerrero.

Cecilia agradecía al cielo cada noche poder vivir como una *kadina* y no estar en el lecho de Solimán. Era incomprensible. Todos la mimaban. Yasmina, Abas, los eunucos la servían como a una verdadera princesa. No había nada demasiado bello para Nurbanu. Ahora, tenía cinco valiosos caftanes, decenas de trajes, oro en todas sus formas, piedras preciosas, bienes suficientes con los que habría podido comprar y mantener a un centenar de esclavas. Desde la partida de Mihrimah, ella se había convertido en la hija espiritual de la favorita. Hürrem la formaba día tras días en la sutil política de la Puerta. Nada de lo que pasaba en el imperio le pasaba inadvertido. El bajá Rüstem había sido nombrado gran visir; demostraba su celo sometiendo sus proyectos al beneplácito de la favorita y tenía siempre en cuenta sus deseos. Muchos decretos tenían la firma de la Gozosa, pero nadie en el imperio podría haberse imaginado que las leyes conformes al Corán emanaban del pensamiento de una mujer no conversa.

El Corán era la llave del poder. Además, no pasaba un día sin que las dos mujeres lo estudiasen. A Cecilia le gustaba debatir las cuestiones de fe y las reglas resultantes. Tenía la costumbre de sentarse sobre la alfombra con las piernas dobladas y las rodillas separadas en el pequeño gabinete en el que Hürrem había reunido libros y manuscritos. Le gustaba esa posición incómoda impuesta por la favorita.

Hürrem se ponía frente a ella; tenía calambres, pero no dejaba que el dolor se trasluciera, ya que era una de las vías para llegar a Dios, y había decidido sufrir un poco antes de convertirse. Estaba decidida a dar el paso y abandonar sus oropeles de cristiana, pues, al contrario que Nurbanu, ella no era de origen noble. Sus recuerdos de juventud estaban llenos de fango y humo, de campesinos y de hambrunas. En eso se parecía al bajá Rüstem. Ambos habían decidido cobrarse una revancha a la vida y creían que todavía no era suficiente. Hürrem pretendía el título supremo de sultana *valideh*; Rüstem quería convertirse en el hombre más rico del mundo.

Cecilia contempló a su protectora. ¿Qué pasaba en aquella cabeza? Hürrem caía a veces en una profunda tristeza, sobre todo cuando descubría una nueva arruga en su rostro. No podía dominar el tiempo. Envejecía. Las pinturas disimulaban en la medida de lo posible los surcos marcados por la amargura, los celos y las preocupaciones del poder. La voluntad permanecía intacta e inscrita en la piedra dura de la mirada, en el timbre de la voz, en las manos que se cerraban en puños o que extendían el índice acusador.

Ese dedo no señalaba a nadie en esa hora avanzada del verano, sino que daba golpecitos sobre la página del pergamo iluminada por el sol. La luz no bastaba, no obstante, para desmenuzar los secretos del Corán, que estaba abierto sobre sus muslos. El sura del «Peregrinaje» era una invitación a la fe.

—Me gusta el quinto versículo —dijo Hürrem—. Léemelo.

Cecilia tenía su propio Corán ante sus ojos. El libro había sido encuadrado doscientos años antes en Alejandría y tenía rastros de moho y de grasa. En los borrones de tinta, aparecían otros signos. Era un palimpsesto del que se desprendía un encantador misterio. Cecilia se puso a leer:

Humanos, ¿seguís dudando de la Resurrección? ¡Vaya! Os hemos creado a partir del polvo, después de una gota de líquido, después de un choque, después de una herida, sometida a una creación escalonada, todo para demostraros Nuestro poder. Y fijamos en las matrices lo que Nos parece bueno, hasta un término determinado, y, después, al fin os hacemos dejar de ser niños, después de lo cual pretendemos que alcancéis vuestra fuerza adulta; y algunos de vosotros son recuperados jóvenes, y otros conducidos a lo más débil de la edad, hasta el punto de no conocer nada después de haber conocido. Así ves la tierra languidecer, y cuando Nosotros hacemos descender el agua sobre ella, emocionarse, hincharse, hacer mejorar un poco a cada maravillosa especie.

—Es extraño esta semejanza con la Biblia —dijo Hürrem.

—Los cristianos y los musulmanes se inspiraron en las mismas leyendas; de ahí sacaron las leyes sagradas, justo para medir nuestra alma y robárnosla. Dudo del paraíso prometido por los peregrinajes, dudo de un más allá cuyo espacio se redujera al cielo lleno de estrellas. Este versículo es magnífico porque los doctores de la fe lo han querido. Y pasa lo mismo con todo aquel sura que

haya sido escrito y reescrito en La Meca y en Medina, y revisado y corregido en Damasco y en El Cairo, así como adaptado al pensamiento persa y al de los otomanos. Hace tiempo que me hago las mismas preguntas. ¿Quién puede jactarse de hablar en nombre de Dios? ¿Qué sabemos de Mahoma o de Jesús? ¿Y qué lugar ocupamos nosotras, las mujeres, en este mundo en el que los hombres nos consideran impuras, iguales como mucho a los caballos que llevan a la guerra? No son más que palabras, mi *kadina*, obligaciones, y debemos aprenderlas de memoria para combatir mejor a los que nos quieren encadenar.

—¡Conviértete conmigo y ganarás poder!

—No quiero llegar a ser sultana.

—Eso te permitiría al menos escapar a la venganza del juez Osman.

—El cadí de Estambul te es fiel. No hará nada mientras yo esté bajo tu protección. No lamento haber enviado a su hermano al infierno y no dudaría ni por un instante en utilizar de nuevo el veneno si llegara a pensar que ese juez es una amenaza para las personas que amo.

—Hum...

La mirada de Hürrem transmitía audacia. Su índice golpeó de nuevo el Corán antes de subir hasta el mentón de Cecilia y obligar a ésta a levantar la cabeza. La larga uña se incrustó en la piel, llegando casi a cortarla.

—Dime, Nurbanu, ¿a quién quieres tanto como para llegar a matar? A mí, supongo. Soy la única en este harén por la que sientes afecto, ¿no?

—Sí, *kadina*.

Cecilia se puso tensa, y su desconfianza se despertó. La voz de la favorita se había vuelto melosa. La presión de la uña aumentó. Se oyó el gorjeo de los gorriones en el techo, a los guardias llamarse, una hueste de jenízaros marchar a paso lento por el Campo de las flechas: mil ruidos sin importancia, al menos en apariencia, pero que hacían más agobiante el silencio en el gabinete.

—¿Acaso preferirías convertirte al judaísmo? —dijo Hürrem a la vez que retiraba su dedo para acariciarle la mejilla.

De la desconfianza, Cecilia pasó a la defensa. Ella erigió una fortaleza en su cabeza: no debía traicionar sus pensamientos, ni mostrar nada. La *kadina* tenía el don de la adivinación, ella leía literalmente en el espíritu de su interlocutor cuando estaban en juego sentimientos. A menudo se abría paso en la mente de su magnífico amante, y, por supuesto, no tuvo ninguna dificultad para indisponer a la pequeña Princesa de la Luz. Y no ignorar nada al respecto de sus deseos se lo hacía más fácil.

—¡Ser judía! ¡A quién se le ocurre! —exclamó Cecilia.

—Es un medio como otro para llegar al poder.

—¿Para qué me serviría el poder en esta prisión?

—Para escapar, me imagino.

—¡Gozosa! Supones que tengo malas intenciones.

—Él está dispuesto a todo.

—¿Quién?

—Tu Joao, mi niña.

Sintió que el pecho le ardía. Parpadeó y se ruborizó.

—Veo que ese nombre te afecta —añadió Hürrem—. Tu piel quema. Me gusta esta fiebre.

Cecilia apartó la mano de su señora.

—¿Qué sabes de él? —preguntó.

—Casi todo lo que debe saber la primera mujer del imperio. Es un hombre que se hace notar. Le hemos puesto algunos espías, y cuando digo hemos, incluyo a Abas y a Rüstem. Ese Joao me gusta mucho. Ha sido tan inteligente como para poner sus cofres a mi disposición..., bueno, los de su tía. Por tanto, lo consideramos un aliado de peso y no querriámos que un amor imposible corrompiera la amistad que tenemos con su pueblo.

Las defensas de Cecilia se derrumbaron por completo.

—¿Dónde está él? ¡Dímelo!

—Acaba de volver de la guerra. Está en Pera desde el mes de mayo.³⁹

—¿De qué guerra?

—De Italia, donde peleó junto al *kadupan pacha* Barbarroja y los franceses. Ha destacado en los asaltos de la ciudad de Niza. Está sano y salvo... Pensar en este hombre no te traerá nada bueno. Perteneces al sultán. Solimán te haría ejecutar si se enterara de que pretendieras comunicarte con alguien del exterior.

—No perteneceré siempre a Solimán.

—¡Seguro que no! —dijo Hürrem con una sonrisa franca.

Tenía sus planes al respecto, grandes planes.

39 Las flotas turca y francesa atacaron las costas italianas desde abril de 1543 a abril de 1544.

Capítulo 22

En el lugar resonaba el ruido de las armas, pues era donde se llevaban a cabo los entrenamientos. El perímetro estaba rodeado por piedras ciclópeas. Sobre esa superficie de un tercio de *dönüm*,⁴⁰ no era extraño ver correr la sangre. Esa sala, habitualmente reservada a los guardias del arsenal, estaba repleta de oficiales que, con el torso desnudo, se libraban todos los lunes a duelos ardientes, bajo la mirada escrutadora de un viejo *askeri*. El capitán de la barba blanca velaba por el respeto del código militar; no obstante, no era el hombre de más edad del arsenal. Su arbitraje ya se usaba cuando el más antiguo de los ejércitos aparecía.

El hombre de la coraza claveteada entró, acompañado de sus cuatro guardias. Los hombres sudorosos se quedaron quietos. Él respetaba a su almirante. Muchos se habrían hecho matar por él, muchos habrían perecido entre sus brazos, con una sonrisa en los labios, orgullosos por haberlo servido en nombre de Alá. Ellos gritaron:

—¡Gloria a Khayreddín!

El *kadupan pacha* Barbarroja descolgó un gran sable de combate colocado sobre dos ganchos, comprobó el peso y el filo, y la pulimentada arma reflejó su rostro marcado por los años. Su barba ardió en el acero. Se sintió inmortal. Contempló a sus subalternos por turnos. Su sable señaló a uno de ellos.

Joao se lo esperaba. Barbarroja se había medido con él ya tres veces. Su último enfrentamiento había ocurrido seis meses antes, en el puerto de la ciudad de Toulon que el ejército otomano había tomado pacíficamente con el beneplácito de Francisco I. Joao se había inclinado tres veces con respeto, y tres veces Barbarroja se había mostrado furioso.

La hoja curva se posó sobre el hombro del joven capitán. Estaba tan fría como la mano que la sujetaba.

—Te pido que esta vez no escatimes tu fuerza conmigo —dijo Barbarroja—. Quiero saber dónde estoy, y tú eres el único de la flota que se atreverá a darme golpes verdaderos.

40 Un *dönüm* equivale a 940 metros cuadrados.

—¿Y si me negara?

—Conoceríais la vida en las galeras.

No era una vana promesa. Joao leyó la determinación en el terrible rostro del guerrero de los mares.

—Éste será nuestro último combate —añadió Barbarroja poniéndose en guardia.

Joao no tuvo tiempo de preguntar por qué, el sable silbó. A su alrededor no había ni una sola persona que tuviera suficientes reflejos como para escapar al fulgurante ataque del almirante, pues la mirada del *kadupan pacha*, como la de la Gorgona, petrificaba a sus adversarios. Joao lo evitó gracias a un salto prodigioso con el que sobrepasó la cabeza del viejo capitán, que estaba sentado sobre una alfombra para rezar. Un murmullo de admiración invadió la sala. Barbarroja meneó la cabeza. Sentía rabia, mezclada con admiración y una aprobación cómplice. A pesar de su volumen y su edad, se desplazó muy rápido, abriendo paso. El sable volvió a encontrarse con el vacío y golpeó el suelo provocando chispas. Más chispas saltaron cuando la espada curva de Joao devolvió el ataque. Entonces, el combate se endureció realmente, sin merced. Se lo podría haber considerado una especie de juicio de Dios tal y como lo practicaban los cristianos de la Edad Media.

Como dos fieras se revolvían, atropellaban a los grupos de hombres y tiraban los bancos. Se chocaron, se empujaron, mientras sus armas cortaban el aire pesado con sus embestidas furiosas. Joao consideró que era el momento de concluir sin dejar en evidencia al gran almirante. Hizo molinetes con la empuñadura. Su hoja se convirtió en un círculo con radios en movimiento. Zumbaba y captaba la atención. Barbarroja la contemplaba cansado e hipnotizado. La espada tomó la tangente del círculo que trazaba, se encaminó hacia las piernas del *kadupan*, y después volvió a subir para cortar su brazo derecho a través del brazalete de cuero.

Un grito de sorpresa se escapó de todas las bocas. Los hombres vieron derramarse la sangre del *kadupan pacha* y el sable caer. El estupor se pintó en todos los rostros cuando el invencible guerrero vaciló. Joao lanzó su espada y fue a sostenerlo. Lo llevó aparte a una pequeña habitación llena de arqueros, donde hizo que se sentara con la espalda contra la pared. Él se inclinó humildemente.

—Perdóname, *kadupan* —susurró.

—No tengo nada que perdonarte... Has cumplido con tu deber. Ahora sé que mi tiempo se ha cumplido. Ahora es tu turno para brillar; vas a abandonar la flota. Hemos recibido un decreto indicándonoslo.

—¡No!

—El bajá Rüstem cree que serás más eficaz en las Finanzas.

—No pertenezco a la Puerta. Soy un hombre libre.

—Perteneces a la familia Mendès, y necesitamos a los tuyos para mantener nuestras conquistas. ¿Acaso no has servido ya a los intereses del imperio prestando oro a nuestro aliado Francisco I? Se dice también que eres el gran tesorero secreto de la favorita.

—¿Es que no he sido lo suficientemente bueno en el mar, gran *kadupan*?

—¡Claro que sí lo has sido, desde luego que sí! Y estoy seguro de que volverás a sobresalir en los campos de batalla. Eres ambicioso, Joao. Y me has vencido.

Barbarroja contempló la sangre que goteaba de su puño. Había visto ya esa sangre derramada sobre el cuerpo de sus hermanos. Eso fue hace mucho tiempo, cuando rompía la cabeza de sus enemigos con ayuda de una maza con clavos y cuando ataba a los prisioneros sobre los barriles de pólvora en los navíos de fuego. Todo se puso a dar vueltas. La fatiga llegó de golpe; se había ido acumulando durante un año. Las imágenes de miles de muertos aparecieron ante él. Había saqueado Procida, Isquia, Pozzuoli, Policastro, Lipari, Porto Ercole y Talamona. Había dado mucho de sí mismo, sobre todo desde que se había casado con doña María, una virgen de dieciocho años, hija del gobernador de Gaeta, don Diego Gaetano.⁴¹ Se volvió a ver en su galera, sentado sobre cofres que contenían ochocientos mil ducados de oro que treinta y cuatro hombres habían reunido durante tres días y tres noches.

¿Para qué servía la riqueza? Pensó en María. Una lágrima corrió por su mejilla. Enseguida ya no olería esa flor, ya no se alimentaría de esa fuente de juventud.

—Ahora ya soy un viejo —dijo él.

La emoción invadió a Joao. Él quería al *kadupan*. Su corazón se rompía al verlo tan débil.

—Volverás a ponerte a la cabeza de la flota para vencer a los españoles y llevarás el fuego hasta las costas persas del océano Índico.

—No seas necio, capitán. Ahora se trata de tu futuro, no del mío. Debo hacerme eco de voces que te son queridas y expresarme en nombre de la favorita.

La emoción dejó paso a la tensión. Joao estaba listo para escuchar lo peor.

—Dame el mensaje —dijo él.

—Tienes que casarte con tu prima Reyna.

Joao ya no quería escuchar nada más; conocía los argumentos de los partidarios de este matrimonio. Su tío Levy se los daba en cada reunión de los

41 Él murió poco tiempo después, extenuado por su joven esposa.

líderes de los conversos de Estambul; mezclaba los intereses materiales y espirituales argumentando que un judío debía casarse con una judía.

Él se fue. La voz del *kadupan* lo persiguió: «¡Para asentar tu fortuna y convertirte en intocable!».

Con la cabeza que le hervía y la sangre en ebullición, abandonó el arsenal. En el muelle Mehmet, subió a bordo de la galera ligera que permitía el paso entre las orillas del Cuerno de Oro. Pensó en Cecilia, pero el dulce rostro de Reyna se confundía con el de su amada. Le habían inoculado hábilmente aquel veneno que rimaba con razón: casarse con una judía de su propia sangre, ¡jamás! Topkapi estaba cada vez más cerca, igual que un espejismo por encima del cual planeaban los blancos pájaros marinos que rozaban ligeramente con sus alas las oriflamas que adornaban los palos erigidos sobre las torres. No podía entrar allí. Cecilia jamás le pertenecería.

La mujer que suspiraría entre sus brazos no sería ni judía ni veneciana. No era un hombre conformista. Se mezcló con la multitud que hacía latir el corazón del imperio.

Los *seyyars*⁴² eran numerosos en aquel mes de julio. Zumbaban. Sus voces con acentos rugosos traicionaban sus orígenes anatolios y campesinos. Repararon en Joao en cuanto puso un pie en la calle principal de Véfa que subía hasta Serradjihané. La mugre ennegrecía sus tobillos. Las moscas daban vueltas e intentaban libar sus caras llenas de suciedad. Las avispas las acompañaban y se alimentaban de los jugos que se derramaban de sus cuévanos llenos de frutas. Los *seyyars* trabajaban para los jenízaros con los que compartían los beneficios de las ventas y que estaban asegurados por su protección. Ponían a la venta melocotones, albaricoques, dátiles y melones a un precio inferior a los que marcaban los tenderos sometidos a los impuestos. Se los mostraron a Joao.

—Señor, una moneda por los dos melones... Por el amor de Dios, cómpreme melocotones... Yo mismo recogí estos frutos en los vergeles de Ali Bey bañados por las aguas dulces...

Las voces llegaban de todos lados, y él no era el único en sufrir ese acoso. La calle de la Véfa atravesaba el barrio más industrial de la ciudad. Cien callejuelas vertían miles de portadores. Sus babuchas cruzaban el lecho de su pronunciada pendiente y levantaban polvo que alcanzaba las cumbres de los minaretes.

—Su tacto es tan suave como la piel de las bayaderas.

Joao estaba exasperado. Había sentido el impulso de ir a casa de su tío para romper el pacto que lo unía a la comunidad judía. Sin embargo, sus pasos no lo

42 Pequeños vendedores de frutas y verduras que trabajaban para los jenízaros.

conducían a la morada del maestro Levy, situada al norte de Véfa. Ni siquiera sabía por qué estaba allí, todavía no.

Llevaba algunas moneditas en el bolsillo. Las lanzó al aire; no valían gran cosa, estaban hechas de una alianza de plata y de cobre, tan finas y ligeras que cayeron como una lluvia de confetis. Ese gesto provocó una marabunta. Unas ávidas manos se cerraron en torno a las monedas; otras se cerraron en puños. Los vendedores de frutas, los portadores de agua y los aprendices empezaron a pelearse.

Su acto era reprobable. Joao acababa de perturbar el orden público y el código de los *ihtisab kanounnamèlèri*⁴³ que fijaba las reglas del comercio. Pero ninguno de los policías se atrevió a arrestarlo. Sólo un *kol oghlanlari*, que aseguraba el control de los precios y recaudaba los impuestos, avanzó hacia él.

—Sin ofenderte, capitán, es mi deber recordarte que sólo nosotros tenemos el derecho de influir en el *narh*.⁴⁴ Deprecias el valor del trabajo actuando así. Aquí hay gente rústica, no mendigos.

Joao se sorprendió por la temeridad de ese funcionario enclenque. Ese hombrecillo con un turbante gris deshilachado se atrevía a hablarle de los precios hinchados impuestos a la población.

«¡Soy yo quien pone los precios!», estuvo a punto de responder recordando de repente que él dirigía el recurso financiero más importante del imperio. No se atrincheró tras ese poder que inconscientemente rechazaba.

A su alrededor los hombres seguían peleándose. Las frutas cayeron. Aparecieron unos niños que se fundieron en medio de los que peleaban como unos estorninos, con fama de ladronzuelos. Cuando la refriega se empezaba a extender y la calle se llenaba de descontentos, la policía intervino. Los bastones golpearon indistintamente a niños y a adultos, mujeres y viejos.

—Ya ves, hace falta poco para quebrantar la ley —dijo el funcionario barbudo sonriendo.

La barba no permitía ver más que el agujero de su boca y cinco dientes. Su aliento olía a ajo.

—Podrías gastar tu dinero de una forma diferente —dijo él a la vez que miraba pasar a los policías que pacificaban al populacho a fuerza de golpes—. Vete al mercado, ha llegado una remesa de esclavas excepcional, hay inglesas y danesas. Lo que a ti te hace falta es una mujer.

Joao volvió a su dilema: ni judía, ni veneciana. No había tenido a ninguna mujer entre sus brazos desde su paso por Toulon, y no podía recordar el nombre de aquellas que le habían ofrecido sus vientres en los burdeles del puerto provenzal.

43 Textos de leyes.

44 Precio del mercado.

— ¿Qué mercado? — preguntó.

— Tal vez podría llevarte, siquieres — dijo el hombrecillo retorcido.

Ese «tal vez» valía medio piastra. La codiciada moneda brilló en la mano de Joao y desapareció enseguida en la del *kol oghlanlari*.

— Sígueme.

Capítulo 23

Los tambores retumbaban por las grandes arterias de Mahmoud Pacha y de Ouzoun Tcharshi. Sus lúgubres sonidos inquietaban a los tenderos y a los mercaderes. Venían de lejos y no eran turcos; hablaban de cabalgatas, de saqueos, de vientos malditos y de incendios. Retumbaban una vez cada semestre cuando los tártaros, aliados de los otomanos, venían a vender a sus prisioneros.

En torno a los almacenes del Estado y de los mercados, se habían doblado los efectivos de guardias. Los kanes estaban en alerta, y los hombres de negocios de la provincia y del extranjero se refugiaban tras sus escoltas. Nadie se fiaba de aquellos salvajes dispuestos a arrancar y a cortar cabezas. Su reputación sanguinaria no ayudaba.

Joao y el funcionario escuchaban los tambores. Vieron a los arqueros en posición sobre los tejados de las galerías de los kanes, esperando un hipotético ataque de los guerreros de la estepa. No se había producido nunca y era muy probable que no se produjera nunca. Los tártaros tenían interés en seguir siendo los vasallos de un imperio del que obtenían grandes beneficios.

El comercio de esclavos era muy jugoso, mucho más que el del ámbar, del plomo, de la seda o de la madera. En Estambul, se vendía la casi totalidad de los efectivos humanos a los turcos, pues no era habitual cederlos a los infieles. No obstante, se podían hacer excepciones cuando el comprador cristiano o judío era muy rico o influyente.

—Están aquí —dijo el funcionario.

La información era innecesaria. Joao había oído a los tártaros mucho antes de llegar al lugar del caravasar del *esir pazari*.

El olor a macho cabrío que desprendían se notaba a cincuenta metros a la redonda. Además, sus tambores hacían temblar el gran edificio en el que ellos se alojaban con sus caballos.

—Son bestias —añadió el hombrecillo sin dejar de mirar a tres de ellos que hacían ejercicios subidos a sus monturas de largo pelo, y que lanzaban gritos de guerra con los que aterrorizaban a los tenderos con babuchas y a los opulentos mercaderes con botines.

Los tártaros se iban. Habían comprado sal y cañones. Bailaban en honor a sus líderes que iban a llevarlos a Bulgaria y a Rusia, a los vastos campos y a los pueblos diseminados a lo largo de los grandes ríos que atravesaban llanuras inacabables y sombrías. Los dos hombres evitaron el edificio ahumado donde zumbaban los sables. Siguieron a los numerosos peatones que se apretaban para franquear un paso estrecho.

El nombre de *esir pazari* significaba «mercado de esclavos»; de hecho no se le daba al caravasar, sino a una gran plaza muy cercana a la que se llegaba por un angosto pasaje. Joao conocía esos sitios. Habría podido llegar solo. Allí había dos garitas repletas de militares osmanlés. Una decena de arcabuceros cubría la entrada donde cuatro soldados examinaban con mirada plácida a la multitud. No cambiaron de actitud al ver a Joao franquear el umbral del mercado. Celebridades vestidas de príncipes iban allí. Todo aquél con riqueza y poder de la Puerta se abastecía de carne fresca y de músculos en ese espacio donde se amontonaban a veces miles de seres. La emoción estaba en el aire. Las llegadas eran tan frecuentes que se cotizaban a la baja. Se podía ofrecer a una joven virgen por cien altunes o veinte ducados. Viejos de barbas blancas se estremecían ante la idea de reavivar su llama desflorando a jóvenes florecientes de pétalos de leche. Había harenes que proveer, burdeles que renovar, personal de granjas para reemplazar. Los intermediarios y los mandatarios, los reclutadores y las dueñas de prostíbulos codo a codo se lanzaban a hacer todo tipo de comentarios ricos en imágenes. Alardeaban de los méritos de sus esclavos, a la cabeza de los cuales colocaban a los polacos. Los africanos, a los que atribuían todo tipo de defectos, no costaban nada. Cada año había que cambiarlos porque no soportaban el invierno y se resentían ya con los primeros fríos cuando estaban en los campos o en las minas a cielo abierto. Los pequeños resistían mejor; tenían vocación de convertirse en eunucos y de engordar en los palacios privados. Se los castraba muy rápido, generalmente tras haber vislumbrado en ellos a los seres crueles y astutos en los que prometían convertirse.

Volaban las patadas y, de un empujón, Joao y su guía se encontraron al borde de un cuadrilátero lleno de pequeños locales. En esas pequeñas estancias abiertas al público, los hombres casi desnudos esperaban a sus futuros dueños. Estaban separados de las mujeres y de los niños. La mercancía no se mezclaba. Las mujeres llevaban bellos vestidos, así disimulaban su edad, su belleza o su delgadez bajo el *bashlik* que cubría su cabeza y enmascaraba el rostro.

El funcionario condujo a Joao al despacho del intendente. Había que cumplir una formalidad antes de encontrar la rara perla. Llegaron a una de las esquinas de la plaza donde el reglamento había sido grabado en las placas de mármol. Una puerta baja estaba coronada por un texto que Joao leyó en parte:

Que los mercaderes de esclavos no pongan afeite ni blanco ni rojo en el rostro de las mujeres esclavas que pretendan vender para embellecerlas. Que las vendan con los vestidos que les han dado, que no se queden los vestidos que les habían puesto. Si llegaran a hacerlo, que el *mouhtésib* los castigue.

El despacho olía a perfume de rosas, a tinta china y a tisana. Esos olores se mezclaban, con un resultado nauseabundo, con el de los pergaminos y el de la cera. Tres hombres los respiraban cotidianamente: el contable, el secretario y el intendente. Uno pesaba y después apilaba las monedas; el otro alineaba cifras y nombres, y el tercero calculaba el diezmo que les correspondía al comprador y al vendedor. Los dos primeros eran personajes graves, que hacían su trabajo con simplicidad y honestidad. El intendente los abrumaba con su presencia. Joao constató que era muy imponente y que no toleraba que le faltaran al respeto, pues él tampoco era ni condescendiente ni injusto con los numerosos subalternos del mercado. Cargado de medallas santas y de relicarios, estaba sentado sobre un puf entre un té humeante y un ábaco de boj. Su fisonomía extremadamente seria no traslucía ni pasión, ni preocupación alguna, ni nada que permitiera adivinar que consumía hachís y opio.

—Que Alá te bendiga, oh gran Abdullah Efendi —dijo el funcionario inclinándose ante el intendente.

El hombre de rostro redondo llevaba un *kalaví* de color nieve, con un imponente turbante que le caía hasta la nuca. Sus manos muy finas sostenían un cubilete de plata. Levantó uno de ellos para agradecer con un gesto la alabanza. Su mirada brillante se posó sobre Joao.

—¿Vienes en calidad de comprador? —preguntó él.

—Tal vez.

—No está permitido que alguien que no es musulmán compre un esclavo aquí.

—Yo puedo hacerlo en su nombre —le corrigió el pequeño funcionario.

—¡Que así sea, pues! Pero el diezmo será triple.

—Pagaré lo que haga falta —respondió Joao.

—Ve a la casa de los exámenes, allí encontrarás tu felicidad o tu desgracia.

El asunto estaba hecho. El intendente se desinteresó de los visitantes. Cogió ámbar de su saquito y lo hizo fundir en el agua hirviendo del té. Joao comprendió entonces que aquel hombre tenía el espíritu dañado, pues aquella preciosa resina se bebía para curar los nervios y la locura.

La casa de los exámenes estaba junto a un jardín situado tras la plaza. Allí se exponían los más bellos especímenes, o bien se daba rienda suelta al examen de las codiciadas mujeres en la plaza. Seis jenízaros estaban de pie ante la entrada. No llevaban el traje oficial de tela de Salónica, sino una chaqueta de

cuero sin mangas y un pantalón bombacho en el que brillaban unas costuras serpenteantes que les hacían parecerse a los mudos del sultán. Se apoyaban en cortas lanzas. Desde luego eran jenízaros. La cuchara de madera estaba cosida en sus gorros. Esa presencia intrigó a Joao y a su cómplice.

—¿Qué hacen ellos aquí? —se preguntó este último.

—Protegen a alguien importante.

¿Importante? El hombrecillo no entendía nada. ¿Quién? Los ministros y los agás jamás se mezclaban con los compradores del *esir pazari*. Ellos asistían a veces a ventas privadas en sus palacios o en casa de los mercaderes de renombre que espumaban todos los mercados del imperio y tenían contratos en exclusiva con los piratas y los ladrones. El funcionario ya no estaba tan motivado. No era bueno encontrarse a alguien importante en semejante lugar. No obstante, la perspectiva de pedir una o dos piastras suplementarias lo decidió a dirigirse hacia la casa baja emblanquecida por la cal. Unos laureles subían por su fachada, y sus flores se abrían en corolas púrpuras. Esas salpicaduras semejantes a sangre sobre un trapo inmaculado no olían a nada. Eran señales de advertencia, marcaban la línea que no debía franquearse.

La traspasaron bajo las miradas de los jenízaros. Joao se midió con ellos. No pertenecían a la hueste de Estambul. Joao se preguntó dónde había visto el emblema en forma de oso que llevaban tatuado sobre su brazo desnudo.

Cuando entró en la casa de los exámenes, todavía no tenía la respuesta a su pregunta. Cuatro salas formaban los espacios en los que se jugaban los destinos. Varias decenas de turcos con turbante obstruían el acceso a aquellos espacios llenos de murmullos y lloros. A través de las aberturas practicadas en el plafón, la luz del día iluminaba las gradas de madera. No había ningún mueble, ningún asiento, ni ninguna alfombra. Sobre aquellas tablas no se desarrollaban más que dramas; pero Joao era el único en pensarlo.

A los otomanos les parecía normal poseer seres humanos de la misma manera que poseían caballos, vacas, cabras, árboles, flores y las piedras de las tumbas. Las personas que compraban no tenían alma porque no eran musulmanes. No era un pecado esclavizarlas. «Dios no guía al pueblo de los desalmados», decía el Corán que llamaba a combatir a los judíos y a los cristianos en el trigésimo versículo del noveno sura. A falta de poder masacrados, era justo condenarlos a servir a los verdaderos creyentes. La ley de Dios daba una buena conciencia a los sujetos de la Puerta; ellos hacían uso y abuso a su antojo.

Joao no se sentía culpable por compartir aquel derecho. Vivía desde hacía demasiado tiempo entre salvajes como para molestarse; se había acostumbrado a ese mundo de injusticias. Él mismo se quedaba frío e impasible frente a los hombres de las galeras encadenados en su navío. No le afectaba tampoco cuando la chusma lanzaba un cadáver por la borda. Y al pasear su mirada negra

por los rostros tensos de los compradores excitados por las pujas, no sintió emoción alguna y se deslizó en la estancia donde había más participantes.

Lo que estaba en juego parecía importante. No se había aventurado allí por casualidad. De hecho, había percibido la alta estatura de un eunuco cerca de la grada. Aquella montaña de grasa envuelta en seda lila observaba con mirada crítica la mercancía presentada a un público avisado. Joao no reconoció aquel rostro mofletudo y barroso con los labios maquillados. Los eunucos y los jenízaros que estaban con él no eran de Topkapi. Parecían esperar su turno.

En la grada, una chica muy joven, morena y menuda, había sido desvestida por el mercader que la vendía. Un hombre de mediana edad, ricamente vestido, que probablemente era uno de los hombres de negocios del Sandal Bedesteni, a los que se llamaba los «poseedores de la fortuna de Karoun», la examinaba. Sus manos ávidas corrían sobre los hombros frágiles de la prisionera, que intentaba esconder su pecho y su sexo.

—Enséñame tus tesoros —dijo el examinador a la joven muchacha.

—Ella no entiende el osmanlí —intervino el mercader—, sólo el serbio y un poco de griego.

El hombre de negocios frunció el ceño. Sopesó a la presa endeble y vergonzosa antes de concluir:

—Es un problema que mina su valía.

—Pero sabe coser, cantar y tocar la cítara. Aprenderá rápido nuestras lenguas. Vea la pureza de sus ojos, la suavidad de su piel, la blancura y solidez de sus dientes.

El mercader pronunció estas últimas palabras mientras obligaba a la muchacha a abrir la boca metiéndole sus dedos entre los labios.

—Son bello marfil. Además, está sana; no la dejaré por menos de setecientas piastras.

—Estás loco, mercader.

—Es el precio de la virginidad.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que es virgen?

—Eso es algo de lo que tú mismo deberías darte cuenta —respondió el mercader encogiéndose de hombros.

Él apartó la mano que ofrecía algo de resistencia y escondía el vello de la parte que dotaba de tan gran valor a ese bien. Después la sermoneó en serbio. La joven apartó los brazos y se mostró por completo a los hombres, a la vez que rompía a llorar mientras un dedo fisiaba en su surco.

Joao sintió cólera. Pensó en Cecilia. ¿Habría tenido que soportar las mismas pruebas? Seguro que sí. Tuvo ganas de romper aquellas caras llenas de la más viva curiosidad y de vivos deseos, y su mano se agarrotó sobre la empuñadura de su espada.

Cecilia tenía la obligación de permanecer intacta, y era tarea de las *kiayas* y de los eunucos controlar el estado de su intimidad. Joao no ignoraba nada al respecto de las prácticas que se llevaban a cabo en los harenes. En Estambul, miles de hombres poseían más de cuatro mujeres y también miles se jactaban de haber tenido a vírgenes de todos los países. Él concentró su odio en el eunuco, que era el único que no compartía el sentimiento general de concupiscencia.

«¡Maldito castrado!», murmuró Joao, que pensaba que el infierno debía de estar poblado por criaturas adiposas y ponzoñosas.

El eunuco se sentía observado, pero no por el capitán. Conocía la mirada terrible del que lo había obligado a ir allí a pesar de ir en contra de la más elemental de las prudencias. Él hizo su trabajo. Evaluó a la serbia, que no debía de pesar más de cuarenta kilos, y pensó que era inútil plantar cara al hombre de negocios. Sin embargo, movió ligeramente la cabeza para captar la mirada de su señor.

Joao sorprendió el intercambio de miradas entre el eunuco y un hombre que permanecía retirado y en quien no se había fijado. Una larga y ligera capa azul de tela de Flandes lo cubría. Una capucha disimulaba la parte superior de su rostro mofletudo y con un doble mentón rodeado de un fino ribete de pelos rojizos. La boca era pequeña y estaba entreabierta como cuando se tienen dificultades para respirar. Bajo los labios cubiertos de un pelillo cobrizo, se veía la dentadura, que no era la de un carnicero. Estaba hecha para masticar alimentos blandos.

No se podía uno fiar de aquella cara de muñeca. El eunuco había aprendido a leer en aquellos rasgos que no transmitían animosidad. El ser bajo el capuchón no tenía corazón, ni amigos, ni palabra, ni piedad. Pudo verlo mascullando unas frases mudas.

«El señor se impacienta», se dijo él concentrando su atención en el mercader y en su cliente, que se pusieron de acuerdo en un precio de seiscientas once piastras después de varias dilaciones. Unos criados echaron un velo por encima de la joven, recogieron sus vestidos y la hicieron desaparecer tras una colgadura.

En el exterior, el almuecín llamaba a la oración.

Capítulo 24

Los tiempos habían cambiado. Nadie se había girado hacia La Meca. La vida de los hombres ya no giraba en torno a conseguir una plaza en el paraíso del más allá, sino que se trataba de conseguir un edén aquí abajo. Una existencia vivida sin hacer nada más que mantener un ojo puesto sobre la casa, el harén y la propia fortuna. Alá estaría de acuerdo. Se pagaban impuestos para mantener a los inmensos ejércitos que luchaban contra los infieles. Aquello bastaba para mantener sus almas lejos del lodo. La llamada no llegaba hasta sus oídos. Por el contrario, escucharon a la perfección y muy cerca el chasquido de los látigos que golpeaban a los esclavos destinados a consumirse en trabajos ingratos, así como los gritos de las mujeres a las que se separaba de sus hijos.

Las ventas continuaban.

El eunuco suspiró aliviado. La colgadura se volvió a apartar para el gran Kâzîn. Éste era uno de los mejores de su profesión. Ofrecía siempre calidad, el mejor surtido de esclavos del mercado cuando se dignaba a ir a la ciudad. Prefería organizar sus ventas en su castillo situado al lado de la costa Kâgithane, a dos horas a caballo de la capital. Sus esclavos estaban formados, habituados a las costumbres turcas y eran capaces de comprender el árabe, el persa y el osmanlí; él los encarecía. Aquel día iba a conseguir un provecho inmediato, aunque menos elevado.

No había tenido tiempo para llevar a su establecimiento a los cuarenta y siete hombres, mujeres y niños que los tártaros le habían entregado a cambio de dieciocho mil piastras y ciento treinta y ocho kilos de sal dos días antes, lo que había levantado envidias. Sus amargos competidores se habían quejado al intendente. A cambio de dinero contante y sonante, no se había llevado el asunto ante el diván, pero toda la ciudad se había enterado: el gran y pérfido Kâzîn, consumado maestro en el arte de conceder los *bakchichs*, se había adueñado de un magnífico lote de cristianos, entre los cuales se encontraban auténticos bocados de cardenal y mujeres dignas de bordar pañuelos para el Comandante de los creyentes.

Se le había hecho entender que debería desprenderse de algunos ejemplares. Alguien importante tenía interés por ver con detalle la mercancía inglesa: un peletero, su mujer y sus tres hijas. Estas tres últimas eran las que más le interesaban, pues eran unas bellezas rubias, de tez de alabastro, de dieciséis, dieciocho y veintitrés años. La mayor era, según sus propios criterios y las opiniones de aquellos que habían intentado adquirir el lote de prisioneros, excepcional.

Ésta fue precisamente la que introdujeron en la sala. El gran Kâzîn había fijado su precio en mil piastras. Ningún defecto manchaba aquella piel que él mismo se había preocupado de perfumar en los baños antes de volver a vestirla con sumptuosos ropajes orientales. No tuvo necesidad de alabar los tesoros escondidos por el pantalón bombacho de satén verde, el *gömlek* de color del trigo que le caía hasta las rodillas, y el *bashlik* verde que ocultaba un rostro que todos imaginaban similar a los descritos en el libro prohibido de *Las mil y una noches*. Las mujeres de esos cuentos no eran para ellos. Un vate habría podido declamar:

Ella hace palpitar los costados
de los hombres; pero si sus costados son suaves,
más que la piedra lisa, ¡cuidado
con la dureza de su corazón!

A Joao lo conquistó la mirada de aquella belleza. El eunuco sintió un hormigueo: ella tenía exactamente los ojos que deseaba su maestro, rasgados hacia las sienes, tallados en el verde misterioso de una joya, inteligentes y sin miedo.

«Se parecen a los de Hürrem», constató el eunuco.

Se volvió hacia su señor, que había abierto la boca en señal de sorpresa y que se había quedado mudo por la admiración, y supo en ese mismo instante que podía desempeñar su papel e intervenir. Hizo un signo con la mano al mercader.

—Mil piastras —espetó Kâzîn sin preámbulo.

Bajo los *nou'mani*, *mudjévézé*, *périshani* y otros turbantes de pliegues complicados, las caras se crisparon. Algunos invocaron a Dios y aquella fórmula de la *basmala* «en el nombre de Dios clemente y misericordioso», y prolongándola con las palabras «este hombre quiere arruinarnos», «Kâzîn ofende a su corporación», o «castiga a este hijo que corrompe el oficio y los preceptos del islam».

—¡Es demasiado dinero para una esclava de esa edad! —concluyó una voz anónima.

Los presentes asintieron. La prisionera tenía ocho años más que la media de las jovencitas que se disputaban allí a golpe de piastra, de cequies, de ducados y de *shéréis* en los mercados del imperio. Era fácil corregir los defectos de una chica de entre diez y catorce años, someterla a las leyes del Corán, convertirla en una concubina y enjaularla; sin embargo, ese fin era algo incierto cuando la jovencita tenía más de veinte años: con aquélla era imposible conseguirlo.

Lo poco de su rostro que quedaba al descubierto transmitía el rechazo a ser domada. Ella contemplaba con determinación y agresividad a los hombres reunidos al pie de la grada, mirándolos desde lo alto, con la mano izquierda cerrada en un puño, la derecha pegada al hombro, en el lugar en el que un carbunclo engarzado en un broche de plata sujetaba el velo que palpitaba entre sus dedos largos y finos.

El ataque y la defensa.

Joao y el eunuco repararon en esa actitud. Joao notó enseguida el peso de la mirada de la inglesa. Era dura, exigente, y transmitía un enraizado odio hacia el islam y los hombres. Él sostuvo su mirada, y finalmente ella la desvió, no por sentirse derrotada, sino para plantarla en el hombre de la capucha que se mantenía apartado.

—Por ese precio, querríamos ver más —dijo el eunuco.

—Mi oferta está en consonancia con lo que yo he visto —respondió el gran Kâzîn—. No puedes poner en duda mi buena fe.

Si quieres levantar el velo de esta belleza nacida en las brumas, tienes que sobrepasar.

—¡Mil cincuenta piastras! —gritó una voz.

Todo el mundo se puso a buscar al inconsciente que caía en la trampa de Kâzîn. Estaba en la última fila, con el sumptuoso traje de los dignatarios del Estado y flanqueado por dos criados apoyados sobre bastones.

—¡El *kaymakam*! —dijo alguien.

El título de ese alto personaje del Estado pasó de boca en boca. El *kaymakam*, responsable del buen funcionamiento de la municipalidad, era el sustituto del gran visir. Uno debía retirarse de la puja cuando un hombre de su importancia deseaba adquirir un bien.

—¡Mil doscientas piastras!

Todas las cabezas se giraron hacia el eunuco, cuya voz de falsete había elevado la subasta y la presión. Mil doscientas piastras representaban una suma colosal que habría bastado para mantener durante un año a las mil almas de un pueblo.

Herido en carne viva, con el orgullo dañado, el *kaymakam* se contrajo. Su rostro seco se desencajó. Sus pómulos sobresalieron bajo la piel grisácea. No estaba hecho más que de hueso y de bilis. Se acarició la barba que le crecía bajo el mentón, y que se mesaba hasta formar un garfio con la punta apuntando

hacia un medallón traído de La Meca. No conocía al eunuco. Eso agravó su turbación. Un eunuco servía siempre a alguien poderoso. ¿Quién era el señor de aquel hombre?

—¡Mil trescientas!

La voz de Joao cayó como un trueno. Se armó un gran revuelo. Se daban codazos unos a otros para ver al oficial del ejército que osaba desafiar al *kaymakam* y al eunuco. Habría cosas que contar esa noche en los *selamliks*.

El *kaymakam* vaciló. Tras esa dilación perjudicial para su imagen, decidió que no valía la pena. La chica podía tener la viruela, algún vicio oculto o un himen reconstruido. Él no quería arriesgar su dinero. ¡Mil trescientas piastras! Era grotesco. ¡Tanto oro por placeres efímeros! Hizo un gesto con la mano y se dio media vuelta. Su partida fue acompañada por sonrisas burlonas. Quedaban dos compradores que se medían con la mirada y que ya no evaluaban a la flamante criatura llegada de un confín de la tierra. La prisionera sólo veía a esos dos hombres tan diferentes. No podía esperarse nada bueno del enorme negro, así que su razón la hizo inclinarse hacia el que llevaba la espada. Le dedicó unas palabras a la Virgen, a la que rezaba sin descanso desde el inicio de su cautividad. Había poco amor que mendigar bajo aquellos cielos protegidos por la Media Luna. Tan poco...

El eunuco mostraba el más malvado de sus rostros. Odiaba a los presuntuosos del ejército, los agás, los oficiales, los turcopolos, los jenízaros, los *sipahis*, los guerreros de todas clases que afirmaban su virilidad en los campos de batalla.

—Esto no está bien, no lo está en absoluto, mi señor —balbuceó el funcionario, al que sólo retenía en aquel lugar el anhelo de obtener una recompensa.

El eunuco soltó un suspiro de exasperación y de cólera. Resoplaba como un jabalí antes de atacar. Un sudor malvado mojaba su cara. Temía demasiado a su maestro como para preguntarse sobre Joao; era incapaz de sentir el fuego que ardía en aquel hombre orgulloso que llevaba un sable de abordaje y el puñal de combate, el fuego que se deslizaba por cada una de sus venas e inflamaba cada uno de sus pensamientos como un torrente de energía. Si hubiera sabido qué fuerza irresistible lo empujaba, habría podido hacerse una mínima idea del carácter luchador que Joao disimulaba bajo sus bellas facciones. Pero el eunuco era insensible a toda forma de miedo que no emanara de su señor.

—¡Mil cuatrocientas! —insistió él.

—¡Mil quinientas! —La réplica de Joao había sido inmediata. Notó que alguien le tiraba del brazo.

—Ella no las vale —dijo el funcionario—. El eunuco nos matará.

—Nadie mata a un Mendès, ni a aquellos a los que proteja —respondió Joao, a la vez que colocaba una mano tranquilizadora sobre el hombro del pequeño ser enclenque.

—¿Tú eres el Mendès elegido por la Puerta, el noble judío y español que responde a los nombres de Micos, Miguez, Graci y Nazi?

—El mismo.

—¡Alabado sea Dios! Estoy con el hombre más rico después del bajá Rüstem y del guía del islam, nuestro bienamado sultán.

—¡Mil seiscientos!

—¡Mil setecientos!

El eunuco se quedó de piedra. La determinación del oficial rozaba la locura. Comprendió que no conseguiría a la chica con el oro, así que se decidió a hablarle. Apartando a los insignificantes espectadores que lo separaban del soldado, llegó hasta Joao y le susurró al oído:

—Si estuviera en tu lugar, me iría de aquí.

—El *Khayreddîn* Barbarroja me ha enseñado a no retroceder jamás.

—Estás molestando a mi señor.

—Pues que venga en persona ese señor tuyo a invitarme a abandonar este sitio; veremos entonces si soy lo suficientemente magnánimo como para dejaros con vida —dijo Joao en voz alta y fuerte, con la mirada fija en el hombre de la capucha.

—Eres hombre muerto —replicó el eunuco.

El hombre de la capucha levantó la mano para hacer callar a su esclavo. Con paso pesado, movió su gordo cuerpo. Sus vestidos de seda brillaron. Sus anillos y sus collares lanzaron destellos. Cuando llegó hasta Joao, se quitó la capucha.

Todos los presentes retrocedieron. La sensación de notar la espada del verdugo en sus cuellos no era una ilusión. Todo el mundo lo había reconocido inmediatamente.

—El príncipe Selim —balbuceó el funcionario temblando.

El más mendaz y cruel de los hijos de Solimán era muy real. Gordo, rubio, con los ojos claros inyectados en sangre, se había plantado como un líder de una corporación en el seno de aquel barrio popular, a merced de los asesinos de Gülbéhar, la madre de su medio hermano mayor Mustafá, con un eunuco armado con dos puñales y seis jenízaros, que esperaban en el exterior, como toda protección.

—Te conozco —le dijo a Joao—. Te vi en una ocasión a la cabeza de la delegación judía. Mi padre y el gran visir te tienen en alta estima. Eres el gran tesorero de tu pueblo y el garante de nuestras finanzas y de nuestra política fuera del imperio. ¿Por qué un hombre como tú quiere a esta mujer?

Joao se había inclinado. Respetaba a los príncipes otomanos, pero se negaba a tratar con las larvas que los cortejaban.

—Porque no tengo ninguna. Al contrario que tú, que posees ya veintiuna en tu harén de Konya.

—¡Feliz tú que corres bajo el viento y que no respiras el aire viciado de los harenes! Deberías conservar tu libertad. Las crines de tu caballo valen más que todas las cabelleras de las reinas de Occidente y de las princesas de Oriente.

—Un hombre con diez años más que tú aspira a una vida apacible, a fundar una familiar y a prolongar su vida.

—No creo que tú seas ese hombre —dijo sonriendo el príncipe Selim—. ¿Qué puedes ofrecerme a cambio de esta vida que puedo dejarte?

Joao se inclinó hacia su oreja, en la que brillaba un aro de oro, y le susurró:

—Tú y yo sabemos que hay cosas mejores que las mujeres.

—¿Como por ejemplo?

—Los vinos franceses e italianos inspiran del mismo modo a los poetas. Diez moyos de vino de Falerno y otros diez de Burdeos te harán olvidar esos ojos.

Las pupilas de Selim se iluminaron. El vino era su pecado; la comida, su droga. Olvidó enseguida los ojos de la inglesa semejantes a los de su madre. Ese Joao Miguez Mendès era un afamado compañero, poco importaba su nombre. Él adquirió de repente una importancia considerable en el espíritu del príncipe. Selim decidió granjearse un aliado y, por qué no, un amigo. Un vago plan se elaboró en los límbos torturados de su ser.

—Ella es tuya —dejó caer—. Ahora estás en deuda conmigo. Te esperaré en Konya después de mi regreso de Persia.

—Allí estaré —dijo Joao al tiempo que saltaba sobre la grada.

Se acercó a la prisionera. Todos esperaban que levantara el velo; pero no tocó el *bashlik* y se contentó con colocar una mecha cobriza de la joven bajo el tejido. Dio su nombre y sus títulos a Kâzîn, que se inclinó humildemente, después tomó a la mujer de la mano y le preguntó cómo se llamaba.

—Marie —murmuró ella, dejándose conducir.

Ésta había deseado que fuera él quien la comprara. Ahora, quería matarlo.

Capítulo 25

Selim estaba perplejo. La *kiaya* Yasmina lo había llevado hasta una minúscula habitación que olía a tinta y a pergamino. El lugar le era grato; en él había aprendido a amar la poesía junto a su madre. Desde aquel tiempo lejano en que respiraba el perfume y las palabras de esa mujer a la que adoraba, escribía *gazels*, pero esos cortos poemas que debían destacar por una eufonía imperturbable no eran dignos de ser leídos en los nacientes círculos literarios de la capital. Jamás se había atrevido a enviar ni uno solo de sus poemas a su madre. Imaginó a la Gozosa allí, riéndose de sus versos. Con toda probabilidad, ella no lo había convocado para hablar de poesía. Él buscó algún indicio. El escritorio estaba vacío. Los libros colocados en la biblioteca venían de Venecia, de Francia, de Alemania. Los rollos, que se contaban por centenares, contenían los pensamientos persas y árabes. Cuatro ejemplares del Corán sobre un cofre esperaban a que los abrieran unas manos piadosas. Al verlos, se sintió culpable. Había bebido mucho antes de dirigirse al harén. No le permitiría aumentar su nivel de ebriedad en el palacio de las odaliscas. Unos pufs y unos cojines rodeaban una mesa baja de ébano sobre la que estaban colocadas una jarra de agua y una ensalada.

El recipiente de porcelana china habría podido contener suaves *pidéli kebab* de carne mezcladas con almendras y mermelada de naranja. En lugar de eso, ofrecía un triste surtido de olivas, alcaparras, rábanos y pepinos.

Una comida de campesino, una comida de pobre.

—La he preparado especialmente para ti, mi príncipe —dijo la *kiaya*, que se había arrodillado junto a la mesa.

«Mi madre está decidida a matarme», pensó él al mirar a la horrible hechicera siria.

Yasmina tenía siempre intenciones ocultas. En el trasfondo de aquellas canicas negras, que miraban fijamente al príncipe, siempre revoloteaban maldades. Selim lamentó no estar en el lugar de su padre: habría hecho empalar a aquella vieja hiena en los jardines del harén. Un crujido de seda lo arrancó de sus mórbidas reflexiones. Hürrem estaba ante él, y se sintió deslumbrado como con cada una de sus apariciones. Un favorecedor vestido bordado se le ajustaba

a su cuerpo menudo, cuya cintura estaba marcada por un gran cinturón plateado. Adornaba su cabeza un asombroso *tarpou* de brocado de oro, de estatura descomunal, y salpicado de frescas flores negras y blancas.

—Madre, en los *kahvèhanés*⁴⁵ debería cantarse vuestra belleza —dijo él, al tiempo que se apresuraba a tomarle la mano y besarla humildemente.

—No debería recordarte que soy la única inspiradora de tu padre y que sólo él puede pintarme con las palabras del corazón. Los hombres de letras que se reúnan en los *kahvèhanés* para beber café de Etiopía apenas son dignos de alabar el polvo que levantan mis pies. Levántate, hijo mío, y jamás olvides que soy la favorita del Señor del cuello de los hombres.

Selim se puso de pie con torpeza. Cada movimiento exigía un esfuerzo por equilibrarse. Hürrem sintió animadversión. Ese gordo retoño que rezumaba grasa e intenciones malsanas la desesperaba. Su sudor ácido atraía a las moscas; su olor a veneno rancio corrompía los perfumes con los que rociaba sus vestidos; su fama de vicioso sacudía la memoria de los soberanos osmanlías.

Ella soltó un ligero suspiro. No podía renegar de él; lo había llevado en su vientre, lo había traído al mundo con dolor. Simplemente no había sabido educarlo. Los eunucos eran las verdaderas madres de los niños criados en el harén; no se podía pedir a aquellos hombres a medias que se comportaran como mujeres completas. Le quedaban tres hijos: Bayaceto, el soberbio y el guerrero insignificante sobre el que no tenía poder; Cihandir, el pobre jorobado contrahecho a quien los médicos no le pronosticaban una larga vida, y aquel pellejo de vicios que era Selim. Era natural que fuera su hijo preferido. Era el único al que podía manipular a su antojo. Él no la relegaría a un palacio dorado si llegara a subir al trono; iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que él accediera al poder supremo.

—Como puedes constatar, he previsto un ligero refrigerio para los dos —dijo ella, mientras indicaba a Yasmina que les sirviera—. Por ahora te tendrás que conformar con esto. Hemos decidido hacerte perder peso.

Selim gruñó. Perdería peso si quería, y no habría nadie que lo controlara en Konya.

—¿Qué caballo podría soportar tu peso cuando debas cargar contra el enemigo? —continuó ella mientras mordisqueaba la copela que acababa de presentarle la *kiaya*—. ¿Qué ejército confiará en ti si debes conducirlo a la batalla tumbado sobre una litera? Se habla mucho de preparativos de guerra, y dudo de que seas un rival a la altura de Mustafá.

—Mustafá es un perro sarnoso...

45 Lugares de descanso públicos.

—Que cuenta con la ventaja de ser el hijo mayor de Solimán y de tener el coraje de Mehmet el Conquistador. Él y Bayaceto dirigirán tropas a la derecha y a la izquierda del sultán.

—¡Bayaceto! ¡Madre, él es más joven que yo! No puedes permitir que se me humille. Tú reinas en Topkapi. Padre te escucha. Haz algo para que pueda lucirme en la lucha contra los herejes.

Selim dio rienda suelta a la cólera que el odio llevaba a borbotones por sus venas. Ésta tenía su origen en un miedo legítimo. Él sabía bien que sus hermanos no dudarían en hacer que lo estrangularan para asegurarse el trono. Le hacía falta deslumbrar al pueblo. Ya se encargaría de contratar a quienes masacraran a los chiítas iraníes y forzaran al sah Tahmap a someterse a la verdadera religión. No ignoraba que el bajá Rüstem y su pérvida hermana Mihrimah habían decidido servir a los intereses de Bayaceto en contra de la opinión de su madre. Se sintió muy solo de golpe y lanzó una mirada desesperada, que era exactamente lo que Hürrem esperaba.

—Podrías ser nombrado gobernador del imperio cuando tu padre y tus hermanos estén ausentes. La guerra no está ganada, y pueden pasar muchas cosas durante una campaña.

La *kiaya* pestañeó. Hürrem esperaba que la desgracia golpeara a la dinastía. Tal vez incluso contaba con la desaparición del sultán. La partida que se preparaba se prometía terrible. Pensó en Nurbanu; era el as en la manga de la favorita, e iba a jugarlo.

—Prefiero saber que estás en Estambul —continuó Hürrem.

—Sin duda, gobernar tiene sus ventajas —dijo él, sin apartar de su pensamiento al sah Tahmasp.

«Ese bribón podría ser útil para matar a mis hermanos en el campo de batalla.»

—¡Llegará el día en el que yo mismo cortaré la cabeza del sah y de todos los ulemas chiítas de Persia!

—¡Qué bueno es oírte hablar así, hijo mío! Haremos de ti un sultán, si Dios lo quiere, pero primero tenemos que hacerte un hombre.

La atención de Selim se agudizó. Vio a la *kiaya* sonreír y sorprendió su mirada codiciosa y envidiosa, negra y amenazante, que no se había separado de él desde los lejanos años de la infancia.

—Se me ha informado —dijo Hürrem cambiando de tono— de que consideras a tus mujeres juguetes que usar a tu voluntad. Poseer un harén exige rigor y equidad. ¡Y tú no tienes ninguna de las dos cosas!

Selim, molesto, se movió en su puf como para escapar a las miradas acusadoras de su madre y de Yasmina. Su piel olivácea y gelatinosa tembló. Los pliegues grasiéntos de su cara gruñona se movieron. Era asqueroso y repelente.

—¡Son esclavas y deben obedecerme!

— ¿Has consumado aunque sólo sea con una?

— Lo que pasa es que...

— ¡Lo que pasa es que prefieres el vino a la carne! ¡En el nombre de Dios! Te prohíbo que compres ninguna más y que te pongas en ridículo en los mercados.

— ¡No he comprado ninguna más, madre! — gritó él.

— Ayer mismo lo intentaste, cuando pretendiste adquirir una inglesa que se me parecía — soltó ella.

Selim entró en pánico. Su madre lo sabía todo. Estaba confinada tras los muros del tercer patio de Topkapi, pero no ignoraba nada de lo que pasaba en la capital. Tenía centenares de informadores; utilizaba a la policía, recibía informes de los *mouzhirs* y usaba al eunuco Abas y a la *kiaya* Yasmina con fines criminales. Era más peligrosa que una cobra. A pesar del amor que sentía por su madre, se preguntó si no sería mejor deshacerse de ella lo antes posible.

— No me pareció adecuado sobrepujar.

— ¿Por qué escoges a mujeres que se me parezcan? ¿Qué deseos dictan tus actos? ¿Qué me escondes? ¿No recuerdas las palabras del Corán: «No desposéis a mujeres que hayan desposado vuestros padres; ¡eso sería una torpeza, un incesto, un camino detestable! Os están prohibidas vuestra madre, hijas, hermanas, tanto por parte de padre como de madre, sobrinas por parte de padre o de hermana, madres y hermanas de leche, madres de vuestras esposas, pupilas que todavía estén a vuestro cargo y sean nacidas de vuestras mujeres»? Codiciarme es un crimen a los hijos de Dios y a los del sultán. ¿Te gustaría conocer la cuerda de los mudos antes de quemarte en el infierno?

— ¡No, no! — gritó exaltado el príncipe, cuya cara se había vuelto de un rojo encendido.

— Eres un buen chico, y sabremos corregir tus defectos, ¿no es así, Yasmina?

La *kiaya* asintió con la cabeza, después abandonó la estancia sin haber recibido la orden de hacerlo. Selim, que conocía los códigos del harén, entendió que esta salida escondía algo. No le gustó la sonrisa de su madre; otras veces había sonreído así antes de confiarlo a los eunucos para que lo castigasen. Se sintió devuelto a la infancia, prisionero en el seno de aquel laberinto poblado de terribles conspiradoras que utilizaban las caricias y los venenos para imponerse. De repente, se apoderó de él el miedo al pensar que ella podía hablar a su padre de sus deseos apenas ocultos. Selim se vio condenado por Solimán. Aguzó el oído como para intentar percibir el crujido ligero de las babuchas de los mudos, y encogió el cuello. Ser estrangulado por sorpresa era una idea que lo había aterrorizado siempre.

Hürrem continuaba picoteando trocitos de pepino y de rábano sin parecer demasiado turbada. Hacía tiempo que podía leer los pensamientos de sus hijos. No estaba enfadada. Ese deseo le parecía legítimo. Ella se limpió las manos con

un pañuelo y se las llevó a su tocado, del que desenganchó una flor blanca y una negra que le presentó a Selim.

—Hay que elegir entre el bien y el mal —dijo ella.

Los ojos redondos del príncipe examinaron las flores con forma de campanitas. Nunca había visto unas iguales. Su origen carecía de importancia frente a lo que simbolizaban.

—La negra me gusta —dijo él.

Éste no cogió la flor. No tenía ganas de andarse con subterfugios, y esa flor, que habría podido crecer sobre el humus corrompido de su alma, lo era. Él lanzó una mirada desafiante a su madre. Hürrem demostró su satisfacción.

—Entonces, le regalaremos a tu futura esposa la blanca para que vuestra pareja vaya por la vía del medio. Los largos reinados hallan su inspiración entre lo justo y lo injusto.

—Se habrá marchitado mucho antes de la boda —soltó él—. Ninguna de las mujeres de mi harén merece ostentar el título de *kadina*.

—¿Eso crees?

Hürrem dejó caer las flores sobre la alfombra. Dio una palmada. La *kiaya* reapareció enseguida. Iba acompañada por una mujer morena con los cabellos adornados de perlas. Selim frunció el ceño. La flor blanca no había tenido tiempo de marchitarse a los pies de su madre. Se sintió embaucado.

—Ésta es Nurbanu —dijo Hürrem—, y merece bien su nombre. Ella iluminará tu espíritu atormentado.

—¿Qué significa esto? —exclamó Selim.

—Que te está destinada.

—¡Rechazo tu elección!

—¡Yo también!

La voz de Cecilia le había hecho eco a la del príncipe. La veneciana estaba anonadada. Vaciló, reculó y sintió el puño duro de Yasmina sobre su cadera; consiguió reponerse llenando sus pulmones de aquel aire que apestaba a jazmín y traición. Contempló a la madre y al hijo. Detestaba a aquel gordo engreído. Selim era un ser perverso. Nadie llevaba ya la cuenta de sus tropelías. Vivía en y por el pecado, y se deleitaba en el sufrimiento humano que trasladaba a sus poemas. Para este hombre, nada era más dulce que los gemidos de quien sufría el suplicio en el palo o los delicados crujidos de las cuerdas de los colgados que el viento balanceaba. Cecilia se volvió hacia Yasmina, que le había ocultado el proyecto de la Gozosa.

—Me has engañado.

—Nadie te ha engañado —intervino Hürrem—. Considerate afortunada porque mi hijo llegará al trono.

La réplica de la favorita era atrevida, pues anticipaba la muerte del hijo de Gürbehar, Mustafá, el legítimo heredero de Solimán.

—Yo pertenezco al sultán —argumentó Cecilia.

Hürrem inclinó el busto y juntó las manos bajo su mentón.

Cerró los ojos para llevar a cabo una corta introspección. Los rasgos de su rostro se frunciaron al reflexionar. Las arrugas aparecieron bajo el hábil maquillaje que sus criadas retocaban cuatro veces al día.

—Hemos examinado tu caso —dijo ella.

Ese «hemos» implicaba al menos a Abas y a Yasmina.

—Y hemos decidido cederte. El harén tiene leyes que los hombres hacen y deshacén. Nos dejarás legalmente.

Esa perspectiva dejó a Cecilia impotente. ¿Cuál de los santos de Venecia podía salvarla? No había invocado ni a san Bernabé, ni a san Sebastián, ni a san Félix, ni a santa María de los Milagros desde hacía años. Sí, sólo podía salvarla un milagro. Ella no pertenecía ya al mundo cristiano; era una *iqbal*, una esclava sin alma destinada al anonimato del polvo. Hürrem estaba decidida, y nada ni nadie habría podido hacerla cambiar de idea. Selim tomaría a la mujer que ella había elegido. En el nombre del Comandante de los Creyentes.

—Solimán, nuestro Señor, ¡Dios lo guarde mucho tiempo con vida!, siguiendo mis recomendaciones y los juiciosos consejos de Abas, ofrecerá seis vírgenes a sus hijos. Es algo que ya se ha hecho en el pasado; un hombre que lo merezca puede recibir un regalo imperial mucho antes de la desaparición del señor, cuando éste no quiere o no puede honrar a sus mujeres. Tú eres todavía joven, Nurbanu, de modo que supongo que no conocerás ni el marchitamiento, ni la locura en el sombrío Palacio de las lágrimas donde viven aquellas que han sido expulsadas del harén. Solimán nos ha escuchado, pero quiere conocer a aquellas cuyos nombres han suscitado su curiosidad.

Cecilia refrenaba sus ganas de abalanzarse sobre la favorita. Selim sofocaba su rabia. Ninguno de los dos podía escapar a la voluntad de la Gozosa. Todo el poder otomano caía sobre ellos a través de las palabras de la segunda *kadina* del imperio.

—Tú, las cinco *iqbals*, Abas y Yasmina acompañaréis al Señor de los señores a Persia. Serás calibrada y juzgada. El señor que ve en el fondo de los corazones y de los espíritus sabrá si eres digna de perpetuar su linaje en el lecho de su hijo.

Esa revelación dejó estupefacta a Yasmina, pues no esperaba que la autorizaran a abandonar también Topkapi. La *kiaya* balbuceó incomprensibles imprecaciones en árabe. Ella pensó en el maestro Levy. Debía alertarlo lo más rápido posible. Nurbanu corría grandes peligros. El cadí Osman iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para hacer asesinar a la Princesa de la Luz, pues había jurado sobre el Corán vengar la muerte de su padre.

—Vuelve al lado de tu padre y de sus generales —dijo Hürrem a Selim—, y fórjate una buena imagen. Un gobernador debe mostrarse recto. Estambul no

ama a los hombres débiles. En cuanto a ti —continuó Hürrem dirigiéndose a Cecilia—, te quedarás a mi lado día y noche. Voy a enseñarte mis secretos. No perecerás ahogada bajo las órdenes del sultán si te formo a mi imagen y semejanza.

Capítulo 26

La *géditchi* iba vestida con una blusa gris arrugada y un pantalón negro. Cojeaba. El *bashlik* lustrado como un ala de cuervo rodeaba su rostro ahumado. Podía tener cuarenta o setenta años. Era imposible calcular su edad. Cargada con tres capachos que llevaba colgando sobre sus endebles hombros con cuerdas, vendía hierbas, semillas, raíces, insectos y reptiles disecados; iba de *konaks* a palacios, de mezquitas a madrazas. Pertenecía a una corporación famosa por sus filtros, sus pociones y sus venenos. Aumentó el ritmo de su paso cojeando por la ruidosa calle de los Calderos de Oun Kapani, en la que se abrían talleres inflamados. Los martillos golpeaban el cobre, los vapores silbaban, los soplidos ardientes enrojecían las barbas de los obreros, y las cenizas llenaban de polvo las fachadas. A ella le gustaba esa antecámara del infierno. Pensó un momento en el Profeta al entrar en la casa unida a la sinagoga.

Dos horas antes, había sido presentada ante las mujeres de Topkapi y se había inclinado humildemente ante la terrible *kiaya* Yasmina. Ella había escuchado y observado. En ese momento, estaba de pie, tiesa e inquieta, sobre sus piernas torcidas y con la cabeza ladeada. Observaba respetuosamente al maestro que le había enseñado el arte de sanar y matar.

Etienne Levy parecía devolverle su mirada, pero era una falsa impresión. Miraba más allá de aquella vieja arpía, más allá de las paredes de su casa de madera, de los barrios de la ciudad y del amontonamiento de colinas, más allá del espacio conocido y del tiempo que su espíritu no podía circunscribir. Buscaba una vía, soluciones, intentaba leer el porvenir. Lo que acababa de explicarle la *géditchi* lo cuestionaba todo. Cecilia iba a seguir a Solimán a la guerra antes de ser cedida a Selim. Los judíos y los venecianos no habían contemplado el papel del gordo príncipe. Cecilia había sido preparada en otro tiempo para robarle el corazón al sultán y reemplazar a Hürrem. Y eso no había pasado. A partir de ahora, habría que ayudar a Selim en lugar de a Mustafá, el sabio príncipe destinado a reinar. Esa idea no le gustaba nada a Etienne.

Decidió volver sobre ello más tarde. Cecilia era la prioridad. En cuanto abandonara el recinto inviolable de Topkapi, se convertiría en una presa. El cadí

Osman era un cazador hábil. Tenía a sus órdenes un ejército de agentes para aplicar su justicia. No en vano era de la misma sangre que su difunto hermano, el cruel juez de los ejércitos Hodja. Se contaba que había jurado derramar la sangre de la Princesa de la Luz sobre la tumba del muerto. Y ese salvaje creyente nunca juraba en vano. ¿Cómo iba a proteger a Cecilia en los caminos que llevaban a Persia?

Se le ocurrieron dos nombres: Adna y Lala, los agás de la Puerta. El primero había escoltado ya a Cecilia al inicio de su cautividad; el segundo era un ambicioso escudero que servía con celo al sultán y al bajá Rüstem, agasajaba a los príncipes y traficaba junto a Abas para conseguir los favores de la *kadina* Hürrem. Adna el atrevido y Lala el astuto aseguraban la defensa de Nurbanu. No era más que una cuestión de oro y de alianzas secretas.

Etienne pensó en Joao. Su sobrino no debía saber nada de lo que se tramaba en Topkapi. Aparentemente, Joao había elegido el camino razonable, pues ya no se lo veía merodear por la orilla derecha del Cuerno de Oro, con la mirada levantada hacia el palacio. Había comprado una esclava inglesa de una gran belleza. Esa adquisición había provocado la cólera de su tía doña Graci, que lo había echado por el momento de la morada de los Mendès. Todavía se esperaba que cediera a las presiones de la familia y que se casara con su prima Reyna. La pobre chica estaba enamorada de él y consideraba una traición la llegada de aquella esclava rubia.

Etienne volvió a mirar a la *gédicti*. Con una mano levantó la tapa del cofre y sacó una pesada bolsa llena de cequías.

—Hay quinientas monedas de oro para el agá Lala. Es tu deber hacérselas llegar con nuestra bendición. Recibirá otras quinientas cuando Nurbanu esté a salvo en la fortaleza de Selim. Hazle saber a Yasmina que ese príncipe se beneficiará a partir de hoy del apoyo del pueblo judío.

Etienne no hacía más que ratificar la decisión que Joao había tomado el día que se había encontrado a Selim en el mercado de esclavos. Joao se había avanzado a los miembros del consejo superior de la *hashgaha* que se reunían todos los lunes en torno a doña Graci.

Joao tenía el don de la premonición. Selim tal vez consiguiera llegar al poder... Esa perspectiva empezaba a seducir a Etienne. De los tres hijos de Solimán en liza por el poder, aquél era el más maleable. Si llegaba a reinar, el Estado de Israel renacería.

El palacio había pertenecido a un rico mercader genovés cincuenta años antes. Joao lo había adquirido tres meses antes por dos mil trescientos ducados. No contaba con habitarlo tan rápido. Las veintiocho habitaciones principales olían a moho. Los peldaños de las escaleras se pulverizaban. Las grietas

formaban arborescencias en las escayolas y se agrandaban con cada temblor de la tierra. El palacio debía ser reformado y consolidado, lo que costaría al menos veinte mil ducados. No obstante, estaba localizado idealmente en la parte de la ciudad habitada por los cristianos de Occidente. Sus cimientos tambaleantes se hundían en las pendientes de Top-Hané, en la parte baja donde tronaba el arsenal. Su fachada principal estaba orientada hacia Oriente, con estrechas ventanas decoradas con franjas, y soportaba los ataques del *kèshishlèmè*. Era un viento poco habitual en la estación. En general, soplabía en invierno y traía consigo grandes nubes llenas de nieve. Los turcos lo temían, y Joao también. Era portador de malos presagios.

Joao se apoyó en el borde de una abertura que había perdido su ventana. Las humaredas del arsenal ocultaban el Bósforo. No lejos de las orillas de Uskudar, las olas rompían contra la torre de Leandro. El agua espumosa se extendía como una llovizna y volvía a caer en las galeras que permitían el paso de las tropas de un continente a otro. La máquina guerrera de la Puerta estaba en marcha. Un campamento se había erigido cerca del muelle de Uskudar; era mucho más grande que la ciudad a la que iban a parar los caminos de Izmir, de Konya y de Manisa, obstruidos por caravanas y soldados.

El mundo se preparaba para sufrir, pero le resultaba indiferente. No lucharía al lado de Solimán y de Mustafá. Estaba tranquilo ante la idea de la partida del sultán. Las vírgenes del harén seguirían siéndolo mientras durara la campaña. Se inclinó para ver las almenas de Topkapi y dejar correr sus pensamientos hacia Cecilia, pero su mirada recayó sobre la ardiente cabellera de Marie.

La esclava estaba de pie sobre el borde de su propia ventana. Como una estatua, contemplaba el vacío. El viento se llevaba sus lágrimas. Iba a lanzarse sobre el suelo tres pisos más abajo.

Joao corrió a través de las tres habitaciones que lo separaban de la habitación. Se paró ante el umbral de esta última.

—¿Marie?

Ella no respondió. Su cabeza se puso a oscilar hacia delante y hacia atrás. Estaba reuniendo la energía necesaria para vencer la resistencia que oponía su instinto de supervivencia.

—¿Marie? —repitió él, al tiempo que avanzaba poco a poco.

Él se volvió ligero, como cuando se desplazaba por el puente de su galera por la noche, cuando los hombres dormían o tramaban complots en voz baja. Saltó de repente justo cuando la joven muchacha se precipitaba hacia el vacío. Él la agarró por la cintura y la tiró brutalmente al suelo de la habitación, cayendo sobre ella.

Ella intentó liberarse. Él la placó inmovilizándola por las muñecas. Ella se resistía y lo injuriaba en inglés. Era una buena señal, la vida resurgía.

—No te he comprado para enterrarte —dijo él.

—¡Más vale la muerte que el cautiverio!

—No estás cautiva. Puedes ir y venir a tu antojo en este palacio, ir a la iglesia y a los mercados de Pera. A este lado del Cuerno de Oro, vivimos como en Occidente.

Él le había dado ya algunas explicaciones sobre la heteróclita sociedad que poblaba esa colina. Le había incluso dicho que había nacido en Portugal y que, a pesar de ser judío, había sido educado según tradiciones muy cristianas antes de exiliarse a Turquía.

—Con ratas y musulmanes como compañeros —replicó ella.

—Más vale eso que tener que huir de los inquisidores.

—¡En Inglaterra no hay inquisidores!

—No ignoro nada sobre las costumbres bárbaras de tu país.

—No es el mismo desde la llegada de Thomas Cromwell.

La mirada verde de la joven se quedó fija. Tristeza y dulzura se mezclaron en ella al recordar los lánguidos pastos acariciados por brumas impalpables, la eclosión de las rosas tras la escarcha, farándulas campesinas al son del laúd, las enroscaduras perezosas de la Tamisa, la ajetreada Londres y las plegarias de la familia antes de las comidas. Todos los rostros queridos aparecieron y desaparecieron sucesivamente. Una risa olvidada resonó en su memoria. Despues sintió el deseo del hombre tumbado sobre ella, su órgano caliente y duro sobre su vientre. Extrañamente, no sintió miedo. Ese hombre era diferente; no la forzaría a hacer cosas, como en otro tiempo había hecho su padre. Aunque su vientre no había sido forzado como les había pasado a sus hermanas, sus manos y su boca se acordaban de las afrontas soportadas.

Ante esos malos recuerdos, la invadió la vergüenza. Cerró los ojos para que no pudiera adivinarse lo que pensaba. Joao estaba a mil leguas del pasado de la joven inglesa. Su deseo era involuntario. Confuso, lo reprimió echándose a un lado. Se quedó cara arriba, con el aliento entrecortado y el ánimo trastornado, intentando aferrarse a la imagen de Cecilia.

Pasaron unos minutos que se hicieron eternos, acompañados por los rugidos del viento, los gritos de las lechuzas y los martillazos del arsenal. Joao lamentaba haber traicionado su espíritu caballeresco. Comprendió que había perdido esa rectitud hacia tiempo. Estaba formado para dominar a los demás. Su sangre estaba corrompida por el poder, los negocios y el odio. Llevaba el nombre de los Mendès; debía asumir la historia, pero ese peso era difícil de sobrellevar. No había ni una noche que le ofreciera el refugio de un sueño reparador, ni un día en que alguien no le recordara quién era. No tenía medio alguno de escapar a su destino.

—¿Joao?

Marie se dirigía a él por su nombre de pila por primera vez, con una voz tímida. Como él seguía en silencio, ella se acercó y la sombra de su rostro oscureció el de él. Vio esa mirada magnífica y perpleja fija en él.

—Yo...

Ella se calló. Las palabras no conseguían salir de sus labios. El pudor las ahogaba en su garganta.

—Perdóname —susurró él.

—No tengo nada que perdonarte. Al contrario...

—Desde mañana mismo serás libre. Voy a liberarte y haré que la cancillería te expida los papeles oficiales. Podrás volver a Inglaterra en cuanto sea posible.

La mirada de Marie se llenó de lágrimas. En la manifestación de esa emoción no sólo había reconocimiento, sino que también había decepción.

—¿Tan fea soy que ya me quieras enviar a un país donde no me quedan ni familia ni bienes?

—Eres digna de un rey —dijo mientras le acariciaba el cabello.

—Yo no quiero un rey. Déjame quedarme aquí.

Joao suspiró. Ella era un consuelo para su corazón. No obstante, tenía que decirle la verdad.

—Amo a otra mujer.

—¡Ah!

—Está prisionera en el harén de Solimán.

—¿Prisionera en el harén?

—Es un lugar del palacio; las mujeres no pueden salir jamás de él, y nadie se les puede acercar excepto las mujeres y los eunucos. No podré hablar con ella nunca más.

—¡Debes de ser muy desgraciado!

—Como tú, que lo has perdido todo.

—Yo no lo he perdido todo..., no todo —dijo ella, acercando su rostro al de él.

Ella temblaba, el rubor tenía su rostro, pero no podía resistir el impulso de su corazón ni las ansias de su carne. Ella notó la mano de Joao posarse tras su cuello, la presión de los dedos sobre su nuca, y después la dulzura de su primer beso.

Capítulo 27

—¡Que Dios nos proteja! Los hombres de este país son chacales —dijo Yasmina.

La *kiaya* estaba agachada ante la gran tienda de las mujeres. Era la única que mostraba su rostro, pues era lo suficientemente ajado y feo como para que no se la obligara a cubrirse con un *bashlik*. Las seis vírgenes, a las que ella custodiaba junto a dos eunucos, ocultaban su belleza, pero ya era un pecado ver sus ojos maquillados. Esas maravillosas piedras preciosas vivientes pertenecían al sultán, y estaba prohibido perderse en ellas, de manera que debía bajarse la cabeza si uno se cruzaba con las *houris* del emperador.

La presencia de aquellas mujeres, no obstante, seguía siendo un enigma. En el ejército, todo el mundo se preguntaba por qué acompañaban a Solimán, quien durante los últimos tres meses de campaña no las había visitado. Los soldados, sin embargo, se habían habituado a su presencia; no emitían ni la menor crítica, pues los agás Adna y Lala, que velaban por aquel harén ambulante, tenían el poder de castigar a los maldicentes.

—Ése es el peor de todos —continuó Yasmina, señalando con el mentón a un hombre cubierto de cuero que llevaba un casco con penacho—. Desconfía de él —añadió ella como consejo para Cecilia.

—Ya me has puesto en guardia sobre él tres veces desde que llegó —respondió esta última—. No olvides que Hürrem ha cosido con sus propias manos camisas para él tras ordenarle matar a los herejes.

—También podría servir a los intereses del cadí Osman, pues se reunió con él varias veces durante su estancia en Estambul.

—Tú estás aquí, ¿qué podría temer?

—Toda mi magia no podría parar una bala de un arcabuz —dijo la *kiaya*, mientras, del lado de la fortaleza asediada por las fuerzas turcas, resonaban las salvadas—. Tu inconsciencia me sorprende. Deberías añorar la protección del recinto de Topkapi.

Cecilia observó al guerrero de la larga barba negra que estaba junto a una puerta de flecha sobre un alazán con el pecho decorado con una placa de plata. Se llamaba Elias Mirza. Era un traidor, el mismísimo hermano del sah de Irán.

Había encontrado refugio junto a Solimán y soñaba con hacerse con el poder en Persia y eliminar a todos los miembros de la familia reinante. Aquel ser sanguinario había ejecutado a miles de personas después de asolar con sus fieles los pueblos situados en la frontera con Azerbaiyán.

Cecilia no compartía la opinión de Yasmina; no añoraba en absoluto ni el recinto de Topkapi ni el harén, ese nido de intrigas en el tenía que estar siempre atenta para no ser envenenada. Sólo el hecho de estar alejada de Joao la tristeza, pero esa pena se veía ampliamente compensada por la sensación de libertad que sentía viajando hacia el oriente. Había visto ciudades magníficas: Konya, la primera ciudad construida después del Diluvio, Ürgüp y sus dieciocho caravasares y el glaciar Erzurum. En ese momento, estaba en la orilla del lago de Van. Las montañas escarpadas se reflejaban en el inmenso espejo. Su alma podría haberse elevado ante la visión de aquel paisaje tan bello; no obstante, no había sido así.

Yasmina tenía razón. Los chacales poblaban esa región. Alrededor del inmenso lago y de la ciudad fortificada, las horcas se estrechaban con facilidad. Los ahorcados se contaban por centenares; con la boca todavía fija en una mueca, el rostro devorado por las cornejas, se pudrían al final de las cuerdas. Trozos de cadáveres se quemaban a poniente donde Elkas Mirza había establecido su campamento. Ese príncipe cruel había pedido a Solimán que se encaminara a la ciudad de Tabriz y masacrara a todos sus habitantes. El sultán, indignado, se había negado y había preferido establecer su sede ante la plaza de Van, umbral del camino que llevaba a Persia. Elkas había tenido que contentarse, por tanto, con matar a aquellos a los que había hecho prisioneros y lo había llevado a cabo utilizando el hacha, la cuerda, la hoja de la espada, el palo o entregándolos a las mandíbulas de sus perros de guerra. Y los muertos no acababan de consumirse, ni de desaparecer en humaredas negras que pestaban el aire.

Los perfumes no conseguían atenuar esos tuhos, y Cecilia no podía acostumbrarse. Los soldados que iban en primera línea parecían dejarse tomar por aquellas exhalaciones. El olor de la pólvora negra, de la sangre y de la podredumbre los embriagaba. Cecilia dio algunos pasos y se alejó de la tienda bajo las miradas atentas de los eunucos, que no hicieron el esfuerzo de llamarla. Enseguida, dos oficiales que pertenecían a la hueste del *mouzhir agá* Adna se acercaron a ella. Yasmina también se les unió, refunfuñando por lo bajo. Habían acabado por tolerar las escapadas de Nurbanu. Solimán no obligaba a las vírgenes a permanecer cerca de la tienda. Mientras llevaran el *bashlik* y no dirigieran la palabra a los simples soldados, podían deambular por el interior del campamento.

Ella se dirigió hacia el lugar donde tenía lugar la batalla. Los oficiales enloquecieron cuando traspasó la línea de los turcopolos de reserva, pero no sabían cómo retenerla.

—No vayas más lejos —le indicó Yasmina.

Cecilia lanzó una mirada distraída al bosque de lanzas, picas y tridentes de guerra fijados entre los puños cerrados de los soldados, hipnotizados por el espectáculo de los asaltos. No tuvo en cuenta la orden de la *kiaya* y continuó su camino sin preocuparse de los riesgos que podía correr. Actuaba así para desafiar a sus guardianes y por la curiosidad. Quería sobrepasar a Hürrem, conocer mejor el mundo de los hombres que goberaría un día, si Dios quería.

Cuatro baterías de cañones escupían sus bolas contra las torres de la fortaleza. Al acercarse a aquellas bocas de bronce ardientes cuyo aliento pudo sentir, sintió una opresión en la garganta. Consideró que estaba lo bastante cerca de la acción y se detuvo cerca de un portaestandarte con una herida en el rostro. El guerrero esperaba a que su regimiento se lanzara de nuevo a la pelea. Cecilia tuvo un momento de locura y secó la sangre del soldado con una punta de su velo. Él tembló de miedo. Aterrorizados, los oficiales apartaron al hombre.

—¿Quieres sacrificarnos? —preguntó uno de ellos a Cecilia—. No queremos morir por tus caprichos. Vamos a devolverte con los eunucos.

—Dejadme mirar durante unos instantes la batalla —dijo ella, volviéndose hacia Van justo cuando Yasmina la agarraba resuelta de la muñeca y la tiraba hacia atrás.

—Acuérdate de que no eres más que una esclava —dijo la vieja.

—¡No lo he olvidado! —replicó Cecilia—. Y tampoco he olvidado que tú también lo eres. Así que retira tu mano de mi brazo y contempla libremente lo que nunca han podido ver las ladinas.

Yasmina se quedó boquiabierta, pero hizo lo que Nurbanu exigía. Ella miró las compañías de soldados que se adentraban por las brechas de los muros ciclópeos, a los defensores caer rodando desde las almenas destrozadas por las bolas de cañón, a los indomables jenízaros liberar el fuego de sus arcabuces indiscriminadamente, a los príncipes Mustafá y Bayaceto retener a sus *sipahis* impacientes por batirse con el enemigo, y al sultán Solimán que volvía con sus agás y sus bajás.

«El señor viene hacia nosotros», gritó una voz en su cabeza.

No podía decirlo en voz alta. Era una aparición aterradora, una pesadilla. Quince caballeros ataviados con hierro y cuero, desfigurados por los cascos con crinera, empujando los caballos que echaban espumarajos, provocaban los gritos de los miles de soldados de infantería que se desperdigaban sin orden. Y el Señor de los señores los conducía. Era semejante a un astro, su coraza salpicada de gemas hacía palidecer al sol; el sable de los osmanlís, una reliquia

mágica, vibraba al final de su brazo. Al verlo, los moribundos dejaban de temer presentarse ante Dios. Se sentían limpios de cualquier falta; habían luchado por una causa justa contra los herejes y habían servido al primero de los musulmanes. Abandonaban el mundo sin lamentaciones.

Yasmina y los dos oficiales no deseaban reunirse con los elegidos que perdían sus entrañas. Dieron marcha atrás y dejaron que Nurbanu se enfrentara sola al señor. Solimán había visto a la virgen y estaba furioso. Hizo que su caballo se encabritara ante ella tan cerca que los cascos del caballo estuvieron a punto de tocarla. Los catorce caballeros se apostaron tras ella. Se levantó una polvareda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con frialdad Solimán.

—Quería compartir la alegría de mi señor victorioso. Recordaré este día de gloria hasta mi último aliento. Soy tu humilde servidora y no poseo poder alguno para perjudicar o dañar. El *bashlik* es un símbolo de mi sumisión. Esta tarde pellizcaré las cuerdas de mi laúd y cantaré en honor del vencedor de Van.

Esta respuesta sonaba fuerte intencionadamente. La victoria era grande. Aquella mujer se la hacía degustar plenamente. Ella alimentaba su orgullo desmesurado.

—¿Y tú eres a la que llaman Nurbanu?

—Sí, señor.

—Hürrem me ha hablado de ti. Ahora la creo. Tal vez tú sepas salvar el alma de mi hijo. Canta en voz alta esta noche, me agradará escucharte.

Cecilia y las vírgenes cantaron muy fuerte cuando cayó la noche, pero sus voces no pudieron imponerse al ensordecedor alborozo del ejército que se repartía el botín. En su tienda, Solimán aguzó el oído. Olvidó enseguida a sus esclavas. Su corazón y su espíritu se vieron apresados por las danzas de los agás y de los príncipes. Van ardía. Elkas Mirza jugaba con las cabezas de los ulemas heréticos. Cien mensajeros se apresuraban hacia todos los confines del imperio. Al día siguiente, el mundo temblaría.

El invierno había desbaratado las esperanzas de una conquista rápida. El ejército se replegó en Alep. La ciudad era antigua. Se contaba que la habían fundado los seléucidas tres mil años antes. Era una ciudad próspera en la que se detenían centenares de caravanas. Mercaderes de quince nacionalidades hacían negocios en los grandes almacenes, donde se amontonaban las especies, las sedas, los metales y las armas. Se vivía cómodamente, y el alimento no faltaba.

El lugar estaba bendito por Dios. El Koueik regaba el oasis en el que Alep extendía sus brazos de ladrillos y cal. Coronada por una ciudadela, dominaba

las numerosas mezquitas diseminadas a lo largo de las cuatro grandes rutas que llevaban a Egipto, a Asia Menor, a Mesopotamia y al Mediterráneo.

Cecilia se acomodó en su silla. Alep no le pareció tan grande como se lo había descrito Yasmina. La *kiaya* había vivido no lejos de allí mucho tiempo atrás, antes del nacimiento de Solimán. Los trescientos mil soldados de la Puerta no cabrían de ninguna manera. Cecilia se volvió. La columna se perdía en el horizonte. Habrían hecho falta dos horas para recorrerla. El suelo temblaba bajo los cascos de los caballos y las ruedas de los carros. Siete mil vehículos, cuatro mil camellos y veinte mil mulas transportaban los víveres, que durarían apenas un mes. Todas las ciudades de alrededor proporcionarían alimentos a su debido tiempo.

Cecilia aprendía, memorizaba, escuchaba a los agás de la organización militar. Adna era el más inagotable de todos los oficiales de su séquito. No había olvidado a la bella veneciana. Sus reencuentros habían reabierto la vieja herida de su corazón, seguía amando a Cecilia y rezaba cada noche para que el sultán no la eligiera. Lo más difícil era no mostrar nada, cosa que hacía a la perfección. Ni siquiera Yasmina se había dado cuenta de nada. Cuando la tortura le resultaba insoportable, se alejaba de la Princesa de la Luz y tomaba hachís.

Adna se comía a Cecilia con la mirada. Caminaba retirado, reteniendo a su caballo de guerra que olía el agua de la orilla. La joven era magnífica, como sus cinco compañeras. Subidas a las hacaneas, cubiertas de caftanes forrados de color plata, bordados con perlas y piedras preciosas, peinadas con altos tocados semejantes a coronas, estaban celosamente custodiadas por los eunucos, vestidos con cibelinas, y por la vieja *kiaya*, que llevaba un manto afgano ataviado con un cuello de seda. Seguían a Solimán, que llevaba los colores del Sol y de la Luna, con un turbante blanco adornado con plumas de aveSTRUZ blancas. Seis pajes vestidos de color de oro precedían al Señor del cuello de los hombres. A la cabeza de aquel inmenso cortejo, seis mil caballeros *sipahis*, todos vestidos de escarlata, apartaban a la multitud, que estaba dividida entre el entusiasmo y la inquietud. Tras esta caballería dirigida por el príncipe Bayaceto, iban diez mil arqueros vestidos de amarillo y seguidos por cuatro capitanes, ataviados con terciopelos carmesí, que tenían cada uno bajo sus órdenes a doce mil soldados de infantería con cascos de hierro y armados con una cimitarra que llevaban en la mano. Dieciséis mil jenízaros con uniformes violetas llegaban a continuación, cada uno de los cuales llevaba un arcabuz con un palo con incrustaciones de marfil, y un gorro blanco lleno de plumas. Tras ellos, mil pajes de Topkapi, cubiertos por telas doradas, abrían el camino a tres agás vestidos con pieles de leopardo, con una cimera en la cabeza, que llevaban el estandarte de la Puerta, la cola de caballo de color rojo que no había mordido el polvo desde hacía un siglo.

Los habitantes de Alep vieron llegar a esas mujeres a la cabeza de los bajás y de tres mil esclavos y se maravillaron ante tanta majestuosidad y gracia. No obstante, no repararon en la luz ardiente de sus pupilas y se decían que el sultán tenía mucha suerte por poseer semejantes maravillas.

Cecilia contemplaba a esas gentes sencillas; escrutaba sus rostros para intentar adivinar sus pensamientos y juzgar sus almas. Se comportaba como una soberana en medio de su pueblo. Desde ese momento tuvo la convicción de que un día reinaría.

El ejército se dispersó al pie de la fortaleza situada sobre una meseta rocosa, y todos vieron al sultán, a los agás y a los pajes subir hacia las murallas ocres flanqueadas por veinte torres.

El líder de los creyentes tomaba sus cuarteles de invierno.

Los eunucos aparecieron sobre el camino de ronda, seguidos por cuatro pajes y por Solimán. El señor cojeaba, la gota lo martirizaba. Aguantaba como mejor podía su dolor. Las vírgenes no repararon en su presencia, ya que observaban desde las almenas a los príncipes que entrenaban a sus caballeros. Cuando una jabalina sin punta tocaba a algún hombre, soltaban gritos agudos que el viento ligero del desierto se llevaba; y de vez en cuando, en medio de sus chácharas, se oía la voz ronca de Yasmina que las llamaba al orden. El incendio del Sol que se ponía iluminaba las joyas de las mujeres y el hierro de las lanzas de los guardias apostados en las torres.

Solimán vio las siluetas de aquellas bellezas recortarse en el cielo cobrizo; parecían criaturas sobrenaturales. Un temor le hizo torcer el labio. Los demonios adoptaban apariencias diversas, pero él era fiel. Su corazón pertenecía por entero a Hürrem y no podía soportar la idea de que otra mujer pudiera darle caricias. No pudo contenerse y recitó en voz baja los once primeros versículos del sura de los creyentes:

La felicidad será de los creyentes,
 los que demuestran humildad en su oración,
 los que se apartan de toda frivolidad,
 los que se afanan por la pureza interior,
 los que contienen su deseo,
 salvo con sus cónyuges, o sea, los que son legítimamente tuyos,
 en cuyo caso, están ciertamente libres de culpa,
 pero abandonarse al deseo sería desde luego una transgresión,
 los que respetan la confianza depositada en ellos y en sus compromisos,
 los que observan fielmente sus oraciones,
 éos serán los herederos,
 ellos heredarán el paraíso en el que serán eternos.

Un doctor de la fe le habría dicho que no era nada condenable. Las seis vírgenes, «legítimamente suyas», adquiridas legalmente, pertenecían a todo hombre que pudiera garantizar sus necesidades. Solimán estaba en su derecho de acostarse con ellas y con ese acto crear *iqbals*; pero no pensaba llegar hasta ese punto; deseaba solamente entretenerte con Nurbanu como «lo exigía» Hürrem en todas sus cartas. La *kadina* no cejaría en su empeño: Nurbanu debía ser enviada a Manisa, donde el príncipe Selim gobernaba su nueva provincia. Solimán se había encontrado con aquella esclava en la batalla de Van y le había causado una fuerte impresión, pero ¿sería esa mujer capaz de contener los vicios de su hijo?

—El sultán —dijo una circasiana a las otras mujeres.

Las vírgenes se apartaron bruscamente de las almenas desde las que admiraban las proezas de los caballeros y formaron una fila impecable. Yasmina comprendió el motivo de esa visita en cuanto vio al sultán, y palideció. Ninguna palabra se pronunció. Solimán colocó simplemente un pañuelo sobre el hombro de Nurbanu y volvió a irse enseguida.

A Cecilia le fallaban las piernas. Las *houris* la sostuvieron.

—Es la oportunidad de tu vida —dijo una.

—Te envidio, vas a conocer varón.

—¡Nunca habría creído que esto fuera posible! ¿Tal vez llegará también nuestro turno?

—Sí, sí, nuestro turno llegará.

Las vírgenes, excitadas, valoraban el acontecimiento. Solimán iba a tomar a una mujer que no fuera la *kadina* Hürrem. Era algo impensable, un cambio radical, una revolución en el seno de la Puerta. El harén iba a cambiar de configuración. Por supuesto, ignoraban por completo el plan de la Gozosa y el destino de Nurbanu. En ningún momento del viaje, la veneciana, que mantenía una relación distante con sus compañeras, había mencionado el nombre de Selim.

—¡Pobres locas! ¡Callaos! —dijo Yasmina, que se reponía de su emoción.

—Pero Nurbanu se va a convertir en una *iqbal* —gritó la circasiana.

—Dios es magnánimo y no permitirá que el sultán haga de ella una mujer imperial.

—¿Por qué?

—Porque entonces sus días estarían contados —respondió la *kiaya* a la vez que conducía a Cecilia.

El *killerdzi bashi* masticaba lentamente la carne tierna del pichón estofado. Después de varios lustros, ya no tenía conciencia de los riesgos de su cargo, que

consistía en probar las comidas destinadas a la boca del emperador. Procedía metódicamente, respetando el tiempo preciso y comparando los sabores con los que guardaba en su memoria. La presencia de Nurbanu lo turbaba un poco. Se había habituado con dificultad a la de Hürrem, pero no aceptaba servir al emperador bajo la mirada de aquella esclava de segundo orden.

Solimán la contemplaba desde que los eunucos la habían llevado a sus apartamentos. Había mandado retirarse a los pajés que lo acompañaban a todas horas y se decidió a deshacerse del *killerdji bashi*.

—Puedes irte.

—No he terminado mi tarea.

—Sí, lo has hecho. Creemos que los envenenadores esperan a nuestro regreso a Estambul para actuar.

El maestro catador se inclinó y despareció andando hacia atrás. Solimán dejó pasar todavía más tiempo antes de dirigir la palabra a la Princesa de la Luz. Esperaba alguna reacción, pero la joven permanecía estoica y con los ojos respetuosamente bajos.

«Interpreta bien su papel», pensó él, que no era tonto y sabía que Nurbanu era de la cuerda de Hürrem.

—Muéstrame tu rostro —pidió él al fin.

Cecilia hizo caer el *bashlik* y clavó su mirada en la del Gran Señor. El pecho de Solimán se levantó. Le pareció bella, sensual, atípica, rebelde e indomable. Tenía un rostro expresivo, modelado por una inteligencia sutil, unos labios carnosos, una frente abombada y alta. Pertenecía a la raza de los conquistadores y era del tipo de mujer que siempre había deseado. No se parecían en nada a las frágiles muñecas de porcelana y ébano que poblaban su harén.

Un exceso de sangre despertó sus dolores. Un fuego invisible quemó sus articulaciones. Tuvo la impresión de que su corazón latía en sus arterias y esbozó una mueca de dolor.

—Señor, ¿sufres?

—Tengo el mal de los reyes. Tranquilízate, no me moriré... y tampoco haré de ti una *iqlab* —añadió él.

—No tenía intención de convertirme en una. La *kiaya* no me ha depilado, mi pubis no está pintado con *henna* y mi pecho no está empolvado con hachís.

—Podría encerrarte en el Palacio de las lágrimas por esas palabras.

—¿No es el destino de las mujeres que los poderosos las encierran en alguna parte?

—Los esclavos no tienen destino, deben obedecer a su señor.

Aquello había sido una llamada al orden y entrusteció a Cecilia, que esperaba más equidad y humanidad de parte de aquel hombre que tenía la reputación de ser un soberano iluminado y al que Hürrem pintaba como el más tierno y atento de los amantes.

Solimán vio que había herido a la joven e hizo una cosa que no había planeado. Cogió la mano de su esclava.

—Pertoca a la mujer suavizar la ley y cambiar al señor. Tú tienes las cualidades para conseguirlo. Haz de mi hijo Selim un hombre justo y usaré mi poder para liberarte cuando te haya convertido al islam, pero hazlo rápido porque no soy eterno. Después de mí, el príncipe heredero aplicará la ley fraticida y sus hermanos serán ejecutados. En dos días, después de la plegaria de la mañana, te irás a Manisa.

—Señor...

—Mi decisión es irrevocable. Dios es justo, y yo soy su servidor.

Capítulo 28

"Dios es justo." Cecilia había tenido tiempo para darle vueltas a esas palabras y a su amargura. Diez días habían pasado desde su encuentro con Solimán. Ella negaba esa justicia con todas sus fuerzas. Le daban ganas de huir. Cada amanecer proyectaba robar dos caballos y escaparse mientras los hombres rezaban, pero no sabía adónde ir. Los caminos se perdían en la inmensidad de los paisajes. El camino principal llevaba a Kayseri, en el centro del país, y atravesaba unos territorios salvajes dominados por altas montañas con cimas peladas. Allí vivían pastores salvajes y bandidos. No había ninguna posibilidad de llegar a una ciudad donde encontrar mercaderes judíos, quienes eran los únicos que podían hacerla salir del imperio, con el apoyo de Joao y de la familia Mendès. Ella había reflexionado largamente sobre esas posibilidades, pero no había con toda probabilidad ningún judío a miles de kilómetros a la redonda.

Todo pasaba por su cabeza: el pasado, los miedos sucesivos, la fe continuamente cuestionada, los vínculos amorosos, los musulmanes a millones que no dudarían en denunciarla si intentaba perderse entre la población. Al final, su pensamiento iba a parar invariablemente a la cara de luna de Selim, a aquella mirada viciosa y cruel que no le prometía un porvenir de ensueño.

Ella tenía miedo. Lejos de su madre, el príncipe retomaría sus costumbres aborrecibles. No creía posible poder cambiar la naturaleza de ese hombre. Día tras día, llegaba a la misma conclusión y, día tras día, se sentía ya vencida.

—Querría ayudarte —dijo Adna.

Perdida en sus reflexiones, no lo había oído llegar. El caballo del agá resopló y acomodó su paso al de la hacanea. Nunca le molestaba hacer una parte del camino con la yegua que caminaba con gracia. Era como su dueño. Adna no contenía su felicidad. Escuchaba a la mujer amada; podía hablar con ella a su gusto sin parecer sospechoso a los ojos de Lala, de los eunucos o de los bajás que se habían quedado con el ejército. Dirigía una tropa de cien *sipahis* y de doscientos soldados. Los llevaba a su antojo: por un decreto escrito de su puño y letra y sellado, Solimán le había concedido un poder absoluto.

—Entonces llévame al puerto más cercano.

—Jamás traicionaré a mi sultán. Aunque quisiera, no tendríamos oportunidad de hacerlo. Los *sipahis* no nos dejarían irnos, nos llevarían ante la justicia de la Puerta, y, en el mejor de los casos, yo perecería estrangulado por los mudos y tú acabarías tus días en el Palacio de las lágrimas.

—El Palacio de las lágrimas sería para mí un mal menor. Vas a entregarme a Selim.

—¡Maldito sea ese puerco!

Adna casi había gritado. Cecilia sintió el peligro. Esperó las reacciones de los caballeros que caminaban ante ella y cruzó la mirada inquieta y fatigada de Yasmina. La *kiaya* tenía dificultades para mantenerse sobre el lomo de la mula que llevaba. Con los huesos rotos y los riñones partidos, aguantaba los empujes bebiendo un elixir mezclado por ella. El cuerpo sufría, pero el espíritu permanecía vivo.

Ella también sentía el peligro... Pero éste no provenía de los *sipahis* o de los *yayas*, que no habían oído, o no habían querido oír, la injuria lanzada por su jefe. Todos sabían quién era «el puerco», pues ése era el sobrenombre que le daban al príncipe Selim, al que consideraban indigno de ser musulmán, especialmente porque no había hecho el esfuerzo de irse a La Meca para purificarse. Los *sipahis* eran adeptos a Bayaceto, y los soldados *yayas* amaban a Mustafá. No había ni un solo hombre en el ejército que quisiera servir bajo las órdenes de Selim.

La compañía continuó dormitando sobre las monturas que remontaban balanceándose por el camino polvoriento. Cansados ya de escrutar las alturas circundantes, los profundos barrancos, las escarpaduras nevadas, la maleza helada, los hombres soñaban con el *hammam*, los buenos fuegos de madera, con el dormitorio al abrigo del viento que azotaba Anatolia, lejos de los aullidos de los lobos que los seguían desde hacía tres días.

Yasmina y Cecilia intercambiaron sus pensamientos. Las dos se convertían en una cuando la muerte las rondaba, y no a causa de los lobos.

—Reúne a tus hombres —dijo Cecilia a Adna.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Haz lo que digo, nos van a atacar.

—Has perdido la razón.

Cecilia se tumbó de repente sobre su caballo. Un tiro silbó en los oídos de Adna. En un instante, algunos caballeros y soldados de infantería fueron alcanzados por varias flechas. Llovían por todas partes. Los caballos se encabritaron y relincharon por el miedo y el dolor cuando unos dardos se clavaron en sus flancos y en sus grupas.

—¡A mí los arqueros! —gritó Adna blandiendo su *killidj*.

Cincuenta arqueros corrieron hacia el agá, formaron una línea al abrigo de unas rocas de unos antiguos glaciares que llevaban allí desde mucho antes del

Diluvio, y se pusieron a repostar. El enemigo estaba en una posición ideal, acampado en las alturas que dominaban el valle en el que estaba la escolta de Cecilia.

Visiblemente, aquellos asaltantes eran montaraces, reconocibles por sus gorros de pieles, pero también había algunos turcos con turbante. Éstos se esforzaron por encontrar a la Princesa de la Luz, pues ella era el único objetivo que se esforzaban por alcanzar.

Cecilia había saltado de su montura y se había refugiado tras un tronco muerto clavado en los montones de nieve. Estaba a algunos pasos de Yasmina y rezaba por su supervivencia. El tronco fue acribillado. La nieve recibió su parte de hierro. El aire no cesaba de retumbar en torno a Nurbanu, que parecía estar bajo la protección divina.

Adna vio que perseguían a la Princesa y que no se trataba de bandidos ordinarios, sino de guerreros con la determinación de cumplir un contrato.

«El cadí Osman», se dijo él al comprender de repente quién se escondía tras esa emboscada.

Loco de rabia, reagrupó a sus hombres y se precipitó por la pendiente gritando el nombre de Dios. Un eco formidable le respondió. Nadie podía detener ya la embestida, ni los ganchos, ni las jabalinas, ni las cimitarras, ni las hachas. Cayeron cuerpos, los adversarios morían abrazándose, las sangres se mezclaron en chorros calientes que la nieve absorbía. Nada se resistía a la élite de los *sipahis*. El enemigo retrocedió. Cuando resonaron los últimos gritos, Adna ordenó a los soldados que no remataran la victoria a costa de una persecución difícil. Él estaba satisfecho. Bajo su bota gemía un turco que no era originario de Anatolia. Su color, sus vestidos y su acento revelaban su pertenencia a una comunidad de Estambul.

—Por piedad, perdóname —repetía él sin dejar de intentar detener la sangre que se derramaba de su hombro.

—¿Quién eres tú?

—Un alumno de la madraza de Oun Kapi.

—Entonces, sirves al cadí Osman.

—¡No!

—No me mientes —exclamó Adna, colocando la punta de su *killidj* contra la garganta de su prisionero.

El arma estaba afilada. Únicamente con su peso, cortó la piel y la sangre brotó.

—No me mates.

—Eso depende de que me digas la verdad.

—Servimos al juez. Él quería que le lleváramos el corazón de la criminal. Lo único que he hecho es obedecer los preceptos del Corán. Esa mujer es una impía, debe morir.

—Pues yo también obedeceré los preceptos del Corán —dijo Adna a la vez que apartaba su espada—. Soy un agá de la Puerta, no derramaré la sangre de un estudiante de teología. Que lo desvistan y lo aten fuertemente a un árbol. Las criaturas de Dios se encargarán de juzgarlo.

El hombre soltó un grito, cuando las rudas manos empezaron a desnudarlo y lo ataron. El agá ordenó a continuación que recogieran los cuerpos de los valientes; los enterrarían en la ciudad más cercana.

—El cadí Osman quería tu corazón —dijo él, volviendo cerca de Cecilia—. Yo te traeré el suyo.

—No quiero que me venguen —respondió ella—; eres un agá de la Puerta, no un justiciero. Te han educado para ser honorable y debes afirmarte en el campo de batalla. Correspondrá al príncipe Selim, mi nuevo señor, decidir el castigo que infringir al juez Osman. Al intentar alcanzarme a mí, el cadí se ha topado con el hijo de Solimán.

Adna estaba decepcionado. Ella aceptaba someterse a Selim. Él la perdía; estaba perdida para el mundo de los vivos. Selim se la apropiaría.

—Adelante —ordenó él.

Yasmina se acercó a Cecilia.

—¿Estás lista para entregarte a ese inmundo cerdo de Selim?

—Me entregaré a él el día en que se convierta en un hombre y haré todo lo que esté en mi mano para que se convierta en uno.

—Que Dios te oiga.

Dios estaba lejos, pero tal vez llegaría a escuchar los aullidos de los lobos hambrientos. Tal vez apresuraría el final del hombre de la madraza atado al árbol... Tal vez.

Sus caminos eran inescrutables.

Capítulo 29

La lectura de la misiva era edificante; relataba las hazañas del ejército en el imperio. Selim la había leído y releído. Le quemaba los ojos y el cerebro y alimentaba el fuego de sus celos enfermizos. Debería haber estado en Van y haber plantado el estandarte en la más alta de las torres enemigas, debería haberse cubierto de gloria, haber recibido la bendición de su padre, haber escuchado los cantos guerreros en su honor; pero, por desgracia, no lo cubrirían de laureles. Se limitaba a descansar cómodamente en Manisa, gobernando sin riesgo un país pacífico y próspero.

Selim estaba preocupado. No tocó ni las mermeladas ni los pasteles que acababan de servirle sus pajés. Lanzó una mirada a los seis jóvenes gordos a los que empujaba a comer ocho veces cada día y cuyas imágenes se repetían en los reflejos de los espejos que rodeaban la habitación. No le gustaba estar rodeado de gente delgada. Los hombres esbeltos y musculosos le recordaban demasiado a sus hermanos. Mustafá y Bayaceto se cubrían de gloria junto a su padre. El sah de Irán estaba dispuesto a firmar la paz. La fama de los dos príncipes crecía. Y él, el segundo hijo del sultán, ya no existía. El pueblo se burlaba de él, los jeques lo menospreciaban, el gran visir Rüstem y su hermana Mihrimah ya no lo apoyaban. El destino de la Puerta se lo disputaban Mustafá y Bayaceto. Sólo su madre creía en su estrella, aunque no comprendía muy bien por qué, con toda seguridad, no era por amor. Ella tenía un corazón de piedra. Hürrem actuaba siempre de forma calculada para obtener los mejores beneficios de la situación. Aumentar su poder era el fin que perseguía incansablemente. Por lógica, debería haber escogido a Bayaceto, que estaba mejor colocado en el tablero político para enfrentarse a Mustafá.

Selim no se sentía a la altura de la tarea impuesta por su madre. Sus hermanos lo devorarían en el momento en que se decidiera la sucesión al trono.

Dejó la misiva sobre un brasero y la miró arrugarse entre las llamas. Con ese gesto, mataba simbólicamente a sus hermanos. Era un sueño de infancia que hipócritamente los eunucos que lo educaban mientras respiraba el perfume de las mujeres del harén habían alimentado. No haría nada hasta que su madre no le diera la orden.

Un sentimiento de cobardía lo invadió. Estaba en el centro de un castillo guardado por dos mil hombres; unos cañones apuntaban a la ciudad; ante cada puerta, los picadores vigilaban; y dos catadores lo protegían del veneno. No podían atentar contra su vida.

—¡Vino! —ordenó él.

Un paje se precipitó hacia él con una jarra de agua en la mano. Otro le presentó una copa de jade. Sus gestos eran precisos, pues los habían repetido mil veces. Conocían los gustos de su señor y seleccionaban los vinos que sabían que le gustarían. Las cavas del torreón contenían los mejores crudos, cantidades fenomenales de néctares comprados en Chipre, Alejandría, Antioquia, Génova, Marsella, Narbona y Alicante. El príncipe tenía con qué emborracharse hasta el fin de los tiempos. No obstante, se conservaba con dificultad y, cada viernes, como para lavar los pecados de aquellos que se daban a la bebida en los muros de Manisa, se vaciaban los toneles de vino agrio en los fosos.

Selim había bebido ya cinco copas de aquel vino cultivado en un pueblo francés de nombre Saint-Emilion. La sexta le procuró por fin el bienestar. Los efluvios subieron hasta su cerebro y formaron brumas rojas en torno a los cuellos de sus hermanos. Él se puso a sonreír radiante. El vino hacía que se sintiera feliz.

Los pajes se alegraron. El príncipe estaba de buen humor, lo que no pasaba siempre que se emborrachaba. A veces, estallaba en sollozos como un niño y llamaba a su madre; en otras ocasiones, era presa de una locura destructora y lo rompía todo a su paso. Ellos lo preferían así y anticipaban sus deseos:

—¿Más vino, señor?

—¿Debemos traerte al rebaño?

—¡Sí, sí! ¡Vino y el rebaño! —exclamó Selim, al tiempo que ofrecía su copa a la jarra que le servía.

Chasqueó su lengua, bebió a pequeños sorbos y se acomodó en su diván con capitel de seda. Era un momento mágico; por fin iba a ejercer su poder sobre seres más débiles que él.

La puerta que el príncipe escrutaba se abrió. El rebaño tan esperado, azuzado por media docena de eunucos risueños, entró en la habitación grande y circular cubierta de alfombras y cojines. Cuarenta y ocho mujeres se pusieron a cuatro patas ante su señor. Las más jóvenes tenían once años; las más viejas, veinte. Hicieron lo que se esperaba de ellas y se pusieron a imitar a las hembras en celo del mundo animal.

—¡Que les den de beber! —exigió él.

Su orden se cumplió de inmediato. Los eunucos forzaron a las más jóvenes a tragarse el vino, complaciéndose al azotarlas con sus palos. Hubo gritos y lamentaciones: una música que complacía a Selim.

Las *houris* abrieron sus piernas y mostraron sus senos. La mayoría se parecía a Hürrem, pero había algunas morenas, dos chinas y una africana, esclavas que le habían regalado cortesanos y con pocas opciones de ser elegidas.

Los ojos de Selim corrían por los pechos que se bamboleaban, se paraban a mirar las flores abiertas, acariciaban los surcos de las jóvenes vírgenes que se reservaba para más tarde. De repente, saltó del diván y se quitó su pantalón abombado. La naturaleza había provisto bien al linaje de los osmanlías. Selim no era una excepción a la regla, y el alcohol no impedía que estuviera duro. No sabía dónde verter su simiente. Algunas manos temerarias intentaron agarrar aquella carne que él ofrecía. Finalmente, se lanzó sobre las mujeres ya formadas, temblando por temor a no encontrar el placer de inmediato. Agarró a una rusa a cuatro patas, la aplastó con su gordo vientre y consiguió penetrarla de un golpe de cadera. Enseguida, la abandonó por una polaca con largas trenzas y la piel lechosa. Sobre ella, se dejó llevar durante más tiempo, y sus gritos daban a entender que la mujer gozaba de sus favores.

Los pajes reían y no se privaban de manosear a las *houris* que el señor descartaba. Robaban algunas parcelas de aquel placer salvaje bajo la mirada vigilante de los eunucos. Selim no era Solimán. Él no respetaba el Corán. Usaba a las esclavas igual que las babuchas; sus entrañas no valían nada. Ninguna le había dado un hijo, mientras que Mustafá tenía ya un hijo de cinco años.

Selim giró sobre él mismo, pellizcó un seno y golpeó una nalga a la vez que intentaba distinguir a duras penas los rasgos de sus víctimas en medio de su ebriedad creciente. Seguían sirviéndole vino que derramaba sobre los vientres y que lamía después sobre los pubis húmedos perfumados y pintados con *henna*.

Bebía de la fuente de una adolescente cuando sonó la trompeta. En ese momento, creyó que atacaban Manisa y cayó pálido sobre la alfombra al escuchar el lúgubre sonido.

Un paje lo tranquilizó.

—Es el agá Adna.

«¡Tan pronto!», pensó él tras volver en sí, mientras su encargado de vestuario acudía a vestirlo decentemente.

Cecilia y Yasmina contemplaron el amontonamiento de bloques. El castillo parecía en estado de sitio. Las almenas rebosaban de soldados. Los arcabuceros estaban apostados en lugares estratégicos; las líneas de tiro de los cañones cubrían diferentes puntos del camino. La piedra era negra, como si estuviera calcinada o como si se hubiera tallado en algún infierno. El demonio al que

protegía se llamaba Selim. Las dos mujeres se estremecieron al oír crujir la puerta.

Todo había acabado. Adna esperaba todavía que un resplandor saliera de los cielos y destruyera el castillo, pero las nubes dispersas no formaron nubarrones. La puerta liberó a una compañía de picadores que formó una doble fila, en medio de la cual, veinticuatro jenízaros conducidos por un agá joven se colocaron en posición, con el sable echado al hombro.

Adna tuvo que contener su disgusto al ver aparecer al príncipe rodeado de pajés. Selim iba vestido con una pelliza de astracán y se habían tocado con un inmenso turbante negro embellecido por un remolino de esmeraldas. Todavía estaba bajo los efectos del vino y del estupro. Al ver a Nurbanu y a Yasmina, se desembriagó. Temía aquel regalo imperial. Esas dos esclavas iban a envenenarle la vida, pero no podía enviarlas de vuelta.

—Te saludo, príncipe Selim —dijo Adna tras bajar de su montura—, que Dios te conceda una larga vida.

—Llegas pronto, mi valiente Adna.

—Era necesario, señor. Hemos sido atacados cerca del monte Bakird, en el camino de Kayseri.

—¡No me ha avisado nadie!

—Hemos sido más rápidos que los mensajeros, señor.

—¿Quién ha osado?

—El cadí Osman, señor. Sus agentes debían llevarle el corazón de Nurbanu.

Esa revelación lo sumió en el estupor. Selim fue presa del dolor. Se llevó una mano a su vientre. Maldecía a ese juez cercano a Mustafá. Osman no desaprovechaba ni una ocasión para llenar a su madre de oprobio. La cargaba con todos los pecados. De repente, sintió compasión por Nurbanu, que le daba la ocasión de lavar el honor de Hürrem.

—Tu corazón estará protegido a partir de ahora —dijo él—. Sé bienvenida a Manisa.

—Te lo agradezco, príncipe Selim —respondió ella con una voz sin emoción—, pero me temo que las defensas de Manisa no podrán detener al cadí Osman. Es el brazo justiciero de Mustafá y la voz de los musulmanes ortodoxos. Su poder crece día a día. Antes o después sucumbiré a sus golpes.

Herido en carne viva, Selim replicó:

—Mi hermano no es todavía emperador, y tengo más poder que el juez Osman. Tú misma lo constatarás cuando vuelvan las golondrinas. ¡Que lleven a estas mujeres al harén! Tú puedes volver junto a mi padre —dijo Selim, dirigiéndose a Adna—. La guerra no espera. No olvidaré que has salvado a una *houri* a la que mi madre tiene en gran estima. Vete y que Dios te proteja.

Adna no ordenó la salida inmediatamente. Esperó a que la puerta cerrara, y después se cerró él mismo a toda sensación del exterior. Acababa de perder a su Princesa de la Luz. La vida ya no le importaba.

Ciento treinta días después de su llegada a Manisa, Cecilia y Yasmina todavía no habían sido autorizadas a mezclarse con las otras mujeres, sino que permanecían en una parte del harén con las puertas sólidamente cerradas. Sin embargo, gozaban de una gran libertad y tenían unos pajes a su servicio. El agá de Selim las acompañaba al mercado de la ciudad, donde se mezclaban con la multitud. Debían esos privilegios a Hürrem, que mantenía una nutrida correspondencia con su hijo. Cecilia también recibía cartas de la Gozosa. Siempre trataban de política, de derrocamientos o de planes velados. Entre las dos mujeres, la complicidad había llegado a ser total.

Cecilia percibía el mundo de los poderosos a través de los ojos de Hürrem. Se había enterado de la muerte del infame Elkas, que había sido hecho prisionero y había sido asesinado en una prisión iraní. Aquel episodio había puesto fin a la campaña otomana. Se había firmado la paz con el sah. La partida se jugaba ahora en el interior del imperio entre los príncipes, los visires, los bajás y los agás. Todos se preguntaban por la salud de Solimán, y corría el rumor de que Mustafá, seguro de su influencia sobre los jenízaros, estaba preparado para derrocar a su padre.

Sin embargo, eso no era más que un rumor. Cecilia sospechaba que Hürrem y el bajá Rüstem lo habían originado. Todo aquello no bastaba para cubrir los latidos de su corazón cuando pensaba en Joao; no había noticias de él, ni tampoco del maestro Levy. Yasmina también estaba a la expectativa. Los espías *géditchis* que vigilaban las provincias no se aventuraban hasta Manisa. Yasmina suponía que tenían órdenes. ¿Por qué las habían abandonado? ¿Qué esperaban de ella? ¿Qué papel podían desempeñar junto a un Selim invisible que, hiciera lo que hiciese, no conseguiría vencer a sus hermanos Mustafá y Bayaceto?

A la hora de la segunda plegaria del centésimo trigésimo cuarto día, Cecilia y Yasmina fueron por fin autorizadas a entrar en la partida.

Capítulo 30

El agá que había venido a buscarlas no tomó la dirección del *hammag*. Las llevó por un camino indirecto a través del castillo. Todas las habitaciones que Cecilia y Yasmina descubrieron servían como almacén de armas. Allí había material con el que equipar a un ejército de entre treinta y cuarenta mil hombres. Por todas partes, había esclavos que daban brillo, limaban, afilaban y untaban los aceros. Se habría podido creer que estaban en la cueva del dios de la guerra.

Las dos mujeres lanzaban impresionadas miradas ansiosas a las acumulaciones de objetos cortantes, perforadores y contundentes: lanzas, picas, jabalinas, horcas, alabardas, venablos, chuzos, mazas, almádenas, martillos de guerra húngaros, martillos con pico de halcón, mayales y todo tipo de espadas y de sables con gran elaboración. Muchos de aquellos ingenios de muerte ya se habían utilizado en los campos de batalla; provenían de los arsenales, de los saqueos y de las tribus sometidas a los impuestos imperiales.

Penetraron en una sala inmensa y abovedada en la que colgaban pendones verdes y amarillos hacia los que se elevaba un antiguo canto *seldjoukide*. Esa aria, que contaba las proezas de un líder legendario, mantenía la disciplina de jóvenes reventados utilizados en tareas de mantenimiento. Sentados en medio de un montón de cestos, aquellos novatos escogían, examinaban y clasificaban las decenas de ladrillos, flechas y balas bajo la mirada vigilante de un capitán encuadrado por dos turcopolos que llevaban el bastón de castigo. Los reclutas no levantaron la cabeza cuando pasaron las mujeres a su lado y permanecieron concentrados, pues temían el golpe del bastón.

Una puerta doble con cerrojo, guardada por un hombre alto y con el cráneo rasurado, separaba aquella colmena de los apartamentos del príncipe. Se abría siempre ante el agá.

Esa puerta era la entrada a otro mundo, después se cerró tras Cecilia y Yasmina, ahogando el canto y los ajetreos. Cecilia se encontró en un lugar maravilloso. Cincuenta jaulas de oro colgadas se balanceaban a merced del aliento cálido de un viento licio. En ellas, jugueteaban parejas de ruiseñores que

se desafiaban y se respondían en un lenguaje melodioso incomparable al de cualquier otro pájaro.

—Odio a esos pájaros —dijo Yasmina en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Cecilia.

—Porque dan buena conciencia a nuestros dueños, que se emocionan al escucharlos. En una ocasión vi a Solimán derramar lágrimas antes los ruiseñores después de haber hecho asesinar a su mejor amigo, el visir Ibrahim.

—¡Cállate, esclava! —gruñó el agá.

Yasmina contuvo difícilmente su odio; se mostraba agresiva desde que no estaba sometida a Hürrem y no reconocía la autoridad de Selim. Se revolvía ante la idea de servir a ese dueño indigno y tener que morir un día con él, pues no daba mucho por su porvenir bajo el puño de aquel príncipe corrompido y débil condenado por sus hermanos.

Otras puertas custodiadas por pajés revelaron más tesoros. Cecilia no veía más que porcelanas azules y rojas cuyas elegantes decoraciones de flores destacaban sobre los relucientes barnices, estatuas antiguas de Diana y de Hércules que exaltaban la pureza y la fuerza, jarrones chinos y relojes de péndulo alemanes, cuadros de tema bíblico y libros.

«No puede ser tan malo como dicen —pensó, sorprendida al descubrir cosas tan bellas, muchas de las cuales estaban prohibidas por el Corán—. Es un hombre de mente abierta.»

«El hombre de mente abierta» estaba apoltronado en medio de una montaña de cojines blancos de pluma de oca. Soñaba con la muerte de sus hermanos en la gran habitación circular en la que solía estar.

No volvió la cabeza cuando Cecilia y Yasmina entraron en su capullo. Vieron su rostro de lado y su gordo cuerpo que estaba envuelto en preciosas telas que se reflejaban en los espejos que lo multiplicaban hasta el infinito reduciéndolo al estado de un gnomo. Metido en el seno de la hondonada nevada de su delicado nido, no parecía una amenaza. Un olor de incienso y de mirra perfumaba esos lugares y resultaba tranquilizador.

El agá desapareció de puntillas. Se escuchaba de lejos a los ruiseñores; en el exterior, a las golondrinas y a las palomas; y en el interior se oían las respiraciones cortas de las dos mujeres inmóviles.

Selim despertó de un sueño que a menudo se volvía una pesadilla. Pareció darse cuenta de la presencia de las esclavas, se deslizó sobre un lado y dejó caer con una voz indolente:

—Ah, aquí estáis.

—Aquí estamos —respondió Cecilia—. Dios nos ha devuelto a tu memoria.

Selim bostezó de aburrimiento. No le gustaban las mujeres que hablaban de Dios.

—Las golondrinas han vuelto —dijo él.

Cecilia no comprendió el sentido oculto de aquellas palabras que, en la boca del príncipe, sonaban como una amenaza, pero, de todos modos, intentó interpretarlas.

—¿Son mensajeras de guerra? Nos hemos fijados en todos esos ejércitos que se amontonan.

—La guerra está muy próxima, pero no me concierne. Esas armas están destinadas a mis hermanos por si les entran ganas de batirse con nosotros.

Jugaba a ser un matamoros, pero en su interior temblaba de miedo. Tenía armas, pero no hombres para utilizarlas, y su padre no le enviaría las tropas para socorrerlo. No obstante, no dio muestras de ninguna de sus preocupaciones.

—Las golondrinas no tienen vocación de anunciar la desgracia. Hoy es un día de alegría. Ven a sentarte cerca de mí, Nurbanu, y tú, *kiaya*, abre bien los ojos y las orejas, pues contarás a mi madre lo que aquí suceda.

—¿He de entender que me vas a volver a enviar a Topkapi? —dijo Yasmina sin poder evitar la pregunta.

—Serás más útil junto a mi madre. Entramos en una nueva era de conspiraciones, y su vida está en peligro.

—¿Y quién protegerá a Nurbanu? —dijo Yasmina contemplando a Cecilia, que se había sentado sobre los cojines al borde del nido, lo más lejos posible de la vil serpiente.

—¡Yo! ¿Acaso lo dudas? —añadió Selim, dando un golpe con las manos.

Los pajes aparecieron. Con sus trajes dorados y los rostros maquillados de blanco y rosa, parecían ángeles del cielo que traían regalos a un elegido de Dios. Eran cinco. El primero dejó tres cortes de seda tejida en Isfahán a los pies de Cecilia.

—Son para ti —dijo Selim—. Convocaremos a los mejores sastres, y con ellos decidirás cómo utilizar estas sedas.

Cecilia no dijo nada. Ese giro favorable ocultaba alguna cosa.

El segundo paje abrió un cofrecito que contenía unas perlas de un tamaño excepcional; el tercero mostró el brillo de todas las caras de una esmeralda digna de Solimán; el cuarto sacudió dos sacos que contenían seis mil monedas de oro.

Quedaba el quinto. Cecilia contempló la bonita caja de madera de rosa que sujetaba entre sus manos. Selim sonreía.

—Éste es un regalo que no tiene precio. Nunca más recibirás nada tan precioso.

El paje hincó una rodilla en el suelo y bajó la cabeza al tiempo que presentaba la caja a Cecilia. Ella lo interpretó como una especie de alianza, como un reconocimiento oficial, pues ese joven pertenecía a una casta de esclavos superior. Los pajés eran los acompañantes de los ministros, de los príncipes y de los sultanes. Se postulaban para las más altas funciones del Estado. Aquél ejecutaba las órdenes de Selim. El príncipe lo consideraba como un personaje importante.

Ella cogió la caja con toda confianza.

—Ábrela.

El objeto tenía incrustadas figuritas de marfil y hojas de oro cinceladas. Tres pasadores de oro mantenían cerrada la tapa cubierta de símbolos mágicos. Ella los abrió uno a uno, refrenando su curiosidad, después levantó suavemente la tapa.

Sus rasgos expresaron estupor. Había un cubo de resina transparente en el interior de la caja. Reposaba sobre un lecho de pétalos secos. No se atrevía a tocarlo, pues contenía algo extraño, amorfo, de color oscuro, parecido a...

«¿A qué?», pensó ella.

—Cógelo, te traerá buena suerte —dijo Selim, que parecía encantado.

Ella lo cogió con delicadeza y lo expuso a la luz. Su pensamiento no quería admitir lo que sus ojos veían.

—Sí, Nurbanu, es un corazón —dijo Selim—. Dejó de latir la última luna en el pecho del cadí Osman.

Ella dejó caer el cubo.

—Alégrate —continuó el príncipe—. Sigues la senda de mi madre, y yo te acepto en el seno de mi harén. Dos jueces y tu propio padre han muerto por no haber sabido apreciar tu justa valía. Es una lección que yo no olvidaré, y mis hermanos deberían pensar en ello. Mustafá y Bayaceto son mis enemigos mortales; a partir de ahora, también son los tuyos. Ayúdame a destruirlos y haré de ti mi favorita.

Capítulo 31

Todos los viernes, después de la última plegaria, él le repetía que había nacido para ser su favorita, que había consultado a los astrólogos y que ella estaba inscrita en su cielo natal, que era una estrella que cambiaría su destino. Pero, más persuasiva que los astros, su madre lo presionaba para que la convirtiera en *iqbal*. Eso era difícil. Con Cecilia, no sabía cómo actuar. Cuanto más tiempo pasara, más ardua sería la empresa. En cinco estaciones, no había osado ni tocarle un mentón.

Una llama roja tiñó su rostro. Jamás sería la favorita de ese monstruo. ¡Jamás! Cecilia hundió sus uñas en las palmas de sus manos y tuvo que contener su rabia, sus ganas de gritar y de lanzarse a la garganta de Selim.

El príncipe estaba en celo en medio de su rebaño de hembras. Como no se prestaba a ser su cómplice en las orgías improvisadas, Nurbanu se limitaba a ser espectadora. Él la obligaba a serlo, ya que no perdía la esperanza de conducirla al pecado carnal.

En un momento concreto, había fracasado y no había conseguido hacerla beber. Lo había intentado todo, desde la dulzura a la violencia. Un día, pidió a los eunucos que le abrieran la boca y le echaran un vino embriagador. Ella había gritado: «¡Tienes la gehena en las calzas, fuérzame y beberás agua podrida, la vomitarás sin ni siquiera poder tragarla mientras que por todas partes te asaltará la muerte. Sin embargo, no morirás para sufrir el castigo eternamente!». Él había reconocido un versículo del Corán modificado para adecuarlo a la ocasión y había tenido miedo de ella, pues le atribuía poderes sobrenaturales. Desde ese momento, ya no había intentado corromperla a la fuerza.

Él le lanzó una mirada intensa a la vez que se lanzaba sobre la espalda de una *houri*. Sus gordas manos agarraron los hombros de la esclava, y se arqueó violentamente para penetrarla.

—¿Para quién guardas tu virginidad? —dijo entre jadeos.

Cecilia se sobresaltó. Era la primera vez que abordaba ese tema. Selim dejó a su víctima. Le trajeron bebida, no en una copa, sino en un odre de piel de cabra. Una enorme cantidad de vino cayó en su boca, desbordó sus labios, se

deslizó bajo el mentón y mojó su ancho pecho, su vientre redondo y el michelín de grasa que caía sobre la parte superior de sus muslos y tocaba su miembro manchado: era inmundo.

—Para el hombre que me respete —respondió ella.

—Pobre princesa, eres muy ingenua —dijo él, saltando hacia ella.

Cecilia permaneció recelosa. Cuando Selim estaba bajo los efectos del alcohol y del demonio, era peligroso, y llegó a pensar que se iba a abalanzar sobre ella para violarla.

—¡Salid todos! —gritó él.

Los pajes, los eunucos y las mujeres se precipitaron fuera de la sala, perseguidos por la mirada inyectada en sangre del señor. En cuanto las puertas del *selamlik* y del harén se cerraron, Selim pareció recobrar la razón. Él se puso un *don*⁴⁶ y un *gömlek* con mangas abiertas. Vestido de satén, se sentó en el diván, el asiento que oficializaba su rango.

—Mi madre me ha confiado que tal vez intentes matarme, y te creo capaz de hacerlo. Tu mirada trasluce tu odio.

Él sabía controlar los desbordamientos de la ebriedad. Sorprendía siempre a sus interlocutores dirigiéndose repentinamente a uno de ellos con voz clara en el momento en que lo creían cerca del estado comatoso.

—Yo no te he comprado —continuó él—, no pedí recogerte; al contrario, me has sido impuesta. Debo confesar que me he acostumbrado a tu presencia. A veces está bien tener una conciencia... A veces.

Cecilia no sabía adónde quería llegar y sentía una ansiedad creciente que le provocaba sofocos y perlaba su cuello de sudor. ¿Qué iba a inventarse ahora Selim?

—Poseerte debería henchirme de orgullo —continuó él—. En Manisa, donde has llegado a ayudar a los niños enfermos, el pueblo te atribuye las mayores virtudes. En Estambul, el bajá Rüstem y los altos funcionarios ven en ti a una nueva Hürrem, aunque no estés en posición de influir en la política del imperio. En verdad, no te poseo. Sin duda, podría utilizarte como uso a mis cortesanas; conozco drogas que anulan la voluntad.

Selim levantó la cabeza y dejó vagar sus pensamientos. Poseía el arte de cautivar la atención; podría haber sido cuentista, habría sido un buen *saz shaïrléri* y habría hecho soñar a los hombres y a las mujeres recitando poemas de amor populares a la vez que pellizcaba las cuerdas de un *saz*. Dios no lo había querido: era el segundo hijo de Solimán, había nacido para la dominación.

—¿Quién te posee? —preguntó él, fijando su mirada de nuevo en Cecilia.

—¿Quién habría de poseerme aparte del aire que respiro?

46 Pantalón.

—¡No te hagas la lista conmigo! ¿No hay en alguna parte un hombre querido a tu corazón, un hombre al que juraste pertenecer?

—¿A quién podría haberle jurado una cosa así? ¿A un eunuco?

Ella intentaba utilizar el humor, pero su tono sonaba falso ya que sus pensamientos la traicionaban: tenía en la mente el rostro de Joao, todos los momentos pasados a su lado, el amor que nunca había podido compartir y que brillaba como un sol en una tierra inaccesible.

—Voy a ayudarte; él es judío y yo lo conozco.

—¿Un judío? —balbuceó ella.

—Oh, pero no es un vulgar judío. Tiene el aspecto de un señor, una fortuna considerable y sirve a los intereses de la Puerta. Es un hombre completo, antojadizo, con varias identidades. Tuve el honor de encontrarme con él en el mercado de esclavos de Estambul hace cuatro años. Nos batimos a golpes de centenares de ducados por la posesión de una joven inglesa. Él se la quedó, y estoy feliz por ello. Se dice que está más tranquilo y que los negocios del imperio son más fructíferos desde que ella vive en su palacio.

—¡Mientes!

Cecilia dio un paso hacia él. Ya no podía controlarse más y lo señaló con su índice.

—¡No me envenenarás con tus palabras!

—¡Eh! ¡Te estás dejando llevar! ¿Te parece razonable hacerlo por un hombre al que no conoces?

—Conozco a Joao.

—¿No es más simple decir la verdad?

—Él no puede amar a otra mujer.

—No soy testigo directo de sus amores, pero es un hombre con vista, y no se separa de su inglesa... Marie. Eso no es del agrado de todo el mundo: la familia Mendès, con doña Graci Nazi a la cabeza, no acepta esta relación; y nosotros mismos..., en fin, y cuando digo nosotros, hablo en nombre de mi padre, del gran visir, del tesorero y del canciller, preferiríamos que estuviera unido a su prima Reyna. Es una cuestión importante. Con ese matrimonio, conseguiría un rango, heredaría diez millones de ducados y se pondría definitivamente a la cabeza de las bancas judías. El tiempo de la ingenuidad se acaba, Nurbanu. Tengo allí una larga carta de Abas que te aclarará la situación del imperio; en ella, encontrarás un párrafo sobre Joao Joseph Mendès. Léela y tómate tiempo para asimilar lo que contiene... Me llegó hace tres meses y es la razón por la que desde entonces acumulo armas con el dinero de la banca Mendès. Cuando te parezca oportuno, vuelve para darme consejo.

Selim mostraba la gruesa carta que llevaba el *tugra*⁴⁷ roto del *kizlar aghasi*. Él se levantó, cogió la mano de Cecilia y la volvió a cerrar en torno a la misiva que sellaba su destino.

47 Sello.

Capítulo 32

La larga carta de Abas confirmaba las afirmaciones de Selim. Joao se había convertido en un personaje importante. Tras ser nombrado líder de la poderosa casa Mendès, prestaba sumas colosales a la Puerta, y las había puesto también a disposición del bajá Rüstem y de Hürrem, quienes, por su parte, lo apoyaban en todas las gestiones concernientes al estatus de los judíos en el imperio; pero su posición era precaria. Su tía Graci podía retirarle en cualquier momento sus prerrogativas si continuaba rechazando la mano de su hija Reyna y no enviaba a su concubina inglesa a Londres. No podían perder a aquel hombre tanpreciado. Todo el destino del mundo otomano dependía de él. El ejército se preparaba de nuevo a invadir Persia sin Solimán. El bajá Rüstem había sido elegido *serasker*, comandante en jefe, y Mustafá era su segundo. La popularidad del príncipe crecía, en detrimento de la de Bayaceto y Selim. Tenía mucho que ganar en esa campaña. Contaba ya con la confianza de los jenízaros y la del pueblo, le faltaba la bendición de un padre que lo autorizara a eliminar a sus hermanos. Abas explicaba que los apetitos del príncipe no tenían límite. Se decía que Mustafá había llegado a confiar a sus más allegados que el sultán enfermo ponía en peligro el país, que el islam tenía necesidad de un hombre fuerte y que Solimán debía abdicar y ceder la espada de los osmanlés al heredero legítimo del trono, su primer hijo. Era algo impensable. Solimán jamás consentiría en abandonar el poder. Mustafá había corrido riesgos. Hacía tiempo que los mudos de su padre no habían utilizado sus cuerdas. Sería mejor que el príncipe no se acercara demasiado.

Cecilia no pudo valorar el contenido de esa carta. La pena ahogaba su razón. Con la carta en su mano temblorosa y el corazón saliéndosele del pecho, dejó que sus ojos se inundaran de lágrimas y que emborronaran su visión del bucólico paisaje de las colinas cubiertas de olivos que coronaban la blanca Manisa. Joao había dejado entrar a otra mujer en su vida. Tal vez en ese mismo momento la tuviera entre sus brazos mientras contemplaban juntos el Cuerno de Oro... Tal vez la estuviera besando... No había cumplido con su palabra. Ella había dejado de razonar; se sentía traicionada e incapaz de seguir amándolo. Lo había querido desde siempre, desde el instante mismo en que se había colado

en el palacio de los Contarini en Venecia. Había anhelado la muerte al desaparecer él entre las olas, ya que lo amaba hasta el punto de no querer seguir viva. Seguía amándolo y todo su pasado revivía, pasaba ante sus ojos llenos de lágrimas hasta llegar al día en que lo había vuelto a ver en el serrallo imperial. Ahora conjugaba el verbo «amar» en pasado. Comprendió que no lo volvería a conjugar jamás en presente, y las hojas de la carta se le escaparon, cayendo como hojas muertas a sus pies.

—Nurbanu está enferma.

La voz de la favorita era triste. Hürrem recibía regularmente noticias de Manisa y estaba realmente conmovida.

—Selim dice que se está consumiendo y que se niega a comer y a salir de su habitación.

—Vuelve a enviarme allí —dijo Yasmina.

—¿Qué podrías cambiar tú? Ya he enviado a Abdullah, y él no ha podido hacer nada. Selim está desesperado. No me había equivocado, mi hijo ha acabado por vincularse a esa mujer, como yo misma. No podemos perderla. Debe ser un día mi sucesora. Abdullah dice que no sobrevivirá hasta el ramadán.

Yasmina sintió rencor. Ella era mucho mejor que Abdullah Ali Osman, el médico personal del sultán. Conocía las poción, elixires, filtros, plantas y drogas que proporcionarían a Nurbanu una existencia feliz.

—Es Joao Mendès quien debe ir a Manisa —soltó Hürrem.

—¡Él!

—Es el único que puede hacerle entender que miles de vidas dependen de ella. Selim no tendrá el coraje de luchar sin ella a su lado. Y entonces todos nosotros moriremos. Mustafá no tendrá ninguna piedad.

—Creía que la suerte de Mustafá ya estaba echada.

—Lo estará cuando veamos su cuerpo expuesto a las plaíderas.

—¿Osará el sultán hacer ejecutar a su hijo?

—Me lo ha prometido todas las noches del invierno.

—¿Cree verdaderamente en la conspiración?

—Sí.

Hürrem sintió el peso del crimen. Había divulgado aquella historia de traición junto con Rüstem y Mihrimah. Ellos habían creado el rumor de la rebelión de Mustafá y le habían dado alas en el palacio y en los mercados; asimismo, también habían difundido la idea entre los gobernadores de provincias de que Solimán ya no era capaz de gobernar, de que las úlceras, la gota y las fiebres habían reducido al Comandante de los creyentes a poco más que una larva. El agá enviado por Rüstem iba a decidir su destino.

El éxito de aquel plan era incierto. Los jenízaros habían acabado por creer lo que se contaba en el bazar, en las madrazas, en los caminos de ronda y en los cuarteles de descanso. Ellos adoraban a Mustafá. Si lo empujaban a la revuelta abierta, nada impediría que el hijo de Gúlbehar se apoderara de Estambul.

La suerte estaba echada.

«Somos Nosotros quienes hemos hecho descender sobre ti el Escrito portador de la Verdad para que juzgues a los hombres según las visiones que Dios te inspiró. No te conviertas en defensor de los embaucadores. Pide el perdón de Dios: Él es Compasivo y Misericordioso.»

Los versículos del Corán pasaban ante sus ojos. Resaltaban en blanco sobre la cerámica azul, rodeaban el dormitorio del Señor del cuello de los hombres y proyectaban el pensamiento resplandeciente de Dios. Deberían haber inspirado a Solimán, acostado en su lecho y aureolado por los colores de los cristales que atravesaba la luz del Sol. Ellos lo cegaron.

El sultán había olvidado que vivía en un mundo de mentirosos. Había olvidado también el perdón. El poder lo había endurecido, la compasión se había secado al cabo de los años, sus lágrimas eran fingidas: nada se derramaba de su alma. Creía amar a Hürrem, pero, en realidad, se amaba a sí mismo a través de la mirada admirativa de la favorita. En el momento presente, tenía la garganta y las pupilas tan secas como su corazón. Sujetaba la carta que había escrito su hijo y que habían interceptado sus espías con el sello de aquél: era la prueba de su traición. El destinatario era el sah de Irán Tahmasp, el enemigo jurado de los turcos que atentaba contra la integridad moral del islam. Mustafá pedía en matrimonio a la hija menor del rey de los persas.

¡Qué pequeños eran los hombres!

Solimán pareció redescubrir al que esperaba al pie de su cama sobre una tarima. Era el agá en quien tenía mayor confianza. Se llamaba Semsi y dirigía a varios miles de *sipahis*.

—¿Y qué dice mi hijo? —preguntó él, a la vez que dejaba su lecho para contemplar la espada sagrada de los osmanlés, que estaba colocada sobre una mesa de ébano con el nombre de Dios incrustado en volutas de plata.

—Que es un falso.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Que es un traidor. Los jenízaros no cesan de repetir que tus fuerzas te han abandonado y que ya no eres capaz de llevar los ejércitos a la victoria. Él los escucha sin reprenderlos. Lo verás enseguida bajo los muros de Topkapi con sus aliados. A ti te corresponderá el exilio, y a él y a Tahmasp, la gloria. La cabeza del bajá Rüstem y la de la favorita serán expuestas sobre la Puerta imperial; es una promesa hecha a sus partisans.

Solimán cogió la espada y la blandió por encima de la cabeza de Semsi. El agá creyó que su última hora había llegado. Vio que los ojos del Gran Señor se enrojecían por la sangre, sus mandíbulas se contrajeron, las venas de su cuello se hincharon, las articulaciones de la mano vengadora se agarrotaron. Los mudos, que se mantenían retirados desde el inicio de la entrevista, se avanzaron para ayudar al señor al borde de la apoplejía.

—Que Dios nos preserve de que, durante mi vida, Mustafá ose cubrirse de semejante infamia —gritó Solimán, dejando caer la espada sobre una mesa que partió.

—Tu brazo es fuerte, señor, muéstrate a los soldados, recupera el ejército espada en mano y castiga a ese hijo indigno —se atrevió a decir el agá, que hablaba en nombre de Rüstem y de Hürrem.

—Mañana pasaré revista a las tropas de palacio y, antes de la vendimia, me verán asediar las ciudades persas.

Semsi se inclinó para ocultar su sonrisa. Él había cumplido su misión. Rüstem y Hürrem lo felicitarían. La estrella de Mustafá se apagaba.

El campamento se había establecido en Eregli, en Caramania. Ocupaba una extensión de terreno más vasta que la ciudad de Estambul. Trescientos veintidós hombres se postraron a la hora de la última plegaria entre las tiendas, y se escuchaba el nombre de Alá resonar en kilómetros a la redonda. La víspera, el de Mustafá había sido aclamado por los cuatro mil jenízaros, cuando el príncipe había aparecido con sus fieles oficiales Sahine y Kader. Había acudido a petición de su padre, desoyendo lo que le decía su madre. Gülbehar no creía en la reconciliación pregonada por los dignatarios de la Puerta. Ella sabía que su hijo estaba en grave peligro. Ser carne de la carne del Señor del cuello de los hombres no aseguraba la inmunidad, más bien al contrario.

El sol alejó las tinieblas hacia el oeste. El almuecín despertó el fervor de los soldados. El acero de las lanzas cobró vida. Los estandartes de seda se pusieron a ondear bajo la caricia del viento matinal. Dios descendió hasta sus pechos. Mustafá rezó, después se levantó en medio de sus soldados.

—¡Dios proteja al *shahzade* Mustafá! —gritaron ellos.

El príncipe vestido de blanco los saludó; parecía un enviado de los cielos. Ellos repitieron tres veces su nombre asociándolo a Dios.

—Lo están aclamando —dijo Semsi, que había rezado al lado del sultán.

Este reconocimiento triunfal disgustó a Solimán. Un sabor agridulce llegó hasta su boca, y su estómago se contrajo por efecto del dolor.

—Vuelve junto a tus *sipahis*, lo recibiré solo —dijo Solimán, que se masajeaba el vientre.

Se bebió el emplasto que había preparado su médico, pero la úlcera continuaba causando agujeros en su panza. En unos minutos, aquel hijo al que envidiaba se presentaría ante él. Había reflexionado durante semanas en torno a ese reencuentro. ¿Debía perdonarlo o castigarlo? Su decisión ya estaba tomada.

Mustafá entró en su tienda y ocultó tres cartas para sus allegados bajo sus vestidos, tal y como dictaba la costumbre cuando alguien sabía que corría un gran peligro. Pensó intensamente en su hijo, Murad, el futuro de su raza. De hecho, él estaba allí para que la vida de aquel niño de nueve años no acabara brutalmente.

«Dios lo sabe ya», dijo él cuando volvió a salir a la luz del día.

El maestro del estribo sujetaba a su semental por las riendas. El primer escudero lo ayudó a montar en la silla. Sahine y Kedar lo flanquearon. No se oyó ni un ruido. El momento era grave. El príncipe se dirigía a caballo a donde estaba su padre. La etiqueta lo exigía. La tienda imperial estaba a algunos metros de allí. Era inmensa y con compartimentos. El estandarte con cuatro colas de caballo clavado en el suelo la santificaba.

Dos *solaks*⁴⁸ de élite, dos pajés armados y dos *kizlars* turcopolos vigilaban la entrada. No era habitual, había cuatro de más. Mustafá no cedió al miedo que le inspiraba aquella entrevista. Iba con toda su humildad a reconciliarse con su terrible padre.

«Dios lo sabe ya», pensó a la vez que apartaba las cortinas de seda y fieltro que servían para cerrar la tienda. Avanzó en la penumbra, pasó otras dos colgaduras y llegó a la sala de audiencia, que estaba recubierta por una espesa alfombra. Su padre no estaba allí, el sofá imperial estaba vacío. Entonces oyó los gritos. Estaban atacando a sus tenientes. Desenvainó inmediatamente la espada. Los mudos aparecieron; sus dedos sujetaban la cuerdecita de seda. Un príncipe no podía morir por el hierro, sino que debía ser estrangulado.

—¡Padre, soy inocente! —gritó él.

Solimán se estremeció. Estaba detrás de un biombo. La voz de un hijo sonaba sincera. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si todo aquello no era más que una maquinación? «No, no —dijo una voz interior—, eres el representante de Dios en la tierra, no te puedes equivocar.»

—¡Padre, te lo ruego, no cometas este crimen!

Los doce mudos acosaban a Mustafá. Su hoja cortó dos veces el aire, y dos de los verdugos cayeron con el pecho abierto. Dos manos intentaron agarrarlo; él los acribilló a golpes. Su puño rompió la nariz de un adversario, su pie

48 Guardias imperiales.

rechazó un ataque, su espada volvió a golpear. Luchaba, resistía y gritaba el nombre de su padre y llamaba a Dios.

—¡Tendrás que rendir cuenta a Dios el Día del Juicio!

Solimán habría querido estar sordo. No había deseado ese final. Era demasiado tarde. El mal estaba hecho. De repente, se dio cuenta de que su hijo se reponía. Si conseguía escapar de la tienda, todo estaría perdido. El ejército se sublevaría, y él, el Señor del cuello de los hombres, moriría estrangulado. La rabia lo empujó a actuar. Se presentó ante los mudos, que, al verlo, creyeron que estaba poseído por el demonio. Extrajeron el mal que había en los ojos del sultán, y una energía destructora se apoderó de ellos. Se habían vuelto furiosos e insensibles al hierro que les cortaba; se abalanzaron todos al mismo tiempo sobre el príncipe y, finalmente, le arrebataron la vida.

Dios lo sabía desde siempre.

El cuerpo de Mustafá se expuso ante la tienda imperial, al pie del estandarte de las cuatro colas de caballos, para que los jenízaros sintieran la autoridad del sultán. Solimán aceptó el rugido del ejército, los insultos de los jenízaros y los reproches de los agás. No podía hacer cortar las cabezas de aquella multitud. No lamentaba su acto. Le quedaban tres hijos.⁴⁹

49 Cihangir el jorobado murió de pena tras el asesinato de Mustafá.

Capítulo 33

—¡Mustafá está muerto! ¡Mustafá está muerto!

La noticia se propagaba como un río de pólvora; había inflamado las ciudades orientales del imperio; corrió por el camino jalonado de caravasares; traspasó las puertas fortificadas de los ríos Kimir, Sakarya y Gédiz, las puertas de bronce de Afyon la negra y de Bursa la santa. Se adelantó a los mensajeros y se extendió por las calles de Manisa al caer el Sol. Desde lo alto de los minaretes, los almuecines la convirtieron en un canto que era una lamentación. Finalmente, alcanzó las almenas del castillo.

—¡Mustafá Méhémet está muerto! ¡Mustafá está muerto!

Cecilia esperaba que la hora tardía volviera a traer el silencio. Así ocurría cada crepúsculo. Ya no soportaba el ruido que hacían los hombres, la llamada a la oración, la risa de los niños, el sonido agudo de las flautas, las alboradas que el cuerpo de *mehters* dedicaba a Selim en el patio del castillo. Huía de la vida y llamaba a la noche. Entonces clavó su mirada y su pensamiento en las estrellas, pero no para interrogar al zodiaco en el que estaba trazado su drama, sino para perderse en ellas.

Los rayos del Sol nivelaban los tejados de la ciudad. Ella suspiró. El silencio iba a recuperar sus dominios. Miró a la pequeña sirvienta griega que se desesperaba. Era un regalo de Selim que Cecilia había aceptado para que la joven no entrara a formar parte de su rebaño.

—Señora, debes comer.

—No tengo hambre.

—Sólo una naranja... El eunuco me castigará si te niegas.

El argumento era incontestable. Cecilia cogió la fruta. Estaba tan débil que su brazo temblaba; ya no tenía ganas de nada.

—¡Mustafá está muerto! ¡Mustafá está muerto!

La criada se precipitó a la ventana e intentó averiguar quién gritaba; se inclinó y levantó la cabeza. Las voces venían de las torres y de los minaretes. Cuando se volvió, en su rostro podía leerse que no comprendía nada.

—Dicen que Mustafá está muerto —dijo ella a Nurbanu.

«¿Mustafá?» Cecilia levantó las cejas. Aquel nombre le decía algo; lo asoció a un peligro. De repente, en su mente se abrió paso la claridad. ¡El *shahzade!*! ¡El hijo primogénito de Solimán! ¡El príncipe heredero! ¡El enemigo mortal de Selim y Bayaceto! Era imposible. Nada podía obstaculizar la ascensión al trono de aquel guerrero invencible.

Ella se reunió con la criada y escuchó. No había ninguna duda: Mustafá ya no estaba en el mundo. El sol desapareció; una estrella parpadeó: el destino le hacía un guiño. ¿Qué pasaba en su interior? ¿Qué vuelco milagroso había hecho que volviera a tener ganas de hincarle el diente a la vida?

—Ve a las cocinas. Quiero una comida digna de una reina.

—Alabado sea Dios.

—¡Date prisa!

—Sí, señora, voy corriendo.

Cecilia volvió a recorrer el camino que la llevaba a su espejo y a sus afeites. Cuando vio su rostro demacrado con aspecto enfermizo, sintió vergüenza. ¿Cómo había podido dejarse así, abandonar la batalla, complacerse en su dolor?

Reparó con rabia en aquella cara que no le pertenecía. Con pinceladas en las cejas y nueces de crema, borró las huellas de su desespero amoroso. Cuando se fue a ver a Selim saciada, tras haberse hecho dar un masaje, perfumada y vestida con seda, olvidó para siempre que se había llamado Cecilia Venier Baffo.

Ella era Nurbanu.

Selim no se esperaba la visita de la Princesa de la Luz. Rumiaba su angustia y esperaba la llegada del mensajero que debía confirmar la noticia. Extrañamente no sentía alivio, más bien al contrario, ya que aquella supuesta desaparición lo convertía en el rival directo de Bayaceto. A partir de ese momento, eran dos en liza para un combate a muerte.

Los pajes que abanicaban y servían al príncipe se apartaron. Nurbanu se mostró en todo su esplendor. Sus largos cabellos estaban trenzados con hilos de oro. La seda de oro de su pantalón bombacho y de su camisa hacía resaltar los mil rubíes engastados en los anillos de plata de su cinturón y los mil zafiros cosidos en su chaquetilla. Llevaba unos zapatos de cuero rojo con unas alas de oro pintadas. Selim jamás la había visto ataviada así. Sólo una emperatriz se vestía así.

—Vienes muy tarde —dijo él con despecho.

—Vengo a ayudarte —respondió ella, sentándose con resolución en el diván del príncipe.

En la frente de Selim se formaron unos pliegues que evidenciaron su perplejidad. Nurbanu no lo tenía acostumbrado a tales iniciativas. Los pajes se

movieron agitados. La esclava estaba sobrepasando los límites. La actitud de su señor los desorrientó. Selim tomó la mano de Nurbanu y se la llevó a los labios.

—He esperado este momento durante mucho tiempo —dijo él tras besarla castamente.

—Nunca lo había imaginado —respondió ella.

—Nos queda poco tiempo de vida.

—No digas eso.

—El águila Mustafá ha sido abatida, ahora derribaremos al león Bayaceto.

—¡Que Dios te oiga!

—Éste es un asunto de los hombres. Pase lo que pase, Dios estará siempre del lado del vencedor.

A Selim le gustaba ese discurso. Nurbanu le daba coraje. Lo dejó estupefacto cuando le hizo la siguiente petición:

—Quiero vino.

—¿Vino?

—Sí, para sellar nuestra alianza. Tú te convertirás en el sultán Selim y harás de mí tu *kadina*. ¿Qué clase de favorita desconocería los gustos de su señor?

—Te convertiré en la sultana veneciana —dijo, sirviéndole él mismo.

Bebieron y se unieron. Nurbanu supo entonces que iba a convertirse en *iqbal* y que daría un hijo a su señor.

Capítulo 34

1558. Cinco años más tarde

Sus fuerzas menguaban. Había luchado mucho en su vida. Había conseguido hacer realidad su sueño tras la muerte del *shahzade* Mustafá al convertirse al islam y casarse con Solimán. Además, había conseguido que condenaran a muerte a los hijos del príncipe. No quedaba nada de la casta de Gürbey, tan sólo algunos fantasmas que vagaban a veces por las noches en Topkapi. Hürrem lo poseía todo. Su inmensa fortuna se la había proporcionado en su mayor parte el jefe de la casa Mendès, Joao, a quien ella le había dado como regalo de bodas el monopolio del vino del imperio. Aquel hombre de genio había acabado casándose con su prima Reyna, para gran alivio suyo y para gran desesperación de Nurbanu. El agá Lala le había informado de que la Princesa de la Luz, dejando de lado su papel de madre, había bebido durante días y noches en compañía de Selim hasta perder la conciencia. Tras recuperar su entereza, se había convertido al islam. En el momento presente, todas las piezas del tablero estaban en su lugar. La Reina debía usar su influencia y dar el golpe decisivo.

Hürrem bebió un trago de la infusión preparada por Yasmina. El sabor amargo del brebaje no la hizo estremecerse. La enfermedad había insensibilizado sus papilas, su garganta y parte de su rostro, pero no el vientre. Un dolor lancinante le atenazaba el lado derecho. «Los humores trabajan la fe», había dicho el médico imperial sin más explicación. El doctor Abdullah era un imbécil que no había podido acabar con la gota y las úlceras del Gran Señor. Hürrem rechazaba los medicamentos de nombres rebuscados que preparaba en la oficina del palacio.

Ella se dejaba cuidar por la *kiaya*, una Yasmina impotente que había envejecido y que deambulaba por el harén sin levantar ya los miedos de antaño.

Todo envejecía. Las doraduras de su habitación se resquebrajaban; los periquitos perdían sus plumas; los eunucos cojeaban; el terrible Abas usaba bastón; hacía una eternidad que no había niños para alegrar ese laberinto; las mujeres que se consumían esperando no verían jamás redondearse su vientre, pues el sultán había olvidado su existencia.

«Él me sigue siendo fiel», pensó Hürrem.

De manera inexplicable, supo que él llegaba. El silencio se había adueñado del harén. Yasmina levantó la cabeza.

—El señor viene —dijo ella.

—Lo sé, déjame.

La *kiaya* pareció levitar. Los velos negros que la cubrían flotaron a su alrededor. No hizo ningún ruido. Nunca había llevado zapatos de madera, ni babuchas, ni brazaletes. Sólo se llevaría sus alas negras a la tumba. Hürrem puso una hoja de menta bajo su lengua y se perfumó. No utilizó el espejo. Hacía años que ya no se miraba en él. Sus criadas le arreglaban y recomponían tres veces al día la máscara de una juventud permanente. La apariencia contaba. Ella era sultana; era la primera mujer del imperio después de relegar a su rival Gürbey al rango de *kadina*. En el escritorio, había un pergamo cubierto de una escritura pequeña y apretada. Fingió que la leía.

Selimán se la encontró inclinada como la víspera y la víspera anterior sobre la carta que le había enviado su hijo Selim. Ella volvió su rostro pintado de muñeca sonriente.

—Bendigo a Dios, que me ha concedido un día para que pueda ser feliz junto mi sultán.

—Dios me escucha, él no permitirá que mi mano cierre tus ojos antes de que haya pasado mucho tiempo.

Selimán sabía que eso era falso. Su médico, al que había amenazado de muerte, era firme: la sultana estaba al límite de sus fuerzas. No sobrevivía más que por su voluntad. Resistía para completar su obra, así que no perdió ni un momento.

—¿Vas a ayudar a Selim?

El rostro de Selimán se oscureció. Ella llevaba dos años presionándolo para que tomara partido a favor de Selim en detrimento de Bayaceto. Por su lado, el bajá Rüstem y Mihrimah argumentaban a favor de Bayaceto. La carta de Selim que sujetaba entre sus manos febriles no era más que una larga queja. Estaba harto de oír las jeremiadas de aquel hijo gordo repleto de vicios.

—¿Por qué debería pronunciarme por él? ¿De qué cualidades puede jactarse?

—Ya sabes que ha cambiado.

—¡Lo sé! Bebe menos, caza a ultranza, monta a caballo con los jenízaros, entrena a sus tropas y persigue a los bribones. Todos estos esfuerzos para convertirse en un hombre se los debe a Nurbanu, que lo guía en todos sus actos. Mis espías me informan de todas las actuaciones y gestos de mi hijo y de su

favorita. Debo confesar que es una mujer excepcional. Estuviste inspirada al escogerla.

—Entonces, fíate de mi inspiración y concede el mando del ejército a Selim.

—No, no cederé a tu demanda. Ya cometí ese error al nombrar a Mustafá a la cabeza de las tropas, y el imperio ha estado a punto de caer en el desorden y el pecado. Nos remitiremos a la ley fraticida establecida por los primeros sultanes. No aboliré el decreto del gran Mehmet II.

Hürrem se tuvo que contener para no rebelarse a gritos, pues acababa de mencionar el abominable decreto que legalizaba el asesinato entre hermanos: «La mayoría de los legisladores han decretado que está permitido que aquel de mis ilustres hijos que llegue al poder supremo haga inmolar a sus hermanos para asegurar la tranquilidad del mundo; deben actuar en consecuencia».

—¿Me sigues amando? —preguntó ella con voz suave.

—Sí.

—Pero no hasta el punto de abolir esa ley inicua.

—Muy bien. Entonces volveré con Dios.

—¿Quéquieres decir con eso?

—Que mi tarea aquí abajo se acaba y que dejo a otros el derecho de derramar lágrimas. No quiero sobrevivir a Selim.

—Te prohíbo hablar así. ¡Bayaceto también es tu hijo!

—Sólo tengo un hijo...

Sólo tengo un hijo, y ése es Selim. Bayaceto no me quiere, se ha rodeado de concubinas que me detestan. Sus partidarios han jurado mi muerte, y tengo fundadas sospechas de que Rüstem y Mihrimah están en el origen de la conspiración organizada contra mi persona y contra Selim. Tú eres mi heredera, Nurbanu. Utiliza la fortuna que te lego para hacer triunfar a mi Selim. Mi fiel Abas lo ha dispuesto todo en la banca Mendès. Cuando recibas esta carta, no estaré ya en este mundo. ¡Por la gracia del Altísimo, que su poder se exalte al infinito! ¡Por los milagros sagrados de Mahoma, que la bendición de Dios recaiga sobre él! Termina lo que yo no he podido concluir. Sultana Hürrem.

Nurbanu apoyó con fuerza las manos sobre sus ojos. No, no, Hürrem no debía irse. Selim no se recuperaría. Ella sabía que Hürrem tenía una enfermedad incurable que Yasmina, aconsejada por el maestro Etienne Levy no había podido sanar. Todo tenía un final.

Decidió no enseñarle aquella carta a Selim.

Todas las mujeres, consumidas por la angustia, habían cubierto su rostro con un velo negro. En una esquina del harén donde reinaba la oscuridad, reposaba el cuerpo de la sultana.

Bajo los pilares, los arcos y los mármoles de Topkapi, los hombres de Dios, que trascendía la fe, abrían su alma a la luz. En la estancia imperial donde velaban los eunucos, Hürrem tenía las manos unidas sobre su vientre frío.

Cerca del lecho purificado por el incienso y la mirra, Solimán, abatido por la pena, se acordaba de todas las primaveras que había pasado junto a su tan amada mujer. Sobre el cojín de seda, la Gozosa tenía todavía la cabeza girada hacia La Meca.

Habían lavado a la sultana, habían cerrado sus orejas, su nariz y su boca con tapones de guata y la habían envuelto en una sábana sin costuras.

Solimán soltó un gemido. Todo se había consumido.

* * *

Todo se había consumido. Yasmina rezaba cerca de la fuente del jardín. Las lágrimas enturbiaban su mirada oscura. Había vivido para Hürrem, le había dado treinta y seis años de su vida, y no lamentaba nada porque había compartido la gloria de su señora. Ella miró al cielo y dijo:

En cuanto a ti, alma serena,
sultana a la que tanto he amado,
vuelve a tu Señor, complacida y digna de tu complacencia,
entra con Mis servidores,
entra en el jardín.

Era su manera de interpretar el último versículo del sura octogésimo noveno del Corán. Yasmina supo entonces que también lo había recitado para ella misma cuando sintió la cuerda sedosa del mudo rozar su cuello.

El mudo ejecutó la orden del sultán y apretó con todas sus fuerzas. Después le llegaría el turno a Abas. No debía sobrevivir ninguno de los que habían servido a la sultana.

Lejos del palacio y de la ciudad enlutada, la caravana caminaba. Joao Mendès iba a la cabeza. Llevaba el oro de Hürrem a Selim. Estaba atormentado porque sabía que al final del viaje estaba Cecilia.

Selim estaba ebrio hasta el punto de parecer muerto. No dejaba de lamentarse, y de su boca pastosa sólo salían palabras elogiosas hacia su madre. Su universo se había reducido al recuerdo de aquella mujer adorada. Y, día tras día, se hundía cada vez más profundamente en la miseria. Ya no se mostraba a los jenízaros; rechazaba la compañía de los pajes y la ayuda del jeque de Manisa. Nurbanu era la única que se le acercaba junto con el agá Lala. Lo

cuidaba noche y día, lo alimentaba e intentaba invertir el curso tumultuoso de un río que los precipitaba a ambos a la catástrofe. Ella se ocupaba más de él que de su hijo, el príncipe Murad, al que criaban los eunucos y los criados lejos de aquel padre vicioso y cobarde. Acababa por olvidar a Murad. Ella daba todo su afecto a ese hombre gordo más frágil que un niño.

Los detractores del príncipe se aprovechaban de su debilidad. Se urdía una conspiración en la sombra. El agá Lala era el instigador. El bajá Rüstem, que lo detestaba, lo había nombrado Gran Maestro de la corte de Selim, esperando así deshacerse de él el día en que Bayaceto matara a su hermano.

Circulaban por el imperio cartas de Bayaceto en las que se ridiculizaba a Selim. Todas eran falsas y estaban escritas del puño y letra de Lala, quien jugaba un juego peligroso, pues hacía creer a Selim que Bayaceto estaba contratando a sicarios kurdos para asesinarlo. Y las cartas interceptadas por los espías confirmaban este proyecto.

La última de estas misivas insultantes estaba dirigida personalmente a Selim. Contenía afirmaciones ultrajantes e iba acompañada de una falda, un sombrero de mujer y un copo para coser.

Nurbanu miraba alternativamente esos símbolos de burla y el rostro hinchado del príncipe, y su cólera iba creciendo hasta llegar a ser devastadora. Tras arrancarle de las manos la copa a Selim, le tiró el vino a la cara.

—No avergüences al hijo que te he dado. ¡Pruébame que no estás hecho para llevar atributos femeninos!

Airado por ese gesto que merecía mil veces la muerte, él le lanzó una mirada furibunda a la vez que agarraba su puñal. Ella creyó que la iba a matar.

—Si eso puede liberarte de tus miedos, hazlo! —dijo ella en un tono provocador.

El puñal cayó de su mano. Selim se tranquilizó. Amaba demasiado a su Princesa.

—Ciñe tu espada, monta tu caballo, recorre tu provincia y acaba lo que empezaste hace tres años: alista hombres, ármalos, reparte dinero entre los jefes de los pueblos, compra la conciencia de los gobernantes, haz donativos a las madrazas y a las mezquitas; haz que todo el mundo diga que Selim es el nuevo *shahzade*.

—Necesitaré oro, mucho oro, para conseguirlo, y mi padre se niega a firmar el decreto que me autorizaría a disponer del tesoro de las provincias.

—Tendrás el oro.

—¿Cómo?

—Te será entregado muy pronto. Tu madre la sultana, que Dios la tenga en su seno, había previsto la guerra contra Bayaceto. Te ayudaré a gastarlo convenientemente. No olvides que yo era la hija de un mercader veneciano.

—No lo olvido: según se dice, ese mercader murió por una orden tuya.

Él había recuperado el orgullo. Intentó agarrarla por la cintura, pero ella se apartó.

—Primero debes conquistar Estambul —dijo ella con ironía.

Capítulo 35

Los once cofres encadenados estaban alineados frente al diván de la sala del consejo de Manisa. Selim los acariciaba con la mirada; la de Nurbanu no se apartaba de Joao.

Joao se la devolvía. Intercambiaban su sufrimiento sin poder hablarse. ¿De qué habrían servido las explicaciones? Ella había elegido el camino del poder, y él, el del dinero. Ella estaba destinada a Selim; él se había casado con Reyna Mendès Nazi tras haber enviado a Marie de vuelta a Londres. Todo estaba dicho. Su amor se deshacía en medio de la violencia y el silencio.

—Sabremos hacer buen uso de este dinero —dijo Selim, dirigiéndose a Nurbanu con un aire soñador.

—¿A cuánto asciende el total? —preguntó Nurbanu cortando el último hilo que la ligaba a Joao.

—A seiscientas cincuenta mil ochocientas treinta y dos piezas de oro en diversas monedas. A esa suma podrás añadir esta modesta cantidad, regalo de nuestra comunidad y de la casa Mendès —dijo Joao a la vez que entregaba una carta de cambio al príncipe.

El rostro de Selim se iluminó.

—¡Cien mil ducados! Eres un hombre valioso. Sabré recordarlo cuando lleve la espada de los osmanlés.

—Esa espada no se te puede escapar. Tu padre te va a enviar mil jenízaros y treinta cañones.

—¡Bendito sea Dios! ¿De dónde has obtenido esa información?

—Hemos presionado insistentemente al Gran Señor para que venga en tu ayuda.

—Acepta mi amistad, Joao Mendès.

—La acepto, señor.

—¡Ahora podemos conquistar el mundo! —gritó Selim.

Y él no se equivocaba. Su padre se ponía a su favor. A partir de ahora, las bancas judías serían sus aliadas. Poseía la fortuna de su madre y se beneficiaba de la inteligencia de su princesa. En ese momento, ya no podía esperar para enfrentarse a Bayaceto.

Adna buscó alguna señal en el cielo inmaculado de un azul claro. Los pájaros lo habían abandonado, y el agá no pudo leer su destino en su vuelo. Los santos hombres del entorno del príncipe Bayaceto, como tampoco él, a pesar del opio que dilataba sus pupilas, no vieron escrita la victoria en sus sueños. Dios y Satán parecían estar ausentes. Adna contempló a los religiosos y a los derviches estáticos. Sus labios se movían; de ellos salían palabras sagradas, mágicas y prohibiciones inspiradas por los *djinns*. Intentaban abrir las puertas secretas, atraer a los poderes ocultos, después de haber rezado y bailado durante días en las mezquitas. A lo lejos, la ciudad de Konya, bañada por una ligera bruma, parecía irreal.

«¿Y si todo esto no fuera más que un sueño?», se preguntó Adna.

Miró a los miles de caballeros con las lanzas levantadas, a los escuadrones de arqueros kurdos y a la hueste de los soldados *yayas* que formaban un ejército inmóvil tras el estandarte verde del príncipe Bayaceto. Todas aquellas cabezas con turbante o casco estaban giradas hacia poniente, donde las tropas de Selim, lideradas por el bajá Mohamed Sokullu y el agá Lala, desfilaban como una cinta de acero y bronce.

«No seremos nosotros los que ganen esta batalla», se dijo Adna con fatalismo.

Había deseado ardientemente luchar y vencer, matar con su propia mano al *shahzade* Selim y pedir como toda recompensa a Nurbanu. Pero la evidencia estaba ante sus ojos de experto militar. Los mejores jenízaros, armados con arcabuces, la élite de la artillería otomana y una nube de turcopolos esperaban a atacar bajo el estandarte de Selim.

* * *

Selim ya no estaba tan seguro de querer enfrentarse a su hermano. Se podía morir con gloria, y ese día era propicio para la muerte. No tenía confianza ni en su coraza, ni en su caballo, ni en sus agás. Los jenízaros que le había enviado su padre podían volverse contra él. Los cañones jamás serían suficientes para detener el ataque de la caballería enemiga, y era ridículo creer que los turcopolos soportarían ellos solos el peso de una batalla perdida de antemano. Con ese estado de ánimo, había preparado ya la fuga. Siguió con la mirada el camino a Konya y pensó en el de Izmir, donde se habían colocado a intervalos regulares víveres y caballos.

Se encontró con los ojos de Nurbanu. Supo al instante que había adivinado sus pensamientos.

—Será la victoria o la muerte —dijo ella.

Los agás que se mantenían a una distancia respetuosa de la pareja escucharon sus palabras. Nurbanu se sintió admirada y deseada. Estaba erguida en su hacanea, con velo y vestida con un traje de cuero sin adornos. No llevaba arma alguna, era portadora de la voluntad de Selim.

—Será la victoria —respondió el príncipe.

Los miles de caballos se precipitaron; las lanzas se bajaron. La tierra tembló. La bestia monstruosa brillaba con mil destellos; se movía con la rapidez del viento, precedida de un grito de guerra. El cielo se encapotó poco a poco.

Nurbanu apretó los dientes. Con toda la fuerza de su pensamiento, intentó insuflarle coraje a Selim. Veía las manos del príncipe subir por las riendas, estaba listo para tirar de ellas. Él veía la muerte en camino. Los miles de *sipahis* de Bayaceto se aproximaban. ¿A qué esperaba el bajá Sokullu?

Sokullu se concentraba. Era un hombre de sangre fría. La impresionante carga del enemigo no lo intimidó. Evaluó la distancia e hizo cálculos. De repente, su brazo cayó.

El sable de Adna apuntaba hacia los estandartes. Él se veía saltar por encima de los picadores y de los arqueros turcopolos, traspasar la triple línea de jenízaros, cortar la garganta de Sokullu y arrebatarle la vida a Selim. Todo era posible en la práctica. Su razón se nubló. «¡Matar, matar!» era el verbo que se repetía. Adna adelantó a los caballeros. Quería ser el primero en derramar sangre. De repente, vio llamas salir de las bocas de los cañones y el infierno se desencadenó. La tierra, mutilada por las balas, escupió sus entrañas al cielo. Los caballos cayeron. Hombres y bestias mezclados se desperdigaron por el campo de batalla. Los cañones vomitaron de nuevo hierro, segando a decenas de bravos *sipahis*. Centenares de ellos corrieron la misma suerte cuando los jenízaros dispararon sus arcabuces.

La bala de plomo que golpeó a Adna había sido fundida en los obradores del arsenal para matar a infieles y a herejes. Ésta destrozó el corazón de un musulmán. Adna no soltó su espada. Su caballo lo llevó por encima de los picadores, a través de las filas de jenízaros, y cayó muerto a los pies de Sokullu.

Los *sipahis* se replegaron, cargaron de nuevo una y otra vez, apoyados por los kurdos y los soldados *yayas*. Fue una carnicería. Bayaceto detuvo entonces el combate y huyó hacia Persia.

—¡Victoria! —gritó un agá.

—¡Victoria!

El triunfo se propagó. Todos los hombres aclamaron a Selim y a Nurbanu.

—Ahora ya nada puede impedir nuestra marcha sobre Estambul. En este momento, soy el heredero legítimo —dijo él a Nurbanu.

Ella lo miró sin alegría, y también sin alegría entraría en el serrallo con su hijo. La luz de la princesa se extinguía; la de la sultana veneciana iluminaría muy pronto el mundo.

Epílogo

2574. *Topkapi*

Nurbanu rezaba con fervor. Ocho años de reinado no le habían hecho olvidar la muerte de Solimán en su tienda de Szigetvar, en Transilvania. Se había ocultado la muerte al ejército bajo el pretexto de que el sultán estaba enfermo. Se mintió al mundo entero durante cuarenta y tres días para permitir la repatriación del cuerpo y la toma del poder por parte de Selim.

Toda dominación se acaba, todos los hombres tienen
su última hora.

Sólo el Eterno nunca es alcanzado por el tiempo
ni domado por la muerte.

Así se expresaron los coros durante los funerales del Comandante de los Creyentes. Los ministros y los dignatarios se envolvieron la cabeza con una tela negra; los guardias imperiales cambiaron sus vestidos de gala por mandiles azules. Al salir el Sol, Selim invocó a los cielos mientras los almuecines iniciaban la oración de los muertos. Cuando la ceremonia se acabó, Selim era oficialmente sultán.

«Todavía lo eres», dijo ella a la vez que le acariciaba la cara.

Había acabado por amarlo. Le había dado hijos y todavía se aferraba a él.

Sí, Selim era todavía el Señor del cuello de los hombres, pero ya no daría más órdenes a sus mudos, que ahora derramaban lágrimas. Estaba muerto. Los excesos lo habían matado. Reposaba en una habitación aislada del serrallo. Nadie en el palacio, a parte de su médico, sus pajes y los mudos, conocían aquel drama. Preservaban el trono para su hijo, Murad, que llegaría en tres o cuatro días.

Nurbanu contempló el cadáver de su Señor, al que todavía no había atacado la muerte, gracias a haber sido colocado sobre un lecho de hielo y de nieve. La espada de los osmanlés, enriquecida con piedras preciosas, dormía a su lado.

La sultana veneciana la cogió entre sus manos y le volvió a dar vida. Ella se la ofrecería a su hijo. Con esa espada, Murad convertiría a su madre en la Corona de las cabezas veladas tras haber vaciado el harén de su padre, y le conferiría un poder que nunca podría ser puesto en cuestión. Otros combates esperaban a la madre y al hijo.

Por su rostro rodaron lágrimas.

Habría querido tanto ser Cecilia.

ESTE LIBRO UTILIZA EL TIPO ALDUS, QUE TOMA SU NOMBRE
DEL VANGUARDISTA IMPRESOR DEL RENACIMIENTO
ITALIANO, ALDUS MANUTIUS. HERMANN ZAPF
DISEÑÓ EL TIPO ALDUS PARA LA IMPRENTA
STEMPEL EN 1954, COMO UNA RÉPLICA
MÁS LIGERA Y ELEGANTE DEL
POPULAR TIPO
PALATINO

* * *

*LA PRINCESA DE LA LUZ. LA SULTANA DE
VENECIA SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN
UN DÍA DE INVIERNO DE 2.007, EN LOS
TALLERES DE BROSMAC, CARRETERA
VILLAVICIOSA - MÓSTOLES, KM 1
VILLAVICIOSA DE ODÓN
(MADRID)*

* * *